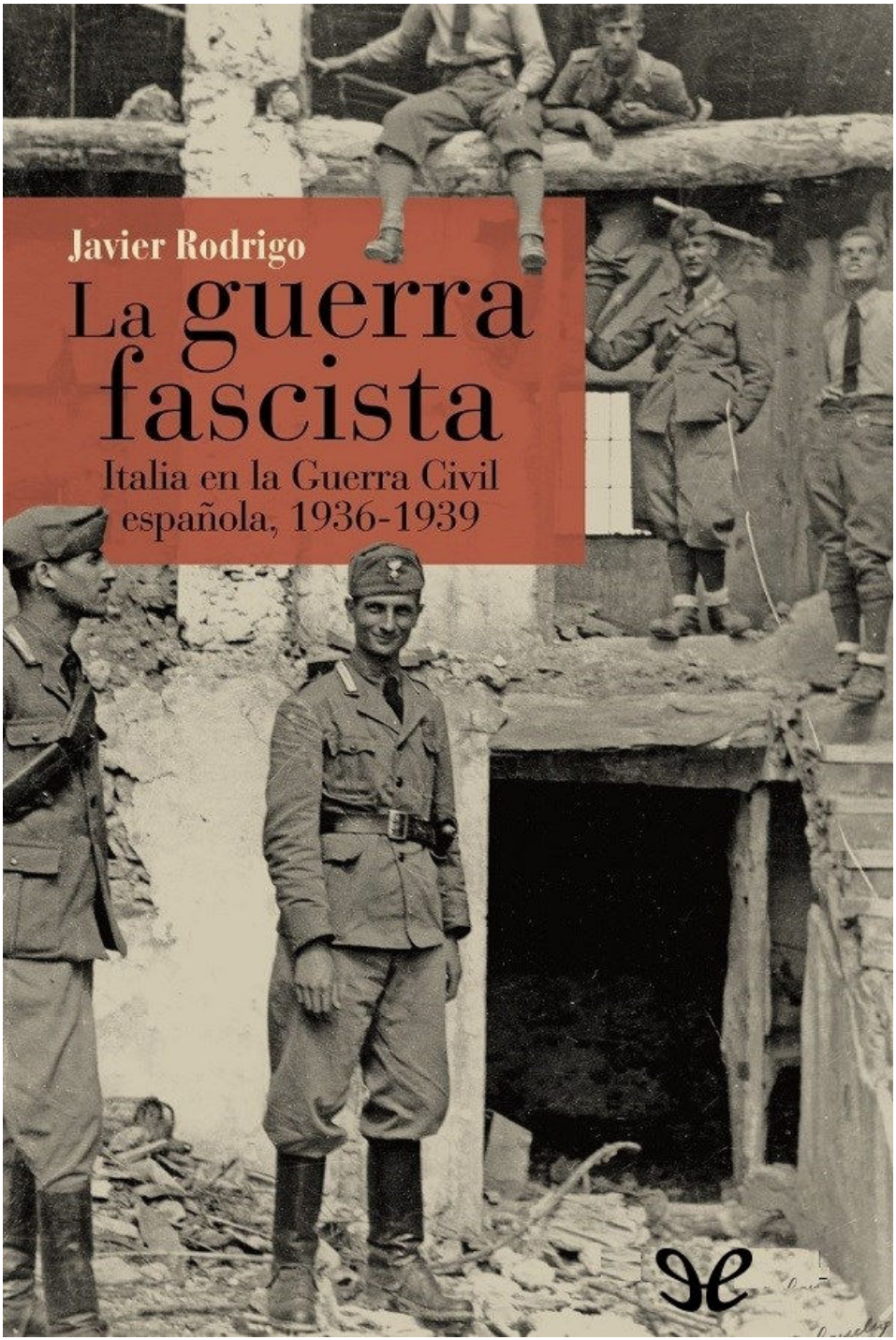


Javier Rodrigo

La guerra fascista

Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939

La colaboración italiana, iniciada como ayuda armamentística, geopolítica y diplomática a una nación amiga contra un enemigo común —real o imaginario—, pronto se convirtió, fracasado el plan inicial de golpe y toma rápida de la capital, en el espacio propicio para la fascistización de España. El Corpo Truppe Volontarie (CTV) fue creado, según un himno italiano, para liberar a España, traer una nueva Historia, devolver la sonrisa a los pueblos oprimidos por los rojos y construir la Europa fascista. Esos voluntarios y soldados del CTV eran los que creaban el verdadero «clima propicio de penetración» italiana, en el que la acción militar, la política y la propagandística viajaban indisolublemente unidas. Uno de esos ámbitos de influencia sería el de los medios de comunicación y propaganda, espacios preferentes para la evangelización fascista en España.

epublibre

Javier Rodrigo

La guerra fascista

ePub r1.0
Titivillus 07.09.17

Título original: *La guerra fascista*
Javier Rodrigo, 2016
Prólogo: Ferran Gallego

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Grazie, Marco

LISTADO DE SIGLAS

AB	Archivo de Burgos.
ACS	Archivio Centrale dello Stato.
AGA	Archivo General de la Administración.
AGMAV	Archivo General Militar de Ávila.
AP	Affari Politici.
ASMAE	Archivio Storico Ministero degli Affari Esteri.
b	Busta.
C	Carpeta.
CIAUS	Corso Italiani Adestramento Ufficiali Spagnoli
CR	Carteggio Riservato.
CTV	Corpo Truppe Volontarie.
E	Expediente.
EIAR	Ente italiano per le Audizioni Radiofoniche
F	Fascicolo.
GAB	Gabinetto.
L	Legajo.
MAE	Ministerio de Asuntos Exteriores.
MAS	Motoscafo Armato Silurante
MI	Ministero degli Interni.
MinCulPop	Ministero della Cultura Popolare.
MMIS	Missione Militare In Spagna.
MNI	Missione Navale Italiana
MVSN	Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale.
USSME	Ufficio Storico Stato Maggiore dell'Esercito.
PNF	Partito Nazionale Fascista.

PolPol	Polizia Politica.
RSI	Repubblica Sociale Italiana.
SIM	Servizio Informazioni Militare.
SPD	Segreteria Particolare del Duce.
UC	Ufficio di Collegamento.
US	Ufficio Spagna.
USSME	Ufficio Storico Stato Maggiore dell'Esercito.

PRÓLOGO

FASCISMO, VIOLENCIA, IMPERIO Y GUERRA

Ferran Gallego

No es casual que algunas de las investigaciones más relevantes y reveladoras que se han realizado acerca del fascismo europeo en los últimos años se hayan centrado en la Segunda Guerra Mundial. En algunas de ellas, en especial en las que se han dedicado al frente oriental europeo, ha querido destacarse la congruencia entre un marco propicio a la discrecionalidad de las decisiones, un campo de impunidad de la violencia y un espacio en el que el proyecto nacionalsocialista podía desarrollarse plenamente. A los elementos fundacionales de un movimiento gestado al integrar viejas asociaciones *völkisch*, excombatientes de la Gran Guerra y sectores de clase media segregados de sus ámbitos de socialización por la crisis de los confines de los años veinte, se sumaban entonces los más depurados recursos de la administración de una política expansionista —desplazamiento de población, expropiación económica, optimización de recursos humanos, organización de la seguridad estatal e incluso ásperos conflictos sobre la racionalización industrial en un periodo de guerra—. Parece advertirse que en este ámbito es donde puede y debe encontrarse la esencia del proyecto fascista alemán o, para decirlo de una forma que parece más prudente, donde se halla el punto de su consumación, el momento de su plenitud, la forma en que pudo desplegar todas las posibilidades que contenía como movimiento y como régimen.

Es cierto que solo ahora sabemos que se trataba de su momento terminal y que ello nos conduce a tomar por realización plena lo que, en el propio debate interno del partido, llegó a considerarse

como una fase intermedia que exigía la elección de medidas excepcionales. La mirada del historiador que conoce el final del proceso tiende a asignar una calidad definitiva a lo que fue solamente la finalización de un ciclo más en el desarrollo de un proyecto de gran amplitud, olvidando la percepción que los sujetos políticos contemporáneos tuvieron del marco y sentido de sus decisiones. Con todo, como ignoramos lo que podría haber sucedido en el futuro —un futuro que estaba presente en las encendidas polémicas sobre la economía de posguerra, por ejemplo, que llegaron a prohibirse de forma tajante a petición de Albert Speer—, solo podemos asumir la innegable importancia y el poder de exhibición de las «entrañas» de la utopía nacionalsocialista que llegó a tener el escenario bélico. No me refiero solamente a lo que resulta más obvio y estudiado —la compleja administración de las políticas de exterminio—, sino también a lo que estas condiciones precisas dan de sí para considerar, por ejemplo, la extrema heterogeneidad del movimiento nazi en su proceso de constitución, que se mantuvo viva en esta etapa final. De hecho, se expresó con mayor contundencia, dada la amplitud de las responsabilidades que ahora se asumían. Y mostró, con poderosa riqueza de matices, el perpetuo juego entre tres elementos que explican una dinámica de movilización permanente del fascismo: conflictos ante el enfoque de problemas concretos, ajuste entre actitudes ideológicas adversarias y firmeza en la clara conciencia de la unidad de proyecto en el que todas ellas prestaron su colaboración y hallaron el campo flexible y eficaz de la integración política.

La atención general y prioritaria a esa fase del continente «en la oscuridad» responde a una extendida creencia. Según ella, el nacionalsocialismo en guerra es la realidad más elocuente del fascismo. Apreciación que no se refiere solo a lo que afirman los historiadores, sino que se manifestaba, en los tiempos de la ofensiva o la retirada nazi en la URSS, como creación de un espacio unificador definido por la existencia de un mismo enemigo y —más allá de lo que podría ser tomado en un sentido demasiado literal y tantas veces oportunista— por la seguridad de una cultura política de raíces, desarrollo y propósitos comunes. Esta visión tiene el riesgo de dejar en un nivel de menor interés o de más escasa importancia, protagonismo e incluso significado experiencias

fascistas nacionales diversas, que no llegaron a poseer la capacidad de movilización armada con la que contó el Tercer Reich, por lo menos en un ámbito de guerra entre grandes potencias. Pero ese peligro es menor que dos distorsiones a las que se asiste con cierta frecuencia. La primera es considerar que la experiencia de guerra no va necesariamente asociada al fascismo italiano, por ejemplo, incluyendo en tal apreciación una severa y discutible distinción de naturaleza —y no de etapas de un mismo ciclo— entre guerra imperial, intervención en España y participación en la Segunda Guerra Mundial. La segunda es hacer de la guerra algo totalmente distinto al escenario de constitución histórica del fascismo como fenómeno de masas y como fundamento de un Estado. Aún más que eso: presentar la guerra como la alternativa al fracaso de la creación del fascismo, que habría sido incapaz de hacerse con el poder en condiciones distintas a las de un conflicto bélico a gran escala, y que habría sido insolvente para generar un movimiento que superara los límites de grupos condenados a la marginalidad. Tales serían los casos del fascismo español y del fascismo francés, criaturas aisladas en sus pequeños recintos organizativos e ideológicos, cuyo peso en sus respectivas crisis nacionales fue producto exclusivo de la guerra civil y de la ocupación alemana.

La célebre y postrera aportación realizada por Tim Mason, *Ends and beginnings*, al indicar que la elección del momento final del nazismo exigía la designación simultánea de un principio, aludía también a la profunda continuidad del carácter del fascismo en las diversas fases de su despliegue histórico. No creo que esto pueda tomarse, como se ha hecho demasiadas veces, como la comprensión de esta cultura política como desarrollo de un movimiento cuyos rasgos determinantes se encuentren en un momento inaugural. Más bien, sucede lo contrario. Los factores que hacen posible el fascismo como experiencia histórica deben localizarse en su desarrollo, como algo totalmente distinto a tensar un hilo cuya longitud y textura se encontraba ya en la madeja inicial. No existen un fascismo movimiento y un fascismo régimen, expresando el primero la radical identidad de una minoría intransigente y manifestando el segundo las impurezas provocadas por la conversión de la aristocracia fundacional en un movimiento de masas y, peor aún, en la asunción de responsabilidades de gobierno y de contaminantes

espacios de integración. Lo que existe en la experiencia del periodo comprendido entre 1918 y 1945 es un ciclo de formación, que debe adaptarse a las complejas tramas de cada circunstancia nacional y, especialmente, a la rotundidad y ritmos de una crisis de civilización, así como a las muy distintas expectativas para situar una trayectoria política de cada Estado en estas condiciones generales. Lo que se da es un proceso constituyente, cuyo carácter es el de ir proporcionando la integración de factores que van modificando las condiciones de la fusión del proyecto, en la misma medida en que van ajustando la cultura de cada uno de los múltiples ingredientes del movimiento en formación a las exigencias de esa convergencia y a las circunstancias de la crisis nacional en las que siempre se produce. Por ello, creo que referirse a un espacio de fascistización, lejos de reducir el papel de un nuevo sujeto histórico y más lejos aún de desdeñar su identidad ideológica, lo define en un ciclo más verosímil, más atento a la experiencia histórica real y con mayor solvencia para comprender la capacidad del fascismo para constituirse como representación de todos aquellos sectores que se formaron en las grandes mutaciones provocadas por la crisis de la primera posguerra mundial, así como la profunda transformación sufrida por el espacio contrarrevolucionario para edificar un movimiento y un régimen congruentes con este periodo de transición.

Tomando en este sentido la propuesta del malogrado historiador británico, habremos de considerar que la elección de la guerra racial y la conquista de la URSS como punto final del proyecto nacionalsocialista nos conduce ya no a las asociaciones antisemitas que fundaron el primer DAP, sino a la creación de un proyecto nacionalista que ofrecía su lógica populista e imperial como única alternativa a la integración subordinada en un gran espacio dominado por Gran Bretaña y Estados Unidos. Del mismo modo, podrá considerarse que escoger como final de la *vicenda* mussoliniana el golpe de julio de 1943 o la peripecia de la República Social implica seleccionar la lógica permanente del proceso en la tensión entre los factores sociales que fueron constituyendo el fascismo italiano y en la forma en que todos ellos se relacionaron con la entrada de Italia en un solo ciclo bélico iniciado en la guerra de Abisinia y finalizado en la Guerra Civil. Y

habrá de considerarse cuál fue el papel desempeñado por la burguesía conservadora —que deseaban representar los impugnadores de Mussolini en el Gran Consejo de 1943— y los cuadros de un sindicalismo nacional moderado —igualmente representados en tal trance— en el desarrollo global de la experiencia fascista. Asimismo, hallar en la ejecución de los «colabos» el final del fascismo francés habrá de considerar la relación entre el fascismo de la colaboración y el paso de las Ligas a los partidos nacionalistas y populistas de los años treinta. En el caso español, la elección del final del movimiento y del régimen resulta mucho más difícil, lo cual hace que la discusión sobre su naturaleza y coherencia se haga más áspera e irreconciliable. Creo que, en este caso, nadie podrá dudar del carácter fundacional de la Guerra Civil, y el debate habrá de trasladarse al conflicto como alternativa a un fascismo impotente o como escenario de su proceso de constitución. Dado que la legitimidad reclamada por el régimen —y la ilegitimidad que le atribuyeron sus adversarios— nunca dejó de estar en la sublevación del verano de 1936, puede considerarse que el conflicto entre historiadores acierta al señalar ese punto de discrepancia como el espacio que da coherencia al conjunto de la historia del nuevo Estado. Como en muchos lugares he señalado ya cuál es mi posición al respecto —es decir, que la Guerra Civil no fue solo posibilidad de realización del fascismo español de masas, sino espacio singularmente propicio para la conquista del poder y para la edificación de un régimen de este carácter—, lo que corresponde ahora es señalar de qué forma se relaciona esta violencia de masas con el fascismo. En especial, cómo se habrá de establecer esa relación de un modo singular en España, en Italia o en Alemania, determinando las trayectorias distintas de cada caso. El colapso de cada una de las experiencias fascistas —derrota total y unánime, esfuerzos frustrados de transición negociada y resistencia armada, o discutible camino de desfascistización desde mediados de la década de 1940—, solicita al historiador que simpatiza con el planteamiento de Mason fijar cuál es su perspectiva en cada caso. Aunque cabe advertir que un factor fundamental en el caso español debe ser el de establecer su singularidad en algo más que un oportunismo pragmático del general Franco, como habilidoso muñidor de alianzas y de rupturas, para considerar cómo pudieron

justificarse, sobre la propia doctrina original del falangismo, determinadas afirmaciones del *Sonderweg* español a partir de 1942 y 1943. En cualquier caso, sea cual sea la forma en que se aborda la comprensión de esa radical continuidad en cada fascismo, así como la profunda sintonía europea entre lo que son mucho más que meras «variables» de un mismo fenómeno, el fascismo debe contemplarse como un estado de excepción permanente, donde se produce una suspensión de seguridades jurídicas al mismo tiempo que se lanza a sus poblaciones al único modo de provocar una gran restauración nacional que sustituya tales cláusulas legales formales por un sentimiento de pertenencia más radical, reiterada y públicamente expuesto: la movilización incesante de la nación para realizarse como comunidad combativa en la respuesta a la crisis de la civilización. El fascismo era algo más que un estado de excepción. El fascismo fue, en sus aspiraciones y en su consumación, un estado de guerra.

En esta alusión directa a la esencia bélica del fascismo es donde debería iniciarse una presentación al uso de este nuevo libro del profesor Javier Rodrigo. Pero las circunstancias no permiten hacer lo que ciertas costumbres académicas sugieren. De entrada, porque entre el autor y yo existe una ya larga complicidad investigadora que convertiría la cortesía ligera de unas páginas de compromiso en una impostura intelectual. Además, porque Javier Rodrigo ha proporcionado, a un grupo de amigos y colegas que estudiamos el fascismo desde hace muchos años, la atención a un aspecto esencial de la experiencia fascista. Si Javier Rodrigo nos ha ayudado tanto a comprender la importancia de la violencia en la constitución del fascismo, ¿por qué no darse el gusto de dar cuenta del aprendizaje que nos ha regalado? Lo que el lector tiene en sus manos no se limita a ser un estudio más, ni siquiera un estudio mejor sobre la intervención italiana en la guerra de España. Es, desde luego, eso. Pero, como ocurre con todos los buenos libros, abarca un espacio de preocupaciones intelectuales que es mucho más amplio de lo que su título e incluso su índice formal permiten sospechar. Lo es, finalmente, porque el trabajo del autor lleva tiempo planteándose como una vía para comprender el fascismo en su conjunto, en el convencimiento de que cada una de sus circunstancias fragmentarias debe estudiarse como lugar explicativo la totalidad

de la experiencia fascista y debe ser juzgada precisamente por esa virtud hermenéutica. En este sentido, el libro no trata de un asunto diplomático, aunque esta cuestión esté presente. No va de una movilización de voluntarios y sus motivos, aunque podamos encontrar esta cuestión ampliamente documentada en el texto. No es una reflexión sobre los aspectos internacionales de la guerra de España, aunque pocas veces se habrá movido un volumen de material tan considerable para dotarnos de esa perspectiva. Es un estudio riguroso en el manejo de material, brillante en su exposición y tajante en la confirmación de sus hipótesis de trabajo, acerca de la formación del fascismo a través de la Guerra Civil española, examinado a través de uno de sus aspectos concretos. La reflexión histórica valiosa tiene siempre este carácter general. Por ello, podemos decir que nos hallamos ante un libro cuyo objeto es la totalidad de la experiencia fascista.

Hecha esta afirmación de principio, sin embargo, habremos de dar la validez especial que tiene un tema al que el profesor Javier Rodrigo ha dedicado su esforzado trayecto en pos de la madurez profesional. Lo que empezó siendo la sabia intuición sobre la función del castigo, la adjudicación de espacios de exterioridad y la reclusión en zonas bajo vigilancia de los vencidos en la Guerra Civil española —lo que podría entenderse inicialmente como un agudo estudio sobre la represión— ha ido concretando perfiles que en los primeros trabajos del autor podían estar más difuminados, y que han ido beneficiándose de la obsesiva búsqueda de espacios de meditación poco dispuestos a satisfacerse en limitativas aproximaciones a un elemento crucial de la experiencia fascista. Me refiero a esa penetrante observación del hecho de la violencia que, en sus diversas manifestaciones, función, intensidad, organización y percepción ha tenido para expresar un aspecto esencial del fascismo. No creo que el fascismo se agote en ella, pero creo que resulta incomprensible, como respuesta a la gran crisis del periodo de entreguerras, sin hacer de la violencia un modo de concebir la existencia social y de construir la identidad política.

En los trabajos que ha ido dando a los lectores Javier Rodrigo se encuentra la creciente lucidez con que se examina esa relación explicativa, ese punto de enlace entre una cultura política y una época de crisis. Se hallaba ya en *Cautivos* y se expresó con la soltura

de un penetrante ensayo en *Hasta la raíz*. Lo que se nos ofrece en este texto es una excelente muestra de la capacidad para integrar los detalles de los que está hecha la historia con la trama de relaciones sin las que su tejido final carece de significado. Se nos permite asistir, además, a ese delicado equilibrio que el historiador siempre corre el riesgo de alterar, en beneficio de las propias obsesiones y en desaire de las motivaciones de los sujetos estudiados: ponerse en la piel de quienes vivieron los acontecimientos, incluyendo las limitaciones de perspectiva de que podía adolecer su actitud, y ser capaz de trenzar todas estas circunstancias con una visión global y vista desde nuestro tiempo, cuando la ignorancia de la intimidad de algunos episodios se compensa con el conocimiento del desarrollo final de una experiencia completa.

Como, dicho de esta forma, podría quedar en mero elogio sin comprobación, valgan algunos ejemplos para mostrar el valor del método usado. Quiero destacar la forma en que se presenta la complicidad entre el régimen mussoliniano y el conjunto de los componentes de la sublevación, desde mucho antes que se produzca el levantamiento de julio de 1936. No es algo nuevo, porque se sabía ya que los contactos entre el gobierno fascista y la oposición antirrepublicana habían funcionado en diversas direcciones, atendiendo a la demanda de ayuda y expresando la actitud de simpatía de tradicionalistas, alfonsinos y falangistas. Lo que me parece destacable no es la crónica de estos contactos previos a la guerra, sino el modo en que se vincula la atención mutua con el desarrollo posterior de los hechos, en especial cuando de lo que se trata es de fijar la intervención italiana en el marco de la constitución de un nuevo régimen. Que Calvo Sotelo fuera una personalidad tan destacada como fascista, en el momento de su muerte, es coherente con las afirmaciones hechas por Brasillach en *Je suis Partout*, cuando en el aniversario del estallido de la Guerra Civil recordaba al «protomártir» como el verdadero líder del fascismo español. Y cabe recordar la violencia con la que, desde el clandestino *No importa*, correspondió a José Antonio la defensa de su progenitura fascista —tan discutible en relación con Ledesma Ramos— frente a quien trataba de convertir su Bloque Nacional en la verdadera versión del fascismo español. Lo cual no hace más que

expresar las dimensiones de un espacio que sorteaban políticamente las fronteras organizativas de los partidos. Y lo hacía en la percepción de los españoles y en la apreciación de los camaradas extranjeros. En la descripción de los hechos, Javier Rodrigo muestra el carácter de confluencia de fuerzas acelerada por las necesidades de la guerra y determinada, en su solución final, por las condiciones del conflicto armado. Pero lo que se indica —y había de ser bien comprendido por quienes hablaban en nombre del régimen mussoliniano, no siempre con el mismo tono ni en la misma dirección— es la existencia de un espacio previo, que ve en el fascismo una solución a la crisis del liberalismo europeo y a la amenaza de un hipertrofiado comunismo. Un espacio en proceso de fascistización, en el que la presencia de identidades que compiten solo sirve para dotar de innegable complejidad todos los ciclos formativos de un movimiento nacional de estas características.

Puede resaltarse, además, la clara reivindicación del peso de la intervención militar italiana, infravalorada —cuando no ridiculizada— en comparación con la presencia alemana, a la que se atribuye casi siempre mayor calado y un peso decisivo en el triunfo de las operaciones militares, seguramente mucho más por lo que llegó a ser la Alemania nazi en la construcción del nuevo orden europeo que por lo que realmente representó en la victoria de los sublevados en el verano de 1936 en España, otro ejemplo del determinismo retroactivo que afecta a la mirada de los historiadores. Es más que interesante esa identificación del ciclo completo del imperialismo italiano, que responde a la mutación interna del régimen, al encuentro de una identidad modificada en relación con la década de 1920, y que se ajusta al decisivo impacto de la crisis internacional de la siguiente. El Imperio, en las condiciones materiales y simbólicas de su construcción, pasa a presentarse como nuevo escenario de realización de la nación italiana, de la movilización de masas, de la socialización de los ciudadanos, de la elevación de su conciencia histórica en el marco de la comunidad fascista. Pasa a ser, sobre todo, el lugar donde van a tomarse las decisiones políticas en las que se juega el futuro del régimen desde entonces. Lo cual obliga a manejar ritmos y ambiciones de acuerdo con la heterogénea composición del sistema de poder, pero esta vez teniendo que buscar o asumir un grado de

movilización que parece romper con cierta rutina en que podía caer un fascismo cómodo, de retaguardia, burgués y recatado, para buscar el «terzo tempo» al que se refirió Mussolini para acercarse, para controlar o para asumir una mitología expansionista que se asociaba, por algunos sectores jóvenes y/o radicales, con el cumplimiento de la revolución.

Finalmente, cabe destacar en el libro la especial dedicación al modo en que los combatientes italianos sentían su participación en la guerra. Es decir, la forma en que aquella circunstancia no era una intervención militar cualquiera: era una guerra fascista. Era una guerra en la que se exasperaba un concepto preciso del papel germinal de la violencia y una idea acabada de la forma en que se construye una comunidad nacional. La liquidación del adversario ha formado parte esencial de la conquista del poder. El marco de una guerra civil es ahora el de una estrategia para destruir la República española y edificar un Estado situado en el creciente ámbito de complicidad del totalitarismo fascista. Pero diplomáticos, observadores y combatientes coinciden en una preocupación: la guerra de exterminio no debe dirigirse contra la propia población, sino contra los enemigos externos. Su distinción entre el «hermoso fascismo» italiano y la brutalidad española, que inicialmente puede indicar los problemas para hacer de la guerra un proceso de nacionalización de masas en el que las heridas divisorias no sean incurables, pasará más tarde a dibujarse como una perfecta distinción entre dos espacios: la nación sana y limpia de los sublevados y los intervencionistas; la antinación sucia, degenerada y brutal de los leales a la República.

Existen algunas cuestiones que, necesariamente, han sido solo sugeridas en el libro, o que yo he querido leer de acuerdo con intereses propios que se han visto excitados por las sugerencias del texto. El que más me interesa es el que se refiere a la congruencia del fascismo con la violencia, pero en un sentido algo distinto a lo que se ha solido determinar. Algunas aportaciones relativamente recientes a la historia de la Alemania nacionalsocialista —las de Adam Tooze, Paolo Fonzi o Brunello Mantelli, por ejemplo—, que han ido ampliando las percepciones más antiguas —las de Ludolf Herbst, Tim Mason o Walter Naasner, por citar algunas— han reiterado la importancia del marco económico internacional en el

que el fascismo no solo toma decisiones desde un régimen constituido, sino también en su etapa constituyente. El marco de crisis general de la década de 1930 es el que inicia la verdadera fase de fascistización a escala europea y en congruencia con cada una de sus variables nacionales. Cuando es tan importante insistir en la cronología a fin de desterrar determinadas visiones de precocidad de unos fascismos y retraso de otros, debe resaltarse la condición de ciclo general en el que todas las experiencias se mueven en una misma lógica que crea situaciones distintas. En el caso alemán citado, la crisis permite construir una alternativa a las condiciones de inserción en el marco occidental diseñado ya antes de la Gran Guerra, aunque exasperado por el resultado de esta. El nacionalsocialismo pudo ofrecer un movimiento de masas, el sustento racial de una ideología expansionista y la concepción de un Estado totalitario al servicio de una comunidad movilizada, al horizonte de crecimiento alternativo que precisaban —con más claridad en las condiciones pavorosas de la crisis mundial— los sectores industriales y financieros alemanes, así como los partidos e instituciones conservadoras sobre los que estos tenían influencia. La hegemonía del nazismo se debió a la congruencia entre su concepto de movilización y militarización de la existencia social, la dureza de sus mitos simplificadores y la perfecta simbiosis entre su visión de la violencia y la forma en que debían proyectarse los conflictos políticos y económicos de aquellos años. Si el fascismo estaba estrechamente vinculado a la violencia política, la guerra imperial era el punto en el que esta forma de militancia se conciliaba con las necesidades del conjunto de la contrarrevolución europea.

Esta cuestión muestra las dificultades que podía haber encontrado el fascismo como proyecto europeo en la construcción de una dinámica de grandes espacios. Porque en ella habían de detectarse dependencias relacionadas con la fuerza económica de cada uno de los regímenes involucrados en esta magna reorganización del marco continental que aspiraba, además, a modificar los espacios colindantes. La mística imperial en cada una de las experiencias fascistas habría de desempeñar entonces una función consciente de esa cadena de dependencias, lo cual no habría sido sencillo, y las apreciaciones de la cultura española en la posguerra mundial lo certifican. Pero es interesante mostrar cómo

Javier Rodrigo detecta ya existencia de esa preocupación en la toma de decisiones de la Italia de la década de 1930, incluyendo en ellas una masiva intervención en la Guerra Civil española. Sin duda, este aspecto en el que el fascismo se integra en la dinámica de una inmensa transición y en una sensibilidad ante la tan propagada visión geopolítica de grandes potencias como intento de algunas naciones a salir de la crisis y la dependencia, es un camino de interesante clarificación de la peripecia fascista. Las aspiraciones de hegemonía mediterránea deben colocarse en este punto, pero también habrá de hacerlo una idea de Imperio en la ideología fascista española que transitará desde el compromiso con el nuevo orden continental al giro hispanista que pasa a ser dominante en quienes de forma más rotunda habían afirmado su estrecha vinculación con el Tercer Reich.

Entre la llegada del nacionalsindicalismo español al poder a través de una guerra civil y la consumación del proyecto del Tercer Reich en el frente oriental, se encuentra esa experiencia fascista italiana llegada al gobierno a través de una guerra de baja intensidad, pero dispuesta a construir el poder sobre la base de una definición de su propio carácter imperial. De la violencia como ontología de la ideología fascista a la guerra o su preparación como realización histórica de la experiencia integradora del movimiento fascista se da un paso conceptual, que es, sobre todo, la revelación del significado de un periodo crucial en la historia del siglo XX. Una etapa que fue llamada, con razón, como la era del fascismo. Pues ninguna otra cultura política fue capaz de expresar una congruencia para bien —en las circunstancias de su ascenso y potencia integradora— y para mal —en las condiciones de su derrota y dispersión— como el fascismo del periodo comprendido entre las dos guerras mundiales. Para muchos, fruto directo de la primera. Para todos, causa y encarnación de la segunda. Entre una y otra, el imperialismo fascista italiano y el proceso constituyente del singular fascismo español habrían de dar entrada histórica a ese salto crucial en una fase amplia de continuidad que, teniendo sus paisajes iniciales en las trincheras de 1914, nunca deberían desprenderse de esa condición de combatientes activos que italianos y españoles ofrecerían en mitad de la década de 1930 a la materia solo exageradamente fundacional de los excombatientes de la Gran

Guerra.

Sant Just Desvern, Barcelona
21 de noviembre de 2015

INTRODUCCIÓN

DESHACER EL MUNDO

Fascistas. Y además, combatientes, soldados, voluntarios, aventureros, legionarios, *ragazzi del 36*. Pero sobre todo, o primero de todo, y en tanto que italianos, fascistas. Eso eran las más de 78 000 personas que intervinieron, por decisión de Benito Mussolini, en la Guerra Civil, Cruzada de Liberación Nacional, Cruzada antibolchevique que se combatió en suelo español entre 1936 y 1939. Fascistas que se embarcaron en Italia y empuñaron las armas en España por distintos motivos, seguramente uno (o más) diferente para cada Aldo, Giovanni, Marco, Giuseppe o Enrico, pero también por ideas comunes, por deseos compartidos que, por fuerza, debían pasar por el tamiz de la identidad personal y a la vez colectiva, la de ser fascistas. Creyendo en una causa que necesitaba, para conseguir aunar a la comunidad nacional, de la extirpación del enemigo. Obedeciendo al dictado del Duce, por supuesto, pero también, como hombres conscientes formados en los valores del fascismo, obedeciendo al llamado de una fe fascista, que pasaba por la ampliación de sus fronteras geográficas e identitarias y por la convergencia con otras experiencias contrarrevolucionarias europeas. Combatiendo en tierra extranjera contra el bolchevismo, el marxismo, la anarquía, los sin fe y sin patria, la horda roja, el comunismo. Creyendo, obedeciendo, combatiendo: a fin de cuentas, eso era ser fascista, y así rezaba su lema: *Credere, Obbedire, Combattere*.

De entre las diferentes guerras superpuestas que constituyen lo que hoy conocemos como Guerra Civil española, puede que ninguna haya sido objeto de tantos análisis como la guerra internacional[1]. La participación del fascismo italiano se encuentra, por su parte, entre las que más toneladas de celulosa han consumido. Desde la perspectiva militar a la diplomática, desde la política a la cultural,

desde la denuncia a la apología, la presencia de la aviación legionaria, la marina y la infantería italianas en la guerra de España no ha perdido vigencia historiográfica, al menos, desde que John Coverdale plantease las bases históricas y documentales para valorarla y Morten Heiberg, por su parte, un marco conceptual novedoso para interpretarla. Marco que, a juzgar por la escasa contestación que ha tenido, puede considerarse hoy bastante asumido por la historiografía que se dedica a la internacionalización de la guerra[2]. Existe, en la actualidad, un amplio abanico de fuentes y de análisis, desde los primeros trabajos de Ismael Saz hasta las historias más o menos oficiales publicadas, con sus respectivos aportes documentales, por el Ufficio Storico del Estado Mayor del Ejército italiano, pasando por la trilogía de José Luis Infiesta (bajo el seudónimo de Alcofar Nassaes), varios estudios regionales, análisis sectoriales, y hasta por varias recopilaciones fotográficas[3]. Con una evidente tendencia a analizar mucho más el inicio de la intervención que su desarrollo, es perfectamente viable construir un relato de la participación italiana desde las fuentes archivísticas publicadas y desde los textos de algunos de sus grandes protagonistas (la *Opera Omnia* de Mussolini, los diarios de Ciano, los profusamente editados documentos diplomáticos italianos, la monumental biografía del Duce escrita por Renzo de Felice, así como la de Franco, por Paul Preston[4]).

De tal modo, se suele asumir como incorporada, al menos en el relato académico, la historia, primero, de las conspiraciones mussolinianas contra la República española y los movimientos diplomáticos que desembocaron en la ayuda italiana a la sublevación de 1936. Y segundo, la del Corpo Truppe Volontarie (CTV), heredero de la Missione Militare Italiana in Spagna (MMIS) y gran contingente militar de una sola nación extranjera en la Guerra Civil española[5]. Sobre esto último, el acuerdo sobre los volúmenes, militares o no, es generalizado: se trató de una intervención que alcanzó su máximo numérico en febrero de 1937, cuando en España había 44 263 soldados italianos entre los 18 477 que pertenecían al Ejército (que aquí llamaré la mayoría de las veces Regio Esercito) y los 25 856 de la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale[6] (MVSN, aunque la llamaré, sobre todo, Milizia), a los que además habría que sumar 5699 hombres de la Aviazione Legionaria. El

total, siguiendo a Coverdale, a Infiesta y al Ufficio Storico, alcanzaría un resultado total cercano a los 79 000 combatientes. Según mis fuentes, 78 846. Unos 45 000 pertenecientes al Ejército regular; unos 29 000, a las milicias fascistas. Murieron unos 3700 y 11 763 fueron heridos[7]. Los datos coinciden en casi todas las monografías desde mediados de la década de 1970.

Tampoco ha existido demasiado debate sobre las motivaciones de la intervención. La mayoría de síntesis de conjunto o de análisis sobre la dimensión internacional de la Guerra Civil española, sobre todo las anteriores al trabajo de Heiberg, se han movido muy poco de los parámetros establecidos por Coverdale en la década de 1970, según los cuales la de Mussolini fue, eminentemente, una acción pensada en clave geoestratégica y antifrancesa por el control del Mediterráneo occidental. La intervención *italiana*, que no —o no siempre— *fascista*, no habría tenido, en consecuencia, nada que ver ni con España en sí, ni con Franco, ni con la política, ni con el fascismo. Tuvo por objetivo el control del mar común. Alcanzó su momento cúspide con la intervención en el golpe de 1936. Y su desarrollo no sería más que la consabida historia de éxitos y fracasos, asociada fundamental e indisolublemente a nombres como Málaga o Alicante, pasando por Santander y, sobre todo, Guadalajara. Punto final, historia incorporada, analicemos sus armas, sus uniformes, algunas de sus cartas, los documentos de sus oficiales o de los ministerios que tuvieron mando sobre ellos, porque lo importante ya está descubierto, y además hay acuerdo interpretativo. Lo que queda por decir, pues, son ya solo detalles.

A resultas de todo este conjunto de elementos e interpretaciones, la intervención italiana en la Guerra Civil española queda reducida a una suerte de intrascendencia. Territorial-estratégica, porque Mussolini no consiguió hacerse con el control del Mediterraneo occidental. Diplomática, porque la verdadera importancia correspondió a la influencia alemana, siendo la italiana solamente una excusa para combatir los intereses franceses. Política, porque en España no habría habido fascismo, a lo sumo un régimen autoritario militar y clerical parafascista, fascistizado, fascistoide o cualquier derivado de la palabra fascista con los necesarios prefijos y sufijos. Y militar, porque la incapacidad italiana para la guerra en España convirtió a los combatientes italianos en personal de retaguardia.

Así las cosas, podría parecer que ya no hay problema alguno que abordar, que es historia cerrada, finiquitada, agotada. En consecuencia, un libro como este no tendría demasiado sentido. Sin embargo, se está lejos de tal conclusión. Es más: un planteamiento histórico aproblemático es, en sí mismo, la evidencia de que existe un problema.

Los resultados de esa suerte de acuerdo no pueden ser, de hecho, más insatisfactorios. Por un lado, hay quien analiza el CTV en términos exclusiva y descontextualizadamente militares, desatendiendo cualquier otra dimensión histórica y reproduciendo, las más de las veces, una perspectiva alicorta en lo conceptual, repetitiva en lo descriptivo, abundante en prejuicios y, en ocasiones, de nula originalidad ni factual ni interpretativa[8]. Por otro, hay quien reduce la intervención mussoliniana a aspectos de geoestrategia, política exterior y diplomacia que, si bien podían resultar innovadores en los trabajos de la historiografía italiana y los primeros que se editaron desde la historiografía académica hispana[9], resultan hoy repetitivos y poco originales. Buena parte de la literatura y las historiografía enclava la participación italiana en la guerra de España, de hecho, fundamentalmente e incluso de manera exclusiva como un elemento más en el contexto de la política exterior italiana[10]. Y ciertamente supone una dimensión importantísima en el terreno de la toma de decisiones, no ya solo al inicio de la intervención, sino también —y diría: sobre todo— en los momentos en que esta hubo de sostenerse, mantenerse y apuntalarse. La dimensión geoestratégica internacional es central para responder a las preguntas generadas por la intervención fascista en España. Imperial, agresiva, de largo recorrido y rematada con la alianza con una Alemania nazi a la que uniría su destino final, la política exterior fascista habría tenido, según la mayoría de sus analistas, una particular vocación mediterránea, encaminada a la disputa territorial contra los intereses franceses e ingleses, que favoreció la decisión de entrar en la Guerra Civil al lado de Franco. De tal modo, la intervención en España se sumaría a las disputas por la construcción de un espacio de influencia italiano y contribuiría a los variados equilibrios, desequilibrios o reequilibrios entre las fuerzas militares, económicas, políticas de las grandes potencias en el marco de la Europa de entreguerras. Es,

pues, un aspecto fundamental. Cuestión diferente es convertirla en el eje gravitacional explicativo sobre el que deba bascular toda la interpretación de la intervención fascista en España.

Los análisis basados en términos geoestratégicos y diplomáticos suelen ser problemáticos a la hora de identificar a los sujetos históricos, reducidos de manera hipostática a ciudades, cancillerías, países o edificios («la oposición de Francia», «Moscú respondió», «la respuesta de Palazzo Chigi», etc.) o, sobre todo, a los grandes personajes: la que en otro lugar he denominado la *great men theory*[11], según la cual el pasado es el resultado de decisiones individuales de unos líderes ungidos de un poder cuasiomnímodo y una naturaleza metafórica. Esta perspectiva fuertemente personalista y, a mi juicio, no menos simplificadora, tiende a la construcción de sujetos con más capacidad evocadora que descriptiva, con una capacidad de influencia y presencia casi total en los procesos y acontecimientos históricos. En el caso que nos ocupa, la identificación entre sujetos (Mussolini), políticas (antifrancesas en el Mediterráneo) y estereotipos, ha lastrado notablemente el análisis de la política exterior fascista. La atención, a mi juicio excesiva, que la historiografía ha puesto en 1936, en los inicios de la intervención mussoliniana en España y el apoyo al golpe de Estado, ha dejado vacíos de contenidos los años centrales de la misma, 1937 y 1938, como si lo único importante fuese la toma de la decisión, y no sus consecuencias. Y como si su despliegue estuviese ya implícito y predeterminado en su origen. Por decirlo con claridad: en 1936 no estaba todo prefijado. La primera intervención fue estratégica y de ayuda armamentística. Fue el fracaso del plan del golpe de Estado, muerto a las puertas de una capital, Madrid, que no llegó a ocuparse como era el plan original, el que abrió la puerta a la Guerra Civil. Con ella, a la intervención masiva de la Italia fascista, que no fue mera continuación de la estrategia original, sino que estuvo provocada por su fracaso. Y con ella, al contrario de lo que suele opinarse, a la verdadera internacionalización del conflicto, en torno a noviembre de 1936 y principios de 1937. Es la intervención masiva fascista la que nutre, de hecho, este proceso. El eje gravitacional de la internacionalización de la Guerra Civil española es el envío de la masa de soldados italianos. Baste considerar que ellos sumaban no

solo más personas, sino, según algunas estimaciones, más del doble, que el total de las Brigadas Internacionales.

No pocos estereotipos, y no menos problemas metodológicos e historiográficos, rodean esta intervención. Siempre, claro está, con matices: no es lo mismo el análisis de la geoestrategia y la gobernanza a escala internacional en la era de expansión fascista y de fascistización de Europa, que creer que el objetivo de Mussolini era estar a la «misma altura» que Hitler e «impresionarle con sus conquistas», saciar su vanidad y emborracharse de orgullo, pues, pese a la mitificación, «era terrenal»[12]. De hecho, no termina de desaparecer una cierta estereotipización del fascismo y de los fascistas basada en la teatralidad, los gestos, lo vibrante, lo espectacular. El «brazo amenazante» del Duce, la espectacularidad «como corresponde al buen fascista italiano» de Bonaccorsi (el célebre conde Rossi del que se hablará más adelante), el populismo «lleno de coraje, generoso, irreflexivo, sentimental, teatral» del agente consular en Málaga, Tranquillo Bianchi, «otro Schlinder italiano en España» son los elementos que identifican, según una lectura muy común, al fascista convencido y coherente: arrojadizo, vociferante, temerario, venido a España a combatir por su Duce y para salvar, en una mezcla de estereotipos buenistas y propaganda autojustificativa, a la nación española en peligro. Por el contrario, la mayoría de combatientes de tropa, que no «sentían *espiritualmente* esta guerra», no podían responder a esa identificación y, por tanto, cabe cuestionar, cuando no negar abiertamente, su fascistidad[13].

A mi juicio, esa estereotipización responde a una argumentación *blanda* de la naturaleza histórica del fascismo, que para lo que nos ocupa tiene al menos tres derivadas retroalimentadas, identificables desde los panfletos más terrenales hasta los más elevados tratados historiográficos: la exaltación, por un lado; su contemporización, por otro; y por oposición, su banalización. Como se verá, para sortear esa argumentación blanda, mi análisis de la intervención italiana en España y del CTV pasa por atender desde dentro a las razones de quienes lo integraron, desde sus palabras y sus relatos. Sin embargo, hay que cuidarse mucho de convertir esas narraciones en eje explicativo, dando por buena la mitificación heroica de los italianos en la guerra española. Un ejemplo de lo que digo, claro ejemplo de la exaltación del CTV como fiel reflejo de la identidad

fascista, puede resultar revelador. Para José Luis Jerez Riesco, prologuista en su edición de 2011 de un importante libro como el de Sandro Piazzoni, los combatientes «alborozados, con himno y canciones en sus labios» manifestaban «su deseo irrefrenable de ser partícipes en las trincheras donde se dilucida un duelo de valores supremos ante la Patria en llamas» y en peligro «de sucumbir ante la esclavitud del azote marxista». Traían para ello en sus mochilas «la mística fascista y el sentimiento de epopeya», volviendo al «encuentro secular con las calzadas romanas y las urbes cesáreas que trazaron y fundaron sus ancestros». Acudían prestos, regresaban, auxiliaban a la España eterna con sus espadas flamígeras, hermanos predilectos al paso alegre de la paz romana y española, inmolados por la civilización europea continental[14]. Es cuanto menos meritorio conseguir reunir tantos tópicos en tan poco espacio. Pero no obstante la batería de estereotipos, su base argumental es común a una parte importante de la historiografía o la parahistoriografía que se ha dedicado a la intervención fascista en España: la epopeya del CTV fue la del anticomunismo.

Como es bien sabido, esa fue una de las grandes bazas de las que se sirvió la dictadura de Franco para construir, ya desde 1936, su propia mitología política[15]. Muchas de esas trazas narrativas se han reproducido en no menos volúmenes, aparecidos todos ellos después de 1989, lo cual es reflejo de un estado de opinión hacia el pasado fuertemente influido por el presente y por sus prejuicios políticos. Eso, evidentemente, lastra el análisis histórico: por un lado, porque lo hace deudor en exceso de los mecanismos de autojustificación narrativa de los actores y sujetos del pasado. Y por otro porque esa deuda acaba por convertirse en el eje gravitacional de la interpretación. Es la derivada contemporizadora del análisis blando del fascismo. Un libro como *Dossier Spagna*, que recoge mucha documentación original y fuentes de primer orden, se convierte en una obra inútil desde el momento en que se abre con una admonición a la lucha contra la peste comunista que, a juicio de los autores, se habría extendido por el mundo de no haber triunfado los *nazionalisti*. En 1936 y en los dos mil, al comunismo había que decirle «no pasaran [*sic*]». Hoy y ayer, como hicieran los buenos españoles guiados por Franco: un hombre, palabras de Pierluigi Romeo di Colloredo, de increíble frialdad y capacidad, de

extraordinaria inteligencia. Probablemente, el político más grande en doce siglos de historia española[16].

Frente a ese feroz anticomunismo, fuente y matriz de legitimidad y, por tanto, generador de trascendencia histórica para el CTV, en muchas ocasiones se ha interpuesto la banalización. Según algunas lecturas comunes que tienen por origen la propaganda antifascista de
1937-1939,
Mussolini habría enviado tropas, técnicos, armamento, munición y dinero a España para convertirse en un nuevo emperador del Mediterráneo, incluidas las Baleares. Pero como las tropas fascistas hicieron un ridículo espantoso en Guadalajara, desde entonces, intervención directa de Franco mediante, serían apartadas de las grandes operaciones militares o situadas en una discreta segunda fila. Súmese a todo eso un buen puñado de tópicos sobre la impericia, incapacidad y hasta cobardía italianas en la guerra, desde la derrota de Caporetto hasta la salvación por parte de los Africakorps en África oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Súmesele, también, la imagen tópica de la sensualidad de los varones italianos y su tendencia al casanovismo. Y añádase por fin una buena dosis de un Mussolini poco fascista, más bien geoestratega en clave nacional italiana, superado por las circunstancias, enterrado en arenas movedizas de una intervención en la que no entra convencido, de la que según su embajador Cantalupo habría que haber salido en la primera semana, involuntario en sus decisiones e irresponsable, por tanto, de sus consecuencias. El resultado será la imagen estereotipada de una intervención militar desastrosa, desorganizada, descreída, de unos combatientes arrogantes, perfumados, odiados por los españoles, y cuyo mayor éxito habría sido la procreación y la difusión de la italianidad por vía genital.

A esta imagen, como se verá, no poco contribuyeron los propagandistas del régimen de Franco, pues solo Franco, nunca Mussolini, y menos después de 1945, podía aparecer como el salvador de España. Posiblemente fueron la dictadura y sus mecanismos de control narrativo quienes más hicieron por desinflar la importancia de la intervención italiana. Es interesante observar cómo la misma historiografía oficial de lo que ahora denominamos

primer franquismo hace *tabula rasa* de ellos o alimenta las dudas sobre, fundamentalmente, la derrota en Guadalajara[17]. Ocurre, sin embargo, que esa ridiculización, por una parte, y banalización, por otra, también se han alimentado desde el otro lado del Mediterráneo, donde pervive con fuerza el relato de la «brava gente», de los combatientes italianos entre bondadosos, empáticos y cercanos cuyas intervenciones militares y ocupaciones territoriales estarían exentas de las brutalidades y los horrores de sus aliados, fuesen los alemanes en Grecia, Yugoslavia o la Italia meridional, o los mismos españoles (violentos, sedientos de sangre) en la Guerra Civil española. La Italia de Mussolini fue extremadamente violenta en sus prácticas coloniales, limitada en cuanto a asesinatos políticos en tiempo de paz (como, por otra parte, la mayoría de los regímenes violentos en tiempo de no estado de guerra: España, desde 1949) y salvaje en los contextos de guerra mundial y de ocupación (en el Mediterráneo, en los Balcanes, en Rusia) y de guerra civil: primero en la española y después, en la guerra interna a cuatro bandas (partisanos, fascistas de Saló, ocupantes nazis y aliados) entre 1943 y 1945. Sin embargo, es extraño encontrar una historia de esas prácticas bélicas que las conecte con la naturaleza del régimen italiano, con el carácter militarizado de su política exterior, con el fascismo como gran praxis política europea en entreguerras, y con su deriva violenta y, en sus posibilidades más extremas, eliminacionista. Según el mito del «bravo italiano», los combatientes transalpinos, los fascistas italianos no habrían incurrido, ni en Etiopía ni en España, ni en Albania ni en Grecia, en crímenes de guerra, deportaciones o prácticas de violencia colectiva[18]. Tampoco, por descontado, en Italia: allí, los ocupantes alemanes serían los únicos responsables de la violencia contra los civiles en la guerra de 1943-1945[19]. A ese limado de astas se le suma además una suerte de nacionalización y desfascistización de los procesos bélicos del *Ventennio* fascista: habrían sido las guerras italianas, no las guerras del fascismo[20]. Por oposición, ese es el origen del título de este libro.

La intervención militar y política en la Guerra Civil puede leerse en términos exclusivamente nacionales, como han hecho muchos autores. E incluso puede leerse en términos diplomático-militares, haciendo desaparecer de la ecuación la variable del fascismo y

convirtiéndola en una participación de Italia en la guerra de España, sin adjetivos, sin subordinadas, sin matices. En mi caso, es la insatisfacción frente a esas lecturas la que me lleva a plantear otras hipótesis. Desde mi punto de vista, que intentaré explicar en este libro y hacerlo si no convincente, sí al menos interesante para la reflexión y el debate, la intervención armada italiana al lado de los militares y civiles sublevados en julio de 1936 contra el Gobierno de la Segunda República era coherente con el proceso de construcción de una Europa fascista en el marco de la progresiva deriva autoritaria y fascistizante del continente, sobre todo en la década de 1930 pero con las miras puestas en el futuro. Como diría Serrano Suñer, tras la guerra española, podría constituirse en Europa una «intensa alianza entre los países latinos y católicos»[21].

Así fue recibida en el complejo marco del territorio sublevado, primero en un momento en el que por no existir, no existía ni una retaguardia que como tal pudiera denominarse, y después en un tiempo de construcción del poder, impregnación política recíproca y, no lo olvidemos, guerra total y sin cuartel contra y desde el enemigo. Desde Italia, en consecuencia, Mussolini y la jerarquía política del fascismo no solo pensaban en apoyar al amigo (o al enemigo del enemigo), en salvaguardar su espacio territorial o en incrementar su capacidad de influencia en territorio español, en Europa o frente a la Sociedad de Naciones. Mandar a 78 000 soldados a morir y a matar a España, dilapidar miles de millones de liras en la campaña —Mussolini gastó en España el equivalente a un año entero del presupuesto de las Fuerzas Armadas, unos 8,5 billones de liras[22]— y, de alguna manera, poner sobre el terreno de la política internacional el prestigio del reino también perseguía la construcción de un continente nuevo, de una nueva Era Fascista. De hecho, 1936 supuso un giro radical a la política y a las aspiraciones de convergencia de los fascismos europeos. Primero, porque el aislamiento internacional y el embargo de Italia a raíz de la ocupación de Etiopía terminarían por acercar al gobierno de Mussolini a la Alemania de un Hitler que habría decidido, en protesta, rechazar la entrada en la Sociedad de Naciones. Segundo, porque al final de la crisis etíope se sumaría, en marzo de ese año, la crisis de Renania, cuya remilitarización por parte del gobierno alemán rompía con los Tratados de Versalles y de Locarno y

probaba los límites de la política de apaciguamiento frente a los intereses irredentistas y expansionistas de la Alemania nacionalsocialista.

El tercer gran episodio de ese 1936 que hizo, para no pocos historiadores, irrefrenable la Segunda Guerra Mundial fue España. Aquí se selló la primera gran alianza internacional fascista. El año 1936 como primer capítulo de 1941; en ambos, presente la Cruzada europea contra el enemigo bolchevique[23], cuya utilización tantas garantías narrativas proporcionaría a los fascismos derrotados y supervivientes del final de la Segunda Guerra Mundial. Así se expresaría, de hecho y de forma muy explícita, el embajador italiano en la ceremonia de colocación de la primera piedra del Sacrario Militare de Zaragoza, en 1941: los caídos en la Cruzada tenían su relevo en los «héroes de la División Azul que, juntos con los mismos compañeros de armas de ayer, luchan hoy contra el mismo enemigo»[24]. La Cruzada española como primer asalto de la nueva Cruzada anti-bolchevique, en la que España se pondría al lado de sus naciones amigas en el frente oriental, el Ostfront, para «corresponder a los servicios y sacrificios prestados» en la Guerra Civil[25]. Sin duda, que un relato haya sido utilizado profusamente por la propaganda, por la historiografía de legitimación del poder o por la memorialística no lo invalida por entero, más bien añade capas a la gran superposición narrativa que denominamos pasado.

La intervención en España fue, pues, mucho más rica y tuvo mucho más contenido que el que se le suele atribuir tanto desde la historiografía española (un aspecto más bien intrascendente dentro de la Guerra Civil) como desde la italiana (un elemento más en el análisis de la política exterior de Mussolini). Y posiblemente no sea un enigma ni haya muchos algoritmos que resolver, pero sin duda su interpretación está lejos de ser satisfactoria. A mi juicio, una intervención que implicó tantos esfuerzos militares, económicos y humanos, que derramó tanta sangre, que rompió tantas vidas, no pudo ser el simple resultado del deseo del Duce por controlar el Mediterráneo occidental. No pudo ser meramente defensiva. Y no puede desligarse sin más de la naturaleza política, ideológica e identitaria que nutría el poder fascista[26]. Esencial para la victoria sublevada, tanto el envío de tropas y suministros como la participación abierta de las fuerzas armadas fascistas en las

conquistas territoriales, en los bombardeos sobre objetivos militares y civiles o en la guerra naval, marcaron en buena medida elementos centrales de la Guerra Civil tanto desde la perspectiva española como desde la italiana. Además, la experiencia bélica signó abiertamente un capítulo nuevo en el uso de la diplomacia y la propaganda en el marco de la fascistización de Europa y su expansión a lomos de la guerra total[27]. La española fue, pues, la guerra que más y mejor situó las ambiciones del fascismo italiano en Europa, en el Mediterráneo, en España, o en relación con las políticas exteriores de los países de su entorno, al menos antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero, además, marcó ya de manera definitiva la inseparable relación entre fascismo y guerra, entre expansión, impregnación y violencia, entre obediencia, combate y creencia[28].

En la medida en que lo que hacemos los historiadores es casi siempre una historia-problema, es decir, un acercamiento al pasado desde perspectivas diferentes a las ya empleadas en otros trabajos para problematizar un determinado aspecto, proceso o acontecimiento, hay que ser explícitos a la hora de identificar exactamente a qué problemas nos estamos refiriendo, a qué paisaje nos estamos asomando y desde qué ventana de qué edificio. Tal y como está concebido, y como señala en su prólogo su mayor experto español, Ferran Gallego, el problema de este libro es el fascismo. Y al margen de las diferentes consideraciones posibles, creo importante subrayar cómo el fascismo, lejos de consensos interpretativos, es un tema problemático para la historiografía. No lo es menos su relación con el otro fenómeno central de este libro, la guerra. La italiana en España reúne ambos fenómenos como pocos otros ejemplos. Como tal, este libro parte pues de al menos dos ventajas. La primera, trabajar sobre una potencia como la fascista, explícita en sus intenciones militares, políticas e identitarias y, en la medida de lo posible, coherente con ellas. La segunda, hacerlo desde la perspectiva de un grupo no homogéneo pero sí reconocible de militares (y) fascistas, con unas fuentes documentales militares, políticas y diplomáticas delimitables, y con un *corpus* memorialístico rico y complejo. Desde esas fuentes he podido abordar, entre otras, cuestiones como la dimensión internacional de la guerra española, la relación entre la propaganda

y la impregnación política en la retaguardia, o la experiencia italiana del combate: lo que algo pomposamente se denomina historia social de la guerra, y que no es otra cosa que, como dice mi amigo Sergio del Molino, tratar de contar que los soldados, además de posar simpáticos en las fotografías, desfilar o confraternizar con los camaradas, matan y mueren, violan y saquean, odian y se vengan, marchan bajo el sol o la nieve, acumulan horas de sueño y miedo, huelen a mierda y a sangre durante semanas.

A la luz de las miradas recientes, y con tanta información en la mano, escribir este libro ha sido un fatigoso y apasionante juego de hipótesis y hallazgos, en los que he intentado poner el foco de atención en aspectos diferentes y poco atendidos por la historiografía, mayoritariamente diplomática o militar. A saber: que la intervención italiana en España se enmarcaba en una lógica política supremacista no ya solo sobre el Mediterráneo, sino sobre Europa, en la que los fascistas conocían con extremo detalle el plan sublevado de julio de 1936 y actuaron en consecuencia (capítulo 1); que el fracaso y no la continuación del plan inicial de apoyo a la sublevación fue el que hizo que en 1937 Mussolini enviara a España un ejército expedicionario capacitado para la guerra total de aniquilación y transformación en clave fascista (capítulo 2); que por ese motivo dieron tanta importancia a la influencia política, hasta el punto que, aunque evidentemente las experiencias de combate y retaguardia de los más de 78 000 italianos que intervinieron en las divisiones fascistas en España demuestran la heterogeneidad de intereses, aspiraciones, relatos y memorias que genera cualquier proceso histórico —y más si hablamos de una guerra civil y de un marco como es el del fascismo—, pueden considerarse inspiradores de la estructura del Nuevo Estado y evangelistas del fascismo (capítulos 3 y 4); y que los cambios ejercidos en los mecanismos de la ayuda militar y política desde 1938 y hasta el final de la guerra buscaban, fundamentalmente, favorecer la victoria sublevada porque ese era el bando natural del fascismo (capítulo 5) en el contexto de una Europa que se lanzaba hacia la guerra continental.

El 27 de julio de 1936 daba inicio a la intervención italiana en la Cruzada española, en la Liberación Nacional, en la Guerra Civil. Una «nueva raza» nacía para Europa y para el mundo, la de los «chicos de Mussolini». Unos chicos de vida «heroica y dura» y de

«extraordinaria fe», en lucha por una bandera que no era la del propio país. Unos «verdaderos hombres» que habían entendido que combatiendo al bolchevismo en España, se combatía por el fascismo y por Italia[29]. Daba inicio, así, la que hasta ese momento era, sin duda, la más fascista de las guerras: una intervención fuera del suelo italiano identificable dentro de los parámetros de lo que Alan Kramer denomina *fascist warfare*[30]. A saber, un modo específico de hacer la guerra por parte del fascismo caracterizado entre otras cuestiones por la guerra rápida de movimiento, la *guerra celere*, y de una agresión revestida de retórica voluntarista, positiva, protectora y transformadora, por la fascinación por el arma aérea como mecanismo de combate violento y letal contra el enemigo armado y de transformación limpia de su retaguardia, por la convergencia de las armas y las ideas en el terreno de una fascistización política paralela a la construcción de una hermandad de sangre, o por la identificación entre potencias de una unidad de intereses geoestratégicos, ideológicos, culturales, identitarios y políticos al servicio de la cual se realizarían cuantos sacrificios fuesen necesarios. Como escribiría el yerno de Mussolini y ministro de Asuntos Exteriores Galeazzo Ciano el 22 de febrero de 1939, algún día los que tanto se reían de la intervención italiana en España entenderían que en el Ebro, en Barcelona o en Málaga se habían sentado las verdaderas bases del imperio mediterráneo de Roma[31]. Lejos de la intrascendencia o la banalización, la participación de la que podríamos llamar internacional fascista en suelo español puede leerse, en su contexto europeo y mundial, como uno de los elementos del periodo
1936-1939
peninsular que elevan su importancia al rango de epítome de la contemporaneidad.

Sobre todo esto gravitan mis hipótesis centrales, que se pueden resumir en una: entender mejor la intervención fascista en la guerra de España es entender mejor la guerra y el fascismo.

CAPÍTULO 1

MALAS INTENCIONES. LA INTERVENCIÓN FASCISTA EN EL GOLPE DE ESTADO, 1936

Corría el séptimo mes del año 1936, el decimocuarto de la Era Fascista, cuando estalló en España el golpe de Estado. Mussolini se encontraba en los días anteriores realizando diferentes viajes por Italia. Y si seguimos sus declaraciones en las fechas de las primeras noticias que llegaban desde África y desde la Península, parecería que el golpe era cosa totalmente ajena a su persona[32]. Sin embargo, siempre dentro del terreno de la conjetura, algo deja entrever a qué se estaba dedicando. Llama la atención, en un hombre con su apretada e intensa agenda, el hecho de que, al menos según la actividad registrada por los compiladores de su *Opera Omnia*, el Duce tuviese más bien nula actividad pública entre el 15 de julio, día en que pronunció su célebre discurso relativo a la «bandera bianca» levantada por el «sanzionismo mondiale», y sus primeros viajes de agosto, datados a partir del día 4 de agosto. En todo ese tiempo no hizo alusión alguna a España, pero sí, y constantes, al Imperio africano. Y de ello puede extraerse alguna clave de lectura. Así, en su discurso del Avellino del 30 de agosto, África aparece como contexto para renegar del absurdo de la «paz perpetua», para describir como catastrófico fracaso la conferencia de desarme, para subrayar que el Imperio no había nacido de los compromisos ni de las verdes mesas de la diplomacia, sino de las batallas gloriosas y victoriosas contra una coalición «casi universal» de estados, y para recordar que la máxima de los italianos del tiempo fascista era ser fuertes, siempre más fuertes. Tanto, como para poder hacer frente a cualquier circunstancia y mirar a los ojos al futuro.

No nombraba España, pero Mussolini no podía aducir

desconocimiento. En primer lugar, porque fue informado puntualmente de cuanto acontecía en la Península y en África por parte de su red consular, del Ministerio de Ciano y del SIM. Además, tuvo un profuso acceso a los medios de comunicación europeos y al tratamiento que, día a día, daban a los acontecimientos españoles y a sus repercusiones en las respectivas políticas nacionales. Pero, sobre todo, Mussolini no podía aducir desconocimiento porque era consciente de que el golpe de julio venía preparándose desde tiempo atrás. Y lo era, porque él mismo y la administración de su Gobierno contribuyeron a gestarlo. Posiblemente, no adquirió su forma definitiva hasta 1936. Pero cada vez parece más claro que, para entender toda la complejidad de lo ocurrido en el verano de ese año, hay que mirar cuanto menos a dos antes, a 1934, teniendo en cuenta que se podía saber mucho más de lo que se podía decir respecto de las conspiraciones contra la República española. Desde entonces existían acuerdos y contratos para ayudar a las fuerzas políticas antirrepublicanas en sus proyectos de derribo del régimen. Sin pretender hacer una correlación causa-efecto teleológica en exceso, parece claro que, al menos, existe una conexión de intereses, una preparación y una orientación previa, aunque por supuesto nada de eso conlleve pensar que el modo, los tiempos y los resultados del golpe de julio estuviesen ya marcados. La intervención fascista en España fue el resultado de una compleja y no predeterminada sucesión y yuxtaposición de contextos, procesos, circunstancias y decisiones.

Algunas de esas últimas, y las situaciones que las precedieron, han sido objeto de muchas publicaciones. No faltaron ya en los años bélicos y posbélicos[33]. Y no han dejado de llenar estantes y librerías, hasta el punto de que existe una suerte de sobredimensionamiento bibliográfico de esas primeras semanas de verano y, si queremos, hasta la derrota italiana en Guadalajara, respecto a los largos meses de participación militar, política y cultural fascista en España. La mayoría de trabajos cubren de forma tan extensiva los primeros ocho meses cuanto escasa los siguientes veinticuatro[34]. La ventaja de todo ello, posiblemente la única, es que el tracto cronológico del inicio de la intervención resulta muy familiar, pese a que, como señala con no poca acidez Morten Heiberg, buena parte de la historiografía, sobre todo la italiana, se

haya limitado a «reciclar los puntos de vista de Coverdale y de De Felice»[35]. Conocemos así con sobradas garantías, gracias a las puntillosas reconstrucciones disponibles, la línea que llevó a la decisión final del envío primero de ayuda y armamentos y, luego, al masivo de tropas. Sin embargo, la interpretación global de los acontecimientos dista de estar cerrada. Es más, aquí me muevo en una hipótesis opuesta a la mayoritaria. Lo habitual es la proyección sobre julio de 1936 —como si estuviese ya todo prefigurado desde el inicio— de cuanto tendrá lugar después, en 1937. Es decir, la intervención masiva en España de la Italia de Mussolini. Sin embargo, yo considero, y trato de demostrarlo, que la intervención masiva no fue la continuación del plan inicial de 1936, sino el resultado de su fracaso o, mejor, el del fracaso del entero plan sublevado apoyado desde julio por las potencias fascistas. Sin ánimo de exhaustividad, este capítulo quiere acercarse al qué, al cómo, al cuándo y sobre todo al porqué de la intervención fascista en ese golpe de Estado, es decir: entre julio y noviembre de 1936. Desde qué antecedentes. Y con qué objetivos.

Fe ciega

Una Roma imperial, sabia, fuerte y disciplinada. Una Roma rediviva en el fascismo. Un Mediterráneo romano: a tal cosa aspiraba la jerarquía del *Ventennio*, empezando por el mismo Mussolini, que soñaba en 1928 con una Italia romana, es decir, sabia y fuerte, disciplinada e imperial, en la que la historia del mañana, la que los fascistas deseaban crear, no fuese ni el contraste, ni la parodia «de la historia del ayer»[36]. Y por mucha retórica hueca que albergue, habitual en los regímenes de año cero, de nuevo inicio, la cita del Duce debe llevar a la reflexión no tanto sobre las imágenes que contiene, sino fundamentalmente sobre cómo esas servían de marco para estrategias políticas, marcaban las coordenadas de la acción internacional y establecían la jerarquía de valores de su régimen[37]. El fascismo, que fue el movimiento político que mejor capitalizó la gobernanza de Italia en crisis tras su accidentada carrera en la Gran Guerra[38], estableció en paralelo una política exterior tremendamente agresiva, y el uso político del mito de la romanidad y del Imperio. Mito que serviría para naturalizar, en términos

simbólicos y metafóricos, su lugar en la historia italiana[39]. En su primer discurso frente a la Cámara de los Diputados el 16 de noviembre de 1922, Mussolini recordaba que los tratados, en referencia al de Versalles, ni eran eternos ni irreparables: eran capítulos, y no epílogos de la historia[40]. Durante casi veinte años, la diplomacia y la acción militar italianas actuaron en consecuencia, con un objetivo declarado: abrirse un hueco en el teatro internacional con el carácter de gran potencia no subordinada a los intereses de otros países.

Hasta Renzo de Felice, tan proclive a considerar que el fascismo careció de una agenda exterior propia, atribuye las características de la política internacional de Mussolini a un conjunto de estados de ánimo, convicciones y motivaciones culturales específicas del fascismo y encaminadas a la acción. Como dijera en un discurso de mayo de 1930, en su célebre *tournée* incendiaria por Florencia, Livorno y Milán, «las palabras son una cosa hermosísima, pero los mosquetones, las ametralladoras, las naves, los aviones y los cañones lo son aún más»[41]. La reubicación en el tablero posbélico internacional, la vocación mediterránea y el mito palingenésico de Roma se unían en las palabras del Duce al socialdarwinismo en la percepción del desarrollo de las sociedades, concebidas en términos orgánicos y vitales, para explicar la presencia continental del fascismo. Si la historia era una lucha agresiva entre pueblos jóvenes y viejos, vitales y decadentes, revolucionarios y conservadores, antidemocráticos y liberaldemócratas[42], la política internacional debía conceder a Italia su nuevo lugar, el ganado por el dinamismo de la revolución nacional. Dino Grandi, célebre por ser uno de los más violentos líderes del fascismo de primera hora y dueño de la cartera de Exteriores desde 1926, llevó a cabo estrategias de acercamiento a las potencias occidentales europeas bajo el signo del anticomunismo y el desarme[43]. Después, en 1932, el propio Mussolini retomó las riendas de la política exterior. Desde ese momento, Mussolini plantearía la vieja reclamación del Imperio.

El primero de los espacios de reivindicación sería, de hecho, el África oriental, un objetivo del expansionismo italiano desde finales del XIX con los gobiernos de Agostino De Pretis y de Francesco Crispi. Pese a haber continuado con las políticas liberales y haber firmado un tratado de amistad con Etiopía en 1928, ya desde 1932

el ministro italiano de Colonias, Emilio De Bono, prepararía una agresiva campaña contra Abisinia. El contexto internacional era entonces favorable. Como recuerda De Felice, en enero de 1935 la formación de un frente antialemán, nacido al calor del intento del Putsch nazi en julio de 1934 en Austria y cristalizado en las conversaciones entre Mussolini y el ministro francés Pierre Laval, trajo aparejada la cuestión de la ampliación de las posesiones italianas y su «mano libre» en África[44]. En ese momento, y pese a los intentos de mediación británica, Mussolini dio inicio a la campaña, tremendamente desigual, para la ocupación de Etiopía. La excusa para el ataque la sirvió la pequeña escaramuza en Wal Wal, en el desierto de Ogaden fronterizo entre la Abisinia de Haile Selassie y la Somalia italiana. Etiopía formaba parte de la Sociedad de Naciones, pero aun así, con la entrada de las tropas italianas en territorio etíope el 3 de octubre de 1935, se inició una política de hechos consumados.

Así nació el Imperio, el marco institucional de supremacía fascista que determinó la entrada de Italia en la Guerra Civil española. Solo cuatro días después, Italia fue considerada como un país agresor por parte de la Sociedad de Naciones. En mayo de 1936, tras la conquista de Addis Abeba y ante la incapacidad de los gobiernos británico y francés para lograr un acuerdo entre Mussolini y el emperador Selassie, se declaró emperador a Vittorio Emanuele III. Las fuerzas italianas totales, unos seiscientos mil soldados, contaron con una enorme superioridad de armamento y con los escasos escrúpulos, pese a que Mussolini se esforzara en negarlo, de utilizar gas mostaza contra las tropas africanas. Como se ha investigado en las últimas décadas, ese renacimiento de la Roma imperial encarnada en el Duce y en la Italia fascista tuvo, de hecho, no pocos ángulos muertos. Fundamentalmente, los relacionados con la violencia con la que se aplicó el fascismo en los territorios conquistados[45]. El poder colonial italiano infligió a los indígenas una variada gama de violencias, desde las expropiaciones a las deportaciones, desde la segregación racial a la justicia sumaria[46]. Tanto la misma conquista territorial como la represión de la lucha guerrillera contra el ejército italiano se vieron acompañadas del uso de gases venenosos, una práctica negada hasta hace muy poco pero que se reveló como real y muy mortífera[47]. Entre diciembre de

1935 y marzo de 1936, la aviación italiana efectuó en el frente Norte etíope el lanzamiento de casi mil bombas, con un total de 272 toneladas de gas mostaza. En el frente Sur, además, lanzó cuarenta y cuatro toneladas de gas fosgeno, el mismo utilizado sobre las trincheras de la Gran Guerra por su efecto paralizante del sistema respiratorio. Angelo Del Boca narra que en febrero, durante la batalla de Amba Aradan, se dispararon más de mil trescientos proyectiles con arsina, cuya inhalación es altamente letal[48].

Ese fue el antecedente inmediato y «maravilloso» de la participación en el golpe de Estado contra la Segunda República. Hasta 1996 el Parlamento italiano no reconoció la violencia y el uso de gases en la guerra de ocupación etíope. Hasta ese momento, y pese a las fuentes y pruebas encontradas por Rochat o Del Boca, habría sido un tabú rodeado de negación y buenismo[49]. Esa banalización del colonialismo italiano proyectó, sin embargo, un repertorio de juicios y valoraciones que se extienden al análisis de la política exterior fascista y, en consecuencia, de la intervención en España, difícilmente conjugable con la complejidad de la contingencia histórica. Creó la línea narrativa metafóricamente perfecta: España como la guerra que, por la alianza con Alemania, hizo de gozne entre el plácido sueño del Imperio a la pesadilla de la guerra mundial. Un buen colonialismo en Libia y Etiopía frente a una errónea política expansiva en Europa marcada por el alineamiento con un Tercer Reich sobre el que se proyectan los ángulos más siniestros del fascismo italiano[50]. La clásica correlación: África una aventura, España una guerra que habría disminuido la popularidad de Mussolini, y luego Hitler como epítome de todos los males. Un testimonio habla explícitamente de cómo

> La guerra de África fue una maravillosa aventura. La de España fue una guerra. Comenzó entonces en Italia a decaer ese entusiasmo total. Luego, los contactos con Hitler, que no le caía bien a muchos italianos. Y entonces, ese espíritu fascista empezó a declinar, hasta que llegamos al estallido de la guerra, que fue el error más grande cometido por Mussolini. El primero fue la guerra en España: la población comenzó a cambiar de idea […] con la guerra de España, la gente empezó a no pensar de manera homogénea sobre el fascismo y el Duce[51].

En todo este contexto, de hecho, la intervención en la Guerra Civil española fue la que sirvió de gozne entre la agresividad exterior colonial y el intervencionismo militar en Europa. De ese modo, solo unos meses después del triunfo africano, y en el mismo mes en que la Sociedad de Naciones levantó el boicot a Italia, España representó una oportunidad para que Mussolini introdujera una nueva política fascista en la diplomacia exterior: una política no dependiente de grandes potencias, sino fundada sobre el poder italiano, que obtuviese por un bajo coste un aliado fundamental en el Mediterráneo, que sustituiría a un enemigo potencial, la República, declaradamente antifascista, del Frente Popular[52]. España supuso el gozne entre el colonialismo y la fascistización.

La cadena de mando fue corta: la formaron, básicamente, el Duce y Ciano, sin apenas intervención por parte del monarca Vittorio Emanuele III, mantenido al margen de las decisiones centrales en
1935-1936.
Pese a haber nacido, como dijera el jurista y periodista Giuseppe Bottai (un peso pesado del régimen: director de *Critica Fascista*, ministro de Educación, alcalde de Roma y miembro del Gran Consejo Fascista), de un espíritu colectivo, la deriva personalista del fascismo en los años treinta trajo aparejadas decisiones que afectaron a su régimen y a su política. Por ejemplo, que Mussolini no informase al Gran Consejo (que, pese a todo, la aplaudió) de la decisión de intervenir en España hasta después de haber cerrado ya el acuerdo con los sublevados de julio. De manera coincidente con la exaltación del mito del Imperio y los fastos de Augusto, su exitosa carrera reciente en política exterior aceleró la concentración de poder en la figura de Mussolini. En 1933 reunió setenta y dos veces a su Consejo de Ministros; en 1936, cuatro[53]. Era el resultado de la relegación de la influencia de militares, políticos y diplomáticos a un rol meramente funcional.

Como diría el (golfista, mujeriego, joven y orondo) ministro Ciano, gracias al Duce Italia había roto su secular aislamiento y, gracias a su alineamiento con los sublevados españoles, se encontró en el centro de la más formidable combinación político-militar que jamás existiera. Sin embargo, esa intervención distó de ser meramente geoestratégica. En medio de un periodo de filosofía

estelar de la iniciativa italiana en materia de política exterior, en particular entre 1935 y 1943, la participación contra la Segunda República española se adaptó bien a la lógica fascista: la fusión de mito y realidad, identidad y geoestrategia, asimilación y violencia. Hay en esto, sin embargo, también matices importantes. Tras la exitosa campaña africana, no todas las opiniones en la Italia de Mussolini eran favorables a una intervención en España. La cúpula militar, encabezada por el mariscal Badoglio, consideraba necesario un tiempo de pausa. Mientras, Ciano promocionaba un intervencionismo agresivo y coherente con las ambiciones mediterráneas y universales del Duce. Unas aspiraciones que, de hecho, dejaban atrás la colonización y pasaban por la exportación del fascismo al orbe: la «fascistización del mundo». Ese era un objetivo central del fascismo italiano, como puede verse reflejado en un mapa del Servizio Storico-Diplomatico, titulado *Fascistizzazione del mondo!*, englobado en los documentos de trabajo de los Movimenti Fascisti Esteri[54]: fascistizar el mundo era la tarea de la política exterior coherente con un movimiento que, italiano en sus particulares, en cuanto a espíritu, idea, doctrina y realización era, debía ser según sus evangelistas, universal.

Como gran agente ejecutor en materia de política exterior de las decisiones (interventistas, agresivas, imperialistas, supremacistas) de su suegro, Ciano tenía, según Preston, tendencia a la toma precipitada de decisiones. Garante de la idea de Italia como gran potencia, propugnaba que, al contrario de la posición de Dino Grandi, la red diplomática debía servir como impulso para esas aspiraciones. Para ello se valía del Ministerio y, sobre todo, del *gabinetto*, su grupo más estrecho de colaboradores dirigido por Ottavio De Peppo. En ese contexto, el apoyo al gobierno de Franco, su reconocimiento explícito en noviembre de 1936 pero implícito desde julio, y la intervención directa en la guerra suponían, dejando al margen por ahora las diferencias de contenido, desarrollo y éxito, la confirmación de una identidad lógica basada en el reconocimiento del enemigo común. Ahora bien: ¿exactamente qué enemigo? Parte de la historiografía se decanta por mostrar la intervención del fascismo italiano en España como el «fruto del deber anticomunista de impedir que la Unión Soviética ganara una plaza en el Mediterráneo»[55]. Pero tal vez más que soviética, la

influencia que pretendía bloquearse era la del frentepopulismo antifascista. Más que el riesgo, casi propagandístico, de expansión comunista, lo que el Duce podía temer era la pérdida de hegemonía política, cuestionada por la posibilidad de un frente común de los frentes populares español y francés en la zona occidental del Mediterráneo, y de hegemonía territorial potencial, amenazada por la presencia de flotas inglesas que aseguraban las «garantías» de apoyo a Grecia, Turquía y Yugoslavia en el área oriental. Para Kallis, detrás de todo estaba también el intento de expulsar al poder británico, empezando por su control del Estrecho de Gibraltar[56]. En todo caso, la guerra fascista comportaba la unión de factores diferentes[57]. Además, había un explícito y preventivo interés defensivo. Sin ir más lejos, en el protocolo secreto entre Italia y la España de Franco del 28 de noviembre de 1936, el gobierno y el ejército italianos aceptaban respetar la integridad territorial española en caso de conflicto continental, a cambio de que no pudiesen atravesar tropas coloniales francesas por territorio español. Ningún soldado negro, diría Mussolini, podría acudir así en defensa de la metrópoli. Y esta interpretación acabaría por convertirse en canónica. Sin ir más lejos, para De Felice, progenitor de buena parte de las interpretaciones aceptadas por la historiografía italiana al respecto (y mentor de muchos de sus miembros), Italia no tuvo ningún rol en la ideación o la preparación de la sublevación militar, y su intervención no tuvo ni naturaleza ideológica ni voluntad de instaurar un régimen de tipo fascista en España, sino que estuvo motivada esencialmente por razones de orden político-estratégico tradicionales: que España no pudiera aliarse con Francia y servir, junto con las Baleares, de puente para pasar las tropas africanas a la metrópoli[58]. Todo tendría que ver con asegurar la victoria de Franco para obtener un mejor control de Mediterráneo occidental y para excluir cualquier influencia francesa en España.

Se esté o no de acuerdo con De Felice, resulta evidente que la destrucción de un enemigo, el antifascista Frente Popular, y la ayuda a un aliado-subordinado potencial, la Nueva España, tuvieron, de hecho, una finalidad protectora y de defensa del propio fascismo. Así se expresaría el primer encargado de la Missione Navale Italiana en España, el almirante Giovanni Ferretti, al señalar

que lo que se buscaba con la intervención en el Mediterráneo español era, según reconocía explícitamente, sobre todo sentar las bases materiales, espirituales, informativas para la futura influencia militar marítima italiana en España basada en la «supremacía» fascista. «Hoy», decía, el «famoso Mare Nostrum» era para Italia y su expansión una prisión de la que no tenían las llaves. Colaborar con la España sublevada no las proporcionaba, pero servía para forzar una puerta de salida, la de Gibraltar, y la del dominio del Mediterráneo occidental desde las Baleares. Por eso era importante (aun pese al carácter insufrible, quijotesco pero influenciable, diría, de los españoles) que se mantuviese la actuación marítima incluso tras la guerra, para mantener la influencia y penetración[59]. Se trataba de una defensa agresiva: Francesco Belforte, entre alegorías supremacistas de un Mediterráneo unido como un solo bloque por la férrea tenaza de dos naciones «hermanas» que siguen un mismo camino destinado a la grandeza, el equilibrio, la paz y la civilización común, no dejará de recordar cómo la afinidad entre el fascismo italiano, la España «nacional» y el nacionalsocialismo alemán debía llevar, «lógicamente», a la realización de una plataforma política común, que incluiría la «sana autarquía»[60]. Y que esa tendría su gran objetivo en la defensa agresiva de sus intereses comunes, coherente con la colaboración de armas en el terreno militar y con la sangre orgullosamente derramada.

Todo esto tenía sus propios orígenes. Las motivaciones en política internacional se deben insertar casi siempre en cuadros más amplios, que suelen desbordar la cuestión diplomática para adentrarse en terrenos de la política, la cultura o la identidad[61]. Y en este terreno, el cuadro también era el de las conspiraciones fascistas contra la Segunda República. Tal como estudió Ismael Saz, y han reproducido otros muchos autores, la historia de la ayuda italiana antirrepublicana es tan antigua casi cuanto la de la República. Solo un año después de la proclamación del nuevo sistema político, José Antonio Ansaldo se reunía en abril de 1932 con Italo Balbo, ministro fascista del Aire, para pedirle una ayuda que nunca llegó (doscientas ametralladoras) para el golpe de Sanjurjo. El 30 de marzo de 1934 Balbo y Antonio Goicoechea firmaron otro pacto secreto para obtener armas y dinero a cambio de renunciar, caso de hacerse la conspiración monárquica con el

poder, a cualquier acuerdo entre España y Francia[62]. Ninguno de esos pactos llegó a concretarse, pero sí lo hicieron otras ayudas de índole política, como las cincuenta mil liras mensuales (que al poco se redujeron a la mitad, para cancelarse en abril de 1936) a la Falange de José Antonio. Durante la República, Mussolini habría prestado ayuda a la Comunión Tradicionalista, a Falange y a Renovación Española.

En febrero de 1936, Orazio Pedrazzi, embajador italiano en España, avisaba ya de los rumores conspirativos frente a la victoria de las elecciones a Cortes del Frente Popular, aunque sería ya con el inicio del verano que los acontecimientos tomarían un rumbo acelerado imparable hacia el golpe de Estado[63]. El mismo Goicoechea reconoció a mediados de junio que la gravedad de la situación, «la importancia de la negociación y la premura de las circunstancias» le impedían alejarse de España para continuar con sus negociaciones. Sin embargo, eso no le impidió solicitar al gobierno italiano mediante una misiva a Ernesto Carpi, en nombre de su partido pero también y formalmente del de Falange y el Bloque Nacional, una considerable ayuda económica: un millón de pesetas, que no se concedió. Lo interesante, en este caso, es que con su petición incluía un detallado informe de la situación cuyo conocimiento en el gobierno italiano desmiente por sí solo, aunque haya más elementos para hacerlo, la idea de que en Roma no se sabía nada de la conspiración antes del 18 de julio. Esta incluía una explicación sobre cómo la derrota electoral de febrero había entregado el poder a «la Revolución», y sobre cómo la «situación anárquica» no dejaba «más camino que el del golpe de fuerza o la insurrección violenta». Por ahora, decía, el «ambiente de violencia y la necesidad ineludible de organizarla» había hecho nacer «en el seno de los partidos nacionales pequeños grupos de acción directa que por atentados personales, asaltos a edificios, etc., han actuado contra la revolución». Muchos de estos grupos se denominaban «fascistas y es notorio un gran aumento en las inscripciones de los jóvenes en las organizaciones de Falange Española», pero al faltar vehículos para la movilización como las agrupaciones de excombatientes, al final la clave debería estar en el Ejército. Por eso se dirigían a Italia con la solicitud de un millón de pesetas, para costear a los militares orientados «políticamente en sentido

antidemocrático» en su «movimiento de recuperación nacional por la violencia»: para la «realización urgente de un golpe de Estado», que llevaría a Sanjurjo al poder[64].

La cosa era pues más que un rumor. Ya en junio se sabía en Roma de la preparación del golpe de Estado. El gobierno fascista conoció de su forma definitiva, como mínimo, el día antes de la sublevación[65], aunque el SIM hubiese informado ya en junio sobre el carácter «inminente» del «movimiento militar y falangista»[66]. Y seguro, con sus formas bien precisas y delimitadas, el mismo día 18. En el Archivo del Ministero degli Affari Esteri de Roma se alberga toda la serie de telegramas que llegaron a Roma dando cuenta de las diferentes informaciones relativas a la sublevación, y comienzan el mismo 18 de julio de 1936[67], cuando desde el Consulado italiano se hiciesen llegar las primeras proclamas de Franco: «Gloria al heroico ejército de África. España por encima de todo […] Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor». Fe ciega (siempre lo es), España con honor, por encima de todo: lenguaje que se mantendría en los días posteriores, en una serie de telegramas cifrados o desde Tetuán o desde la embajada en Madrid sobre la «Situación en España», de la que pueden extraerse no pocas lecturas sobre el desarrollo de los acontecimientos, su percepción desde el régimen fascista, la cadena de mando hecha evidente con el golpe de Estado y, por último pero no por ello menos importante, el lenguaje utilizado para la ocasión.

Así, se trataba de una situación marcada, como no podía ser de otra manera, por un movimiento —según se decía— de «carácter a la vez militar y civil», patrocinado por todas las fuerzas de la derecha unidas y por muchos mandos de las guarniciones militares de las ciudades de provincia. Organizado por el general Sanjurjo (que residía en Lisboa pero que, según el telegrama, habría salido ya para España, cosa que, como sabemos, no era cierta) con pleno acuerdo del mando de una Legión Extranjera sublevada ya en territorio marroquí, agrupaba a los jefes de los partidos monárquicos, a los que se habría unido Gil Robles tras una reunión con el jefe carlista Fal Conde en
St-Jean-de-Luz.
Todos ellos formaban un grupo poco homogéneo, al que el embajador italiano, que se encontraba desplazado con parte de su

personal en San Sebastián para veranear, dio un nombre cuanto menos peculiar, visto en perspectiva: los revolucionarios, «i rivoluzionari».

Sus planes, ya el 18 de julio, estarían claros, según la información que conocía el embajador:

> El plan de los revolucionarios es el siguiente: sublevación de la «Legión Extranjera» en Marruecos (ya ocurrido); paso de la Legión a Málaga, por medio de naves de guerra, que desde hace dos días habrían partido para acoger a los rebeldes y transportarlos a España. Marcha de los rebeldes sobre Madrid y, al mismo tiempo, sublevación de las guarniciones de Burgos, Valladolid y Pamplona al mando del general Mola, lugarteniente de Sanjurjo. Si el gobierno cede y sería deseable que el mando del país [falta] el movimiento se limitaría a este programa, en caso contrario entrarían en acción numerosos elementos civiles y sobre todo formaciones militares tradicionalistas, que tienen entrenamiento y actitud para combatir como para tomar Madrid por la fuerza.

Mucha información y muy precisa es la que tenía Pedrazzi, sobre todo si consideramos que en última instancia, la petición formal de ayuda a la Italia de Mussolini tendría mucho que ver con ese paso de la Legión a Andalucía. El relato canónico sobre la intervención de los fascismos en España casi siempre ha partido de la idea de que o no se sabía nada de lo que estaba pasando y la sublevación les obligó a tomar decisiones inmediatas, o si se sabía, era muy poco. Este telegrama, que Ismael Saz también cita pero al que no se le ha concedido demasiada importancia[68], desmiente ambas cosas. Pedrazzi sabía de la fuerza de la sublevación militar y de la poderosa trama civil. Sabía de la capacidad del requeté de lanzarse sobre Madrid caso de fracasar el golpe en su conjunto. Sabía que el levantamiento tendría lugar en el norte solo el día después, para llamar la atención gubernamental fundamentalmente hacia los acontecimientos del sur y, en teoría, permitir así la toma de una capital que contaba con unos cinco mil guardias de asalto, pero sobre la que se estaba dispuesto a «vencer cualquier resistencia». Sabía que los jefes militares estarían de acuerdo, desde su interpretación, en formar en caso de victoria un «Gobierno dictatorial militar provisional» con un relevante carácter

«corporativo y anti-subversivo». Y sabía que, venciesen o no los sublevados, España entraría en un grave y «violento periodo de convulsión».

Acerca de esto último caben pocas dudas. Sobre todo en lo de violento. Cosa, por otra parte, sorprendentemente explícita y evidente para Pedrazzi: como bien señalaba, la represión contra los elementos de izquierda, que habían gobernado en los últimos dos meses con el «terror y con la sangre», sería inexorable si el movimiento triunfaba. Decía Pedrazzi que en el ánimo de los sublevados estaba, no exclusivamente pero también, vengar los numerosos asesinatos políticos cometidos por los elementos del Gobierno, como el recientísimo de Calvo Sotelo: sobre este tema se explayaría el embajador, que le enviaría a Grazzi —a la sazón director general del Servizio Stampa Estera del Ministero per la Stampa e la Propaganda— una copia de una foto (hasta donde yo sé, inédita: hay otras del mismo momento, pero desde diferentes ángulos) del cadáver en La Almudena del líder de la oposición, además de «seguro y fervoroso» amigo del fascismo, que no podía publicarse en España pero que Pedrazzi pedía apareciese en algún periódico italiano[69]. Si por el contrario, continuaba, el movimiento no tenía éxito, la represión sería igualmente inexorable en el «lado opuesto, que ha demostrado actuar sin piedad contra los adversarios del Régimen actual». No podía olvidarse que estaban en juego tanto las fuerzas armadas como las masas «fanatizadas por las izquierdas» que, en zonas como Asturias, ya estaban entrenadas para la revolución. Sin duda, concluía, la democracia española se ahogaba en su camino inexorable hacia una guerra civil: o para dejar su sitio a una reacción militar, o para una «radicalización socialista de tipo siempre más bolchevique».

Este telegrama del 18 de julio demuestra que el grado de conocimiento sobre el golpe de Estado, sus variables, actores y consecuencias inmediatas era altísimo[70]. Era detallado, muy preciso, y llegaba a Italia el mismo día de la sublevación a través de la embajada en Madrid, un espacio en el que se filtró y se intercambió mucha información, aunque hasta ahora no haya sido valorada en su justa medida. El mismo mes de julio el agregado militar, teniente coronel Manlio Gabrielli, recibía también (y enviaba al SIM) de manos de una persona de confianza el supuesto

programa del que «habría sido» («sarebbe stato») el movimiento «revolucionario». Y, pese a que suena casi a ciencia ficción, lo que decía no tenía desperdicio. Se trata de una copia mecanografiada sin firma ni fecha y, por tanto, muy dudosa, que además es anotada con una frase: «non mi pare proprio aderente», algo así como «no me parece que sea algo que ataña», que no termina de explicar si se refiere a que ataña a la realidad, a la política italiana, a las intenciones fascistas, o a qué. Pero no es una falsificación: se trata de un plan muy detallado y sorprendentemente pacífico para la actuación de los sublevados caso de una rápida victoria del golpe de Estado, que posiblemente fue remitido al agregado militar Gabrielli para que hiciese palanca ante el SIM, es decir, ante Roatta y, por extensión, ante Ciano.

En sus memorias del período, Gabrielli no da muchas pistas ni de cuándo ni de cómo ni de quién le hizo llegar el plan operativo. Sí que señala que fue antes del golpe, y que Pedrazzi lo desautorizó, invitándolo a cambiar el informe que enviaría al SIM y a Ciano ya que, a su juicio, nada hacía pensar que pudiese haber acontecimientos graves en España. Podría haber sido él, por tanto, quien escribiera sobre la no adherencia a la realidad: el embajador no hacía sino insistir en que se detuviesen las noticias sobre conspiraciones, o porque no creía en ellas, o porque quería evitar su publicidad. En todo caso, hay elementos que invitan a no fiarse demasiado de las conjeturas del agregado militar albergado en el Palace: el joven que se le acerca en un bar en Madrid el 15 de julio para contarle que está a punto de iniciarse un golpe de Estado con Franco al frente parece sacado de una novela[71]. En esos días de julio, antes y después del
17-19,
corrían todo tipo de informes de las tramas civil y militar. Lo interesante de este es que, en buena medida, dice lo contrario a las instrucciones reservadas de Mola. A saber: que tras la proclamación de los estados de guerra en las Divisiones militares, el Ejército quedaría en «una actitud de pasiva expectación», velando con «extremo rigor por el mantenimiento del orden público». Que los Gobiernos Civiles serían tomados por sus secretarios. Que sería respetada la autonomía de Cataluña «en su estado actual de cosas y personas, siempre y cuando esta región reconozca y acate desde el

primer momento el nuevo orden jurídico que se establezca en España». O que todo esto debería hacerse «con gran rapidez y sorpresa, con el fin de evitar hasta lo indecible el tener que disparar ni un solo tiro ni derramar una gota de sangre».

En Madrid, las mismas «Líneas generales» señalaban que Azaña, Martínez Barrio, el presidente del Consejo de Ministros, el Gobierno, el director general de Seguridad, el gobernador civil de Madrid y el subsecretario de Gobernación serían «conducidos a bordo de un avión de la LAPE [Líneas Aéreas Postales Españolas] hasta la frontera de Portugal con todas las garantías y respetos para sus personas, sus familias y sus haciendas o bienes». Ninguno podría regresar antes de noventa días a España, y caso de hacerlo, el Gobierno «seguiría garantizando sus vidas, como la de todos los españoles en general, sin someterles a ninguna persecución o proceso y sin mermarles ninguno de sus derechos políticos y civiles». Con el gobierno fuera del país, «interinamente desempeñará el cargo de Presidente de la República el primer Ciudadano de Honor que proclamó la misma, rigurosamente designado por orden de antigüedad de su nombramiento», es decir, Cossío, ya muerto. Por tanto, «Don Miguel de Unamuno asumirá, con carácter interino y provisional, las funciones de Presidente de la República española», para después declararse unas «auténticas y honradas elecciones, primero, municipales; luego, provinciales y, por último, generales con el carácter de Cortes Constituyentes», que reformarían la Constitución y designarían al nuevo presidente. El nuevo gobierno debería «mantener la última Amnistía concedida a los presos políticos y sociales en Febrero», ampliarla, implantar «el riguroso cumplimiento de la semana de 40 horas y el aumento de 2 pesetas diarias en el jornal de todos los obreros y empleados», proclamar «la libertad de trabajo, de culto, de enseñanza, de prensa, de palabra y de pensamiento», quedando reconocido «el derecho, mas no la obligación, de asociación, de reunión y de huelga». En el término «de 48 horas», por fin, «abandonarán el territorio nacional sin sufrir la menor persecución ni molestia, antes bien con el auxilio de todas las facilidades, cuantas personas no se resignen a acatar el nuevo orden jurídico de España, por considerarse incompatibles con él»[72].

Respeto a la autonomía catalana, a las personas, al gobierno; no

derramamiento de sangre; Unamuno, presidente de la República: los elementos que contiene este documento dejan pocas dudas de por qué en Roma se consideró poco real como plan de actuación. No saber quién lo escribe ni cuándo tampoco ayuda a identificar su ubicación dentro de las tramas de la sublevación, pero revela que al menos una parte de esta preparaba un golpe de mano rápido y, en la medida de lo posible, ausente de violencia. Que pretendía una reforma constitucional seguramente en la línea no de la restauración monárquica ni corporativa, sino continuista, abriendo la mano en las cuestiones sociales (jornada laboral, salarios), quizá con la intención de desactivar las reivindicaciones propias en esos terrenos de las fuerzas integradas en el Frente Popular. Y que envió a la embajada italiana una copia de sus líneas maestras, no sabemos si para informar o para facilitar su intervención, por mucho que el mismo embajador descartara alinearse con el contenido de alguno de los informes. Queda en el terreno de las conjeturas, pero como ya se ha dicho, la embajada madrileña de la Italia fascista parece tener, al menos a mi juicio, un peso mayor del que se le ha concedido si no en la toma de decisiones, sí en la circulación de la información que derivó en ellas.

Por supuesto, no era, evidentemente, la única vía de información para Ciano y Mussolini, de la misma manera que resulta bastante ingenuo creer en una intervención a gran escala como la italiana a resultas de la labor de una sola persona o grupo de personas. Sin embargo, rara es la investigación que, desde las propias memorias hasta lo más reciente, no debate si fue Bolín, Goicoechea o el mismo Franco quien consiguió el apoyo de Mussolini. Y ciertamente, la cuestión es importante, pues ayuda a comprender el *cuándo* y el *cómo*. Ya el 18 de julio, el cónsul italiano y ministro plenipotenciario en Tánger, Pier Filippo De Rossi del Lion Nero, dispuso que Giuseppe Luccardi, el agregado militar del consulado y agente del SIM, se trasladase a Tetuán a recabar información sobre los acontecimientos. Al día siguiente, 19 de julio, el primero escribía a Ciano que las noticias eran contradictorias, ya que mientras se decía que Marruecos se había sublevado, los comunicados gubernativos desmentían que el movimiento se hubiese expandido a la Península. Otros señalaban que el cuerpo expedicionario de la Legión ya habría desembarcado en Cádiz y que

la revuelta se estaría propagando por Andalucía. Ese mismo día, Franco firmaría la petición por escrito de ayuda aérea que trasladó a Roma Luis Bolín. Un día después, el 20, Pedrazzi confirmaba desde St-Jean-de-Luz que la sublevación estaba en marcha, que su resultado era imprevisible, y que, a su juicio, no se trataba de un simple golpe militar como los precedentes, sino que España se encaminaba hacia un periodo de «tirannia partigiana», una época oscura de sangre y persecución de la que no saldría en mucho tiempo[73]. No queda claro en sus papeles si toda esa violencia debía provenir de los sublevados «revolucionarios» o del enemigo bolchevique, pero sí es evidente que el embajador italiano disponía de mucha información, como acaba de verse. Eso, o era un magnífico vidente.

Gracias al archivo personal de Faldella, que revisó De Felice[74], sabemos algunos detalles más al respecto. El 20 de julio, Franco pidió naves a Luccardi para transportar tropas. Ese telegrama llegó al SIM el 21, y Roatta le preguntó su opinión: «La Spagna è come una sabbia mobile», España son como arenas movedizas, le habría respondido, en una ya célebre expresión sobre lo mucho que perder y lo poco que ganar para Italia en España, sobre el reconocimiento que habría en la derrota pero la mezquindad que acompañaría a la posible victoria que, de tan literal, hace sospechar de su veracidad. En todo caso, no detuvo los contactos. El 21 de julio el cónsul De Rossi señalaba que la valoración de la situación en España y en Tánger se hacía siempre más difícil, en medio de noticias contradictorias sobre Cádiz, Almería y Málaga, naves gubernamentales disparando con cañón contra la población de Ceuta, e italianos huyendo por mediación del consulado italiano, en el vapor *Silvia Tripcovich*, de una Málaga «saqueada, incendiada, en plena revolución»[75]. Sin embargo, y a indicación de Roatta (quien ya le habría pedido hacerse a un lado y no mostrarse como el enlace entre el gobierno italiano y los rebeldes), Luccardi le transmitió a Franco las dificultades para poner a su servicio la ayuda aérea que le había solicitado personalmente, la misma que transmitió Bolín a Ciano el día después, con vagas y falsas excusas: por la «situación política internacional», y por el «servicio aéreo en Etiopía» durante la estación de lluvias. A Franco, según supieron el día siguiente, tal falta de apoyo le parecía una miopía política del gobierno italiano,

que podría ganar un puesto de influencia en España en lugar del que ocuparía Alemania.

Ese mismo día Ciano recibía al primer emisario enviado a Roma por Franco, Luis Bolín. El propio corresponsal de *ABC* se encargó de priorizar y ensalzar su importancia en la consecución de la ayuda italiana. Como es cosa sabida, fue quien recibió de manos de Franco la célebre nota firmada el 19 de julio en Tetuán: «Autorizo a don Luis A. Bolín para gestionar en Inglaterra, Alemania o Italia la compra urgente para el ejército español no marxista de aviones y material […] El General Jefe, Francisco Franco». La nota, que subrayaba la existencia de un ejército marxista en el bando enemigo de la sublevación, añadía bajo la firma: «12 bombarderos, 3 cazas con bombas (y lanzabombas) de 50 a 100 kilos, 1000 de 50 y 100 de unos 500». Desde ese momento, todos los libros de referencia coinciden en la sucesión factual, pese al escaso registro documental: tras dejar a Franco en Tetuán, Bolín voló a Lisboa para que Sanjurjo ratificase con su firma la petición de aviones y suministros para los sublevados, que llevó a Roma el día 21 tras haber pasado por Biarritz para entrevistarse con el marqués de Luca de Tena. Mientras, Franco pudo presionar sobre los agregados italianos en Tánger, sobre todo Luccardi y De Rossi. El 22 de julio a Bolín se le unió el marqués de Viana, enviado por Alfonso XIII, y juntos se entrevistaron con Ciano ese mismo día. El propio Bolín, cuyo testimonio es importante pero de dudosa veracidad, escribió en 1967 que Ciano había exclamado ante ellos: «¡Hay que poner fin a la amenaza comunista en el Mediterráneo!»[76]. Sin embargo, al día siguiente encontraron que era un alto cargo, el secretario personal de Ciano y jefe del Gabinete del Ministerio de Exteriores, Filippo Anfuso, quien les recibía y trasladaba la negativa de Mussolini a entregar la ayuda solicitada. Ciano prometió insistir y el 24 telegrafió a De Rossi para preguntarle por las posibilidades de triunfo de Franco. Mientras, y tras una decisión del día anterior (no fue, pues, consecuencia de la primera negativa de Mussolini), Mola enviaba a Roma a Antonio Goicoechea, Pedro Sainz Rodríguez y Luis María Zunzunegui.

Goicoechea conocía a Mussolini, pues ya se habían entrevistado en 1934 en calidad de jefe de Renovación Española, junto con los tradicionalistas Olazábal y Lizarza, y el general Barrera. En esta

ocasión, además, llevaría consigo (al menos, aparentemente y a juzgar por las fechas) un elemento más de presión: una carta autografiada de José Antonio escrita desde la Cárcel Modelo el 20 de mayo de 1936[77]:

> Veo, como usted, la trágica situación de España y considero que hay que pensar con urgencia en remedios extraordinarios. Mi situación de preso me impide realizar muchas gestiones aunque no dirigir el Movimiento, que crece por días, con toda eficacia. Si en esas gestiones, cerca de personas que no pueden venir a visitarme, quisiera usted asumir mi representación, se lo agradecería mucho, pues tengo pruebas reiteradísimas de su leal manera de comportarse como amigo.

En ella, así, el fundador de Falange hacía representante personal suyo en cualquier negociación política al representante del partido monárquico. Que Mussolini tuviese esta carta entre los papeles de su secretaría personal junto con «copias fotográficas del testamento» de José Antonio solo pueden indicar que Goicoechea las esgrimió para favorecer una intervención italiana, posiblemente en aras de la restauración monárquica. Nadie sabe si eso fue lo que terminó de decantar la opinión del Duce. El problema, de hecho, radica en que, al contrario de lo que solía hacer con casi cualquier cuestión que le importase, en esta en particular Mussolini no dejó consignada la razón final de su decisión.

Mientras, seguían llegando informaciones desde Tetuán. Tal como le indicaría a Luccardi el futuro generalísimo, las dificultades empezaban a adquirir tintes dramáticos. Franco no podía llevar tropas al continente. Y eso, como le hizo saber a Luccardi (iniciando una cadena de solicitud de ayuda que pasaría por De Rossi, Ciano y, finalmente, Mussolini), podía hacer fracasar la entera sublevación. Para terminar de dar razones al Duce y a su yerno, De Rossi apuntó a una creciente influencia alemana sobre la España insurgente, caso de no prosperar la ayuda italiana. Es decir: señalaba claramente cómo sería el Tercer Reich la potencia de referencia en el ataque a un régimen antifascista, tarea que, sin embargo, debía ser de competencia italiana. Pensaba, de hecho, que las dificultades eran enormes. Pero que no serían nada, en comparación con las que habría si el conflicto, «aún hoy recluido en los límites de España», asumiese «bajo la presión de la subversión mundial» el «carácter de

lucha por la supremacía del desorden social contra el orden que nosotros representamos con nuestro Régimen»[78]. Es decir: mostró cómo el fracaso del golpe de Estado radicalizaría a las izquierdas y, con ello, al antifascismo europeo.

Si fue la suerte, el azar o la capacidad de influencia de Franco lo que hizo la palanca final, solamente entra en el terreno de la conjetura informada. De lo que deja pocas dudas el lenguaje de los telegramas enviados a Italia desde territorio africano era con quién se la estaban jugando. La decisión de apoyar a Franco en julio marcaría, de hecho, el que acabase siendo la máxima autoridad en la España sublevada[79]. Un ejemplo es revelador: cuando pasó a la Península, Franco dejó como representante en Tetuán a Jaime Parlade, pero el gobierno italiano prefirió mandar a Luccardi con él. El 20 julio ya era considerado como «Generale Franco capo movimento spagnolo», el jefe del movimiento español. Un día después, Franco habría transmitido su intención de instaurar (según Heiberg, de manera oportunista; yo tiendo a pensar que sincera) un gobierno «republicano tipo fascista adaptado al pueblo español», tras la «lucha dura pero necesaria para evitar [un] estado soviético» que llevaría, a cambio de la ayuda italiana, a unas relaciones entre ambos países más que amigables. Una lucha que en los primeros días empezaba a torcerse: como dijera el telegrama del día 23, «Para el éxito de Franco hay que intervenir con urgencia»[80].

El día 21 Franco hablaba del gobierno de tipo fascista; el 23 la necesidad de la intervención era urgente; el 25 la situación era dramática. La llave para desbloquearla la tenía Mussolini, y se reducía a un puñado de aviones. Resulta difícil no ver en esa desesperación de un Franco acorralado el motivo último del envío de la primera ayuda militar. Según Ángel Viñas, lo que lo provocó fue la llegada de Goicoechea, lo cual enlazaría 1936 con el documento de 1934 en el que Mussolini se comprometía a ayudar a derrocar a la Segunda República. Sin embargo, según Preston, Goicoechea tuvo poco que ver, estando el eje gravitacional en Tetuán y con Franco. Yo tiendo a pensar que se trató de movimientos no excluyentes. De hecho, como tales se superponían y corroboraban entre sí. Un memorándum presentado en Roma el 25 de julio, es decir, del grupo de Goicoechea, empezaba con un primer punto que confirmaba las «peticiones hechas por el general

Franco». No hacía peticiones nuevas ni aludía a contratos previos: ratificaba lo que Franco había pedido, vía Luccardi y vía Bolín. Se pedía después beligerancia, reconocimiento eventual para el gobierno provisional, y material militar, como habría reclamado también Bolín. Se recalcaba la necesidad del préstamo de dos estaciones de radio, una para alcanzar todo el territorio nacional y otra con suficiente potencia para que «cubriese» Radio Madrid. Y se solicitaba, por fin, un avión de regreso a España para todo el grupo[81]. La coincidencia de demandas no puede hacer pensar que se tratase de misiones opuestas entre sí, por mucho que una viniese enviada por Franco y la otra por Emilio Mola. Queda por saber el peso de los informes de la embajada de Madrid, a mi juicio fundamentales.

La toma última de decisiones tuvo que ver con un complejo análisis de la gobernanza europea, con el cálculo de expectativas del fascismo y con la información que llegaba desde la Península y África, que hablaba de un ejército bloqueado y una sublevación fracasada en Madrid. Mussolini solo vio clara la situación cuando, además de haber comprobado la solvencia de la sublevación y saber que «el Kremlin no pensaba propiciar una victoria republicana», supo que el gobierno francés no ayudaría militarmente al español, evitando así el Duce con su participación el encontronazo directo con Blum. En todo caso, el de cuándo se tomó la decisión es, sobre todo, un debate sobre el peso de unos u otros motivos en la decisión final de intervenir en España, primero con el envío de ayudas materiales y, por fin, como beligerante en una guerra interna. En este sentido, señala con razón Moradiellos que existen dos grandes líneas interpretativas: o bien la intervención de las potencias fascistas fue inmediata, previa a la eventual ayuda francesa, mexicana o soviética, tuvo motivaciones «estratégicas y políticas muy definidas», fue mucho mayor que la recibida por la República y, en suma, resultó decisiva en la victoria sublevada; o bien habría sido respuesta a la ayuda francesa, que habría provocado la entrada de Italia en la misma medida que la soviética posterior la habría intensificado, que tuvo una naturaleza exclusivamente anticomunista sin vinculación con los afanes supremacistas del fascismo en Europa, que no fue mayor que la recibida por la República y su trascendencia fue menor, «dado que ambas ayudas

externas se habrían neutralizado mutuamente en virtud de su práctica igualdad»[82]. Evidentemente, aquí me decanto por la primera. Esta última, sin embargo, ha dejado una honda huella en la historiografía. De hecho, se suele aceptar —y así lo señalan Arrarás, De Felice, Coverdale— que el compromiso italiano se debía al conocimiento del envío de armas y aviones franceses a la República, así como a su «deber anticomunista»: ambas cosas, intrínsecamente unidas. Pero mientras que lo segundo es cierto, lo primero, no. El mismo Serrano Suñer escribiría en sus memorias, de manera explícitamente contradictoria con la realidad documental, que la ayuda fascista sería reactiva, aunque al «Movimiento nacional no le era precisa una ayuda material de carácter militar» y que el mundo «bien informado» sabía que «la ayuda que el Eje nos prestara fue en este orden de cosas bien escasa; apenas útil para contrarrestar el peso de la ayuda material —militar— extranjera que a los rojos se prodigaba». Sin embargo, diría, los sublevados la necesitarían por otros motivos: «contar con valedores diplomáticos y con poderes favorables que pudieran poner un límite a la ayuda que otros países —Francia y Rusia sobre todo— prestaban al bando contrario»[83]. No tenían, para el cuñado de Franco, «peor derecho a obtener ayuda del mundo y trato con él los millones de españoles que con orden y libertad combatíamos en la España nacional, que los que mediante el más férreo terror se sostenían con las armas en la España roja», aunque sí igual derecho a recibir las necesarias ayudas morales. «Pero nadie creerá que esto fue lo que de verdad contó a la hora de decidir el régimen».

Nadie lo cree, si bien nadie lo minusvalora. Hacerlo supondría no conocer la realidad de la intervención fascista, así como su historial conspirativo antirrepublicano. Existe, de hecho, una participación mussoliniana congruente desde la instauración de la República que contribuye poderosamente a explicar la de julio de 1936, en la que la sublevación contaba con la «sustancial connivencia» con la potencia fascista «más próxima a las derechas radicalizadas de la época». Un movimiento, en palabras de Viñas, «apoyado operativa y masivamente por el fascismo italiano» y cristalizado por cuatro contratos de compra de material bélico a la SIAI (Società Idrovolanti Alta Italia): el más importante, de 1 de julio, de

16 246 750,55
liras, en concepto sobre todo de los doce
SM-81,
junto con explosivos, carburantes, lubricantes y varios. Junto con los otros tres, firmados todos ellos por Pedro Sainz Rodríguez, sumaron 39,3 millones de liras, gastados en una «combinación de bombarderos/transportes, cazas rápidos [treinta y tres CR-32] e hidroaviones»: los primeros para llevar al Ejército de África a la Península; los segundos, cazas biplanos, para ametrallar las líneas enemigas y acabar con la obsoleta aviación gubernamental, y los terceros para apoyar las operaciones en las Baleares[84]. Imposible minusvalorar semejante aportación.

Los pagos de todo ese material serían, básicamente, cosa de Juan March. En agosto de 1936, el banquero mallorquín firmó con Gómez Jordana, presidente de la Junta Técnica del Estado, un acuerdo según el cual el crédito concedido a March por la londinense Kelinwort
Sons & Co.
por quinientas mil libras el 6 de abril de 1936, se extendía hasta las ochocientas mil libras, que funcionaría en régimen de cuenta corriente a crédito a disposición de la Junta. Por otro lado, los días 3 y 9 de septiembre depositaría en la Banca
d'Italia
25 y 37 lingotes de oro, respectivamente, que junto con varios depósitos de monedas sumaban unos 178,6 kilos[85]. Así pues, la primera intervención de Mussolini se apoyó tanto en los créditos como en los depósitos de March, todo ello basado sobre unas negociaciones anteriores al golpe de Estado y prolongadas en forma de pagos a lo largo de la guerra y de la posguerra. Nada que no se supiese: el mallorquín fue el facilitador económico del golpe de Estado.

Así las cosas, cuando el 25 de julio Hitler decidió tomar parte en la ayuda a los sublevados, y dos días después, el
27-28,
lo hizo Mussolini, era evidente el aislamiento internacional de la República ante la negativa de ayuda por parte del gobierno británico y la consecuente marcha atrás del plan del francés de apoyar al gobierno español[86]. La oportunidad era magnífica, y

además con una coartada perfecta, la del anticomunismo, puesta en bandeja por las peticiones de ayuda que la República hubo de hacer a la Unión Soviética. Pero no sería la única coartada. Las noticias, por ejemplo, llegadas a Roma procedentes de Barcelona no podían ser peores. El 23 de julio la embajada en Madrid señalaba a Ciano que, según las noticias de los diarios locales y las recogidas por el personal desembarcado en Marsella proveniente de Barcelona, el consulado italiano había sido incendiado y destruido. Su titular, Carlo Bossi, se habría tenido que refugiar en el consulado de Francia, incomunicado. Todos los automóviles con marca italiana habrían sido destruidos o incautados y, lo que era más grave, muchos italianos habrían sido asesinados en «Monjuic [*sic*]» por grupos de bandas armadas[87]. Pese a no disponer de confirmación del Quai
d'Orsai
y recelar de lo contado por las personas desembarcadas en Marsella, Pedrazzi ponía sobre la mesa un elemento hasta ahora nada valorado por la historiografía sobre la internacionalización de la Guerra Civil: la protección de los connacionales.

Sea como fuere, y como se decía antes, el 25 de julio, tras una petición de más información, Ciano recibía de Tánger el telegrama donde se especificaban las necesidades de los sublevados y se aseguraba que con ese material, Franco tenía el éxito asegurado, incluso si los franceses, decía, continuaban [*sic*] enviando ayuda a sus adversarios[88]. En este juego cruzado de delegaciones, telegramas y reuniones urgentes, Franco le aseguró a De Rossi que cinco de las ocho divisiones militares, así como el aeródromo de Melilla, estaban en su poder; que lo que necesitaba perentoriamente eran transportes, cazas, aviones de reconocimiento y un barco, y que todo eso era para el transporte de las tropas africanas a la Península. Era estrictamente cierto[89]. El ministro respondió el día 27 señalando que los doce aviones, oportunamente camuflados, y un vapor cargado de material bélico se hallaban listos para salir hacia Melilla. Quedaban por resolver solo algunas dudas: debía asegurarse, sin compromiso alguno ni promesas, sobre la situación de Franco. La respuesta de De Rossi fue casi inmediata, y la más contundente de todas las que remitió a Roma: la lucha suprema entre orden y bolchevismo planteada por Franco necesitaba la

sangre fresca de las tropas marroquíes, cercadas en África por las fuerzas marítimas gubernativas. Solo superando ese bloqueo podría evitarse la caída del movimiento de Franco y garantizar su éxito. Y solo la ayuda, en consecuencia, de la Italia fascista sacaría al «capo movimento» de la ratonera africana[90]. Las pocas dudas que quedaban se disiparon. Así, el día efectivo de la decisión de intervenir fue el 27 de julio de 1936: posterior a las decisiones tanto de Hitler de hacerlo como de Blum de no hacerlo.

A partir de ese momento, todo se aceleró. El martes 28 de julio el teniente coronel Ruggero Bonomi era convocado en el Ministerio de Aviación, donde era recibido por el subsecretario y jefe del Estado Mayor de la Regia Aeronautica Giuseppe Valle (a quien volveremos a ver bombardeando Barcelona la noche de Año Nuevo de 1938), quien le encargaría dirigir un escuadrón de 12 bombarderos Savoia-Marchetti
S-81
desde el aeródromo de Elmas, en Cerdeña, a Marruecos. Dos días después, salía de la isla hacia territorio español el primer envío de material aeronáutico italiano: dos trimotores de transporte, un barco, el buque *Morandi*, con combustible y municiones, y los célebres S-81[91], en los que viajaba ya Ettore Muti, aviador y cónsul de la Milizia, amigo personal de Ciano y cuyo nombre será recurrente en esta historia. Su objetivo inicial era favorecer que los sublevados mantuviesen la iniciativa y colaborar en el paso del Estrecho del ejército de África. Para ello, Bonomi se puso inmediatamente al mando de Franco, y con él sus hombres, alistados en el Tercio. Solo llegaron, sin embargo, nueve aviones, porque dos se estrellaron y un tercero tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en el Marruecos francés. Los fuertes vientos de proa hicieron que se les agotara el combustible. El 31 de julio llegaba a Roma un telegrama dirigido a Ciano que señalaba cómo «Router», por la Agencia Reuters, había publicado que tres aviones de un grupo de seis que habían despegado de Cerdeña hacia el Marruecos español se habían visto obligados a aterrizar en territorio francés. Según se decía en el teletipo, uno, que llevaba cinco ametralladoras, había caído a casi veinticinco millas de Saidia, en Argelia. Dos aviadores habían muerto y un tercero había resultado herido. Dos más habían aterrizado, quedando herida la tripulación, tres

aviadores, de uno de ellos, que volaba sin identificación. Uno de los heridos habría declarado estar en misión hacia Nador, al sur de Melilla[92]. El secreto de la intervención duró, exactamente, cuatro días.

Nada de eso detuvo, sin embargo, el envío de armamento y ayudas. Ciano le habría dicho a Cantalupo, primer embajador de la Italia fascista en España después del reconocimiento del gobierno de Franco en noviembre, que al inicio solo se plantearon enviar aviones para apoyar el transporte de tropas, pero que por «presiones recibidas de todas las partes», «ahora estamos bien metidos». La cosa debía ser, en principio, de mero apoyo a un plan según el cual Franco tomaría Madrid por el Jarama, la Legión atacaría Valencia y luego desde Guadalajara apoyarían a la liberación de la capital, el norte caería a resultas de todo ello, y al final la guerra se reduciría al asedio a Barcelona: «cuestión de algunas semanas»[93]. Pero cabe dudar de tanta seguridad, así como de la relación causa (presiones)-efecto (estar metidos hasta el cuello) planteada supuestamente por Ciano. Sobre todo, a juzgar por la potencia e inmediatez con que el gobierno fascista se puso al lado de los sublevados y, sobre todo, de Franco. El 7 de agosto enviaron a España veintisiete cazas Fiat, cinco tanques ligeros Fiat-Ansaldo, cuarenta ametralladoras y doce cañones. Además, el 13 de agosto se enviaron tres hidroaviones a Mallorca, y seis cazas el 19 de ese mes. En ese mismo periodo, Alemania enviaría cuarenta y seis aparatos. Toda esa seguridad, de hecho, no albergaba ninguna realidad. Se trataba, más bien, de un apoyo para solventar una situación casi desesperada. Ese mismo plan de ataque rápido, cuestión de semanas, Ciano se lo habría señalado de nuevo en enero de 1937 a Cantalupo sobre un mapa militar de España adornado de banderitas italianas, españolas y rojas: cómo Roatta habría tomado Málaga y Valencia; Orgaz, el Jarama y Madrid; Roatta, de nuevo la Sierra y Guadalajara, para después marchar desde San Sebastián a la capital catalana. En nada, «paz general y liquidación de la partida», como en el tablero de un juego de mesa. Una partida que terminaría, sin embargo, bastantes meses después.

Hasta ahora, todas las pistas sobre la decisión de ayudar a la España sublevada han tenido como espacio para su desarrollo el territorio español. Resulta interesante observar ese proceso también

desde una perspectiva diferente, no solo centrada en Tetuán y en el Ministerio de Ciano. Tanto el Archivio Centrale dello Stato como el de Asuntos Exteriores español (como podrá comprobarse cuando, al fin, reabra sus fondos) recoge la información de cómo el apoyo fascista a la insurrección pudo estar determinado, también, por la propia acción golpista en territorio italiano[94]. Tal cosa no pasa del terreno de la conjetura, pero cabe pensar que la actuación decidida que tuvo lugar en la embajada española en Roma a finales de julio y a lo largo del mes de agosto de 1936 influyó en la línea decisional, al reforzar la idea de que el triunfo sublevado podría ser cosa de poco tiempo y comprobar que el apoyo efectivo contra la causa republicana por parte del gobierno fascista daba los resultados esperados. El primer comunicado al respecto que llegó a la Direzione Generale di Pubblica Sicurezza tenía fecha de 26 de julio, y en él se señalaba, en palabras de un grupo de españoles residentes en Roma, que el adjunto militar en la embajada en Italia habría decidido presentar su dimisión, en signo de protesta «por las masacres ocurridas en España por los armados por el Gobierno del frente popular [*sic*] y en adhesión completa a los insurgentes», es decir, en adhesión a Franco y contra el «asesino» Frente Popular. El día 31 por la mañana llegaría a Roma el embajador español en Berna, José María Aguinaga, en sustitución del embajador dimisionario Manuel Aguirre de Cárcer, pero fue recibido con abierta y creciente hostilidad, y con los locales de la embajada ocupados[95]. El comandante Rafael Estrada, agregado naval, habría recibido un telegrama de Franco en el que se le pedía que indujese al nuevo embajador a hacer un acto de solidaridad con los rebeldes, encontrando un claro rechazo por su parte[96]. Al día siguiente Estrada, el agregado de Negocios, y otros favorables a los insurrectos entraron en el estudio del embajador para volver a intentarlo, encontrando de nuevo la misma respuesta. Poco duraría en su actitud.

Como acto de presión, Aguinaga se entrevistó con Ciano, quien aparentemente mostró más preocupación por saber si la sublevación tenía visos de triunfar que por garantizar la labor diplomática en condiciones dignas. Al poco se repitió la misma situación. El 11 de agosto los facciosos de la embajada invitaron a todos los falangistas de Roma a encontrarse allí a las diez de la mañana, informados de

que el nuevo embajador habría intentado tomar posesión del cargo. A una acogida «garbata», descortés, con las pistolas empuñadas, y pese a la presencia de una policía italiana que aparentaba protegerle, se siguió una escena impactante. Tal como se dijo, un representante de Franco quería presentarle a la colonia española. Después, el almirante Magaz, viejo diplomático, exmiembro del Directorio de Primo de Rivera, ferviente falangista, «gran amigo de Italia», gran admirador del Duce y representante oficioso de los sublevados en Roma, le habría espetado al embajador, según una relación textual y, por tanto, poco fiable en su literalidad:

> Eres la carroña más asquerosa que existe sobre la tierra. Vienes aquí a representar una banda de asesinos que ha asesinado lo mejor que teníamos, a nuestras madres, a nuestros hermanos. Habéis violado primero y matado después a nuestras mujeres y hermanas. Deberías salir de aquí cadáver, pero tenemos demasiado respeto por nuestros hermanos italianos y no queremos crearles problemas.

En ese momento:

> Estrada y sus compañeros impusieron, con las pistolas empuñadas, al Embajador que les cediese la caja de la Embajada y de entregarles las oficinas. Frente a tal actitud el Embajador cedió y entregó cuanto le fue pedido a Estrada y por la tarde de ese mismo día dejó Roma camino a París.

Es decir, Estrada impuso su poder con el arma en la mano, lo que Magaz llama «argumentos de una gran fuerza persuasiva». Todo, mientras Rafael Villegas, antiguo agregado militar, encañonaba al personal diplomático y le exigía el escaso dinero de la embajada: nada en caja, mil liras en el banco. Con la llave de la caja de las oficinas, la embajada sublevada de Roma rompió pronto con el Gobierno de Madrid y pasó a formar parte de la red exterior de los que se denominaron «republicanos nacionalistas españoles», apoyados por Portugal (lo que el Reino Unido, se decía, aceptaba), Italia y Alemania, frente a los apoyos gubernativos: «el francés, el ruso y fuertes núcleos de capitalistas judíos norteamericanos». También firmó su dimisión el embajador ante la Santa Sede, Luis de Zulueta, tanto para Madrid como para el Ministerio de Asuntos

Exteriores, autorizando el paso de la cuenta corriente a la banca y permitiendo, así, su uso por los nuevos ocupantes de la embajada en el Quirinale. Según documento oficial, «firmaba cualquier documento, incluso su sentencia de muerte».

Obligado también el agregado Suárez (quien profirió insultos al fascismo, por lo que fue detenido) a entregar las llaves de la caja fuerte de la representación comercial, con los embajadores sustituidos y el cónsul y el vicecónsul Serra destituidos, los falangistas habían tomado el poder de la representación española en Italia, para utilizarla como oficina de reclutamiento para el ejército sublevado. Inmediatamente después mandaron reparar la bandera monárquica, que estaba escondida, para tenerla lista de cara a una toma de Madrid anunciada por Franco a Estrada para el 15 de agosto, y dieron orden de preparar uniformes falangistas que servirían para desfilar por la capital. A resultas de todo este proceso de dimisiones, evasiones, cierres de oficinas y ocupación violenta de las representaciones oficiales españolas presentes en Roma, así como los consulados de Génova, Palermo, Nápoles y Milán, la conexión entre el poder italiano y el sublevado se haría mucho más fluida. Para el responsable económico saliente a punta de pistola, a juzgar por la actitud de la policía y la falta de apoyo oficial, era evidente que cuanto había tenido lugar se había producido con el consentimiento y la colaboración del Gobierno de Italia, para obligar al republicano a la ruptura de relaciones. Tal extremo lo ratificaría Magaz en comunicación con la Junta: «no hicieron el menor caso a sus gestiones y le pusieron toda clase de dificultades». Como escribía muy claramente a Francisco Montaner, vocal de la Junta de Defensa Nacional, «el Duce, como Vdes. saben, se halla decidido a prestar toda clase de ayudas, de modo que aquí encontramos las máximas facilidades para todo». Con la prensa (intervenida) y la opinión pública favorables a los sublevados[97], desde el 26 de agosto, fecha de la toma de posesión definitiva de Magaz, la embajada española en Roma trabajaría como una rama más de los sublevados en la zona «nacional».

Su primera preocupación fue el problema de los prófugos, ya que calculaba que unos mil hombres podían salir para el frente. Creó, así, un comité para interpelar hombre a hombre a los españoles en Roma y saber si querían volver al país. Caso de

negarse, significaría que se trataba de rojos camuflados de blancos, por lo que serían puestos «en una lista negra». No daban abasto, según señalaban, para atender las peticiones de un alistamiento en el «Esercito Franco» cuyas características se explican en el capítulo quinto: «Con el último grupo que salió ayer para el frente, no quedan jóvenes españoles en Roma». Todo ello, y el hecho de hacerlo en medio de la más absoluta impunidad y no intervención por parte de los poderes italianos, era una demostración «empírica del apoyo de Italia a los nacionalistas españoles». De hecho, Franco no tardó en hacer llegar a los agregados naval y militar de la embajada española en Roma, Rafael Estrada y Manuel Villegas, su agradecimiento y total gratitud por la «enérgica y patriótica actitud», manteniéndose en sus puestos frente al embajador. «Todo va muy bien, y el camino del triunfo se despeja cada vez más»[98].

Como sabemos, ni todo iba bien ni el camino hacia el triunfo estaba despejado. Y las peticiones de ayudas y armas de Franco hacia Italia no hicieron sino continuar e incrementarse, sobre todo desde que a finales de agosto los responsables de los servicios secretos del Reich y de Italia, Wilhem Canaris y Mario Roatta, cerraran los trámites para el envío de sendas misiones militares a España. La italiana, llamada Missione Militare Italiana in Spagna (MMIS), la dirigiría, con Emilio Faldella como jefe del Estado Mayor, Roatta. Eso no hace, a mi juicio, sino reforzar la idea de que la primera intervención, de armamento e inteligencia, perseguía un riesgo limitado, por lo que se circunscribía al terreno del SIM. El mismo Roatta probablemente escribió una muy interesante anotación marginal en uno de los telegramas de finales de agosto de 1936 en el que Luccardi transmitía la necesidad de más apoyos aéreos para neutralizar los ataques que sufrían las columnas de Franco en su avance sobre Madrid. En esa anotación se avisaba de la necesidad de proveerse de máscaras de gas para defenderse del cloro que, según le constaba (aunque fuese falso), se estaba preparando en Valencia para bombardear sobre sus ejércitos, y de más medios en general para contrarrestar los que, en flagrante mentira, le estarían enviando a la República los gobiernos de Francia, Rusia e Inglaterra, vía Portugal. En esa anotación, Roatta (o quien fuere, no está firmada) decía que el general Franco no se había organizado lo suficiente: inauguraba así, de hecho, la larga

lista de quejas italianas sobre el mando español, el modo español de hacer la guerra, los medios españoles y, en general, sobre España. Parafraseando el dicho italiano: «llevamos 30: que sean 31», que solía hacer alusión al exceso (un poco más no hace daño), sentenciaba que a Franco, indefectiblemente, «le faltan siempre 30 para hacer 31»[99].

Sin retorno

La partida, cuyo resultado acabó siendo la entrada masiva y casi sin condiciones de la Italia fascista en la guerra, se jugaba en muchos tableros a la vez. Uno de ellos, evidentemente, era el de la Sociedad de Naciones, que acababa de levantar las sanciones a Italia por la invasión de Etiopía y cuyo Comité de No Intervención serviría como pantalla para la doble diplomacia, las medias verdades y la construcción de un relato según el cual la Italia fascista no participaba en guerra española alguna, sino más bien eran voluntarios italianos los que se oponían a la expansión soviética por el sur de Europa. No importaban las quejas del 26 de septiembre de 1936 de Álvarez del Vayo, delegado de la República en la Asamblea, sobre los desembarcos italianos en Tetuán, Palma de Mallorca y Melilla. Como igual daban las notas al encargado de Negocios de la embajada de Italia del 15 de septiembre, con la «enérgica protesta» porque

> Desde el comienzo de la rebelión militar el Gobierno español ha acumulado datos que prueban que los rebeldes sublevados contra el Gobierno español gozan de una ayuda constante que consiste en el suministro de armas, municiones y hombres enviados desde Italia […].

Se refería al aterrizaje forzoso de los hidroaviones Savoia-Marchetti en Argelia que, pese a estar pintados de blanco, no conseguían ocultar los «indicativos exteriores» italianos. Y también a la declaración del prisionero Vicente Sartriarca, piloto de un Fiat
CR-32
derribado entre Talavera y Santa Olalla, que habría confesado: «He luchado durante dieciocho meses en Abisinia […] Salimos de

Génova el 14 de agosto para Melilla, en un barco que no tenía nombre español, el cual a la salida del puerto izó la bandera republicana»[100]. Daban lo mismo, entre otras cosas, porque eran protestas redundantes. Primero, porque era evidente que Mussolini no tenía intención de plegarse a las sanciones de la Sociedad de Naciones. Y segundo, en lo relativo a los aviones, porque ni los sublevados (que no tenían, lógicamente, representación en ella) ni los italianos (que eran sus representantes oficiosos) podían negar los envíos: la aviación española carecía del modelo Savoia.

El principio de la intervención fascista en la Guerra Civil se concretó fundamentalmente en el envío de armamento de apoyo. De hecho, la llegada de ayuda extranjera permitió a los rebeldes nacionales emprender dos campañas que mejoraron en gran medida su situación, gracias al transporte en diez días de quince mil hombres de África al territorio peninsular[101]. Para ir, sin embargo, más allá de Guadarrama y hacerse con Madrid era necesaria más ayuda, incluso si para ello, como le diría De Rossi a Ciano, se llegaba a poner en cuestión la autonomía del mando sublevado, así como posiblemente, la integridad territorial. Dentro de los puntos acordados entre Roatta y Canaris en agosto de 1936, se señalaba con claridad que Franco debía aceptar los consejos militares de ambos, dado que recibía grandes ayudas militares de sus países: en palabras de Ciano, material por un valor de 55 000 000 de liras sin haber pedido pago a cambio, y habiendo perdido ya 12 aviadores en la que, desde su perspectiva, era una «lucha […] de interés directo para los estados anticomunistas»[102]. En la práctica, la lucha se hacía en ese momento sobre todo desde el aire. El 18 de agosto, mientras continuaba el envío de bombarderos y cazas a Melilla hasta sumar una flota de ocho
S-81
y siete
CR-32,
se disponía el envío del grupo de aviación a Sevilla que, solo un día después, entraba en acción en Antequera atacando a una columna enemiga, parecido ataque al que harían el día 20 en Córdoba. El 21 acabaron con los depósitos de petróleo de Málaga y con una columna enemiga, mientras que una patrulla se desplazaba a Salamanca para labores de cobertura en el norte. Su primera acción

habría sido el ataque al polvorín de Toledo, de no haber explotado uno de los aviones, causando la muerte de tres técnicos. Ese plan de ataque prefiguraba ya otro de los escenarios centrales de la Aviazione Legionaria: Madrid[103].

Todo ello debía servir de garante de los intereses alemanes e italianos en los campos político, militar y económico. En esos aspectos, la relevancia de las Baleares se multiplicaba exponencialmente. El miedo a perderlas en manos republicanas, cuyo gobierno podría usarlas como moneda de cambio del apoyo francés, favoreció el que pronto hubiera una fuerza italiana estable en Mallorca. Así, desde que en agosto de 1936 se estableciese una primera base aérea en la isla y, sobre todo, desde diciembre de ese año, cuando la Aviazione Legionaria pasó a depender, al menos nominalmente, de la MMIS, la aviación de caza y bombardeo italiana con base en las Baleares sería fundamental para el control de los cielos españoles en guerra. En 1936 resultó capital en el control del Estrecho de Gibraltar y, poco después, en los bombardeos de Cartagena, Alicante o Almería. Usando como puertos a controlar los de Barcelona y Valencia, y tomando como costa (y su correspondiente retaguardia) de referencia la que va desde Francia hasta el cabo de San Antonio, los vuelos desde las Baleares servirían incluso como recurso para la experimentación en técnica militar. En España, la Aviazione Legionaria pudo comprobar cómo bombardear los espejos de agua internos de los puertos era muy útil, puesto que, aunque no alcanzase naves, generaba grandes daños[104]. Como se verá más adelante, era solo el inicio de una intensa campaña de experimentación en el uso del arma aérea, la más fascista de las armas, a lo largo de toda la Guerra Civil.

El control de las Baleares, y sobre todo Mallorca, fue pues fundamental. Evidentemente, ahí se jugaba uno de los elementos clave para comprender la decisión mussoliniana de entrar en guerra, el del control del tráfico marítimo en el Mediterráneo occidental. Tan importantes fueron, y tanto pesaban en la opinión oficial, que Mussolini se vio obligado a afirmar al *Daily Mail*, en una fecha tan temprana como el 9 septiembre de 1936, que no tenía ninguna intención de hacerse con ellas. En diciembre, Eden confirmaría ante la Cámara de los Comunes que el gobierno británico habría recibido de Ciano la seguridad verbal de que

ninguna modificación sería realizada en el *statu quo* de las Baleares. En esto, como en tantas ocasiones, la imagen dada hacia el exterior no coincidía sin embargo con las intenciones reales del fascismo italiano. Tal como el propio Mussolini reconocería ante Ribbentrop en noviembre de 1937, era fundamental que Franco entendiese la necesidad de mantener una base italiana estable en Mallorca incluso cuando hubiese finalizado la guerra: valiéndose de ella y de la de Pantelleria, además de las ya existentes, en caso de guerra «ni un solo negro podrá llegar de África a Francia a través del Mediterráneo»[105].

Existía allí, sin embargo, un elemento distorsionador: la presencia de una misión fascista en Mallorca, encabezada por el cónsul (figura equivalente a coronel) de la Milizia Arconovaldo Bonaccorsi, el célebre y eficaz «conde Aldo Rossi»[106]. Antes que él, la isla contaba con la presencia de Carlo Margottini, comandante de la Reale Nave *Lanzerotto Marocello* estacionada en Palma, entregado «en alma y cuerpo a nuestra causa» y enlace principal entre Roma y Bonaccorsi[107]. Portador de un material militar necesario para rechazar el intento de invasión republicana de agosto encabezado por Bayo, Margottini haría saber, en un primerísimo intento de chantaje político, que no se desembarcaría un armamento tan importante hasta que la situación política no se aclarase, lo que en sus palabras significaba que se disolviesen la CEDA y sus milicias, y se acotase el poder en la isla de Juan March. En ese contexto, el líder local de Falange pidió a través de Sainz Rodríguez la ayuda italiana para organizar la defensa de la isla. Enviado por el gobierno italiano en respuesta a esa petición de las autoridades locales, comenzaría la labor del impetuoso, maleducado y popular conde Rossi.

Objeto de todo tipo de juicios, desde asesino sanguinario organizador de la limpieza política a enérgico fascista y héroe de la conquista de Ibiza que habría recuperado la isla para la contemporaneidad, Bonaccorsi resultó ser, a juicio al menos de la documentación que él mismo generó, cuanto menos un factor problemático en Mallorca. Llegado a Palma en hidroavión el 25 de agosto, habría logrado él solo —y sin conocer el idioma— hacerse con la situación táctica, infundir confianza y coraje e imponerse con su temerario valor a la comandancia militar en la dirección de las

operaciones, según el testimonio de Margottini. Todo ello es lo que conduciría, en menos de una semana, a la «liberación» de una isla baja de moral, desorganizada en su defensa y regida por unas autoridades militares ineptas. La retirada de las fuerzas republicanas el 3 de septiembre se atribuye a veces a su labor defensiva, aunque más bien fuese el resultado de las «órdenes recibidas de Madrid»[108]. Sin embargo, el capital simbólico de la retirada republicana lo recogió Bonaccorsi, que el día 19 de septiembre tomó el mando de las operaciones para conquistar Ibiza. Tanto una defensa como la otra ocupación las narraría el propio «General Conte Aldo Rossi» en términos épicos y personalistas. Él encabezaba los ataques, él saltaba el primero de las naves, él se jugaba la vida, él organizaba a los cincuenta falangistas de los llamados Dragones de la Muerte, él pedía que lo fusilasen caso de fallar las operaciones que ordenaba incluso contra la voluntad de las autoridades militares y civiles. No lo fusilaron, pero a cambio él mandó fusilar —como señalaría su propio intérprete, un sacerdote apellidado Adrover— a la mayoría de los prisioneros, «elementos pésimos» y analfabetos, incluidas cinco mujeres llegadas a Mallorca desde Barcelona como enfermeras[109].

Bonaccorsi y misiones veraniegas al margen (y cabe dejarlas ahí porque, aunque aparecerán por estas páginas en más ocasiones, las Baleares fueron un territorio bastante desconectado de los avatares de la sublevación en la Península), la verdadera escalada militar fascista en España tuvo lugar en el otoño de 1936. Todo apunta a que fue pensada y calculada en paralelo al golpe de Estado, previendo la posibilidad (y ante la realidad factual de los hechos) de que no fuese tan exitoso como decía la propaganda sublevada. Uno de los casos que anticiparon el envío masivo de tropas estuvo en el control naval italiano a partir del verano. El 10 de agosto ya había diez submarinos italianos en el Mediterráneo[110]. Dos días después, aviones italianos bombardeaban y hundían un carguero danés frente a Barcelona, y al día siguiente le tocaba el turno a un carguero español, el *Conde de Albasola*[111]. En noviembre, el submarino italiano *Torricelli*, con ayuda de la aviación, puso fuera de juego hasta 1938 al crucero ligero *Miguel de Cervantes*, anclado en el puerto de Cartagena. La guerra submarina fue, de hecho, crucial al inicio de las hostilidades: el buque francés *Parame*, el

petrolero panameño *MacKnight*, los buques rusos *Timiryasev* y el *Blagoiev* y el británico *Havock* fueron atacados por fuerzas italianas que apoyaban la rebelión impidiendo, en un flagrante caso de piratería, cualquier tipo de ayuda al gobierno legal. De hecho, la participación italiana fue capital en todo lo relativo a la guerra marítima. El enviado militar, Ferretti, que se hizo cargo de la Missione Navale Italiana (MNI) entre el 3 de octubre de 1936 y el 22 de noviembre de 1938, fue, según su propio testimonio, el encargado de poner el mar al servicio de los sublevados.

Pensada no solo como un mecanismo de interrelación entre las marinas italiana y española sino como un órgano de colaboración activa, la MNI hubo de hacer frente a las necesidades navales del cuerpo expedicionario italiano pero, sobre todo, de corregir la «catastrófica» situación de una marina cuyo mando estaba, aún a finales de 1936, semienterrado en la sede del Cuartel General de Franco, el arzobispado de Salamanca. Con tan solo un oficial superior y una dactilógrafa voluntaria, sin estaciones radiotelegráficas, sin oficinas de reparación, sin personal y sin organización, eran tiempos en que había que crear «todo de la nada». Para ello Ferretti, en buenas relaciones con el almirantazgo alemán, decidió llevar las sedes de la MNI a Cádiz, cabeza de puente de los transportes italianos; Burgos, centro de mando general y observatorio del «complejo y atormentado» mundo político español, y Palma, mando de las fuerzas para el bloqueo del Mediterráneo, además de la sede en el CTV[112]. Todo ello le serviría para colaborar con la naciente marina sublevada, entre otras misiones escoltando a los mercantes que transportaban suministros a la España sublevada, además de proporcionarle armamento: el de medio calibre del *Baleares*, las ametralladoras del *Baleares* y el *Canarias*, baterías antiaéreas para las bases navales, municiones de reserva, instrumentos de telemetría o sumergibles. Tan importante sería su labor, que la MNI vendría a convertirse en el enlace y centro coordinador de las acciones paralelas mar-tierra, como la toma de Málaga, y a ser la que asumiese el mando del tráfico portuario de Cádiz, Huelva y Sevilla. En la conquista de Málaga participó, de hecho, el *Verazzano*, de bandera italiana, que hubo de mantener un delicado equilibrio entre la necesidad de no comprometer la neutralidad oficial italiana, y el hecho de ser un

apoyo eficaz a los MAS (Motoscafo Armato Silurante), los submarinos legionarios italianos (*Onice, Iride, Ferraris, Galileo*) que llevaron a cabo trece operaciones de guerra en la costa «roja».

De hecho, fue la situación internacional la que limitó y, finalmente, aplazó *sine die* una actuación a gran escala en el Mediterráneo como la proyectada y aprobada para el hundimiento de los buques enemigos en aguas mediterráneas, en un ataque combinado desde el aire y los submarinos italianos, que Ciano habría apoyado con «entusiasmo y decisión». No fue por falta de entusiasmo, sino de oportunidad. Al hilo del control naval, se empezó a preparar el operativo que, de haberse concretado, hubiera supuesto el traslado de unos veinte mil hombres a España en octubre de 1936: la llamada Operación Garibaldi. Encabezada por el general Ezio Garibaldi, nieto del general de las camisas rojas, la operación no fructificó. Eso, sin embargo, no fue óbice para convertirse en motivo de largas consideraciones por parte del mando militar sublevado y Ciano y Mussolini, con la importante y problemática participación de Ottavio De Peppo, jefe del Gabinete Diplomático de Affari Esteri y del Ministerio de la Marina. De hecho, el enviado de Franco para negociar el envío de este contingente de tropas y materiales, Antonio Magaz, señalaría cómo sus relaciones con el Gobierno de Italia eran «extremadamente fáciles, pues el Duce y […] el Conde Ciano consideran la guerra de España como una guerra propia a la que no regatean ningún auxilio moral ni material», pero que, sin embargo, a la hora de concretar las ayudas, se topaba siempre con una red administrativa y gubernamental llena de dificultades encabezadas por De Peppo, quien, por haber sido agregado de la embajada italiana en Madrid, creía «conocer íntimamente nuestro país», presumía de ser «maquiavélico» pero, en realidad, era «bastante *snob*, alardeando de sus amistades con lo más distinguido y aristocrático de la sociedad madrileña». Tal vez por «no habernos conocido en un periodo brillante de nuestra historia, no tiene de nosotros la mejor opinión» y desconfiaría de «nuestro valor y nuestra solvencia». A juicio de Magaz, él fue el responsable de la cancelación de la Operación Garibaldi. Cuando todas las partes estaban de acuerdo, el Ministerio de la Marina paralizó la operación, «sin que en el cielo internacional, ya bastante oscuro, hubiera aparecido ninguna nueva

nube». Para Magaz, el ímpetu verdaderamente fascista con que el Duce y el conde Ciano acogían hasta las «más atrevidas concepciones» se veía muy dañado por quienes con sus reticencias habían «hecho perder algunas oportunidades de acabar con la flota afecta al Gobierno de Madrid. Con el dominio del mar y el bloqueo de la costa enemiga, la campaña hubiera sido más fácil y menos sangrienta»[113].

No obstante, nadie podía aducir falta de compromiso por parte de Mussolini. Como recordará después Faldella, a finales de septiembre habían llegado a España quince tanques, treinta y ocho piezas antiaéreas de sesenta y cinco milímetros y material de radio y telegrafía, y con el material, un grupo de ciento sesenta instructores voluntarios que se incorporaron directamente en el Tercio y participaron en combate en las cercanías de Navalcarnero[114]. Terminada, pues, una primera fase de ayuda en forma de armamento, daría inicio la de la intervención táctica y bélica. Para prepararla, el 1 de septiembre Roatta se embarcó en el *Leone Pancaldo* para ir a España acompañado de Emilio Faldella, Carlo Sirombo y de los alemanes Walter Warlimont y Lucan, que entrarían en el país con pasaporte italiano. Su objetivo era entrevistarse con Franco y presentarle sus credenciales, cosa que hicieron el día 6. En paralelo, el 4 de septiembre se constituiría la Sección del SIM dedicada a la Guerra Civil: la célebre Sezione S, al mando de Filippo Guarini, con Vittorio Bonardi de oficial y la ayuda del mariscal Francesco Errico y el sargento Michelangelo Fedele, para tratar todas las cuestiones relacionadas con la situación político-militar española y servir de enlace con los elementos operativos e informativos en España, Tánger y las Baleares. Todo ello debía servir para que Franco terminase de asumir que su suerte estaba ya ligada al apoyo de las potencias fascistas. Solo cinco días después, el futuro «generalísimo» hacía suyos, de manera explícita, algunos de sus requerimientos principales. Como declararía en Cáceres ante la delegación italogermana, quedaba totalmente excluida la posibilidad de la vuelta a la «vieja España». El gobierno nacional tendría un programa de acercamiento a las masas, que los partidos de la derecha que apoyaban el golpe parecían «prácticamente» aceptar. Cualquier desajuste, diría, entre tendencias se armonizaría tras la victoria: era más lo que les unía,

es decir, el interés en acabar con la actividad comunista en España, que cualquier discrepancia interna. Y en el terreno militar, el cebo siempre de la capital, con el que picarían las potencias fascistas al menos hasta marzo de 1937, cuando el punto de no retorno hacía meses que se había dejado atrás: «Situación general buena», diría, con previsión de ocupación de Madrid para final de septiembre.

Las impresiones, por su parte, de la delegación italiana en su viaje para entrevistarse con el caudillo de Ferrol no tienen desperdicio, y ayudan a conocer mejor lo que Roatta vio y la impresión que le produjo. En primer lugar, al igual que en los primeros telegramas desde África, dejaban muy claro que Franco era el líder sublevado. Queipo, decía, era figura secundaria, y Mola, de tendencias tradicionalistas, y un poco rígido. Franco, en cambio, era para ellos un simpatizante del fascismo, el más capacitado para armonizar las diferentes tendencias políticas (incluidas las milicias voluntarias, que ocupaban las retaguardias pero eran, desde su perspectiva, poco activas en los frentes), y cosa muy importante, estaba al mando de las mejores tropas, las del Tercio y los Regulares, que ocupaban las localidades de manera exitosa y casi siempre cruenta. En ese mismo informe que el Duce leyó (pues además de al SIM, lo envió a su secretaría personal) se señalaba que, además de por unas mayores cohesión y disciplina que los «rojos», las tropas se caracterizaban por llevar a cabo un combate desordenado y confuso, con unos procedimientos tácticos primitivos y ausencia de noticias del enemigo, del que se ignoraba casi todo. No se creaban patrullas de control entre el frente y las localidades ocupadas, por lo que no entendía, salvo por su escasa capacidad militar, que los «rojos» no penetrasen tras las líneas, ya que de hecho no las había. La mayoría de casas, decía, no mostraban banderas nacionales sino blancas, y los habitantes no hacían el saludo falangista, sino que llevaban trapos blancos. Los civiles llevaban una cinta con las banderas de España, Italia, Portugal y Alemania a la que denominaban, «elegantemente, Me cago en Francia [*sic*]». Ocupado un pueblo, se fusilaba de manera sumaria a los prisioneros y a cuanta población se sospechase o se supusiese que apoyaba, cooperaba o simpatizaba con los «rojos», a quienes se sometía a una «depuración (ahora llamada, comúnmente, peluquería)»[115]. En Fuente de Cantos había comprobado cómo la

represión por las «atrocidades rojas» había sido ejemplar, de hasta ochocientas personas, decía, desarmadas. «¿Desarmados? ¡Desalmados!», le respondió el alcalde, requeté, a sus preguntas sobre por qué se mandaba fusilar a no combatientes.

Contra los desalmados rojos, las tácticas de combate españolas eran primitivas, lentas y extremadamente violentas, algo que, según Ciano, podía resultar contraproducente: no tanto por salvar vidas para el fascismo y la reconstrucción de la nación, sino porque un trato cruel incrementaría la voluntad de resistencia de los adversarios[116]. Pero en esta consideración del rojo desalmado, nadie puede quitar hierro a la postura del fascismo mussoliniano ni descartar, entre las motivaciones primeras que llevaron a la intervención fascista en España y al alistamiento de los primeros voluntarios, una comunión de intereses e identidades políticas que, como se diría entonces, unirían con sangre (y *mediante* la sangre) los destinos de las dos naciones para siempre. Solo así puede comprenderse el envío, a finales de agosto, de un «Boletín confidencial extraordinario» que realizaría el embajador en Madrid a Ciano y Mussolini en el que se relataba un asesinato de Calvo Sotelo inspirado por la masonería y con la complicidad del gobierno, donde se acusaba directamente a Casares Quiroga, «repugnante sabandija tuberculosa», de ser el responsable último de su muerte[117]. Y solo así puede entenderse la temprana alusión a la barbarie roja, al terror ateo, a la España sin dios, en los documentos personales de algunos de los primeros combatientes italianos que, por más que se articulase rápidamente un mecanismo (discreto, y fuera de los locales de la embajada y el consulado, bajo la dirección del agregado naval, el capitán Estrada) de reclutamiento en Roma y Génova «para sacar partido del ambiente favorable respecto a nuestra lucha contra el marxismo», decidieron combatir en España cuando aún ni existía el Ufficio Spagna. Es decir, cuando hubieron de o alistarse al Tercio, o presentarse en las embajadas, o venir a España por su cuenta y riesgo[118].

Precedida por la voluntad de acabar con la República, decidida en julio y concretada en septiembre, fue entre octubre y noviembre de 1936 que se estableció, en consecuencia, el cómo y el cuándo de la intervención de gran volumen en España, limitada hasta entonces al envío de materiales a los que se borraba cualquier signo de

procedencia italiana, y de un número escaso de especialistas llegados en septiembre a España vía Cádiz y Vigo para integrarse en unidades italoespañolas[119]. Italia acabó convirtiéndose, al menos en la primavera de 1937, en un tercer beligerante, pero los motivos para esta escalada difieren según cada autor. Para Gianluca André, fue por la defensa republicana gracias a la ayuda de las Brigadas Internacionales. Para De Felice, por la presión de la Milizia para combatir su guerra fascista. Y sobre todos, para Coverdale, por el rechazo a la intervención bolchevique y la convicción de que una mayor implicación ayudaría a una rápida victoria de Franco, lo cual favorecería enormemente la situación italiana en las coordenadas geoestratégicas europeas. Todas, según parece por el cuasiconsenso historiográfico, motivaciones defensivas[120].

No parece que los movimientos italianos en aras de la construcción de la Guerra Civil puedan simplificarse como acciones defensivas, desde el momento que se trató, de hecho, de la combinación de una agresividad proactiva y una acción reactiva ante, entre otras cuestiones, la radicalización revolucionaria en la retaguardia republicana. Como subraya Morten Heiberg, en el invierno de
1936-1937
Mussolini envió «un ejército expedicionario de 45 000 soldados a España, constituido oficialmente por voluntarios para no entrar en conflicto con las normas del recientemente creado Comité de No Intervención»[121]. Todo un ejército no se crea, en mi opinión, para defender la posición geoestratégica. Se pone sobre el terreno para atacar, conquistar y vencer, tanto si lo que se persigue es aniquilar al enemigo como si es defender de forma preventiva el propio sistema político y el propio régimen fascista, al modo en que lo dijo Ciano: Italia estaba en guerra para defender la civilización y la revolución fascista[122]. Por ese motivo, los meses de verano y otoño de 1936 vieron redoblarse los esfuerzos italianos por influir, y hasta determinar, la evolución de la España sublevada. Desde la labor, infructuosa, de mediación en Alicante por la liberación de José Antonio, Miguel y Carmen Primo de Rivera, hasta las reuniones con Olazábal para reforzar los lazos, ya existentes en lo ideológico, entre el fascismo y el carlismo[123]. Desde el rescate, agradecido personalmente, de la familia de Queipo en Málaga gracias al cónsul

italiano en la ciudad, hasta las declaraciones de Mussolini saludando las respectivas de Franco sobre la búsqueda de base popular para su poder. Desde las sugerencias de Ciano para buscar un corte social al gobierno sublevado y para que desde Burgos se hiciesen gestos que favoreciesen «la sensación en el exterior de que el movimiento nacionalista no es uno de los habituales pronunciamientos sino una revolución salida del pueblo español y que se desarrolla para bien del pueblo mismo», hasta las presiones del Duce para que España saliese de la Sociedad de Naciones cuando Italia lo hiciese. En estos meses no se gestaba la intervención italiana: se desarrollaba *de facto*[124].

Muchas declaraciones e iniciativas apoyan esta visión, como los envíos de voluntarios encuadrados en la Legión. Algunas de estas unidades pudo inspeccionarlas Franco en persona, al menos a juzgar por el telegrama del 19 de octubre recibido por el SIM, en el que se detallaba cómo el Caudillo tuvo una «óptima impresión», incluso pese a la diferencia evidente con el más moderno material de guerra traído por los alemanes. E incluso pese a que los italianos habían transportado, en más de una ocasión, material de descarte, cosa «imperdonable» y gravísima[125]. Que se estaba ya desarrollando una intervención, y que esta se desplegaría entre noviembre de 1936 y principios de 1937, resulta de hecho la visión más coherente con el desarrollo del conflicto español y su progresiva transformación en una guerra civil. No es ni mucho menos casual que muchas de las iniciativas destinadas a afrontar una guerra de larga duración sean de noviembre. En ese mes dio inicio la escalada militar fascista pura y dura, a partir del reconocimiento del gobierno de Burgos del general Franco por parte de Italia y del Tercer Reich: una medida que, según recordaría Mussolini a Roatta el 22 de noviembre para que se lo indicase a Franco, lo obligaría a continuar las operaciones con la máxima energía. Habría que evitar absolutamente, según sus palabras, que por contar demasiado con la solidaridad material y moral italoalemana, «codesta gente si metta sull'imbraca»,
es decir, que esta gente se durmiese en los laureles, eludiendo sus obligaciones y responsabilidades. Una admonición sin duda agresiva, por mucho que el Duce no la hiciera en público, sino a su mano derecha en España, en la que estaba detrás tanto la oferta de

entrada masiva en guerra que se había hecho presente en el contexto propicio de septiembre, como la reiteración de dicha ayuda, bajo los mismos preceptos (el envío de voluntarios bajo bandera italiana y con mandos fascistas) pero en un momento extremadamente más complejo: el del inicio de una guerra civil de larga duración.

El origen de ese reconocimiento estuvo en la reunión que mantuvieron Ciano y Von Neurath los días 21 y 22 de octubre, y de la que salió un pacto bilateral de nueve puntos. Entre ellos, se certificaba el reforzamiento de las relaciones entre las dos potencias, la ayuda mutua en la Sociedad de Naciones —especialmente si Italia la abandonaba—, el reconocimiento del comunismo como el gran peligro que amenaza la seguridad y la paz de Europa y, sobre todo para lo que aquí concierne, el reconocimiento *de facto* del gobierno nacional español, quedando a la espera del *de iure*, a la par que la confirmación del principio de no intervención y el respeto a la integridad y la soberanía territorial españolas. Con ello, sentaban las bases diplomáticas para la escalada militar posterior. Por más que la reunión entre Ciano y Hitler haya sido destacada de forma mayoritaria, fue noviembre de 1936 el momento verdaderamente crítico en todos los sentidos. En realidad fue cuando más cerca estuvo el ejército sublevado de tomar la capital, como señalaban todos los informes que, a modo conclusivo, se intercambiaban desde Italia a España. Al igual que en Toledo, la ofensiva sobre Madrid planeada por Mola y aprobada por Franco debía servir para una entrada rápida sobre la capital desde el oeste, y por no faltar, no faltaban ni los detalles de Falange sobre cuáles serían las radios y periódicos inmediatamente ocupados de la capital[126]. Pero no todos eran tan optimistas. En uno de sus informes, Roatta expondría sus dudas sobre la situación militar general: muy crítico con las capacidades militares de las tropas sublevadas, cuya mala organización, escasez de armamento y falta de articulación por encima de la unidad-batallón impedían un uso orgánico, era todavía peor su opinión sobre los mandos. En particular, el de Varela, quien daría las órdenes como un antiguo general napoleónico, con un solo hilo telefónico como nexo de unión con el mundo y rodeado en su centro de mando (de Leganés, para más señas) de inmundicia, botellas de jerez y café. Pero en

general, de todos los africanistas, excepción hecha de Franco. Escasos en medios (los mejores eran los que habían proporcionado italianos y alemanes, pero no siempre se usaban correctamente) y crueles en el combate, con el fusilamiento en masa de los prisioneros capturados vivos como blasón de guerra, la capacidad de los «revolucionarios» de ganar lo que habían empezado generaba enormes dudas. Por ello, diría, había que redoblar los esfuerzos en su ayuda[127].

La idea era que la guerra finalizase en breve, siempre a más tardar a últimos de mes. No era esa, sin embargo, la impresión del aviador Muti: «nuestros vuelos llevan cotidianamente a una mayor destrucción de Madrid. Pero desde hace semanas no se hace nada desde tierra». A este paso «hacia la primera mitad del siglo XXI se llegará a la toma de Madrid»[128]. Eso, además y a su juicio, ya no habría supuesto el final ni de la guerra ni de la República. Como reconocía el propio mando italiano, la reorganización y el refuerzo del Ejército republicano, su mayor capacidad de resistencia y la propia experiencia de combate del insurrecto (lento y diametralmente opuesto a la *guerra celere* propugnada por los fascistas) ya no hacían prever, ni mucho menos, una victoria inmediata con la ocupación de Madrid. Los militares españoles la consideraban, decía Roatta, un punto de llegada, como si el enemigo fuera a disolverse. Él pensaba que, en todo caso, sería con suerte un paso intermedio de una guerra larga[129]. Ya entonces se hacían evidentes las diferencias tácticas y estratégicas entre los generales españoles e italianos, que propugnaban la muy fascista idea de la *guerra celere*, la guerra rápida motorizada acompañada del arma, también muy fascista, de la aviación. Estas diferencias nutrirían los informes militares italianos de los siguientes dos años y medio.

De hecho, pronto se frustró el plan para la toma rápida de Madrid. Con ello se cerraba de inmediato el golpe de Estado y su derivada en guerra de columnas, y se iniciaba una larga y fatigosa guerra hasta la destrucción total del enemigo. En ese contexto, Mussolini tomó sus propias decisiones. Lejos de retirarse de las «arenas movedizas», reconoció al gobierno de Franco el 8 de noviembre. Envió un encargado de Negocios a España reconocido como jefe de la misión diplomática italiana[130]. Firmó el Protocolo

Secreto hispano-italiano, basado en la solidaridad en la lucha contra el comunismo, el desarrollo de las relaciones recíprocas, o el apoyo italiano para conservar la integridad y el restablecimiento del orden político y social, cuya ratificación fue misión del diplomático Filippo Anfuso[131]. Y terminó de dar forma, por fin, al envío masivo de soldados. Evidentemente, no era el suyo un enorme disgusto y rechazo a los modos de llevar la situación por parte de Franco, cuando dio orden de que:

> [d]espués de que el Gobierno del General Franco ha tomado posesión de la mayor parte de España y de que el desarrollo de la situación ha demostrado, de un modo cada vez más evidente, que en el resto de España no se puede hablar del ejercicio de un poder gubernamental, el Gobierno fascista ha decidido reconocer al Gobierno del General Franco y de enviarle un Encargado de Negocios [De Ciutiis] para dar comienzo a las relaciones diplomáticas […].

Así rezaba la declaración que hacía oficial lo que ya era una realidad *de facto* desde hacía meses. Según el delegado primero oficioso y al poco oficial del gobierno faccioso en Roma, Antonio Magaz, no había tenido lugar antes porque, aún a la espera de la entrada en Madrid de las tropas franquistas, se habría juzgado un reconocimiento prematuro que podría haber puesto «en evidencia el juego de Italia en nuestro favor». Sin embargo, a su juicio, el «avance de nuestras fuerzas, y tal vez el descarado auxilio de Rusia al Gobierno de Madrid» habían hecho cambiar los «indicios»[132] y favorecido la nueva situación. Magaz, sin embargo, se equivocaba. Sin ningún «nacional» pisando el paseo de la Castellana, y en el arco de un mes, Mussolini había pasado de una imagen pública de cautela y riesgo limitado a una implicación incondicional en la guerra, una auténtica escalada militar que llevaría, al poco, a diez mil hombres a la Península, embarcados con nocturnidad, vestidos de paisano y con pasaportes falsos[133]. Un viaje sin retorno desde el nacimiento del Eje en octubre y el reconocimiento en noviembre del gobierno de Burgos, que prosiguió con la reunión el 6 de diciembre y en el Palazzo Venezia entre Mussolini, Roatta, Ciano, los subsecretarios de los ministerios militares y Canaris, jefe del espionaje alemán, para aumentar la dotación de la ayuda a Franco, y con la creación del Ufficio Spagna, bajo el mando del conde Luca

Pietromarchi, formado por oficiales de la Milizia y de los tres ejércitos, pero al margen de los ministerios militares. Entre el 6 y el 18 de noviembre Hitler envió a España noventa y dos aviones de combate con más de tres mil ochocientos pilotos y técnicos. En poco tiempo, la unidad aérea estaba compuesta por ciento cuarenta aviones, con un batallón de asistencia de cuarenta y ocho tanques, sesenta cañones antiaéreos y cinco mil seiscientos hombres. Mussolini, por su parte, nombraría el 7 de noviembre como responsable al general de brigada Roatta (promovido a división gracias a la conquista de Málaga), a cuyo mando se pondrían cincuenta mil hombres en cuatro divisiones. El propio Roatta pediría que no se enviase ni oficialidad ni tropa de complemento. Había que demostrar desde el principio la primacía absoluta de Italia en la guerra y en España[134]. Ya no era tiempo de envíos urgentes y tempestivos de poca entidad, sino de una «intervención directa e intensa»[135].

Pero ¿acaso tenía Mussolini alguna obligación de hacerlo? Las causas últimas de la escalada militar pueden seguir quedando a oscuras, pero no son pocas las sombras que arrojan las interpretaciones basadas en los cálculos geoestratégicos sobre el tema mediterráneo. Un aspecto que no suele considerarse es el que el reconocimiento italiano del gobierno sublevado pudiera deberse a las presiones de las altas esferas militares alemanas sobre Hitler, que, como le trasladaron al Führer en una reunión el 17 de noviembre, consideraban necesario, por así decirlo, «definir», «legalizar» el contexto de la intervención militar y diplomática[136]. De hecho, en esos mismos días Ciano preguntó a sus agentes diplomáticos en Alemania cuál era, desde dentro, la opinión del gobierno alemán sobre Franco y la guerra y qué acciones en su favor pensaban llevarse a cabo. Y, pese a la lentitud de sus movimientos, en Berlín no se mostraban pesimistas. Para Goering, por más que el tiempo corriese en su contra para salvar las formas en la arena internacional y pese a las dudas expresadas abiertamente sobre la capacidad militar de los sublevados que le habían llevado a proponer, a principios de noviembre, el envío a España de diez mil hombres de las SS, había que seguir apoyando netamente al Caudillo[137].

Yo me inclino a pensar, en todo caso, que Mussolini hizo suyos

primero el golpe de Estado contra la República, y luego el proceso de guerra abierta a gran escala, que aunque estuviese en potencia implícita en julio-agosto de 1936, no se desplegaría en todas sus dimensiones hasta octubre-noviembre de ese año. El Duce no veía contradictorios el «acuerdo de caballeros» con el gobierno británico por el Mediterráneo occidental de noviembre de 1936 y la entrada en guerra. No lo eran. Incluso si para tranquilizar a Eden, debía retirar de Mallorca al cónsul de la Milizia, el «general» del «ejército anticomunista» Bonaccorsi, por más que no representase la política oficial de su gobierno. Era preferible guardar las formas en el terreno internacional, si eso le permitía incrementar su presencia de hecho en España. De tal modo el 14 de diciembre, poco después de varios informes que Mussolini leyó sobre la dificultad de una «ocupación nuestra definitiva de las Baleares» el conde Rossi, «óptimo fascista, hombre de acción», recibió orden de Ciano, transmitida por telegrama desde la Real Nave *Zeno*, de finalizar su periplo fascistizador de Mallorca y abandonar la isla. El más que supuesto entusiasmo por la influencia italiana se había esfumado, según la documentación oficial. Pese al prestigio logrado por Bonaccorsi, que habría comprendido (según él mismo) a la perfección la mentalidad de los españoles imprimiendo al movimiento una característica exquisitamente fascista, las autoridades locales no querían sino quitárselo de encima. Desde ese momento, Italia retiraría su enorme influencia política, y a cambio se aseguraba una determinante presencia militar y una nada despreciable capacidad de «acaparamiento del mercado interno», al hacerse con el comercio de almendras, lana, tabaco y productos medicinales. En ese contexto, tal como se le informó a Bonaccorsi, «la misión que se le encargó en Palma» podía «considerarse realizada con total satisfacción»[138].

Satisfacción, desde luego, no para un exaltado «conde Rossi», quien pocos días antes se quejaba de que la aviación en las islas fuese a quedar en manos de españoles «incapaces» —las del mismo Nicolás Franco, considerado por el cónsul un hombre amoral, deletéreo, comunista, acérrimo enemigo del Duce y del fascismo—, de que la autoridad militar trabajase contra el prestigio italiano (en forma de disminución de su propio prestigio pese a, decía, gozar de la estima y confianza de *toda* la población mallorquina), y de que,

en general, nadie tuviese en cuenta el fascismo revolucionario y popular de Mussolini, del que él mismo era evangelista. De hecho, hacía tiempo que miembros de la oficialidad sublevada y, según él mismo, también de la italiana le señalaban que la MMIS solo tenía un general, «Mancini» (es decir, Roatta), y que el otro —o sea, él— lo era «por decir algo». Tuvo, pues, que dejar la isla para que Mussolini pudiese demostrar que su decisión de intervenir en España era, sobre todo, una cuestión de apoyar al aliado, al amigo. Bonaccorsi no lo llegaría a entender. Solo unas semanas antes había organizado en Palma un desfile fascista, superando según él todas las previsiones: treinta mil hombres y mujeres aclamando a España, Italia, las doctrinas fascistas y a su creador, Mussolini. Y toda la población se habría encuadrado, en su opinión, de no haber mediado la oposición de la vieja política y el Ejército que, a su juicio, daban la puntilla a su misión en la isla. Era el tiempo en que creía aún que Franco combatía contra el comunismo y por el triunfo del fascismo. Seguramente no sabía que toda la administración italiana, desde la embajada hasta el Ejército, reclamaba que se fuera de Mallorca. Bonaccorsi, sin embargo, no solo no abandonó el territorio español, sino que fue motivo de fuertes tensiones durante la ocupación de Málaga, como se verá en el siguiente capítulo.

A resultas pues de los acuerdos italoalemanes del 6 de diciembre, Mussolini transfirió el mando de todas las tropas italianas a Roatta, a la vez que le pedía que se reuniese con Faupel y Franco para organizar el Estado Mayor decidido en dichos acuerdos y le informaba de la creación del Ufficio Spagna en el Ministerio de Asuntos Exteriores[139]. Los envíos de tropas a suelo español comenzaron enseguida: el 14, Faldella, segundo de Roatta, informaría a Franco del envío de tres mil soldados —quien habría respondido, aunque suene a apócrifo: «¿Y quién se los ha pedido?»[140]— de tipo voluntario, muchos, excombatientes de Abisinia, encuadrados por una MVSN que recibía «solicitudes continuas de voluntarios en busca del premio de enganche de 300 liras y el pago de 20 liras diarias»[141]. Con una moral altísima, diría, y un ánimo decidido, eran la apuesta de Mussolini por una acción decisiva en España; tanto, que supuestamente vendrían ya con la misión de conquistar Málaga, algo que el mismo Duce le habría señalado a Franco. No he hallado ninguna prueba de tal

indicación que, dos meses antes, habría ya supuestamente marcado la primera misión militar de las tropas fascistas en España[142]. Pero en esto, todo es posible.

En última instancia, Mussolini y Ciano consideraban que la presencia en España de italianos no contradecía su promesa de respetar el *statu quo*, y Ciano, en particular, que la creación y el envío de las Brigadas Internacionales hacía difícil impedir el enrolamiento de voluntarios[143]. Más tarde volveré sobre el asunto de las motivaciones en las diferentes oleadas de combatientes. Lo que sí deseo subrayar es que fuesen voluntarios fascistas, tropas del Ejército italiano (también fascista) u oficiales en busca de sueldo y ascensos, toda esa casuística resultaba coherente para la política agresiva y supremacista de gran potencia fascista en la lucha contra el enemigo ontológico en defensa de la civilización cristiana en España y, por ende, en Europa. El envío de tropas comenzó en noviembre con el motivo de «innervare», de nutrir las formaciones nacionales mientras que se reservaba un contingente en Italia de mil quinientos hombres disponibles para ulteriores envíos[144]. Su salida (desarmados durante el trayecto en el *Lombardía*) desde Gaeta se hizo en «absoluto secreto», desde un embarcadero cerrado lejos de las miradas de curiosos —aunque, sin embargo, se pasasen las horas de embarque dando vivas al Duce—. El arriesgado viaje sin izar la bandera y el desembarco en Cádiz del primer contingente el 22 de diciembre[145] junto con otras acciones como la de activar un plan de contraespionaje por parte del mayor De Blasio, no era el mero resultado de la ayuda al aliado natural. Era mucho más: era la intervención como un tercer beligerante. Solo así se explica la solicitud informal recibida por Roatta en boca del primo de Franco para participar y examinar las cuestiones operativas de los frentes, funcionando desde la sombra como un jefe del Estado Mayor[146]. No solo era apoyo al amigo: era, sobre todo, identificación del fascismo como sujeto implicado en primera línea.

Ahora bien, Italia no estaba *oficialmente* en guerra contra España. La guerra, en la que se entraba *de facto*, genera sueldos, devenga derechos, crea viudas y huérfanos, medallas al valor y condenas por traición o autolesionarse. A la altura de 1936 no había nada preparado para afrontar este tipo de cuestiones. La apertura del Ufficio Spagna, para coordinar desde el Ministerio de

Ciano todo lo relativo a la intervención en España, fue precisamente el primer intento de avanzar en esa dirección. Ratificó el control centralizado de todos los asuntos españoles, incluido el que en 1936, de entre los diferentes ámbitos implicados en la guerra, el militar quedara supeditado al diplomático y el político[147]. Seguramente, porque a principios de 1937 nadie pensaba que el envío masivo de un ejército entero a España no fuese a terminar con una victoria rápida y arrolladora de las tropas sublevadas *a* las que no solo se quería apoyar, sino también *sobre* las que pretendería apoyarse para obtener el triunfo, en palabras de Cantalupo, del fascismo en España. Esa dependencia de lo diplomático pronto varió hacia un reforzamiento de la dimensión militar de la intervención italiana. El gozne estuvo, como en casi todo, en la batalla de Guadalajara.

De ese modo, el 15 de diciembre se declaraba operativa la MMIS, con sede en Sevilla. El 22 desembarcó en Cádiz un contingente con tres mil soldados a bordo del *Lombardía* seguido por otro hasta sumar diez mil hombres solo un mes después. Según algunos autores, las solicitudes de los voluntarios Camisas Negras llegaron a superar las necesidades aunque, como en todo, cabe matizar mucho. El recurso a la Milizia se explicaba, según Rovighi y Stefani, por la dificultad de enviar tantos hombres en tan poco tiempo, así como por la exigencia política de la participación voluntaria y fascista[148]. Otra cosa es creer que las solicitudes superaran la demanda oficial, conclusión para la que no he encontrado ningún tipo de base documental. De hecho, Mussolini insistió mucho (y lo dejó escrito en sus papeles) en que se subrayase el carácter voluntario, tanto en el ámbito específico de la Milizia fascista como en el militar, destacando así que se seleccionaría a oficiales y tropa para España de entre los que se presentasen voluntarios[149]. No debió resultar sencillo, sin embargo, en el ámbito del Regio Esercito, del ejército italiano. En no pocas ocasiones las «invitaciones hechas a los soldados para que se enrolen en el ejército que se destina a España» eran recibidas con «visibles muestras de disgusto», conversaciones «sotto voce» y pretextos de toda índole, y solo las amenazas surtían el «efecto deseado». Por ello, se habría articulado un mecanismo de sorteo para cubrir las plazas correspondientes a cada regimiento de

obligado cumplimiento, so pena de arresto y proceso por indisciplina[150].

El mismo Mussolini contaría el proceso con su habitual trazo grueso y proyección hacia fuera de las responsabilidades. En su artículo de julio de 1937 «I Volontari e Londra»[151] explicaría cómo, a su juicio, la situación internacional respecto a la guerra española no era sino una mascarada de los gobiernos de Francia y el Reino Unido. Cuando, decía, en agosto de 1936 propusieron la no-intervención, lo hicieron sin imponer la prohibición de salida a los voluntarios, la propaganda o la suscripción pública de ayudas, pues tal cosa contrastaba con sus propias tradiciones políticas, limitándose a vetar el envío de armas y municiones. Mientras, proseguía, Stalin ya había decidido mandar su ayuda a la República, imprimiendo a la lucha un carácter de combate de doctrinas, un carácter antifascista, para hacer de la guerra el lugar de aniquilación del fascismo. Habría sido suicida no recoger el guante. Los camisas negras no podían, en sus propias palabras, mantenerse indiferentes y, aunque Franco no la necesitase, había que darle una prueba de solidaridad y lucha contra el antifascismo. «Una nueva y grande España está surgiendo entre la sangre y las ruinas», e Italia sería la comadrona de tan doloroso parto.

Así pues, 1936 dista de ser un año donde, desde Italia, se albergaron más dudas que seguridades con respecto a la participación como parte en una guerra abierta. La contribución global italiana en esos meses fue, en aeronáutica, de 105 aparatos derribados, 150 acciones de bombardeo, 170 000 kilos de explosivo lanzado. En marina, de ayuda en general y acción submarina. Y en tierra, de intervención directa en las acciones en Navalcarnero del 23 de octubre, la ocupación de Esquinas y Seseña los días 24 y 25, y la acción sobre Torrejón[152]. Todo ello generó un importante gasto: aproximadamente 110 000 000 de liras en aeronáutica, 16 575 460 en marina, 42 000 000 en guerra, 85 961 en «Balance exterior (Buonacorsi [*sic*]-Bianci, etc.)», es decir, un total de 168 661 421 liras, que se habrían cubierto muy parcialmente con el depósito en oro en la Banca de Italia visto antes a cuenta del Ministerio de Exteriores (5 533 407 liras) y por los depósitos de la Banca Commerciale del 20 agosto a cuenta de la SIAT, francos y esterlinas equiparables a 5 750 115 liras, para un total de 11 283 522. El

balance de gastos era, en suma, desproporcionadísimo en el año en que Mussolini decidió embarcarse en una guerra de las dimensiones que podía adquirir la española. Gracias a ello, Franco pudo disponer de armas y comprarlas a crédito, aun sin garantías para respaldarlo. Por mucho que los acuerdos comerciales garantizasen pagos en minerales de casi cuatro millones de liras y que el 30% de las importaciones desde España se retuviese, supuestamente, para pagar el equipamiento militar, las cuentas daban un saldo muy negativo. A la guerra de España, parece claro, los fascistas no vinieron a enriquecerse.

Como se señalaría un mes después en la reunión mantenida entre Ciano, Goering y los subsecretarios de los ministerios militares, el que ponían sobre la mesa las potencias fascistas era un esfuerzo verdaderamente formidable para una guerra de grandes proporciones, que debería haber servido para liquidarla rápidamente. Mussolini decidió un programa de máximos, de materiales y de sangre en España, y así se lo señaló a su yerno el 16 de enero. Sin embargo, ni se ganó la guerra cuando en teoría se podía, en noviembre, ni se ganaría luego, con el envío masivo de tropas y ayudas al ejército de Franco. Las potencias del Eje habían prometido el reconocimiento del gobierno de Burgos una vez tomada la capital, pero se vieron obligados a recular (un error, para Goering), con el resultado un tanto extravagante del comunicado de reconocimiento citado: el de un país sin capital. Dijeron que acatarían lo relativo a la neutralidad en tierra española dictado por la Sociedad de Naciones, pero mandaron tropas y armamento en la medida en que nada se decía, supuestamente, sobre el apoyo a la llegada de voluntarios para combatir en España al bolchevismo. Y, entre medias, el temor comenzaría a hacerse real: ni Franco ganaría rápido la guerra ni usaría la ayuda fascista europea para ello, sino que más bien la emplearía a modo de cobertura tranquilizadora, en la convicción de que gracias a ella podría combatir por tiempo indefinido.

«Queremos la victoria de Franco»[153], diría Ciano. La querían lo antes posible. Contundente. Y sobre Madrid. Y querían garantías de que se llevasen a cabo los máximos esfuerzos para asegurarla. A fin de cuentas, los casi 49 000 efectivos italianos que llegarían a juntarse en España al final del invierno de 1937 eran una fuente de

legitimidad para reclamarlo. En esa lógica es donde se enclavaría, tanto el devenir bélico de los italianos en un año iniciado con fuerza y éxito en Málaga como, sobre todo, cuando su impulso acabase, literalmente, hundido en el fango, la nieve y el hielo de Guadalajara.

CAPÍTULO 2

SANGRE HIRVIENDO. LA ITALIA FASCISTA EN GUERRA, 1937

Quejas. Constantes, reiterativas, repetitivas, en todas las direcciones y sin que se salvase nadie, ni el mismísimo Franco. Quejas son de lo que más recoge la documentación albergada en los archivos militares españoles e italianos. Pero contra lo que pudiera parecer, y tal vez estuviera justificado tras el fiasco de Guadalajara de marzo de 1937, no siempre son quejas hacia la actuación de las tropas italianas, sus errores por infravalorar al enemigo o la sensación de superioridad que mostraban sus mandos hacia las tropas españolas. También, y de muy grueso calibre, las había hacia el modo de conducir la guerra de los «nazionali», la mentalidad de sus jefes y el funcionamiento anticuado de un mando siempre en dificultad en frentes grandes y estables, y desconocedor casi siempre del enemigo. Franco desesperaba a Mussolini, hasta el punto de predecir su derrota en el contexto de la ofensiva republicana del Ebro. Pensaba el Duce que el «generalísimo» había dejado escapar todas las oportunidades que se le habían ofrecido para ganar la guerra. Y probablemente tenía razón.

Eso era en 1938, pero las quejas italianas hacia la organización de la guerra por parte de los sublevados son tan antiguas como la sublevación en sí. Sin embargo, estas se intensificaron notablemente en 1937 y acompañaron el periplo fascista en España hasta bien pasada la ofensiva de la victoria. Antes incluso del envío de los primeros grandes contingentes de soldados desde Italia, el 9 de diciembre Faldella pedía que no se perdiese el tiempo en la larga instrucción de un personal español «lento e incapaz», mal encuadrado, mal armado con diferentes tipos de calibres y sin apenas transportes, optando en cambio por el envío de tropas por

entero italianas, ya encuadradas, formadas y con su propio armamento[154]. La desconfianza hacia la formación y las capacidades de los españoles no hicieron sino aumentar gracias al éxito italiano de la conquista rápida de Málaga. Y cuando la derrota en Guadalajara heló las relaciones entre los dos ejércitos y sus mandos, los reproches mutuos escalaron hasta el insulto. Pocos ejércitos han debido someterse a una campaña de escarnio y ridiculización como el italiano en España. Y pocos ejércitos, en consecuencia, se han visto obligados a reforzar la autoestima de sus combatientes de una manera tan evidente. Todo ello pasó el mismo año, 1937. Trescientos sesenta y cinco días en los que se pasó de la euforia por la victoria a la humillación de la derrota, de la búsqueda de venganza a la insatisfacción por el resultado.

Comprobar sobre el terreno, gracias a personas de confianza, lo que podían hacer las tropas italianas en suelo español, y confrontarlo con las aspiraciones que albergaba para la intervención en España (combatir al enemigo ontológico del fascismo, acabar con la República, asegurarse la primacía mediterránea, favorecer la creación de un régimen si no dependiente, sí deudor), fue lo que impulsó en última instancia la escalada militar italiana. Una escalada que hizo que, para final del invierno, Mussolini dispusiese de un verdadero cuerpo expedicionario en España, controlado desde su propia administración y con un grado de autonomía insólito para un ejército combatiendo, en teoría, en apoyo de otro. El año 1937 fue el tiempo de la propaganda, la exhibición, la experimentación en táctica militar, la demostración performativa del poder. Durante el mismo, el cuerpo expedicionario italiano se formó, creció y combatió en España persiguiendo el objetivo fundamental de lograr no una, sino *la* victoria fascista. A lo largo de ese año, en suma, la espiral de victoria-derrota-victoria contribuyó poderosísimamente a reforzar la presencia fascista en España.

De la guerra celere *a «Guadalahara»*

Sin ningún tipo de injerencias, tampoco económicas, si querían contar con las armas y la ayuda italiana. Tan seguro estaba de la importancia de su ayuda para acabar con la República, que desde principios de año Mussolini dedicó enormes energías a crear un

ejército propio y, lo que es más importante, autónomo del mando nacional[155], sin injerencias, hasta el punto de que el 4 de enero de 1937 decidió que los italianos en España no pidieran ningún tipo de salario a las autoridades españolas, que se limitarían a proporcionar alojamiento, comida, gasolina, lubricantes y material de consumo general. Que se pagase una parte alícuota en pesetas y en mano para que los soldados italianos tuviesen dinero para gastos. Que se crease un servicio de censura, con base en Italia, para filtrar la correspondencia. Que se enviase a España, entre otras unidades, una «banda de música grande y buena» y una unidad química, con materiales para crear niebla y lanzallamas. Y que el mando de todo ese ejército expedicionario no recayese en los primeros tenientes seleccionados, de perfil bajo, sino —y eso habla de la importancia que el Duce concedía a la intervención— en mandos «fascistas, muy condecorados»[156].

En enero, por tanto, la Italia fascista se convertía en el único país extranjero con un ejército entero desplazado a la Península, influyente desde la base de los combates hasta la cúpula de los centros decisionales políticos y militares. En ese mismo enero, y en respuesta a las críticas recibidas por su forma de conducir la guerra, Franco aceptó, de hecho, la constitución de un Estado Mayor conjunto italogermano, que era a fin de cuentas el que garantizaba su preeminencia militar. Eso permitiría dar contenido al pacto firmado por Franco el 28 de noviembre en Salamanca, según el cual aceptaba la política italiana en el Mediterráneo, así como solicitar más ayuda en virtud a los acuerdos de diciembre, ratificados una vez más en enero durante la reunión entre Goering y Mussolini del día 14 de enero. Según puede leerse de sus conclusiones, ambas potencias fascistas creían firmemente en la victoria de Franco, aunque habría que seguir presionándole para que acelerara las operaciones y no cayera en la inactividad[157]. Con ello se establecería una suerte de falso ultimátum: las circunstancias internacionales y la imposibilidad de prorrogar la adhesión a los acuerdos de no intervención para el envío de voluntarios harían, según lo anunciado a Franco, que la de enero fuese la última ayuda enviada. Mussolini escribió en *Il Popolo d'Italia* que el régimen fascista había cumplido de forma escrupulosa las

decisiones del Comité, ya que los voluntarios italianos se habían puesto exclusivamente a las órdenes de Franco, y no de ningún mando italiano[158]. Sabemos que tanto una proposición como la otra son falsas, pero eso no resulta una novedad en los artículos del Duce.

Franco, pues, no hizo ningún asco a la ayuda del Eje. Al principio, según Anfuso, se le vio desorientado por las peticiones que le llegaban. Pero al poco, y tras consultar con sus colaboradores más cercanos, se mostró abierto a aceptar el mando conjunto y a acelerar, en la medida de lo posible, las acciones que conducirían a los sublevados a la victoria. De hecho, aprovechó esa urgencia expresada por Mussolini y Goering en su beneficio. En su nota verbal del 24 de enero respondió a los requerimientos de ambos, agradeciendo la simpatía y amistad de ambas naciones hacia su lucha por restablecer la paz en España y los principios de la civilización occidental y, fundamentalmente, reclamando más ayudas, como mínimo para cubrir tres meses de combates, sobre todo en forma de armamento, munición y materiales bélicos: 100 000 granadas de mano, 800 toneladas de trilita, 12 millones de cartuchos, 775 toneladas de pólvoras de proyección, 500 kilogramos de mercurios, 400 toneladas de cinc, detectores para la guerra química, caretas, bombas con carga de iperita, difosgeno, óxido de magnesio o hipoclorito cálcico, entre una larga lista de necesidades[159]. Básicamente, armas, materias primas y utensilios para ganar la guerra. Para lograrlo, Mussolini le ofreció, en su empeño por salir victorioso también de la guerra española, todo un ejército. En una reunión mantenida el 15 de enero en el Ministerio de Asuntos Exteriores por Ciano, Anfuso, Valle y Biancheri, entre otros, se decidió el material que el gobierno italiano estaba dispuesto a proporcionar a Franco lo antes posible: 30 aviones con personal italiano, casi 2000 toneladas de explosivos y más de 850 000 cartuchos con los que bombardear la costa catalana, y personal sobre la base de un programa de mínimos o de máximos. El de mínimos, 11 000 hombres con material para dos meses, y el de máximos, esa misma cantidad de Camisas Negras, más una división especial del Ejército[160]. Evidentemente, se optó por ese segundo programa.

Para centralizar y hacer frente al crecimiento del contingente

italiano se puso en marcha desde Roma una organización con total autonomía económica y, según la idea inicial, bajo el mando exclusivo de Mussolini. Tal cosa supuso la queja por parte de Franco ante Cantalupo y el coronel Emilio Faldella aunque, como hostilidad, duraría poco. A su mando venía el antes jefe del servicio de inteligencia y luego jefe del Estado Mayor italiano en la Segunda Guerra Mundial, Mario Roatta, que mantendría el puesto hasta marzo de 1937. En el momento en que se hubo de construir, pues, el CTV, la Milizia aportaría 30 000 hombres, por 20 000 del Ejército. Organizado sobre la base de cuatro divisiones de 6300 hombres (Dio lo Vuole, Fiamme Nere, Penne Nere, las tres de voluntarios Camisas Negras) más la Littorio, del Ejército (7700), el Grupo de Infantería Francisci (3600), tropas integradas en diversas brigadas mixtas, entre ellas, Frecce Nere y Frecce Azurre (2500 hombres cada una), una Agrupación de Artillería (4100), una Agrupación especializada (600) y la Intendencia (5000), daba un total para la fuerza italiana de 1964 oficiales, 3697 suboficiales, 37 915 clase de tropa: 43 567 italianos en marzo de 1937[161]. De hecho, si revisamos las cifras desde los primeros desembarcos de diciembre, en cuarenta y cinco días se logró la movilización, adiestramiento, concentración en cuatro campos (Nocera Inferiore, Eboli, Nápoles y Caserta) y traslado de treinta y seis batallones voluntarios totalmente equipados, además del traslado desde Gaeta de los doce mil hombres de la División Littorio, organizada por el Ministero della Guerra bajo el mando del general Bergonzoli. Todo un éxito organizativo difícil de esconder, que explico con más detenimiento en el capítulo quinto, y del que Ciano, Roatta, Faldella o Mussolini pudieron sentirse orgullosos.

La primera acción de las tropas, mientras estaban aún en fase de formación, fue la campaña de Málaga: una isla republicana para cuya toma, que lograría según los órdenes de operaciones diarios un puerto mediterráneo para Franco[162], Roatta tuvo a su disposición a la Aviazione Legionaria y a diez mil milicianos, algunos recién desembarcados o apenas instruidos tras un breve paso por la base operativa de Almazán. Señalada por el alto mando como una operación bastante sencilla, Roatta supo por Ciano que Mussolini esperaba fervientemente una victoria fascista, sobre todo si tenía lugar el 1 de febrero, por su carácter simbólico, al ser el aniversario

de la fundación del arma de los legionarios. Nada hacía pensar que no fuese posible. El programa de expediciones se desarrollaba con regularidad, lo que, esperaba Mussolini, facilitaría la obra de conquista[163]. Sin embargo, al final no fue el día 1. Entre los días 5 y 8 de febrero, las tropas italianas integradas en la División Dio lo Vuole combatieron, sobre todo, en las sierras que rodean la ciudad. Una vez rotas las defensas republicanas con la ayuda de la aviación (de la que, prácticamente, carecían los defensores), las tropas italianas y las sublevadas entraron sin demasiadas dificultades en la ciudad, donde fueron recibidas, según la propaganda fascista, entre «elogios a Italia y a su Ejército liberador»[164]. En la alocución de Roatta a sus tropas, en tres días habían «liberado una provincia de la barbarie roja, le habéis devuelto la paz, la libertad y la vida. Así procede el Fascismo y vosotros, su vanguardia armada en lucha por un ideal, habéis interpretado su espíritu y manifestado su dinamismo». Punta de lanza de los sublevados (por más que Roatta decidiese no avanzar hasta Almería), la ocupación de Málaga fue para los italianos la demostración de la viabilidad de la *guerra celere*: avance mecanizado, rápida toma, pocas bajas. Todo ello venía a ratificar cuanto le había afirmado a Mussolini su amigo Luigi Barzini, corresponsal de *Il Popolo d'Italia* en España, cuando decía que una o dos divisiones de un ejército moderno como el italiano habrían entrado en las líneas republicanas como cuchillas en la mantequilla.

Tras la sucesión de éxitos, a buen seguro el Duce pensaba que sus tropas eran invencibles, y que tomaba por fin cuerpo un destino histórico, que no era otro que el de reproducir —como se verá en los testimonios recogidos en el capítulo quinto— los pasos de las legiones romanas. «La conquista de Málaga es obra de las tropas italianas», escribiría después el embajador Cantalupo, que presentaría las credenciales ante Franco en Salamanca el 1 de marzo[165]. Toda la «España blanca» era consciente de que la de Málaga (9 oficiales y 85 soldados muertos, 26 oficiales y 250 soldados heridos, 2 soldados desaparecidos) había sido una victoria italiana, y que la Missione había sido la autora del plan de conquista. El prestigio, diría, era alto, y su autoridad técnica, grande: Málaga habría dado a todos, y puede que sobre todo a los

alemanes, el sentido de la madurez militar italiana: «La admiración por nuestro ejército es generalizada»[166]. En Málaga pudieron comprobarse, sin embargo, las tácticas de ocupación combinada entre la *guerra celere* italiana y la de aniquilación de los sublevados. Por mucho que se haya tratado de mostrar una intervención fascista limpia de represalias y violencia, existen suficientes indicios como para cuestionar dicha valoración. El primero fue precisamente una apreciación de Cantalupo, según la cual la intervención de los diez mil italianos habría sido decisiva para conquistar la ciudad, pues en ella solo habrían participado mil quinientos españoles, básicamente en tareas de «limpieza», si bien no fueron los únicos que intervenían en ese tipo de prácticas. Pese a sus órdenes iniciales de no entregar a los prisioneros al ejército franquista —que acabó por revocarse—, Ciano mandó fusilar *in situ* a los «mercenarios», «naturalmente, empezando por los renegados italianos»[167]. Desde Roma llegaron órdenes, por tanto, de fusilar sin juicio ni dilación a los propios connacionales. No obstante, Roatta no mandó el mantenimiento de la violencia una vez se dio por conquistada la plaza. Tal cosa fue, a juicio del mando del CTV, responsabilidad del mando español. Con la colaboración necesaria, eso sí, de los italianos. En los mismos días, desde la base operativa de la MMIS en Sevilla se señalarían, de hecho, aspectos muy graves, textualmente «noticias de las represalias atroces de Málaga», a resultas de la ocupación de la ciudad.

«Cuanto ocurrió en Málaga es, Excelencia, muy triste», empieza el informe sobre este asunto escrito, posiblemente, desde el consulado y elevado al Duce en febrero de 1937. Muy triste, porque la MMIS, Italia y el fascismo se habían visto en medio de una acción eliminacionista, de limpieza y aniquilación de la resistencia real o potencial. En el informe, el orden de los acontecimientos estaba organizado para evidenciar la falta de responsabilidad en los hechos. Según se señalaba, la entrada de las tropas italianas impidió en primer lugar los «habituales saqueos» de los marroquíes y españoles y las masacres sin criterio a las que ya estarían acostumbrados en España. Sin embargo, apenas los soldados italianos abandonaron la ciudad, una ola de terror se apoderó de ella. Los «rojos», se diría, habrían obligado a todos los varones entre los 18 y los 60 años a inscribirse en las filas del Partido Comunista.

Después, esas listas fueron las utilizadas para fusilar de un modo impresionantemente sumario al entregar Mario Roatta la ciudad a las tropas «nacionales». Su única condición fue que se respetasen, como habían hecho los italianos, las vidas de los cerca de dos mil prisioneros hechos en batalla, cosa que no se hizo. Una vez entregados a las autoridades españolas, fueron liquidados en masa. Tal y como se le pedía de forma encarecida al Duce, Italia no debía participar, siquiera indirectamente, en carnicerías así, del mismo modo que no podía permitir que su apoyo fuese utilizado como excusa para venganzas y atrocidades, como las realizadas en Málaga contra «gentes atrapadas que no saben ni a qué santo rezarle». Mussolini, que era «hombre de buen corazón», debería hacer algo contra esta falta de respeto hacia la vida humana: portar una voz serena en medio del caos sangriento en el que todos fusilaban, pero nadie hablaba, como los fascistas, «al corazón de las gentes». Si a los pelotones de fusilamiento se le oponía una labor educativa, sana y fascista, España cambiaría mucho. Si no, «Franco plantará su bandera sobre un cementerio»[168].

Resulta complicado reunir tantos tópicos en un solo documento. Se trata, de hecho, de uno de los diferentes canales a través de los cuales se tuvo noticia en Roma de las prácticas represivas de los ocupantes. Tranquillo Bianchi, el cónsul italiano en la ciudad, señalaba cómo personas para las cuales media ciudad pedía clemencia eran eliminadas tras farsas «procesales hechas de procedimientos primitivos y odio», solo por haber sido movilizadas por el Ejército de la República. Él mismo, que pedía la mediación de Cantalupo y que obtuvo la autorización de Ciano para intervenir en aras del buen juicio y la serenidad[169], albergaba en sus oficinas consulares a personas que le pedían moderación, justicia y clemencia. Las mismas («mujeres, curas») que lo esperaban cada mañana a la puerta de su hotel. Los intentos de parar las ejecuciones y poner a los condenados, unos cuatrocientos según sus propios cálculos, bajo la protección fascista ocupaban todo su tiempo. Con las listas de aquellos a quienes decidía proteger, entraba y salía de las cárceles de la ciudad, detenía pelotones de fusilamiento, departía con los directores de las prisiones. Tachado de sentimental y exagerado, y extralimitado a juicio de Cantalupo en el desempeño de su labor de asilo, Bianchi, «típico hombre de

acción» fascista según Italo Julliotti (el enviado a España del ministro de Cultura Popular Dino Alfieri), trató de salvar las vidas de cuantas personas pudiera, sin ningún criterio aparente. Vidas como la de una joven, condenada a muerte por cantar la Internacional. O como las de veintidós prisioneros de los que consiguió la gracia parcial de Franco por telegrama, y que habría hecho extensiva a todos ellos manipulando el texto enviado por el Caudillo[170]. Bianchi, para quien «la verdadera justicia fascista» no debía «sembrar muerte, sino redimir y construir» y que ya había realizado esa misma labor durante los meses de control republicano de la ciudad (según algunos documentos, había salvado la vida de familiares de Queipo de Llano), consideraba que los excesos represivos podían afectar también a la imagen y el prestigio de Italia. Pero su labor, tachada de imprudente por Cantalupo y de demagógica por Conti (quien pensaba que le movía el «amor propio»[171]), también le granjeaba las susceptibilidades de quienes tenían mando sobre tan aleatorio sistema de eliminación de la disidencia política. En particular, las de Queipo de Llano.

Lejos pues de ser aproblemática, la intervención de Bianchi obligó a Cantalupo, que lo desprestigiaba como muy bebedor, a enviar a un subordinado, Gaetani, para que le informase de lo que ocurría en la ciudad. Y lo que ocurría no era otra cosa que juicios sumarios con defensas a bulto y en grupo sobre hombres y mujeres que no habían podido escapar de la ciudad; ejecuciones primero a base de tiros en la nuca y después de pelotones de fusilamiento (a las ocho de la tarde, a medianoche y al amanecer), en una tapia de cementerio que había que pintar cada mañana; cadáveres amontonados que los familiares podían llevarse para enterrar. La «represión efectuada por los nacionales» sería impresionante: «indiscutiblemente necesaria en profundidad, tal vez haya sido excesiva en extensión». Es importante subrayar esta cuestión: para Gaetani la represión era necesaria, aunque estaba resultando excesiva. El problema, como se vería a lo largo de toda la contienda, no era de naturaleza sino de grado. Podría, de hecho, moderarse tanta violencia. La España nacional, diría, se salvaría también si en Málaga se fusilaba «algún centenar menos de comunistas»[172].

Lo cierto, en todo caso, es que Franco no tendría grandes

problemas en reconocer los hechos de Málaga y, en general, la enorme carga de violencia que acarreó la construcción de su poder. En una entrevista con el embajador Cantalupo, explicada a Ciano por telegrama el 5 de marzo de 1937, el «Generalísimo ha afirmado claramente que las masacres de parte de milicias blancas han terminado desde hace un tiempo»: salvo casos «no controlados», la «justicia sumaria se encargaba a los tribunales militares». Pese a reconocer que los tribunales tras la ocupación de Málaga habían funcionado «con rigor» (un 50% de condenas a muerte de los acusados «jefes y criminales», un 20% de encausamientos y un 25% de absoluciones, más un 5% de acogidos a medidas de gracia), señalaría que había impartido instrucciones para una «mayor clemencia hacia las masas incultas y de igual severidad hacia los jefes y criminales». Desde hacía unas semanas había ordenado no fusilar a los prisioneros de guerra, y hacer propaganda en ese sentido por la radio. Los «rojos» debían entender que la llegada de los fascistas significaba «protección y pacificación y no terror y represalia». Pero, pese a los cambios, a Cantalupo le seguía pareciendo una cifra enorme de penas capitales[173]. Por ese motivo, y en vistas de que la «represión» continuase y se extendiese de forma inhumana también sobre la futura ocupación de Madrid, el embajador pedía nada menos que la intervención directa de Mussolini sobre Franco. ¿El motivo? No, desde luego humanitario. Lo que preocupaba era que, a la larga, nadie podría borrar la mancha de la violencia del expediente de los fascistas en España.

Como es bien sabido, la justicia militar de los sublevados siguió el mismo camino señalado con la ocupación de la ciudad y la provincia. El Cuartel General de Franco reconocía ochocientos cuatro fusilamientos a mediados de marzo, lejos de las tres mil víctimas denunciadas por Bianchi. Pero más allá de sentimentalismos y exageraciones, lo cierto es que la estimación del cónsul, que fue nombrado hijo predilecto de la ciudad pocos días después, contaba con los asesinatos antes del establecimiento de los tribunales militares, y la cifra oficial, no. Además, la propia administración de justicia de los sublevados admitiría que del total de juzgados, un 25% eran absueltos, un 25% condenados a penas de cárcel y un 50% condenados a pena capital[174]; un porcentaje que pretendía mostrarse como garante ante la MMIS del legalismo

franquista, pero que supone, visto desde el presente, una prueba de cargo sobre la voluntad de limpieza política y social de la retaguardia.

Pocas veces, en todo caso, pueden leerse documentos oficiales de la Guerra Civil española en el lado sublevado que contengan, como en el informe elevado a Mussolini, tanta información sobre asesinatos, tanta compasión intencionada y también tanta hipocresía. De hecho, como los mismos informes reconocían, los italianos también habrían fusilado a prisioneros desarmados, pero «solamente» a los comunistas que hubiesen disparado contra sus columnas en acciones de guerrilla. Especialmente, a cuantos lo hubiesen hecho a la espalda de las columnas o se hubiesen quedado en las casas de los pueblos ocupados para quemar los últimos cartuchos contra las tropas victoriosas. Era esa una acción «logica y salutare», lógica y saludable. Además, en Málaga participó activamente el cónsul Bonaccorsi, quien, tras abandonar la misión balear, había quedado adjunto a la Missione como inspector de las formaciones voluntarias, con misiones de propaganda y asistencia moral. Su participación en la toma de la ciudad andaluza está rodeada por la sospecha, certeza más bien, de que fue el responsable del asesinato de prisioneros desarmados. *Se non è vero, è ben trovato*. Ante los rumores de que habría mandado fusilar, o que lo habría hecho él mismo, a un prisionero, el propio conde Rossi hubo de recordarle a Roatta el gran afecto con el que el Duce lo había mandado a su misión española para servir a la patria contra el comunismo. Que después, en una misión de apostolado, había recorrido los lugares con tropas italianas, combatientes por la civilización y representantes de un gran imperio, para llevar la idea fascista y la palabra de Mussolini. Y que no había encontrado salvo dificultades, a partir de los celos generados entre los mandos del ejército italiano, y pese a la cercanía que demostraba por Roatta, a quien habría acompañado al botiquín tras ser herido por ráfagas de ametralladora en la toma de Málaga. Ninguna de sus explicaciones desmentía la acusación de haber participado en asesinatos en caliente. Más bien lo que elevó fue un pliego de descargo en el que recordaba su cercanía a Mussolini y al mando del CTV. Sin embargo, su fama de violento era ya generalizada. En una nota de Italo Balbo de febrero referida a una cena con varios conocidos,

como el senador Cini o el director de *Il Lavoro Fascista*, Fontanelli, el comandante de la aviación fascista le habría señalado que lo de Bonaccorsi era una «cosa indigna: no ha hecho sino matar prisioneros»[175].

Bonaccorsi, rechazado por toda la casta militar italiana, no hacía sino buscar un reconocimiento que el propio Roatta le recriminó. Y no tendrían sus palabras mayor importancia, salvo quizá porque en la línea temporal de su actividad aparecen momentos de sumo interés a la hora de reconstruir las prácticas de ocupación y sus políticas derivadas de violencia. Tal vez no fuese consciente al redactar ciertos párrafos, pero hoy sabemos lo importante que es encontrar documentación en la que se reconoce y justifica la muerte en caliente de prisioneros de guerra, como uno al que, relata, hubo que matar en un traslado en aplicación de la ley de fugas. Sabemos bien lo que suele significar. E igualmente, porque admite haber mandado el fusilamiento *in situ* de un «comunista» por haber disparado a un Camisa Negra en el momento de entregarse, así como haber consentido el fusilamiento de otros tres prisioneros hallados desarmados la noche antes de la entrada en Málaga[176]. De ambos informes, el de los fusilamientos sanos y lógicos y el de Bonaccorsi, pueden extraerse algunas conclusiones provisionales. La primera, que hay cuanto menos que poner en suspenso el generalizado buenismo sobre la intervención italiana en España y su escándalo por las ejecuciones sumarias o los maltratos a prisioneros. Los italianos también compartían, como se verá, una cosmovisión de la anti-España en términos de tremendismo, animalidad y heterofobia, y no se privaron de actuar en consecuencia. Además, hay que observar con detenimiento los motivos que movían a las llamadas de compasión. Como se señalaba en el informe dirigido al Duce, tanto baño de sangre, «evidentemente», no generaba sino rencor en los vencidos, exasperaba el problema de las venganzas en territorio rojo, e incitaba a la resistencia desesperada. El resultado del terror acababa siendo el de endurecer la resistencia, y no por otro motivo había que replantear su uso indiscriminado. Por el contrario, la generosidad, se decía, «haría caer de un golpe la barraca anarco-comunista española», ya que el estado de ánimo en la retaguardia enemiga «era malísimo»[177].

No fue el de la violencia contra los prisioneros y los civiles el

único motivo de fricción entre italianos y españoles a raíz de la toma de la capital andaluza. Como reconocería Cantalupo, la «moneda de la gratitud» escaseaba en la España nacional y tras la toma de Málaga, de hecho, hubo de esconderse la participación de los italianos por «exigencias diplomáticas», y hacerlos aparecer como españoles. Nadie quería que fuesen las fascistas las tropas victoriosas. La posición oficial italiana en el Comité de No Intervención obligaba al silencio, con la contrapartida de que las autoridades sublevadas se eximiesen de la gratitud debida. Faldella se reunió con Franco el 13 de febrero para tratar de garantizar la autonomía del CTV y que solo recibiesen órdenes del gobierno italiano. Pero este ni le habría felicitado por la toma de Málaga ni se habría mostrado agradecido (cosa que resulta cuanto menos extraña, según sus palabras) por la entrega del brazo de santa Teresa. Franco estaría pensando, de hecho, en distribuir las tropas italianas para hacer menos evidente su presencia en ataques masivos y maniobras resolutivas. Posiblemente, el éxito de Málaga y sus excesos propagandísticos se les fueron de las manos a los corresponsales italianos. En ese contexto, en palabras recogidas por Olao Conforti y, como siempre, más que dudosas por su literalidad, le habría espetado que «aquí han venido las tropas italianas sin pedirme autorización». Primero le habrían dicho que vendrían «compañías de voluntarios para formar parte de batallones españoles». Luego se le pidió que «formase batallones italianos y los acepté». Después «empezaron a llegar jefes y generales para mandarlos, y por último empezaron a llegar unidades ya formadas». Ahora, además de conquistar rápidamente Valencia, «quieren ustedes obligarme a permitir que esas tropas combatan juntas a las órdenes del general Roatta»[178]. El Caudillo tendría muy claro que Valencia, como cualquier otro gran golpe de mano que pudiese cambiar el devenir de la guerra, la debían tomar los «nacionales». Del resto de peticiones, mando único, etc., acabaría por hacerse cargo el fiasco militar y político de Guadalajara.

En todo esto, sin embargo, la renuencia de Franco a usar las tropas legionarias suena más a leyenda apócrifa. Primero, por la literalidad de las palabras que se le atribuyen. Pero segundo, y sobre todo, porque según las comunicaciones con el mando de la MMIS, Franco estaba lejos de renunciar a ellas, como los hechos se

encargaron de demostrar. De hecho, Roatta empezó a concretar las primeras líneas de acción del CTV desde el final mismo de la operación sobre Málaga. En concreto, planteaba ya la toma de Guadalajara, con una nota dirigida a Franco en la que le aconsejaba operar con unidades legionarias hacia la línea «Siguenza [*sic*]-Guadalajara», con la misión de caer a plomo con una rápida guerra de movimiento sobre la retaguardia de Madrid, en cooperación simultánea con las tropas españolas que operaban al sur, en Alcalá, y las presentes entre Somosierra y Guadalajara. En su reunión del día 13 de febrero, Faldella trasladó ese plan operativo al Cuartel General del Generalísimo. Y pese a mantener fuertes reservas sobre el uso masivo de las tropas legionarias italianas «solas e independientes» para evitar problemas sin contrapartidas en el campo internacional —e incluso la intervención mayor de las potencias antifascistas—, Franco consideró que la propuesta de la MMIS para la ocupación del centro del país coincidía en líneas generales con la de su Estado Mayor. Sobre todo, porque el plan partía del hecho de que serían tropas españolas las que ocuparían las energías del enemigo, las que asediarían y, en última instancia, tomarían la capital. Para Franco, ese último aspecto era fundamental. La clave para permitir una operación como esa con el empleo en masa de tropas italianas estuvo, precisamente, en la promesa de Roatta de que serían las españolas las que entrarían primeras y triunfadoras en Madrid[179]. La inminencia con la que, tras los fracasos de julio-noviembre de 1936, se esperaba la ofensiva final sobre Madrid hacía más necesarios que nunca a los italianos, y eso implicaba superar las iniciales resistencias de Franco hacia el primer plan sobre Guadalajara. La pinza sobre Madrid incluía la (a la postre estéril) batalla del Jarama, iniciada por Franco antes de que las tropas italianas hubiesen regresado de Málaga. Con todos de acuerdo, el resultado fue sin embargo un fiasco en toda regla. Las cartas, los informes, las memorias y toda la información disponible entre acusaciones, reproches mutuos y no asunciones de culpa, apuntan fundamentalmente a cuatro temas polémicos[180]. A saber: el de la fecha de inicio de la ofensiva, el de la incapacidad y nula preparación de las tropas italianas, el de la cobardía y los errores entre su generalato, y el de la cobertura por parte de las tropas españolas.

La cuestión del día de inicio de la ofensiva arrastraría más tarde un largo debate. Según los mandos italianos, Franco quería iniciarla el 25 de febrero, pero después se pasó al 27, luego al 2 de marzo y, por fin, al día de regreso de Italia de Roatta, quien la fijó para el 7 de marzo. En la nota del comandante del CTV entregada por Faldella se señalaba finales de febrero como referencia de inicio, previo acuerdo del Estado Mayor de Franco y la MMIS[181]. En ese momento las acciones en el frente del Jarama debilitaban notablemente al enemigo y a las Brigadas Internacionales, según reconocería más tarde (no en el momento) el general italiano, aunque no lo hacían menos a las fuerzas franquistas, que habrían perdido en los duros ataques republicanos unos seis mil soldados. Serían infundadas, pues, las críticas posteriores que, para justificar el fiasco de Guadalajara (41 oficiales y 382 soldados muertos, 120 oficiales y 1715 soldados heridos, 10 oficiales y 486 soldados desaparecidos, básicamente hechos prisioneros), lo atribuyeron a la falta de apoyo franquista: los combates en el Jarama hicieron que la reacción del Ejército Popular fuese más lenta y menos efectiva. No cabe, a mi juicio, buscar más culpables de la derrota que los propios italianos. Son muchos, sin embargo, los autores que se decantan por pensar que la derrota fue algo buscado por Franco para rebajar las aspiraciones italianas, a partir de una sola fuente, la de Conforti, y veladamente por la documentación militar italiana. Pero eso se da de bruces con al menos tres hechos. Primero, que se trataba de una fuerza considerada como propia por el mismo general Franco. Segundo, que el plan operativo de Guadalajara fue discutido y aprobado por el «generalísimo» de todos los ejércitos. Y tercero, que la propia documentación italiana lo desmiente. El embajador Cantalupo lo haría en telegrama el 20 de marzo: las críticas dirigidas a Franco por parte del mando italiano y del Gobierno por no haber ordenado un ataque conjunto el mismo día 8 en el Jarama eran infundadas. Desde Italia se le habría solicitado que atacase los días 25 de febrero y 1 de marzo, cosa que realizó y le supuso a Orgaz unas pérdidas de en torno al 32% de la tropa, esos seis mil hombres, siempre según el informe de Cantalupo. Ese fue el motivo por el que Orgaz se opuso a un tercer ataque el día 8, faltando así la coordinación entre los dos frentes, que acabaría siendo decisiva.

No lo vería igual Roatta, para quien, en tanto que último

responsable militar del fracaso de la ofensiva, no serían tan infundadas las críticas al mando español. Para él, el problema era que los italianos no estaban capacitados para atacar antes, los días 27 de febrero y 1 de marzo, por faltar hombres y materiales tras la ofensiva de Málaga. De hecho, en los peores días del Jarama, a finales de febrero, tuvo que rechazar el apoyo de sus hombres de refresco acantonados en Sigüenza. Aparentemente, y en todo caso, existió una gran descoordinación. Pero, sobre todo, hubo muy poca comunicación por parte de Roatta, así como mucha obstinación y escasa influencia por parte de los tres oficiales italianos agregados al Estado Mayor de Franco con ocasión de la batalla. Los días anteriores a la ofensiva, la fuerte reacción republicana en el Jarama había paralizado el empuje sublevado y detenido su acción, devolviéndola a la situación de partida con fuertes pérdidas por las dos partes. Cuando llegaron al cuartel general del Ejército Popular las noticias del envío de tropas italianas al norte (Roatta se quejaría amargamente de que «en este país, el secreto es algo imposible»), parte de los combatientes internacionales fueron, a su vez, desplazados. Ante las dificultades para lograr coberturas españolas, todas las miradas y las esperanzas se pusieron en las tropas fascistas, quienes contarían, según el general italiano, con los ataques de distracción en la zona de Somosierra y Guadarrama, así como en el sudoeste de la capital, adonde se enviaría una brigada mixta.

El 5 de marzo Roatta, que había regresado de Italia solo dos días antes, anunció «su» acción para las siete de la mañana del día 8, encontrando buena disposición por parte de Franco, pese al agotamiento de las tropas de Orgaz y su escasa capacidad de penetración. No puso ninguna pega, pues, a la fecha de inicio de la ofensiva, cuyo plan original contaba con tomar toda la zona y la capital entre los días 8 y 11 de marzo, pese a la tormenta de nieve que incluso bloqueaba las carreteras. El día antes Roatta telegrafió a Ciano y Mussolini para informarles de la hora del ataque y de la presencia de tropas de las Brigadas Internacionales en la línea Algora-Guadalajara a la altura de Miralbueno, además de otras en movimiento entre Alcalá y Guadalajara, lo que le hacía presumir que el enemigo fuese a ejercer una resistencia posicional. Además, les señaló la importancia de alcanzar pronto Guadalajara, para lo

que la división en cabeza de las tres disponibles contaría con todo el apoyo de la artillería, con el objetivo de romper rápidamente el frente. Después, una segunda división autotransportada superaría a la primera para dirigirse hacia la ciudad. Dos grupos de Banderas protegerían el flanco izquierdo del Tajuña, mientras que la derecha, por el Jadarque, estaría en manos de una brigada española. A día 7 seguía el mal tiempo, que dificultaba el trabajo preparatorio de la aviación, pero las previsiones hablaban de una mejora de las condiciones meteorológicas. Como señalaría en su informe el cónsul Grillo, más que de mejoras cabía hablar, sin embargo, de empeoramiento atmosférico en el momento del ataque. Pero según Roatta, el barómetro subía, por lo que cabía pensar en una mejora de la climatología. Se preveía una lucha muy dura, si bien se afrontaba con fe y confianza plenas.

Demasiada a juzgar por la apresurada respuesta de Mussolini (de viaje en el *Pola* hacia Libia en ese momento, señal del exceso de confianza que rodeó toda la operación) al telegrama de Roatta, en el que le auguraba la segunda victoria del fascismo en España. Sin mapas de la zona más allá de la guía Michelín a escala 1:400 000[182], Roatta dispuso para llevar a cabo su plan de la 2.ª División Fiamme Nere del general Coppi, la 1.ª División Dio lo Vuole del general Rossi, la División Littorio del general Bergonzoli y la 3.ª División Penne Nere del general Nuvoloni. Salvo la Littorio, compuesta por tropa de leva y oficiales regulares, todas estaban formadas por milicianos fascistas, con un total de en torno a treinta y cinco mil hombres, a los que había que sumar los nueve mil de la brigada del coronel Mazo, integrada en la División Soria de Moscardó. Todas ellas apoyadas por cuatro escuadrones de tanques Fiat Ansaldo (los pequeños carros blindados de tres toneladas, sin cañón pero armados con ametralladora), ciento sesenta cañones de campaña, mil quinientos camiones y cuatro escuadrillas de cazas Fiat CR32: unos ochenta aparatos, inservibles inicialmente por la escasa visibilidad y los embarrados aeródromos sorianos.

Este último aspecto resultó fundamental. Más allá de los tópicos, la desgracia de las tropas fascistas y lo que pudo marcar las diferencias en Guadalajara estuvo, además de en la deficiente intendencia que llevó a los soldados a aguantar ocho días con la dotación de munición básica (12 cargadores y 4 granadas), en la

peor infraestructura de los aeródromos utilizados por el ejército sublevado en Soria cuyas pistas de tierra embarradas, impedían los vuelos de cobertura. El aeródromo de Albacete, desde donde despegaba la aviación del Ejército Popular, disponía de pistas de cemento[183]. Tampoco ayudó la deficiente organización de un combate confiado en exceso a la motorización, que fracasó en un gigantesco atasco de camiones, tanques y piezas de artillería al intentar el relevo en vanguardia de las Fiamme Nere por la División Penne Nere. La carretera taponada de vehículos. Sin cobertura aérea. La aviación republicana despegando. La falta de acciones de distracción que evitasen la concentración de tropas defensivas del Ejército Popular. Todo junto fue el contexto perfecto para un desastre.

A día 7, el tiempo era descrito aún como pésimo, con nieve, lluvias y ráfagas de viento. No mejoraría en toda la ofensiva. «La pioggia, la neve, il nevischio» están presentes en todas las descripciones. Un mal tiempo persistente desde finales de febrero que llevó a las tropas italianas a condiciones de notable debilidad física. Unas tropas que, recién llegadas del buen clima andaluz y vestidas en su mayoría con el uniforme colonial pensado para Abisinia, se vieron empujadas al combate en condiciones durísimas y sin disponer de rancho caliente en varios días. A varios grados bajo cero, ningún legionario, ni siquiera los que habían pasado varios días inmovilizados en camiones a los lados de la carretera, tenía guantes de lana ni pasamontañas. No le faltaba razón a Roatta cuando, para justificar sus decisiones, señaló que el mal tiempo era el mismo para ellos y para sus enemigos, y que prorrogar el ataque suponía tener igualmente expuestas a las tropas. Sin embargo, el mal tiempo afectaba más a quienes estaban peor preparados: los italianos del CTV.

Nieve, lluvia y mala intendencia fueron, de hecho, los grandes problemas a partir del 8 de marzo de 1937. El Boletín informativo de ese día recoge cómo, efectivamente, a las siete de la mañana se iniciaba el combate con la preparación del terreno por parte de la artillería italiana, a la altura de Miralbueno. Cuando la división motorizada de las Fiamme Nere y sus blindados se lanzasen a su propia guerra relámpago, a la *guerra celere* pregonada por Mussolini, se encontrarían, además de con la incapacidad de la

tropa española para seguir su avance, con una visibilidad cercana a los cien metros y un frío helador, con unas cunetas y campos adyacentes a la única carretera de avance, la de Francia, embarrados y llenos de nieve, impracticables siquiera para caminar por ellos[184]. Aun así, y media hora después de iniciada la ofensiva, las tropas lograban ocupar pese a su defensa los primeros centros enemigos, hasta alcanzar unos diez kilómetros de avance.

En cuanto fue informado, Mussolini escribió un telegrama eufórico alabando la tenacidad de los legionarios contra la resistencia enemiga, y recordando que la derrota de las fuerzas internacionales sería vista como un éxito de gran valor político. La ofensiva, que llevaría a la Agrupación Francisci a ocupar Brihuega a pie la madrugada del 9 al 10 de marzo, sería sin embargo infructuosa. Ya no se avanzó más. El avance italiano sobre Torija se topó con la oposición republicana en el célebre bosque de Brihuega, a la vez que la resistencia en Trijuerque ralentizó su toma por parte del CTV. La ofensiva *celere* fue, por tanto, bloqueada, alcanzando su punta máxima el día 12 en el kilómetro 77 de la carretera de Madrid y sometiendo a los legionarios a unas durísimas condiciones de combate. A partir de ahí, la historia es empleada a efectos de reducir la intervención militar fascista a una suerte de ópera bufa y de señalar su impericia (segundo gran debate de los antes apuntados) como la causa principal de la derrota. Con las tropas inmovilizadas, se produjeron los célebres episodios donde las tropas fascistas parece que confundieron a una patrulla de la Brigada Garibaldi —los italianos de la XII Brigada Internacional— con las tropas de la Littorio. Asimismo, los *garibaldini* hicieron un trágico uso de las órdenes falsas dadas en italiano a través de los altavoces, por orden de su comisario político Luigi Longo. Con estos mensajes se exhortó a los fascistas de la Bandera «Indomita» emboscados en el palacio de Ibarra a rendirse, a cuestionarse por qué habían venido a España a matar a los de su misma clase proletaria, a asumir la hermandad entre ellos y, por supuesto, la superioridad de la justa causa antifascista. Pese a todo, no parece que la cuestión de las órdenes por los altavoces, tan subrayada por la literatura antifascista, surtiera un gran efecto. La resistencia fascista en el palacio asume, sin embargo, además de ópera bufa, todos los rasgos de la tragedia. Las crónicas hablan de heroísmo, de la sangre

corriendo por las escaleras, de la falta de munición y de comida, de la ausencia de agua para enfriar las ametralladoras que hizo necesaria la orina de los soldados. Y, por fin, de los combates cuerpo a cuerpo en el patio del palacio, de la muerte heroica. Acorralados, solo unos pocos lograron escapar. Italianos contra italianos en España: los ecos de Guadalajara, pese a que la mayoría de sus habitantes sean incapaces de pronunciar su nombre, siguen presentes en la historia de Italia.

En esas condiciones, son más que comprensibles las quejas de los soldados por las terribles condiciones del combate y, sobre todo, por los errores del mando, tanto en táctica militar como en intendencia. Ateridos de frío, cansados y muertos de sueño, fueron lanzados al combate bajo las balas de la aviación republicana, entre gritos de dolor y bajo un cielo negro. Vestidos aún con las ropas de algodón traídas desde Málaga, muchos de ellos sin «capamantas», con los calcetines helados y sin poder cambiárselos durante días y, a veces, semanas[185]. Al capitán Nanni Devoto el infierno de los veinte días de la batalla le parecería de una «bellezza meravigliosa», la verdadera vida soñada en la monotonía de la guarnición, la que debería probar todo joven de la Nueva Italia, la del hombre solo frente a la muerte y el dolor del que nacen el entusiasmo y la fe[186]. Pero ahí es evidente la factura propagandística *a posteriori*. Como escribiría Lajolo, al entrar la Littorio en combate el día 13 se encontraron con que en las cunetas de la carretera, los cadáveres, las mochilas, los fusiles quedaban bajo la costra de la escasa agua convertida en hielo. Era, por fin, la «cara de la guerra. Muertos, heridos, gritos, granadas que explotaban, metralla desde el cielo»[187].

No era, evidentemente, la experiencia de las trincheras, pues casi no las llegó a haber en Guadalajara, aunque se les ordenase que las construyesen y aunque, en algunos casos, la combinación entre el temporal y el peso del cuerpo tumbado boca abajo sobre el barro los hundiese tanto como para llegar a crear trincheras personales. Era la experiencia de la defensa acérrima del enemigo y del miedo al fuego amigo, cuyos proyectiles caían cerca de los aterrorizados legionarios. Del frío atroz, de las noches en el barro a diez grados bajo cero, del hambre. «Se olvidaron darnos de comer», escribiría Franco Bonezzi en su diario, «pero para compensar, hace un frío del

demonio, así que los dientes los entrechocamos igual»[188]. Faltaban aprovisionamientos, las órdenes eran equívocas o demasiado optimistas —la decisión de Roatta de lanzar una tercera división el día 9 cuando la primera no había completado su avance, por ejemplo—, y la mayoría de los soldados no estaban preparados para lo que les esperaba[189]. Algunos ni sabían lo que ocurría delante de ellos. Los de la Littorio, por ejemplo, pensaban estar participando en una ofensiva victoriosa cuando el día 12 Roatta cambió el orden de la marcha, y los hizo situarse delante con la División motorizada Dio lo Vuole, mientras que las castigadas divisiones de Penne Nere y Fiamme Nere pasaban a la reserva. Ese día murió en combate el militar italiano de más alto rango caído en España, el cónsul general Alberto Liuzzi, al mando del 11 Grupo Banderas integrado en la División Penne Nere[190].

La retirada de unos, derrotados y desmoralizados, y el avance de otros por una misma carretera generaría un tremendo caos que facilitaría la letal contraofensiva republicana combinada por tierra y aire (cazas y bombarderos). Las posibilidades de retirada del CTV estaban ya mermadas por la obligación de circular por un único espacio compartido para el avance y la retirada. Sobre la carretera, además, se abatió una «tormenta de aviones, una cosa increíble […] bajan, empieza un infierno, eran rojos, por todos lados se ven caer bombas, los cazas en cambio ametrallan alegremente»[191]. Incluso contando ya desde el día 13 con los cazas italianos, que derribaron hasta a diez aviones enemigos, la contraofensiva de la división de Líster por la carretera de Zaragoza cogería a las tropas fascistas sin haber tomado posiciones defensivas, destruyendo mucho del material y de los vehículos del CTV. Roatta atribuiría *in situ* los problemas a la falta de apoyo de las tropas españolas, que tampoco combatían en el Jarama, según se decía explícitamente en los telegramas enviados al Ufficio Spagna[192]. Mussolini le dio la razón en varias ocasiones. En su telegrama del día 14 consideraba satisfactorio el éxito táctico conseguido, e identificaba la falta de apoyo como responsable de que no se hubiese aprovechado el éxito inicial. La orden era: «reordenarse para atacar»[193]. Pero ni orden ni ataque. Lo máximo que pudo hacer Roatta, sobre todo gracias a Bergonzoli, fue defender la mitad del territorio ganado.

Tras varios días de calma relativa en los que Roatta se trasladó,

sorprendentemente, a Salamanca para solicitar refuerzos a Franco o, al menos, una acción de distracción en el frente del Jarama, el día 18 se inició la definitiva ofensiva republicana. Tras los primeros bombardeos sobre Brihuega desde tierra y aire, el general Rossi, identificado por muchos como el gran responsable de la derrota, decidió abandonar el frente, desatendiendo incluso las órdenes de Faldella. La de la Dio lo Vuole fue una desbandada. Los ataques hicieron retirarse a muchos incluso sin haber recibido orden de hacerlo, llegando a subirse a los parachoques de los camiones. Sandro Sandri, corresponsal de *La Stampa*, en una carta censurada del 21 de marzo, hablaría de una huida enloquecida de batallones enteros, empujados por las ametralladoras de los aviones enemigos, que pudieron hacer vuelos rasantes porque nadie les disparaba. A los primeros cañonazos, todos corrían a esconderse abandonando las armas, incluso frente a ataques de intensidad menor. No le extrañaba, así, que frente a los ataques furibundos del 18, los italianos hubiesen perdido más de diez kilómetros de terreno. El combate en los bosques aterrorizaba a los soldados, que se sentían siempre rodeados de tanques rusos. Si a todo eso se le sumaba la falta de rancho caliente, el frío ártico y el cansancio, la apatía era el resultado lógico, como lógico habría de ser el éxito del contraataque enemigo. Para Silvio Leoni, en la Littorio, fueron «días inolvidables. Sin dormir, mucho trabajo, agotado en todos los sentidos. Muchos bombardeos y ametrallamientos aéreos. Muy ansiosos porque llegue el cambio, porque [estamos] todos extenuados»[194]. La División Littorio logró aguantar ataques violentísimos y hasta recuperar terreno con el uso de lanzallamas. Pero ni siquiera la más preparada de las divisiones italianas estaba ya capacitada para resistir. Y Bergonzoli, a instancias de Roatta, desistió en la defensa y ordenó la retirada, en la que solo la cobertura evitó que una derrota total y sin paliativos se convirtiese en una auténtica masacre.

La aviación enemiga continuó atacando las líneas italianas, mientras su general pedía a Franco la sustitución de sus tropas por efectivos españoles, las brigadas de Navarra, que llegarían el día 23. Ya no se moverían los frentes. El día 29 Roatta cedía el mando de la zona. Los italianos habían tenido varios centenares de bajas, entre 3000 y 5000, contando muertos, heridos y desaparecidos. Las cifras oficiales tras la batalla hablan de 340 soldados y 37 oficiales

muertos, 1871 soldados y 123 oficiales heridos, 574 soldados y 10 oficiales desaparecidos, mientras que los españoles casi no habían sufrido bajas. La derrota era total. Y el prestigio militar de Mussolini, que se tomaría su primera cabeza en la de Roatta (sustituido por Ettore Bastico), objeto de burla: según refiere buena parte de la historiografía, hasta los soldados «nacionales» cantaban aquello de «Guadalajara no es Abisinia / aquí los rojos tiran bombas explosivas / la retirada fue cosa atroz / hubo italiano que llegó hasta Badajoz», con la música de la célebre canción colonial *Faccetta nera*. Curiosamente, el día 19, en medio de la ofensiva republicana, aparecía el primer número de *El Legionario*, «periódico», según rezaba uno de los subtítulos más largos que se hayan visto «de los trabajadores combatientes en España en defensa de la civilización europea contra la barbarie roja», con una célebre imagen en portada, la de una tenaza sobre el mapa de Madrid. A su lado, una serie de consignas en las que se conminaba a los voluntarios a vengar a los caídos, se les anunciaba que pronto entrarían a la capital «cubiertos de gloria al lado de los hermanos de la España nacional», y se afirmaba: «Voluntarios italianos… la victoria está próxima»[195]. El tiempo acabaría por convertir esas palabras en una suerte de broma macabra.

Con la derrota vino el tiempo de las explicaciones. De arriba abajo, el primero en darlas fue el propio Mussolini, quien la contaría, desde su peculiar perspectiva, en «Guadalajara», un artículo publicado en *Il Popolo d'Italia* donde abordó todos los temas polémicos, desde el inicio de la ofensiva hasta las responsabilidades sublevadas, desde el carácter de los soldados hasta las decisiones tácticas del mando[196]. Y en él, la imagen resultante era la de aguerridos voluntarios flagelados por el viento que, tras treinta kilómetros de marcha de aproximación bajo la nieve a cinco grados bajo cero y con uniformes adecuados más bien para el Mediterráneo, no pudieron contar con la «maravillosa» aviación italiana. Legionarios, pues, enfrentados a un primer y terrible enemigo: los elementos. Podría haberse esperado más, diría el Duce, pero eso habría multiplicado los problemas. Pese a ello, los primeros días rompieron las defensas enemigas, alcanzando una profundidad de cuarenta kilómetros sobre el barro

y bajo la nieve, sin demasiados víveres y sin el apoyo sistemático de la artillería o los tanques. No hubo pues cobardía, sino unos soldados abandonados a su suerte, copados por un mando «franco-ruso» de Madrid que pudo enviar a las Brigadas Internacionales al contraataque gracias a la calma en el frente del sudeste (donde Franco había obtenido éxitos de naturaleza exclusivamente táctica), y sometidos a los rigores de una batalla durísima, llena de oscilaciones, acompañada de un desorden «furioso e inevitable», donde se llegó incluso a luchar con puñales y otras armas blancas y un batallón perdió a casi todos sus oficiales. Ninguna cobardía, sino unos medios técnicos colapsados por la ineficiencia de las infraestructuras españolas, que hizo que cuando la primera división debía ser sustituida, la única carretera de acceso quedase bloqueada, siendo las unidades blanco fácil para la aviación roja. Y ningún error táctico, salvo el de mandar retroceder a las tropas. Los legionarios, que se habían batido como leones, que habían dado muestras de valentía hasta la temeridad y se consideraban victoriosos, no pensaron, diría el Duce en una franca pérdida de perspectiva, que hubiese razones para replegarse. De los cuarenta kilómetros del avance, veinte quedaron en manos italianas. Mussolini rechazaría así la campaña de «mentiras y calumnias» de la prensa internacional: la caída de un batallón se convirtió a su juicio en derrota total, mientras que las «hienas con rostro» humano se lanzaban sobre la «purísima y jovencísima sangre italiana como si fuese *whisky*». Para el Duce, más que un fracaso o un no-éxito, un «insuccesso», debía hablarse de un éxito fascista, de una victoria italiana que los acontecimientos no permitieron aprovechar a fondo. Y terminaba con un recordatorio: los muertos de Guadalajara lo fueron por un ideal y, cierto como un dogma de fe, serían vengados.

Mussolini dejaba entrever en este artículo que los italianos habían sido abandonados por Franco, y de hecho esa fue la interpretación que muchos miembros del Regio Esercito se dieron para explicar una derrota que, pese a no verse acompañada de una gran victoria enemiga, supuso en torno al 18% de las bajas totales de los italianos en la España sublevada. A convencerle de lo contrario dedicó no pocos esfuerzos Roberto Farinacci, el antiguo secretario del PNF y miembro del Gran Consiglio Fascista en misión política en España desde febrero. Tal como señalaría más tarde el

embajador español en Italia Pedro García Conde, Farinacci estaba seguro de que la culpa de lo sucedido en Guadalajara no había que imputársela a Franco o a los soldados españoles, sino a Roatta, y así se lo habría transmitido a Mussolini, influyendo en la decisión de destituir al general al mando del CTV. Pese a que no faltaron informes exculpatorios y, de hecho, se permitió al general quedarse en España con un rol menor[197], la versión más extendida, que fue la que adoptó el mando militar en Roma y transmitió en sus informes oficiales, habló de improvisación y exceso de confianza, de la errónea valoración de las tropas enemigas, de la falta de conexión y hasta de noticias entre líneas y unidades operativas, del mal uso del material bélico (con comandantes de batallón sin mapas del terreno), de la ineficacia de los conductores de camiones y tanques, algunos de ellos, civiles, de la pésima intendencia, con las municiones, el rancho caliente o la gasolina disponibles a más de treinta kilómetros de los frentes. Todo ello para subrayar, pues, la falta de perspectiva táctica y la superficialidad técnica, al no entender Roatta que una ofensiva territorial tan profunda sin apoyo de la aviación defensiva dejaba a las tropas expuestas en todo momento a los bombardeos y las ametralladoras de un enemigo evidentemente minusvalorado. En definitiva, se puso de manifiesto el exceso de quienes, como Ciano, pensaban que en «ocho días» los italianos podrían entrar en Madrid. «Se figuraron que lo que no habían hecho nuestras fuerzas en varios meses lo iban a conseguir ellos en una semana», le diría Conde a Franco[198].

También Cantalupo opinaba que Roatta había tratado al mando español con «altanería, distancia y frialdad». Y, decía el embajador, tal vez podía tener razón en sus juicios, pues él mismo pensaba que Franco y sus generales eran los menos preparados para la guerra que se estaba llevando a cabo. Pero no debía mostrar nunca esos juicios, si quería ser respetado por quien realmente daba las órdenes. Para el embajador, ni Franco ni los alemanes querían la operación de Guadalajara porque la juzgaban «peligrosa y poco provechosa» en un momento de situación interna «fragmentaria y transitoria», en el que había que seguir fomentando la dependencia admirativa de Franco hacia Mussolini. Tras la derrota, y con los cambios en el mando, «las tropas italianas nunca más ser[ía]n abandonadas». Por eso era necesario mantener una imagen de

frialdad y unión con el resto de órganos dependientes de Roma: la MMIS, la embajada y los consulados y el resto de elementos políticos, incluido Farinacci, debían imitar la misión alemana y su mando coordinado, y no dar muestras de desunión. A juicio de Cantalupo, eso solo facilitaría la «ingratitud española», la «frialdad hacia los italianos», de un pueblo «materialista y egoísta» y de un mando con una «absurda satisfacción por el no éxito de los italianos» en una España de «nacional-militarismo (no se puede hablar de fascismo español por ahora)» mandada por un Franco «gélido, femenino y evasivo como siempre» que daba la «razón a todos»[199]. Como en todas las ocasiones vistas hasta ahora, la opinión del embajador en Burgos era el resultado de una mezcla de conceptos, ideas y proposiciones inconexas que se dirigían siempre contra un mismo objetivo: el «generalísimo», su dudosa capacidad de mando y su, diría, hasta el momento no improbada feminidad.

Tras las explicaciones, las responsabilidades. A finales de marzo, el mando del CTV solicitó al Cuartel General de Franco una cárcel provisional en Salamanca para encerrar y someter a consejo de guerra a veinte soldados y dos oficiales por cuestiones relacionadas con la derrota alcarreña —a lo que se respondería, como curiosidad, que Franco no quería consejos de guerra ni prisioneros donde él residiese[200]—. Era, implícitamente, el reconocimiento de parte de las responsabilidades, aunque por desgracia no he podido leer los resultados de los juicios realizados. No serían, ni mucho menos, los únicos testimonios que cuestionaran las capacidades militares de la tropa italiana, y de mando de la oficialidad y suboficialidad. Roatta lo expresaría de manera amarga: los internacionales «eran campesinos, obreros y trabajadores», pero estaban bien ordenados y combatían con maestría y, sobre todo, con «fanatismo y odio»[201]. Sus soldados, dejando aparte la «escoria», autolesionados, desertores y a los viejos y padres de familia, no eran malos combatientes, pero tampoco la excelencia militar. A veces pasivos e impresionables, por falta de adiestramiento, por desencanto o por sentirse simple carne de cañón, su mayor defecto era que no odiaban al adversario. Y, decía Bergonzoli (quien se quejaba de que en su división había más de 2000 hombres canosos que no habían visto nunca una guerra), en la guerra había que odiar al enemigo. Y para eso, recordaría Roatta, no servían cuantos habían venido a

España con la promesa de trabajar en el campo o a controlar las ciudades ocupadas por los nacionales, no a morir por una tierra que, además, no era Italia.

Como enseñanza para el futuro, el generalato fascista pidió a Roma la actuación en cuatro direcciones. La primera, la retirada de los «aprovechados», la «escoria», y todos aquellos que, venidos a España en exceso y con demasiadas prisas, no tenían suficiente adiestramiento militar[202]. La segunda, el envío de más y mejores hombres, dispuestos para el combate y conscientes de su misión. La tercera, mucha más selección del personal voluntario. Y la cuarta, la mejor capacitación de unos oficiales que, por la forma en que se había encuadrado la misión italiana, no sabían mandar, abandonaban el material y movían mal a sus tropas. No podía repetirse una derrota como la de Guadalajara, del todo injustificable para el primer capitán Giuseppe Martini, pues, de hecho, el CTV no tenía delante más que un millar de «desarrapados». La derrota no fue, sin embargo, el único motivo del incremento militar italiano en los meses posteriores. Fue muy importante por el eco que tuvo en Europa y fuera, por su fuerza en el mundo del antifascismo, por ser reflejo de las relaciones entre Roma y Burgos y entre los militares españoles e italianos *in situ*. Además, empañó la imagen de Italia. Pero su impacto en la actitud del gobierno fascista respecto a España fue limitada. Provocó dudas, pero duró poco como crisis: el tiempo que tardó el CTV en lograr el éxito de Santander.

Hubo, como Cantalupo, quien pensó que Franco había forzado la derrota para no acceder al mando único italiano, pero nada mueve a pensar, ni en términos históricos ni documentales, que asumiese como buena una derrota de unidades encuadradas en su propio ejército. Guadalajara hizo dudar de la victoria rápida y de los medios que tenían para lograrla, así como de la viabilidad del proyecto de guerra fascista en España, sobre todo tras la fácil caída de Málaga, si bien no hizo desistir en el empeño fascista. Las dudas hacia los mandos españoles existieron, aunque tal vez hayan sido magnificadas. Como escribiera Conde a Franco, la «decepción correspondió al exceso de confianza». Entre caras largas y descontentos, los generales italianos dieron a entender, según supo por Ciano, que «los habían dejado solos» y que el enemigo había podido usar «todas sus fuerzas en el sector de Guadalajara» gracias

a la «descongestión de los otros frentes de Madrid» por la inactividad de las tropas de Orgaz y Varela. Pero a Ciano le bastó una respuesta de Franco: que sin duda, caso de haber habido defección, «serían aplicadas sanciones severísimas e inexorables»[203].

Más allá de la propaganda, se trató de una derrota sin paliativos. Los jefes y oficiales de división, salvo Bergonzoli, fueron repatriados por su nefasta actuación. Roatta, dubitativo e inseguro tras su herida en el brazo en Málaga, fue reemplazado al mando del CTV. Las acusaciones al Estado Mayor italiano lo señalaban por haber lanzado una operación sin conocer el terreno ni al enemigo, con tropas mal adiestradas e intencionalidad propagandística. Este a su vez, como señalaría un informe de los Carabinieri, atribuiría la derrota a la incapacidad de mando de los comandantes de las Divisiones 1.ª, 2.ª y 3.ª, quienes a su vez acusaban a los oficiales superiores de la Milizia fascista por su incapacidad sobre unidades mayores de un pelotón. No llegó a haber acuerdo. Las diferentes partes que constituían la intervención italiana en España (el Ejército regular, la Milizia fascista, la sección política y de propaganda, la diplomacia, sobre todos) acusaron a los demás de la derrota de Guadalajara, destapando todo tipo de tensiones y rencillas internas. Cantalupo no soportaba a Roatta, y lo acusaba de frialdad, falta de cualidades psicológicas para la seducción de los soldados, temeridad inútil, desorden logístico, incomprensión de la dimensión humana de la guerra y ánimo depresivo. Además, señalaba que estaba dominado por Faldella, un incapaz para la guerra, pesimista, falto de fe, molesto y deletéreo con las tropas. Roatta, por su parte, ignoraba al embajador, tenido por distante, estúpido y desinteresado por la guerra, y quien se consideraba a sí mismo el verdadero y único representante de la Italia fascista en España. Los militares contra la Milizia. La diplomacia contra los militares. *E così via*. Todos más o menos de acuerdo en que debía lograrse el triunfo del fascismo en España, y todos más o menos (con fuertes matices) identificando a los generales sublevados como la fuente de problemas políticos y militares para Italia y el CTV. En todo lo demás, en franco desacuerdo.

La derrota en Guadalajara supuso, en suma, la emergencia de los graves problemas que venía arrastrando en su conjunto la

intervención italiana. Mussolini envió a los generales Berti y Favagrossa para colaborar en la reestructuración del CTV, y al general Teruzzi de la MVSN como inspector y comandante superior de los Camisas Negras. Su nuevo jefe, Ettore Bastico, nombrado el 15 de abril en sustitución de Roatta, hubo de afrontar una difícil situación, y tratar de solucionarla con los medios disponibles pero sin dilación. Repatrió a cuatro generales: Rossi, Nuvoloni, Coppi y Molinari. Mandó traer a España una unidad de Carabinieri a modo de policía del CTV, a sumar a los trescientos cincuenta que ya estaban en España y que habían participado en Guadalajara, además de en sus habituales labores de control de carreteras y vigilancia en la retaguardia, como medio de coerción, al final insuficiente, para evitar la desbandada general. Pidió que hasta ocho generales italianos supervisasen las labores de inspección y recomposición del Cuerpo. Y decidió, por fin, repatriar a cuantos se consideraran inútiles para la guerra, sobre todo de las divisiones Dio lo Vuole y Penne Nere. Como primera decisión, pues, el nuevo comandante del CTV devolvió a Italia a 2255 heridos, 2685 enfermos, y sobre todo a 3719 hombres, de los cuales 171 oficiales, por cuestiones de disciplina, escasa idoneidad física, profesional o moral, tras varias semanas de investigaciones buscando a los huidos y depurando a los heridos en los hospitales. De estos últimos, muchos, se diría, eran simuladores o autolesionados, unos 930 entre unos y otros, que serían enviados a cárceles preventivas[204]. A cambio pidió el envío de refuerzos, que alcanzarían los 1500 en el mes de junio, y que tras su adiestramiento servirían para reestructurar el Corpo en tres grandes unidades, las Divisiones Littorio, con 7600 hombres; Fiamme Nere, con 7700; XXIII Marzo, con 5700; más la de Frecce, mixta, con 4300 italianos. Mantuvo, pues, la Littorio de Bergonzoli y la Agrupación de Camisas Negras Francisci, reconvertida en la División XXIII Marzo, mientras que las tres de la Milizia se fundían en la División Fiamme Nere, al mando del general Frusci.

Nada, pues, de cejar en el empeño. Al contrario, como él mismo señalaría, Bastico llegaba a España en un momento de caos y desmoralización para actuar en masa y lograr «una victoria italiana», frente a los criterios españoles de usar sus tropas basándose en las necesidades de contingencia y oportunidad[205].

Italia tenía desplazado en España un entero ejército formado, a día 31 de marzo, por 6 generales, 22 coroneles, 184 oficiales superiores (mayoritariamente de la Milizia), 2207 oficiales de menor rango (mitad y mitad), 3288 suboficiales (más voluntarios), 774 asimilados y 43 714 soldados, en su mayoría (25 872) voluntarios Camisas Negras, con un gasto medio diario de 2 300 000 liras. Tras la derrota en Guadalajara, con la expulsión de más de 3700 hombres, la fusión de las divisiones de la Milizia y una nueva reorganización del CTV[206], en vez de cejar en el empeño, los generales italianos, con Bastico a la cabeza (y Berti, su futuro sustituto, de segundo), buscarían la posibilidad de recuperar el prestigio militar. Quedaban bajo su mando 35 832 soldados[207] tras una reestructuración y ampliación de servicios destinada a mejorar su efectividad, donde lo más destacado fue el desarrollo que tuvieron las unidades mixtas. Un prestigio, en todo caso, tocado tras la derrota, como reconocería el capitán Federico Garofoli, en viaje por España dos meses después. Habría que lograr la victoria, diría, no «pese a Guadalajara, sino a causa de Guadalajara»[208]. Habría que hacerlo para vengar a los muertos italianos: «esos muertos nos quemaban». La orden era venganza, «y nunca una orden fue acogida con mayor entusiasmo»[209].

Guadalajara habría servido para hacer limpieza, demostrar públicamente la participación italiana como beligerante en la guerra española y reafirmar los principios de la intervención. No habría sitio para la derrota ni para la retirada, mientras el Duce continuara pensando que en esa gran lucha, «que ha enfrentado a dos tipos de civilización y dos concepciones del mundo», la Italia fascista no podía ser «neutral, sino que ha combatido y estará por tanto en su victoria»[210]. Por eso, había que continuar luchando contra una República de «odio, división, hambre, caos», sin alimento ni para el cuerpo ni para el espíritu, cuyo gobierno no era ya legítimo porque desde julio de 1936 no representaba a nadie, salvo a una banda de aprovechados locales y criminales a las órdenes de Moscú. Una República basada en un «régimen de recíproco exterminio […] denominado democrático», que se derrumbaría sin remisión si Franco lograba dar un golpe potente en el lugar adecuado[211]. Madrid, diría el Duce en un nuevo alarde de previsión, caería pronto. Frente a lo que pudiera decir la literatura

roja, que Madrid sería la tumba del fascismo, España sería, de hecho, la tumba del bolchevismo.

Una guerra con un norte

Guadalajara fue la última de las ofensivas fallidas sobre Madrid. Desde la derrota nacional (pues no de otra manera cabe interpretarla: como un fracaso de todo el ejército sublevado), Franco, que impidió desde ese momento actuar de forma autónoma a las fuerzas italianas en España, condujo la guerra, como es bien sabido, hacia el norte peninsular[212]. La de acabar con un frente completo y mal conectado con el resto del territorio republicano fue, vista en perspectiva, la primera gran acción de una guerra total de larga duración, con todo lo que eso trae aparejado, incluido un sistema concentracionario y de trabajos forzosos para una población prisionera que, hasta abril de 1937, había vivido en la más total de las anomias.

La intervención italiana en esa campaña del norte no fue sencilla, sino más bien llena de tensiones entre el nuevo comandante del CTV Ettore Bastico y el mismo Franco. Este último, de hecho, maniobró hasta conseguir la destitución de aquel, a causa de su desobediencia y de las constantes quejas e intervencionismo del general italiano en las decisiones del Cuartel General del Generalísimo. Pero, sobre todo, fue el tiempo para una reconceptualización de la intervención fascista en términos globales. Las tropas italianas tuvieron menos responsabilidades bélicas, siendo precisamente por ello más eficientes. De hecho, tras la derrota de Guadalajara, Mussolini reclamaría acciones de poco riesgo y mucho prestigio para restituir el honor militar del CTV y de Italia, y sobre esa premisa se articularon las decisiones del mando franquista para evitar la participación italiana como primera fuerza de choque.

La situación *de facto* tras la derrota obligó al mando franquista a estabilizar un frente aumentado en veinte kilómetros. Al encontrarse falto de reservas, Franco trasladó el CTV y la II Brigada Mixta Frecce Nere de Piazzoni desde Toledo hasta el norte, para acercarse al cinturón defensivo de Bilbao por la línea Orduña-Amurrio-Llodio. Decidida por Franco a mitad de marzo, la

operación sobre la capital vasca tenía un alto valor estratégico, político y económico. Se esperaba, además, que la participación italiana hiciera de contrapeso a Guadalajara y favoreciese, en palabras de Ciano, los «deseos de los vascos de rebelarse contra el dominio de los rojos»[213]. Pero pese a tan elevados deseos, los primeros ataques fueron rechazados desde el 31 de marzo, obligando, en palabras del ministro de Asuntos Exteriores, a una acción lenta y metódica. Lo que se planteó fue, en pocas palabras, la antítesis de la *guerra celere*. La derrota había generado desconfianzas para con las capacidades bélicas del CTV y, pese a disponer de una importante aviación, el rol sin ir más lejos del primer ataque recaería en la mayor y más decisiva participación de la aviación alemana.

Los alemanes habían recogido, como se lamentaría Berti, el prestigio de no exponerse a ningún riesgo y capitalizar las victorias, y ahora parecía que gobernaban las operaciones en Vizcaya y llevaban las riendas del ejército operativo. Y eso resultaba poco agradable para los italianos, pues era la sangre italiana la que corría a diario por las duras montañas cantábricas. Y proseguía: «nosotros combatimos a fondo, con y para los españoles». Los alemanes, llegados con un personal de largo superior a las necesidades de la intervención y combatiendo también en cierta medida por y para los españoles, perseguían además «ejercitar y experimentar, *in corpore vili*, al mayor número posible de personal, y determinados tipos de material»[214]. Pero todo esto ni mucho menos quiere decir que la intervención italiana cayera en la simple intrascendencia militar. Al contrario, la ofensiva sobre Bilbao tuvo una amplia cobertura aérea, como es bien sabido, por parte de la Aviazione Legionaria. El bombardeo de las villas de Durango y Elorrio el 31 de marzo por los Savoia de la flota italiana escoltados por cazas Fiat CR-32
causó unas 250 víctimas, la mayoría civiles, y supuso un antecedente de los mecanismos de bombardeo que después utilizarían las escuadrillas italianas a lo largo de la guerra: pasadas repetitivas y bombardeos en ocasiones altos, para evitar las defensas antiaéreas. Y, sobre todo, bombardeos sin objetivos militares declarados, salvo el objetivo militar principal: aterrorizar a la población. Como es bien sabido, además, los Savoia-Marchetti

dieron cobertura y ayuda a la Legión Cóndor el 26 de abril, en el bombardeo de la villa de Guernica. Al entrar en la ciudad, el corresponsal del *Corriere della Sera* que acompañaba a las Frecce Nere de Piazzoni, escribiría con rotundidad: «Guernica ya no existe»[215].

No resultaba, sin embargo, ninguna novedad. Venía a ser lo que se realizaba sobre Madrid desde noviembre, y lo que se haría sobre la capital de la República, Valencia, por el hecho de serlo, y por la importancia de su puerto. Los bombardeos terroristas fueron, de hecho, una constante desde mar y aire sobre las ciudades republicanas del Mediterráneo. El 14 de febrero el *Duca d'Aosta* disparó 125 misiles contra el centro de la ciudad. Pero no solo sufrió ataques desde el mar: los SM-79 y SM-81 de la aviación italiana con base en Mallorca la bombardearon en repetidas ocasiones en febrero, mayo, julio, agosto, septiembre y octubre de 1937, dejando centenares de muertos y heridos, al igual que en otras muchas ciudades de Levante, como Alicante, Sagunto, Castellón, Peñíscola o Benicarló. También el puerto y el casco urbano fueron objetivos de los bombardeos italianos en Barcelona, ciudad sometida desde febrero a los disparos desde el mar (70 sobre el centro de la ciudad desde el *Eugenio di Savoia* el 13 de febrero, que habrían causado «nerviosismo y desorganización»[216]) y, desde finales de mayo, a las pasadas de los Savoia-Marchetti. La capital catalana sufrió ataques como el que destrozó el barrio de la Barceloneta del 1 de octubre y que sentarían un sangriento antecedente para los célebres bombardeos de marzo de 1938. Un informe oficial del Ufficio Informazioni del CTV sobre este bombardeo señalaría cómo la fábrica de material bélico, objetivo principal, fue alcanzada solo por una bomba, mientras que las otras doce o trece cayeron en un arco de entre 400 y 500 metros. Una cayó sobre una escuela, causando muchos muertos y heridos, lo que supuso buena parte del total de 112 víctimas mortales y 201 heridos. La Generalitat utilizó un fragmento de bomba para tratar de demostrar la participación italiana en un bombardeo que (y eso

era, aparentemente, lo que más importaba a Ciano) habría impresionado a los «franceses» por su dureza[217]. No fue el único. Las bombas italianas cayeron también sobre Reus, Badalona o Tarragona, golpeando tanto el casco histórico de la ciudad, con numerosas víctimas civiles, como los depósitos de gasolina, que fueron prácticamente destruidos en septiembre.

El CTV también pretendía explorar nuevas formas de conducir la guerra. Para ello, en julio de 1937 Bergonzoli solicitó el uso de bombas de fósforo, en consideración del empleo que el enemigo estaría haciendo de granadas de «líquido especial». Sin embargo, Franco comunicó que la investigación realizada excluía la posibilidad de que el Ejército Popular de la República estuviese usando proyectiles con gas de forma premeditada, pese a que en algunos momentos, en el frente de Bricia, se hubiesen lanzado proyectiles viejos que contenían una «mezcla de sustancias lacrimógenas estornutatorias y algo de iperita en proceso de descomposición». Según el informe italiano, eran restos de proyectiles de la Gran Guerra revendidos o mezclados con algún lote por «comerciantes poco escrupulosos». En todo caso, fueron las «razones internacionales», y no las cuestiones humanitarias, las que hicieron que desde Roma se prohibiese el uso de este tipo de bombas. Así, los proyectiles llevados ya a España quedaron en los depósitos sin ser distribuidos[218]. Según un informe de mediados de septiembre de 1937, el CTV disponía de 59 000 proyectiles de «líquido especial» y 4000 bombas de mano al fósforo, además de 297 035 máscaras antigás. Que no se emplease como arma no quiere decir que la tecnología de gases no fuese un elemento más de investigación y experimentación del ejército italiano destacado en España. En octubre de ese año, la dirección de los CIAUS (Corso Italiani Addestramento Ufficiali Spagnoli), los cursos de adiestramiento destinados a la formación en técnica militar de los oficiales españoles dirigidos por italianos (de hecho, una «propaganda oculta»[219], en concurrencia con la alemana, de la técnica militar italiana en todos los ámbitos, desde la fotoeléctrica al servicio hidráulico) solicitó ayuda a sus hombres destacados en Salamanca para garantizar, tras un ametrallamiento ocurrido en Zaragoza, la ocultación defensiva de aeródromos con niebla artificial. Tras conseguir reducir de cinco a tres minutos el tiempo

de actuación, se estableció la aplicación del plan en todos los aeródromos del norte. Sin embargo, más importante fue el otro gran proyecto de la guerra química. En 1937, los CIAUS desarrollaron un plan de «iperitación» defensiva de la frontera pirenaica por parte del Servicio de Guerra Química; es decir, sembrar el Pirineo de gas mostaza, que sería comprado en Italia. El objetivo último, como también en el caso de instalar en España una fábrica de agentes agresivos, era su uso si estallaba la guerra entre Italia y Francia[220].

Para todo eso era capital hacerse con los recursos industriales del norte peninsular. La participación del CTV en la conquista de Vizcaya a partir del 27 de abril tuvo en la Brigada Mixta Frecce Nere del coronel Piazzoni una punta de lanza que, desde Guernica, y pese a haber recibido órdenes del general Mola de no hacerlo, avanzó sobre Bermeo. Allí hubo de resistir los ataques republicanos, obligando a la Frecce a replegarse y defenderse, en un sitio a las tropas italianas que algunos comentaristas denominaron «pequeña Guadalajara»[221]. Evidentemente, era una exageración. Además, en esta ocasión el apoyo de las tropas navarras desequilibró las fuerzas hacia el lado de los sitiados, por lo que los italianos nunca combatieron solos. Tampoco era una operación tan importante como la de la capital de la Alcarria, aunque sí tuviese su peso relativo en la conquista de la capital de Vizcaya. En la rotura de su cinturón defensivo, sin embargo, más que una infantería mantenida siempre en segundo plano, la que realmente resultó fundamental fue la artillería, mandada por el teniente coronel Enzo Falconi.

«La noticia de la entrada en Bilbao ha sido recibida de manera exultante por el pueblo italiano», escribió Mussolini a Franco el 21 de junio, describiendo la caída de la capital vasca como «un gigantesco paso adelante para el triunfo de la causa nacional»[222]. Mussolini, sin embargo, era consciente de la compleja situación que sus tropas y sus mandos habían atravesado y atravesaban en España. Y, sobre todo, de que el CTV tuvo una escasa importancia en la caída de la capital vasca, resultado a todas luces de su identificación con la derrota de Guadalajara. Pensando más en usarlas como refuerzos, Franco pidió más tropas italianas, y se unieron la agrupación Francisci, seis brigadas y dos batallones de acompañamiento, que llegaron el 9 de abril a Miranda de Ebro, pero rechazó el uso de la Littorio, en fase de reorganización y, en

general, la predominancia italiana. La primera Brigada Mixta, del general Guassardo, estaba en el frente de Córdoba, y allí siguió. Pero tampoco era necesaria: la acumulación de tropas italianas hacía prever, o al menos así lo creían, que serían utilizadas para conquistar la ciudad, en una reedición de la *guerra celere* sobre Málaga. Carlo Basile, inspector de los Fasci Italiani
all'Estero
en misión en España, escribiría al mando de la Milizia que todos esperaban un ataque inmediato, una acción, no para borrar el recuerdo de Guadalajara, pero sí que «nos devuelva a la consideración que gozábamos tras la toma de Málaga»[223]. El propio Mussolini consideraba que, dada la importancia que la caída tendría en la situación militar y política, era un objetivo para el cual cabía hacer el máximo esfuerzo y poner a disposición de Franco todas las fuerzas legionarias disponibles[224]. En ocasión del reconocimiento hecho por el Caudillo, en nombre de la España verdadera y eterna en lucha contra el comunismo, del primer aniversario de la fundación del Imperio, el Duce no tuvo problema alguno por renovar sus votos más fervientes por el triunfo de la causa nacional[225]. Todos pensaban que entrarían en combate para tomar la capital vasca. Sin embargo, pese a estar allí concentrado, pese al fervor mussoliniano, pese a la necesidad de borrar el recuerdo de la derrota, el CTV no fue utilizado en la ocupación de Bilbao.

Franco consideraba, al menos en apariencia (aunque suene muy falso), que desde el sector italiano, el Soncillo-Orduña, no podía ofrecer a Mussolini una victoria brillante ni por su eficacia ni por sus efectos. Donde sí creía que podía hacerlo y maximizar el empleo del CTV era o bien actuando sobre la línea de comunicación Amurrio-Llodio, o acompañando a su izquierda a la 4.ª Brigada Navarra. Ciano mismo escribió sobre el plan: «ma così andiamo a rimorchio!», es decir, iban a remolque de la iniciativa española, cuando lo que reclamaba era que combatiesen en primera línea. Bastico, de hecho, rechazó las tres posibilidades de actuación ofrecidas, pues quería que fuese el CTV quien rompiese el cinturón defensivo de Bilbao, y no entrar en batalla después, cuando el «enemigo desmoralizado se encontrase en condiciones de ser destruido y perseguido». Y se ofendió cuando Franco le señaló que

no podía exponer a los italianos a una acción «de tal dureza y dificultades como es la ruptura», una acción «que pudiese fracasar», con la excusa de querer velar por el prestigio de Italia. «Todo aconseja», señalaría el «generalísimo», moverse con gran prudencia para «no encontrarse en la imposibilidad absoluta de conseguir ese éxito italiano, o al menos preponderantemente italiano», que se le indicó como «objetivo principal para su misión y que nunca olvida». De ahí las quejas que se enviaron a Roma a finales de junio por la falta de uso de las tropas italianas. Según las mismas, cuando el mando franquista vio que solos, tras haber roto su cinturón defensivo «sin disparar ni un tiro», podían entrar en la ciudad, decidió prescindir de los italianos (que aun así perdieron a 15 oficiales y 114 soldados en la toma de Bilbao, además de 26 oficiales y 338 soldados heridos, y 4 soldados desaparecidos). A Roatta incluso se le prohibió entrar en el casco urbano hasta que las tropas españolas llevaban ya cinco horas dentro. El CTV, sin «un plan establecido, viviendo al día»[226], se vio relegado a entrar por la costa desde el sector de Bermeo hasta alcanzar Ontón, ya en Cantabria. Su irrelevancia fue considerada como un serio agravio y un castigo.

Sea como fuere, desde entonces las tintas se cargarían como nunca se había hecho hasta ese momento. El agravio era doble: Guadalajara y Bilbao. A partir de entonces solo se buscaría una cosa: el desagravio. Con un nombre: Santander. Y con un freno: la batalla de Brunete de julio de 1937, en la que no participó el CTV, lo que permitió sin embargo realizar labores de reorganización, depuración y mejora táctica, ante una batalla que se planearía total para los italianos, hasta el punto de utilizar sobre el terreno a todas sus unidades. Franco, que escribiría desde el frente de Madrid que las tropas italianas eran «excelentes en armamento, entusiasmo y técnica, pero a veces divergen de lo ordenado, por cuanto tales órdenes vienen consideradas opuestas a las que reciben desde Roma», tendría que recordarle a Bastico que no haberlas usado en la toma de Bilbao, pese a tenerlas allí concentradas, había dependido del «interés de la guerra». Lo que era como no decir nada, o mejor, como decir que las tropas estaban a su mando, y que él decidía. De hecho, no tuvo problemas en recordarle que el mismo Duce le había dado el mando total de las tropas italianas. Sin embargo, «a la

declaración del Generalísimo de tener autorización del Duce para emplear estas tropas como si fueran propias, opuso el General Doria [Bastico] las órdenes contrarias de su Gobierno y que solicitaría información».

La sombra del desacato planeó desde ese momento en las relaciones entre el Cuartel General del Generalísimo y el CTV. Ambos mandos estaban de acuerdo en el ataque para dividir Santander y Asturias, no en el modo de hacerlo. Frente a los planes de conquista de Franco, los italianos proponían un ataque frontal favorecido por la que creían «depresión moral» del enemigo, por falta de suministros alimenticios. Ante la situación de bloqueo con el mando del CTV, no olvidemos que tras rechazar Bastico una orden directa de ataque, Franco ofreció operar en dirección a Valmaseda o en el sector del puerto del Escudo-Reinosa, acogiendo «con entusiasmo» el mando italiano esta última opción. Sin embargo, al día siguiente Bastico ordenó preparar una operación no según lo previsto, sino sobre Ramales, a medio camino entre Bilbao y Santander, previendo una desbandada generalizada del Ejército republicano.

El Cuartel General de Franco lo vio imprudente, poco eficaz y peligroso. Aun así, y según se dijo por no haber entendido correctamente las órdenes recibidas, Bastico ordenó actuar. Eso provocó inmediatamente el enfrentamiento directo con Franco, que prohibió la operación (cuando ya estaba preparada, con trescientos kilómetros de hilo telefónico tendido). Después razonaría su decisión: creía que no habría desbandada, ya que Santander y Asturias contaban con sus propios ejércitos que defendían el terreno de manera escalonada y haciendo uso de la complicada orografía, impropia para la guerra rápida motorizada. Demasiado lejos tanto de Bilbao como de Santander, con dificultades de penetración, sin la seguridad de poder bloquear la retirada enemiga, lo ideal sería que el CTV incidiese sobre Bilbao o que actuase sobre el puerto del Escudo y Reinosa. Una acción rápida y adecuada para las fuerzas italianas, que daría el control sobre el paso más importante sobre Santander, «población que quedaría fuertemente amenazada y cercados unos 14 batallones enemigos lo menos»[227]. Un triunfo, en palabras del Caudillo, para Mussolini.

El «generalísimo», de hecho, nunca habría puesto en duda las

razones políticas y morales del Duce al pedir un uso rápido y decidido de las tropas italianas, incluida la oferta de que actuasen en Madrid, cosa que habría rechazado. Sin embargo, al decir de Bastico, Franco se mostraba siempre inseguro. Su impresión era que en sus «tergiversaciones» no eran ajenas preocupaciones de carácter político, nacional e internacional. Sin embargo, fue la ofensiva republicana en Brunete y no tribulación política alguna la que detuvo todas las operaciones en el norte, paralizando los proyectos tanto del Cuartel General del Generalísimo como de Bastico. Tocaba ver pasar los días en los acantonamientos, cosa del todo improcedente e inútil desde la perspectiva fascista. El 20 de julio Mussolini escribió un duro telegrama a Bastico, ordenándole que fuera ante Franco «a decirle en mi nombre que las fuerzas legionarias italianas deben ser usadas absolutamente en el menor periodo posible de tiempo». Ya estaban preparadísimas, y los voluntarios no merecían el castigo de la larga espera. Si no se definía la situación, decía, pronto esta sería «negativa y humillante».

Catorce días después, y sin haber cambiado la situación, Mussolini había perdido la paciencia: «los voluntarios italianos, o luchan o regresan» («i volontari italiani si battono o ritornano»), escribiría. El Duce tenía en la mano un elemento fuerte de negociación, el material de guerra, como reconocería el mismo Franco al pedirle que, para colaborar en la rápida solución de la guerra, «pequeños detalles como este» no retrasasen ni paralizasen el envío de artillería y aviación[228]. Aparentemente, la amenaza surtió efecto. De hecho, dos días después de su telegrama, el 15 de agosto, el CTV entraba en lucha junto con el resto de unidades franquistas en combate, rompiendo el frente en Soncillo y combatiendo al pie del puerto del Escudo, que ocuparían el día 17 logrando copar a 22 batallones del Ejército Popular. Ahí se acabaron los debates y las polémicas. Franco escribió a Mussolini que las fuerzas italianas habían realizado un «brillantísimo combate», demostrando la «alta calidad de los soldados del Imperio y el elevado espíritu de la Italia Fascista», a lo que el Duce respondió que «la sangre vertida en común por una causa común hará de la España y de la Italia [*sic*] dos Pueblos fraternalmente unidos»[229]. En el telegrama de Gambara a Ciano: «Muertos

Guadalajara vengadísimos alt. Victoria dura pero completa y brillante alt. Estamos felicísimos. Viva Italia»[230]. Eran las vísperas de la victoria y parecía que todo quedaba perdonado. Pronto se vería que tal cosa no era cierta, como pudo comprobar el general Bastico, destituido a petición del generalísimo.

Ante el avance franquista, las tropas republicanas se situaron en defensa de Santander y de las comunicaciones con Asturias, mientras las Frecce Nere se adentraba hacia Castro Urdiales y el ejército vasco comenzaba su retirada hacia Santoña, confiando en las negociaciones de rendición que se llevaban a cabo con el gobierno italiano. El día 24, en el que Ciano habría ordenado el corte del suministro de agua potable, la renuncia a defender la capital era ya oficial, y el 26, los soldados de la Littorio y los de la 4.ª Brigada navarra entraban en la ciudad, alcanzando el centro a mediodía. La rendición, a iniciativa del teniente de asalto Francisco Delgado, acompañado por el capitán de carabineros Ángel Botella y el de milicias Palmiro Ortiz (por cuyas vidas intercedió el mando del CTV ante la auditoría de ocupación), había tenido lugar a las seis: no era «el principio del fin, pero sí un duro golpe para la España roja», en palabras de Ciano[231]. No finalizaba allí la batalla del norte, pero sí la participación en ella de los italianos, que perdieron a 27 oficiales y 368 soldados, además de 89 oficiales y 1451 soldados heridos y 6 desaparecidos. Entre finales de octubre de 1936 y el cierre del frente, y sin contar a los italianos encuadrados en el Tercio, el CTV había perdido a 98 oficiales y 963 soldados muertos, además de 270 oficiales y 3852 heridos, y 10 oficiales y 502 soldados desaparecidos. En el mismo periodo, de los integrados en la Aviazione Legionaria (que había abatido 407 aparatos enemigos) habían muerto 21 oficiales y 68 soldados, habían resultado heridos 19 y 71, respectivamente, y habían desaparecido 6 oficiales y 4 soldados.

A pesar, sin embargo, de toda la parafernalia fascista, fueron predominantemente las tropas de Dávila las que lograron acabar con toda la resistencia republicana, con un enorme número de pérdidas. Visto en perspectiva, el CTV tuvo una participación menor. En la operación tomaron parte «90 batallones españoles, 7 mixtos con el 80% de sus efectivos también españoles, y 24 italianos». Es decir, que el peso del combate estuvo en las tropas

españolas, en unos combates que lejos de ser sencillos, comportaron una dureza notable. Davide Lajolo señalaría años más tarde que desde el segundo día de combates no se contaban ya los muertos, y que al quinto día estaban ya todos, soldados y oficiales, completamente agotados, irreconocibles, sitiando una ciudad que parecía inalcanzable[232]. Sin embargo, la propaganda fascista hizo de Santander materia para la retórica más exaltada. La victoria en la capital cántabra fue proyectada como una anti-Guadalajara de heroísmo, valentía y arrojo[233]. Tanto heroísmo, tanta exaltación rodeó su conquista que, pese a no convenir a la «política internacional», Bastico llevó a cabo un «alarde de desfile de tropas voluntarias», tolerado por respeto, pese a la distorsión de la realidad que suponía. El mundo podría interpretar que el éxito había sido solo italiano, y que su fuerza en España era muy superior a la realidad. Pese a entender que quería destruirse la labor de difamación anterior relativa a Guadalajara, el mando español consideró que, con tanto desfile y tanta celebración se «pecó por exceso», pues eso podría justificar el envío de más hombres «a los rojos»[234].

Nada de eso detuvo la maquinaria de la propaganda, que dibujó a los combatientes (como en la portada de *La Domenica del Corriere* del 29 de agosto) peleando «como leones», con un espíritu de agresividad y entusiasmo enormes, que había generado la admiración de todos. Una «cosa bien organizada, estudiada y conducida», que había restituido los valores (se entiende, tras Guadalajara) de Italia. Frusci, Bergonzoli, Gambara y Francisci, en consecuencia, fueron erigidos en héroes. Santander, un éxito sin precedentes, más todavía y con más riesgo que el de Málaga. En la ciudad andaluza tan solo había habido francotiradores dispersos, aquí y allá. En Santander se habían enfrentado a batallones enteros organizados para la defensa, con todos los medios para la guerra moderna, con contraataques sangrientos. La de Santander había sido «una guerra propiamente dicha, no como Málaga». Aquí habían sido ametrallados y bombardeados por la aviación roja, pese a tener la cobertura de los cazas nacionales. La infantería italiana había tenido, en suma, «el honor» de ganarse el terreno posición a posición, incluido el cierre de la bolsa donde se encontrarían los batallones vascos, con cuyos tres representantes habló Teruzzi para

imponerles la rendición total[235]. Por todo eso, en memoria de los más de 480 soldados muertos en combate, se erigió en el puerto del Escudo una pirámide funeraria que, a la larga, acabaría siendo el segundo monumento en importancia, después del de Zaragoza, de cuantos conmemoran la presencia fascista en la guerra de España.

Franco, consciente de la relevancia que se le daría a su gesto, quiso comunicar personalmente el éxito del CTV a Mussolini, señalándole cómo las tropas legionarias habían entrado en Santander en estrecha colaboración con las nacionales, ambas en nombre de la civilización occidental contra la barbarie asiática, así como su orgullo por tenerlas a sus órdenes. Mussolini respondió, de nuevo en tono de todo está perdonado, que «esta ya íntima fraternidad de armas es la garantía de la victoria final que liberará España y el Mediterráneo de cualquier amenaza a la civilización común». Italia estaba orgullosa de sus valientes luchadores en tierra española, y la victoria coronaba el heroísmo de los legionarios italianos, reconocido y exaltado no solo en Italia, sino en el mundo entero, le diría después a Bastico[236]. Tan orgullosos estaban que tras la toma de Santander y para incidir en la «fuerte impresión» provocada en la España republicana, Ciano ordenó a Bastico una «incursión aérea en masa» sobre Valencia la noche del 26 de agosto, para «abatir la moral de la población»[237] mediante el terror. Aquí, y como harían en más ocasiones, los fascistas se emplearon con saña. La fiesta de la victoria tenían que conocerla todos, no solo los civiles del norte.

Con todo, uno de los elementos centrales de la ocupación del norte que tuvo al fascismo italiano como protagonista central fue la rendición del gobierno y del ejército vascos a instancias del PNV: una rendición ante la victoriosa Italia fascista, a espaldas de la República, y con conocimiento total de Franco. La documentación y las fuentes militares franquistas muestran un proceso de corta duración y escaso recorrido en el que, pese a la prohibición del «generalísimo», Roatta habría iniciado contactos y negociaciones por su cuenta con los asesores militares vascos cuando, una vez ocupada Torrelavega, no tenían ya escape posible. Incluso invitó a comer (gran escándalo) a sus mandos, para asegurarles una huida que no se consumó porque Franco ordenó a la Brigada Frecce Nere que lo impidiese. Sin embargo, la cuestión es mucho más compleja

y, como suele suceder, mucho menos lineal y evidente de lo que acostumbra decirse.

De hecho, no se trataba ni mucho menos de negociaciones aisladas, ni las realizaba Roatta sin ningún tipo de antecedentes ni cobertura política: baste pensar que el 8 de julio, Ciano recordaba al mando del CTV lo importante que era «aquí» (es decir, en Roma, es decir, para Mussolini) la rendición de los vascos a manos italianas, por lo que se pedía que las negociaciones fueran rápidas[238]. A juzgar por el tono de las comunicaciones entre administraciones, efectivamente el gobierno italiano le daba mucha importancia al asunto. Negociar por su cuenta con el gobierno vasco, aun informando a Franco, permitía tanto subrayar la importancia y autonomía fascistas en las cuestiones políticas nacionales e internacionales, como facilitar la victoria militar y la penetración italianas frente a la ambición de los alemanes. Y permitía, textualmente, borrar la huella de la complicidad con los asesinatos de Málaga, con un éxito moral de gran calibre frente a todo el mundo, incluida la España republicana. Cuantos más prisioneros cayesen en manos italianas, «menos asesinatos habría, menos difícil será la rendición de los vascos, menor corresponsabilidad involuntaria tendremos nosotros en las masacres consumadas por los nacionales». El método español de «pasar por las armas a los prisioneros» era el mayor obstáculo, se decía, para la guerra fascista[239].

Los primeros acercamientos dirigidos hacia la rendición del ejército nacionalista no fueron de julio sino que arrancaron, como mínimo, en mayo de 1937. Se produjeron, pues, en paralelo a las negociaciones del PNV con el Vaticano para que mediase en la situación y lograse el trato humanitario a unos vascos aterrorizados, según el cónsul Cavalletti, por las tropas «nacionales». Es posible que hubiese contactos previos, pues este último hace referencia a los acercamientos por cuenta de Franco entre el gobierno vasco y el jesuita Pereda. Pero de mayo es, de hecho, la comunicación entre el mayor Da Cunto y el hermano, hecho prisionero, del diputado vasco Lasarte (más tarde enviado a la embajada italiana en Salamanca) sobre la posibilidad de negociación con el gobierno de Euzkadi. Previamente, y seguros de la victoria republicana, no existía necesidad ni convencimiento sobre la posibilidad de la rendición.

Pero en un momento en que la situación había experimentado un cambio radical, al dirigir Franco sus tropas hacia el norte, empezaban a aparecer voces favorables a un pacto. Pacto para el que, proseguía, no sería el lehendakari Aguirre, persona «fatua y sin sentido de la responsabilidad», el interlocutor más adecuado, sino más bien el consejero de Justicia y Cultura del gobierno vasco Jesús María de Leizaola, a quien se sumarían nombres como Telesforo de Monzón, «ministro polizia», Heliodoro de la Torre, «ministro economía», e importantes personalidades, como Anacleto Ortueta, Eduardo de Landeta, el padre capuchino Altiso, el canónigo Alberto de Onaindía o el banquero Ramón de la Sota. Todos ellos estarían por la rendición, siempre y cuando alguna gran potencia garantizase sus vidas. Cavalletti se reunió días después en Francia con José Horn, Onaindía y Doroteo Ziaurriz, del PNV, todos ellos «entusiastas» de la intervención italiana, todos ellos recelosos de la «garantía suficiente» de la palabra dada por Franco a Bossi el 2 de mayo, o de la carta enviada por Mola al gobierno vasco en la que le aseguraba que las tropas nacionales «no cometerán el más mínimo atropello» si las milicias vascas en Bilbao colaboraban en el bloqueo de los soldados no nacionalistas y luego deponían las armas. Estos soldados serían considerados como evadidos, no como prisioneros de guerra. Conseguirían librar a la capital vasca de la destrucción de la retirada y de la ocupación. Y evitarían que las «tropas rojas en retirada» cometiesen «toda clase de atropellos», como «la destrucción de la ciudad», como diría Onaindía en junio[240]. En todo caso, tales negociaciones existieron, pero no fructificaron.

Para que estos contactos pasasen por Italia, se exigió por parte italiana una comunicación directa entre el lehendakari Aguirre y el Duce que poder esgrimir ante Franco. Sin embargo, el 17 de mayo se ordenó la suspensión de las negociaciones, ante el curso que tomaban los acontecimientos, entre las dudas de un Aguirre «deprimido y […] alucinado, con un crucifijo en la mano» y ante la creciente decisión de las tropas vascas de no combatir más allá de su propio territorio. A principios de junio, Onaindía volvería a entrar en contacto con los italianos, concretamente con el cónsul Cavalletti, para un posible intercambio de prisioneros entre el gobierno vasco y el italiano, que no fructificó[241]. Pero pese al escaso éxito, esta nueva toma de contacto sería la que acabaría

teniendo mayor recorrido. El 26 de junio desembarcaron en Algorta, según las fuentes consulares, dos «personajes vascos» encargados del gobierno vasco (aunque no quede claro si autorizados por Aguirre) para negociar la rendición a Italia como vencedora, siempre que se garantizase el regreso de civiles, heridos y militares, así como la vida de oficiales y gobierno. Uno de ellos era Juan de Ajuriaguerra, presidente de la ejecutiva del PNV, el Bizkai Buru Batzar. Su objetivo pasaba porque Italia consiguiera que se abreviase la guerra, con lo que obtendría la «ventaja moral de haber salvado a un pueblo noble», un pueblo «no bolchevique» de «ser diezmado». Sin embargo, los titubeos del llamado ya «exgobierno vasco» hicieron que el 30 de junio se le exigiese contactar directamente con Mussolini a través de un emisario (Italia, se decía, no «quería, o no podía, interesarse más por esta cuestión»), a la vez que el CTV adelantaba los aspectos técnicos de la rendición, en una reunión en Bayona. En ella se acordaron los términos de la evacuación. El emisario fue el mismo Onaindía, autorizado el 3 de julio por Aguirre para exponer «el problema nacional vasco y la situación actual de Euzkadi ante el Jefe y el Gobierno italiano», y por la Junta Suprema del PNV presidida por Doroteo de Ciaurriz, para hablar de «los deseos y esperanzas de tipo humanitario y de derecho de gentes que abriga el pueblo de Euzkadi […] y las reivindicaciones políticas que constituyen la doctrina y el programa del nacionalismo vasco».

Dichas reivindicaciones no parecieron importarle demasiado a nadie. Ciaurriz iría a Roma acompañado de Pantaleón Ramírez de Olano para ofrecer la rendición de hasta 12 000 soldados vascos (finalmente sumarían unos 22 000). Al mismo tiempo, el día 9 en España el general Roatta tomaba las riendas de la negociación. Pero de todo ello Franco tuvo información directa y de primera mano: Bossi en persona le leería los telegramas de Mussolini, donde le explicaba su visión sobre el asunto, y que incluía su idea de que la rendición vasca sería muy beneficiosa para los nacionales en la arena internacional, siendo como eran «fervientes católicos que se han equivocado, pero que son en casi su entera totalidad recuperables para Vuestra España». Como diría Gelich, coronel jefe de la delegación italiana en el Cuartel General del Generalísimo, Franco concedía «poca importancia» al asunto, por cuanto Aguirre

era un prisionero de los «santanderinos» y los delegados de Roma no velaban sino por intereses particulares. Sin embargo, nunca dejó de ser informado, al contrario de lo que muchas veces se ha dicho, de los términos cambiantes de las negociaciones.

Estas, en última instancia, tenían ya que ver con las cuestiones técnicas, el cómo, pues el qué, la rendición militar —de hecho, no hubo casi participación diplomática en este asunto— ya se había decidido el 30 de junio. Y buscaban que los batallones vascos no fuesen enrolados en el ejército franquista o, a petición del gobierno vasco, que la rendición tuviese lugar no como tal, sino como una derrota «en apariencia», «puesta en escena», «simulada», «legitimada a ojos de terceros» —son todas expresiones de la documentación oficial italiana—, o en un movimiento de corte, o en una acción local, o como deposición de las armas sin combate, a manos italianas: una operación para «salvare la faccia», para «hacer creer» que se trataba de una victoria fascista, complicada de gestionar, pues suponía concentrar los batallones vascos frente a las tropas italianas sin demasiada justificación para ello. No era la única complicación: Aguirre no respondía a los telegramas, los representantes vascos temían la reacción de los mandos y soldados no vascos frente a un movimiento de esas características, y Franco, pese a aprobar lo dicho por Mussolini, no parecía que fuese a aceptar los términos de una negociación que incluía la evacuación de civiles, el tratamiento de los militares y la gestión de sus mandos.

Sin embargo, lo que alargó la situación aún un mes y medio fue el retraso en la ocupación de Santander por la ofensiva de Brunete: tiempo suficiente para concretar los mecanismos de evacuación y los acuerdos militares, para tratar de acordar con Aguirre desde París los términos definitivos de la rendición (pese a que no consideró oportuno reunirse con emisarios italianos), para constatar las dilaciones y evasivas, cuando no la belicosidad aparente, con que el gobierno vasco respondía a los ímpetus del mando italiano y para romper las negociaciones, primero con la salida de Da Cunto y luego con su ruptura por parte de Roatta el 19 de agosto, ya con la operación sobre Santander en curso y tras varios ultimátums para que fuesen aceptadas todas y cada una de las condiciones. Los militares vieron deslealtad en las «chácharas» y las mentiras, decía

Roatta, de los delegados militares vascos —los oficiales Sabin de Egilleor y Raimundo de Puxana—, respecto de la supuesta lentitud en la evacuación de civiles, que era dada como excusa para retrasar la rendición y que, sin embargo, resultaban más bien rehenes del Ejército Popular para forzar a combatir a los gudaris. Los cuatro días de «generosidad» dados por Roatta no fueron aprovechados, anotando Bastico cómo había batallones que se lanzaban a combatir contra el CTV y la Brigada Mixta, lo que le obligó a señalar a los delegados vascos que podrían aprovechar, pero no abusar, de su humanidad.

Sin embargo, todo se precipitó el 22 de agosto. Ese día, tres batallones de gudaris de la 50 División abandonaron sus posiciones para desplazarse a Santoña por orden del PNV, y pronto serían doce más. Por medio del mismo diputado Lasarte y de Ajuriaguerra, el gobierno vasco tuvo que aceptar todas las condiciones en la entrega. Estas se concretaron el 24, en el llamado para la posteridad Pacto de Santoña, y en el que el CTV ratificó lo ya acordado: que se garantizaría a los soldados vascos no combatir forzosamente en el ejército franquista que los oficiales no se entregarían, salvo deseo expreso, a las autoridades españolas que las armas se entregarían en el momento de la rendición, y que los presos políticos del penal de Santoña serían liberados. A cambio, pidieron que no se bombardease el territorio vasco ocupado y que se anunciase la rendición solamente a su finalización, para evitar represalias sobre civiles. En ese momento, la negociación comportaba serios problemas para con Franco. Los soldados vascos se replegaron al amanecer del día 23 y se entregaron a la Brigada Frecce Nere el 25, el mismo día que los italianos entraban en Santander. Para Berti, «demasiado tarde». La generosidad italiana acabaría, en su opinión, por hacer padecer al mando del CTV «consecuencias desoladoras» de cara al general Franco, que, de hecho, el mismo día prohibió, dada la situación victoriosa, cualquier forma de pacto con los vascos. Aun así, el día 26 de nuevo se presentaron, provenientes de Santoña, nuevos emisarios para tratar de volver a los términos de las negociaciones caducados el día 24 a las cero horas. Para entonces, el trato de los batallones vascos dependía ya solo de la «generosidad legionaria»[242].

El día 26, la Brigada Frecce Nere ocupó Santoña, donde se

rindieron de forma pacífica once batallones, a los que se sumaron tres más el día siguiente, con sus oficiales a la cabeza. Solo la inminencia de la derrota total movió a la concentración de soldados y «comprometidos políticos» (exdirigentes y funcionarios del gobierno, capellanes militares, oficiales de carrera) en Santoña, diría el coronel Farina, en espera de una evacuación en los buques ingleses *Bobie* y *Seven Seas Spray*. Una evacuación bloqueada por la marina franquista y prohibida por Dávila, que aunque permitió zarpar al *Bobie* con más de quinientos heridos, ordenó a las tropas italianas hacer desembarcar a los evacuados, unos doscientos «comprometidos» de los aproximadamente mil civiles que quedaban en tierra. Tal orden no se ejecutó, pues no se consideró correcto que tropas italianas abordasen un barco con bandera británica, pero sí se instó a que los evadidos desembarcasen a decisión propia, para poder garantizar su integridad. Bastico, sin embargo, no ofreció «ninguna concesión» ni tratamiento alguno de favor. Quien no se rindiese, sería hecho prisionero. Pero prisionero del CTV, en honor a la obligación moral de generosidad adquirida y a la vista de que, por más que no actuasen ya los acuerdos alcanzados, las tropas se habían rendido como si estuvieran en vigor. Así, fueron internados en campos vigilados por italianos, aislados de cualquier contacto, primero, para no dar imagen de trato excesivamente favorable y, segundo, para salvaguardar a los prisioneros, por los que respondían, de «cualquier acción que no provenga de nuestra parte». Resulta evidente que querían protegerlos de la limpieza de prisioneros en caliente que caracterizaba a las ocupaciones militares del ejército franquista.

Sin embargo, la protección duró poco. El día 30, Fidel Dávila se presentaba en Santoña para relevar a la Brigada Mixta Frecce Nere en el tratamiento de los prisioneros, relevo que se hizo efectivo el 4 de septiembre con la aprobación italiana, ya que el coronel Barroso, del Cuartel General de Franco, habría asegurado que no se realizarían persecuciones políticas y que cualquier acción se habría realizado de acuerdo con el CTV. Los prisioneros pasaron a manos de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros, que puso en funcionamiento cuatro campos en Santoña, en el Penal del Dueso (a base de barracones provisionales), el Instituto, el Cuartel de Infantería y el Fuerte de la Plaza[243]. Para Franco, la rendición

no podría conferir derecho de ningún tipo, pues no se había realizado en el momento en que se debía, sino cuando ya no quedaba otra solución. Leizaola así se lo habría reconocido a su representante en la frontera francesa, el mayor Troncoso: ni podían exigir derechos ni se justificaba su expatriación. Su fórmula sería la ya conocida: «máxima clemencia» para los vencidos, juicios justos y pocas penas capitales para los responsables políticos y reos de delitos comunes (la mayoría de las 510 totales —diría Franco— conmutadas después por medidas de gracia), campos de concentración y trabajos forzosos para los que, estando en edad militar, no se alistasen al ejército franquista. En suma, exactamente el mismo tratamiento que al resto de prisioneros de guerra.

Las historias de la relación entre el mando del CTV, el gobierno fascista y los 17 000 prisioneros entre Santoña, Laredo y Castro Urdiales suelen terminar en ese momento de la entrega a las tropas españolas. Yo mismo la liquidaba con un par de testimonios orales que hablaban de las farsas jurídicas y de la violencia extrajudicial para con los prisioneros de guerra. Sin embargo, la relación de los prisioneros con el mando italiano se mantuvo, en la medida en que hubo no pocas sentencias a pena capital, como la de los representantes políticos de los prisioneros, Juan de Ajuriaguerra y Lucio de Artetxe, condenados a muerte y cuyas penas conmutó Franco (el primero llegó a ser presidente del PNV en el exilio). Ambos lamentaban, no sin razón, haber «procedido con lealtad hasta el último momento» —lealtad, eso sí, hacia el enemigo— y consideraban que el CTV no estaba cumpliendo los compromisos adquiridos. Usaron para ello palabras muy duras: la deshonra del pueblo italiano y sus procedimientos para obtener «fáciles triunfos ficticios», «gloria falsa» sería a su juicio por dios castigada. De hecho, muchos de esos compromisos no se cumplieron, pero por parte de las fuerzas de ocupación franquistas. El CTV no tuvo representación en la comisión de clasificación de los prisioneros ni voz en el tribunal emanado de la auditoría general del ejército de ocupación[244]. Tampoco pudo hacer nada por los, según los cálculos italianos, catorce de los doscientos desembarcados del *Bobie* bajo custodia italiana que fueron pasados por las armas. El 15 de septiembre se había fusilado, en una suerte de acción ejemplar, a seis nacionalistas vascos, dos socialistas, dos sindicalistas, un

comunista y tres santanderinos. Sin embargo, la suerte de los batallones de gudaris hacía tiempo que no estaba en manos italianas.

En realidad, más que el asunto de Santoña, para el CTV lo realmente importante en el norte fue la toma de Santander, llevada a cabo, según Bastico, «siguiendo nuestro modo de pensar y actuar, personificado en Berti», y su éxito daba pie para pedir la reorganización del Corpo, potenciando la artillería y separando la infantería de sus medios de transporte porque, como había podido comprobarse —en referencia a Guadalajara, pero también a las dificultades encontradas en el puerto del Escudo—, la primera, pese a ser muy efectiva, retrasaba los movimientos de la segunda y la hacía más pesada y vulnerable a los efectos desastrosos de las interrupciones y de la aviación. Sin embargo, tal éxito, magnificado por la propaganda, no le fue suficiente a Bastico para conservar el puesto. De hecho, la lucha de poder en la cúpula militar se llevó por delante el prestigio del comandante del CTV, destituido a petición de Franco, lo cual era señal de los cambios que se estaban operando en el seno del mando italiano, de las relaciones militares y políticas entre los dos regímenes, y del *warfare* en el contexto de una guerra larga. Bastico se habría opuesto sistemáticamente al uso de sus tropas, de las que Franco tenía un concepto favorable, como si se tratase de tropas españolas. Franco, por su parte, pensaba que el CTV estaba compuesto «de mandos y tropas buenos y entusiastas» a los que habría podido sacar «más partido» si se hubiera impuesto su propio criterio, discutido y rechazado una y otra vez por el mando del CTV. La actuación y el carácter de Bastico, «violento y poco reflexivo», insubordinado y poco dado a la cooperación, no facilitaría las cosas. Y por eso pidió su cabeza a Mussolini.

No le faltaba razón. En Bilbao se había negado (cosa imperdonable para el Caudillo) a obedecer órdenes, retrasando según Franco dos meses la destrucción del «Ejército Vasco», pues había permitido su retirada hacia Santander y la «dilatación de la guerra en el Norte». Además, había dejado que los italianos se hicieran con material de guerra (armamento y automóviles) en Santander: «los legionarios remolcan los coches que se encuentran en los caminos, para desguazarlos y vender las piezas aprovechables», podía leerse en un informe de Exteriores[245]. Y

todavía más: exigían gasolina en surtidores públicos sin entregar vales a cambio y amenazando con el arma, se colaban en los conventos (como el de las Hermanas de la Caridad de Sigüenza), rapiñaban los comercios de las localidades donde residían, incluso lanzaban bombas desde los trenes «por pura diversión»[246]. Y cuando, pasada ya la toma de Santander, fue necesaria una actuación rápida en el sector de Zaragoza ante la ofensiva de Belchite, Roatta había retrasado los movimientos, al no poner inmediatamente a disposición de Franco sus unidades de artillería, por esperar autorización de un Bastico que daba órdenes a más de doscientos kilómetros de distancia y sin conocimiento de la situación. Algo inadmisible, según Franco, y más cuando se trataba de tropas que llevaban ya nueve meses bajo mando español. El «generalísimo» consideraba inaceptables las comunicaciones del general italiano hacia su mando y opinaba que su labor había supuesto un alto perjuicio a la buena marcha de la guerra, por lo que en septiembre de 1937 pidió su cese, la vuelta de Roatta a Italia, así como el nombramiento de Berti al mando del CTV. Incluso lo haría de manera manuscrita, con sus recurrentes («Ejercito», «tambien», «simpatias», «reune») faltas de ortografía[247]: «Las relaciones con el Mando de las tropas italianas en España no se desenvuelven dentro de la debida cordialidad y acuerdo, con indudable repercusión en la marcha de la guerra», diría. «Bástico [*sic*], que indudablemente es un buen jefe […] ha llevado a cabo una gestión que no solo influye desfavorablemente en la marcha de las operaciones, sino que también tiende a entibiar la buena armonía que hasta ahora ha existido entre elementos italianos y españoles». Estas anomalías, «apreciadas y desfavorablemente comentadas por los mandos y oficiales alemanes», como son «clamor en la población civil donde se alojan las tropas del CTV» otros asuntos de indisciplina, podrían dar «a los rojos, fundamento» para campañas contra el prestigio italiano[248].

Si no el de todos los italianos, desde luego el de Bastico sí que fue un honor abiertamente cuestionado, y no solo por el alto mando militar franquista. De hecho, posiblemente lo que le hizo entender que las cosas habían cambiado fueron las respuestas recibidas desde Roma, en las que, ante sus quejas, se le decía muy claro que la española era una «guerra con un fuerte carácter político», que se

debía resolver con las armas, pero también con *otras* armas. Y que de estos otros medios «tú, soldado, no siempre eres puesto al corriente por el mando español» pues «tu misión no es la de tejer acuerdos políticos», sino la de dar buenos golpes («buone legnate»). La orden del Duce había sido que todo se subordinase a la rápida definición de la lucha. La confianza en él era completa, pero tenía a su vez que entender que ahora la labor del CTV no era ya la de un cuerpo de primera línea, sino más bien la de una reserva para Franco. Retratado, por otro lado, en un informe interno de la MVSN como poco brillante en términos militares y deudor de Berti en el éxito de Santander, también despertaría recelos políticos (por sus escasas simpatías hacia los Camisas Negras) y por su vida personal. Bastico solía dejarse ver acompañado por Victoria Rosado, la mujer de José Rojas y Moreno, conde de Rojas y diplomático destinado desde 1941 a Bucarest. El general italiano tendría una verdadera «pasión senil» por esa mujer, «madura y en verdad no hermosa», que le acompañaba a espectáculos, ceremonias, corridas de toros y hasta inspecciones militares. Para el informante, la señora habría sido puesta al lado de Bastico por Franco para saber más sobre la misión italiana, con la complicidad del marido, apartado en ese momento de la carrera diplomática y que esperaría volver a ser llamado gracias a esta labor de espionaje. Gracias a la condesa, de hecho, Bastico habría pasado de ser el «hombre que siempre dice no» a un servil militar del Cuartel General de Franco. Fuera el que fuese el motivo último de Mussolini, y pese a que el embajador italiano en España en sustitución de Cantalupo, el conde Viola di Campalto, le hubiese prevenido de que la fuente enviada por Franco para informarle sobre Bastico, el teniente coronel Villegas, era poco fiable e interesada, lo cierto es que el 5 octubre Ciano lo citó para decirle que «no volvería más a España». Así se lo transmitió al embajador Conde: «puede Vd. decir al Generalísimo de mi parte que el General Bastico está ahora en Italia y que nunca más lo volverá a ver en España», siendo sustituido precisamente por Berti, el favorito de Franco, quien «llevará severa consigna de ponerse sin reserva ni excepción de ninguna especie a las órdenes de Vuestra Excelencia»[249].

La retirada de Bastico y el desplazamiento de Roatta se debieron, según el informe del capitán Turrini sobre la actuación

del Ufficio Spagna entre julio de 1937 y julio de 1938, a un «estado de ánimo de envidias y celos» agudizado por la brillante victoria de Santander, que demostró «la superioridad estratégica y táctica del cuerpo legionario; orgullo y amor propio ofendido». Su mayor pecado, a mi juicio, más que sus líos de faldas o su oposición circunstancial a Franco (pues, al hacerlo, no dejaba de interpretar las órdenes de Mussolini sobre la rápida y decisiva intervención del CTV), estuvo precisamente en negar en primera instancia la operación del CTV en Aragón y apostar, junto con Roatta, por la italianización de las Brigadas Mixtas Frecce, sobre las que ambos querían tener mando directo pese a depender del español, y sobre las que el segundo quiso contar para hacer rectificaciones de vanguardia, pese a ser, de hecho, unidades de refresco para Franco. Los dos pensaban que las Frecce no debían ser simples reservas con carácter italiano, por haber sido creadas con cuadros y armamento italianos, sino unidades totalmente italianas integradas en el CTV. Pero ni Franco, que pensaba que eran tropas que debían mimarse y no exponer en exceso en los combates, ni Mussolini, que prefería aceptar las decisiones del «generalísimo», les apoyarían[250]. Fundamentalmente, porque a lo largo de 1937 la concepción fascista de la guerra en España había variado de forma sustancial, desde considerarse un país beligerante a ponerse al servicio de Franco para la victoria total sobre el enemigo.

De hecho, la actuación del CTV, pese a la apariencia de intrascendencia que arrastraría tras la toma de Santander, sería muy importante en el futuro. Incluso más que en el norte, donde tuvo un rol destacado pero ni determinante ni tan decisivo como mostró la propaganda fascista. Sí que lo tuvieron, sin embargo, en septiembre en Aragón, donde participaron en la contraofensiva franquista, en la División Mixta Flechas, atacando el norte de Zaragoza y ocupando Zuera. Como lo tuvo la artillería italiana en las operaciones de reconquista de Teruel. Y como lo tuvieron sus regimientos de infantería motorizada apoyados por la artillería y los carros, usados a modo de punta de lanza en la ofensiva franquista sobre Aragón, en 1938. Franco habría señalado a Berti que iniciaría las campañas una vez constituyese las Grandes Unidades, en octubre. Como escribiría Pariani, del Ministero della Guerra, al ministro Ciano, algunos oficiales italianos en España tendrían información sobre

que el mando nacional querría dejar para la primavera de 1938 la solución del conflicto, lo que a su juicio sería desastroso por cuestiones de política internacional, militares (ya que permitiría reforzarse al enemigo), y de carácter moral para con el cuerpo voluntario. Si se iban a enviar más medios y se iba a seguir apostando por la carta de la aviación, que a los nacionales les faltaba, habría que presionar a Franco para que realizase una acción más decisiva.

Sin embargo, Ciano le respondería tajante que nada había cambiado. Las instrucciones del Duce seguían siendo las mismas, y en ellas se dejaba claro que se aprobaba el uso del CTV en la reserva, que podía ser utilizado para taponar las contraofensivas republicanas, y que en caso de ser usado en primera línea, no debía ser de forma aislada, sino como parte integrante de contextos más amplios, para evitar situaciones como las de Guadalajara. En un año, 1937, en el que Italia se convirtió en un beligerante en tierra española convirtiendo, así, la Guerra Civil no en un conflicto internacionalizado, sino en una guerra internacional, Italia había pasado de una participación «sin injerencias», a apoyar a Franco casi sin condiciones. Cuando en diciembre de 1937 Berti le sugirió a Mussolini la posibilidad de retirar la infantería, y dejar en España solo la aviación, la artillería, los carros y los ingenieros, se le respondió claramente que no. Que era insuficiente para alcanzar el objetivo principal: en la medida de lo posible, lograr grandes victorias. Pero, sobre todo, apoyar con todas sus fuerzas el éxito total de Franco. Ese difícil equilibrio entre el orgullo de la diferencia y el apoyo incondicional pese a la diferencia se resolvería de forma más convincente todavía desde 1938, cuando de manera aún más explícita Mussolini, Ciano (quien lo consignaría en sus diarios en octubre de 1937: «el problema español va hacia la crisis internacional: o la ruptura, o la clarificación») y, en realidad, todos los actores políticos, diplomáticos y nacionales comprendiesen que la civil era una guerra europea combatida, como señalo en el último capítulo de este libro, en suelo español.

CAPÍTULO 3

DERIVAS. ITALIA, EL CTV Y LA POLÍTICA *NACIONAL*

Viso al sole con la camicia nuova
che tu bordasti in rosso ier
mi avrà la morte se mi trova
il Duce è il mio pensier.

Viso al Sole,
traducción libre de Franco Orgara del *Cara al Sol*[251].

«Pero Mussolini, ¿nos ha tomado acaso por imbéciles?».
Manuel Hedilla, jefe nacional de Falange en 1937.

Cuando el diciembre de 1942 Franco pronunciase su célebre discurso en la inauguración del III Consejo Nacional de Falange, posiblemente de los más teóricos y doctrinarios de los que dio el Caudillo (lo que, precisamente, hizo sospechar que el ya entonces defenestrado Serrano Suñer aún colaboraba con su cuñado), Francesco Lecquio, embajador y el más alto representante del fascismo italiano en España, vio en él elementos de «eternidad e inmortalidad», «unidad de sentimientos y propósitos». Eternidad, inmortalidad, unidad de unos sentimientos unitarios entre los totalitarismos europeos en guerra contra la democracia y el liberalismo, a los que también aludiría el embajador ese mismo año en la ceremonia de inicio de las obras del Sacrario Militare de Zaragoza al recordar que los muertos de España eran el mayor acicate y la más evidente garantía de éxito de las nuevas y unitarias empresas del fascismo europeo. La «Revolución Nacional» iniciada en 1936 conectaba, según Lecquio, con esa unión entre las aspiraciones sociales y el culto a la nación que era la gran «síntesis de la Revolución Fascista»[252].

Que el embajador fascista en España opinase de tal modo en 1942 no podía ser fruto de la simple emoción por la alusión de Franco a los éxitos de su país o a la altura política de su Duce. Tras la intervención en el golpe de Estado, en (como se verá a continuación) la creación de FET y de las JONS, en el reforzamiento del poder de Franco, tras la apuesta por Serrano Suñer y tras su caída después de su viaje a Livorno para entrevistarse con Ciano[253], que Lecquio percibiese en el discurso del Caudillo esa misma fe traída desde Italia por los evangelistas del fascismo unía, simbólica pero férreamente, un año de fuerte crisis interna e internacional como 1942 con otro no menos crítico como 1936. O tal vez sería mejor, por los efectos políticos y por la importancia que tuvo en la relación entre el fascismo italiano y la España «nacional», decir 1937. Que en ese año Italia se involucrase en la guerra española como un contendiente más se debió a diferentes motivos. No cabe duda que uno de ellos, y destacado entre las diferentes motivaciones económicas, geoestratégicas o de relaciones internacionales, fue el político e ideológico.

Es interesante comprobar cómo algunas de las carpetas más voluminosas en los archivos italianos que albergan papeles sobre la intervención fascista en España son las que abordan los temas políticos, culturales e identitarios, y las de las instituciones y organismos administrativos de los que dependían ese tipo de acciones. Pero todavía más lo es observar la polifonía de voces que, desde la Italia fascista, o desde la misión fascista, hablaban de la guerra española. De hecho, en sus propios testimonios y documentos, la influencia política italiana en la naciente Nueva España habría sido total y decisiva. El partido único, una apuesta del responsable de propaganda, Danzi. La unión entre falangistas y requetés, una propuesta de Farinacci. El corporativismo y el Fuero del Trabajo, la respuesta a las exigencias de Ciano. El primer gobierno de Franco, una idea de Mussolini. Las reformas educativas de Sainz Rodríguez, una copia de la reforma Gentile. La intervención italiana en España fue mucho más que participación militar en la guerra[254]. Fue también el combate contra sus propios enemigos. Y el intento, explícito y decidido, por fascistizarla. Por supuesto, se trata de una cuestión en debate que no pretendo, ni lejanamente, resolver. Puede que sea uno de los grandes debates de

la historiografía española contemporaneísta. Aquí trataré de aportar algunos elementos más para observarlo, a partir de puntos de vista tan privilegiados como el del mismo Mussolini, líder del fascismo y de la Italia combatiente en España, o el de sus enviados políticos.

Fascistización

Sobre qué era esa fascistización, sin embargo, no hubo siempre una línea clara y definida. De hecho, y al menos hasta 1937, la influencia política del fascismo italiano parece, más que el trabajo coordinado entre esferas políticas, diplomáticas y militares para convertirse en parte implicada en el proceso de construcción política de la Nueva España, la sucesión de movimientos aproximativos y adquisición de pequeños espacios de influencia, muy determinados por la creciente importancia de la intervención militar. Con ellos, sin embargo, tanto Mussolini como los diferentes agentes italianos en España comenzaron a tejer los hilos de sus propias agendas. Por ejemplo en Barcelona, donde, según escribía Ciano a Anfuso en noviembre de 1936, el cónsul general había sido abordado por el abogado Maspons Anglasell para que el gobierno italiano mediase en negociaciones entre el gobierno sublevado y «hombres políticos catalanes». Un encargo hecho, según la documentación, por Estat Català, la Joventut Nacionalista La Falç, Unió Democràtica e importantes fracciones de Esquerra Republicana de Catalunya, que buscaría evitar la guerra en el territorio y lograr una autonomía como la de los vascos con los fueros: las ventajas serían para todos, pues las fuerzas catalanas podrían luchar contra los anarquistas y Franco evitaría la «resistencia a ultranza de los catalanes» —nacionalistas, se entiende —. La respuesta de Franco, que puso fin a tan fantasmagórica propuesta, sería que «su gobierno se propon[ía] conceder autonomía administrativa a las regiones que la deseen», pero que no podía «admitir el separatismo»[255].

Al igual que cuando se analizaba la implicación fascista en el golpe de Estado, hay que tomar estos informes de manera muy precavida. Opinión política la hubo desde muy pronto, incluso desde antes del golpe de 1936 (del que, como ya se ha visto, en Roma tenían no poca información). Y aunque las primerísimas

noticias políticas no tuviesen la firma de Mussolini, el Duce empezó muy pronto a opinar y mediatizar el debate político sobre España: según la *Opera omnia*, la primera referencia de Mussolini a la guerra es del 30 de diciembre, cuando en el *Popolo d'Italia* comentase el artículo de Alcalá Zamora en varios medios franceses en el que el expresidente de la República pedía ayuda para sus dos hijos, víctimas de los bolcheviques de España. Y es interesante, porque ese texto le servía como pie para denostar su figura en tanto que ultrademocrático y, por tanto, ultra-antifascista, que abrió las puertas de la República a los «desesperados» (en español) de estilo moscovita, dando inicio al sufrimiento, los desastres y las catástrofes que habían caracterizado los años de la Segunda República. Todo debía, de hecho, acabar en una guerra civil, «acumulando muertes y ruinas hasta el infinito»: esa era la dulce, suave, inocente, humanitaria República deseada por Zamora, una diosa que exigía, con frío raciocinio, sacrificios humanos. El terror ciego acompañaba a la república y a la democracia, según el Duce, desde el 89. Concretamente, 1789[256].

En todo caso, más allá de la dimensión que quiera otorgársele a las opiniones del Duce, lo cierto es que su régimen estaba ya en medio de una intervención con un fuerte contenido político desde el principio. No de otra manera puede interpretarse el que todas las fuentes coincidan en una deriva fuertemente anticomunista en el proceso decisional último, el de julio de 1936. El control hegemónico sobre el Mediterráneo implicaba también el reforzamiento del estado totalitario, la mayor facilidad para las aventuras fascistas en África, y el asentamiento paulatino pero imparable de un gran eje de dictaduras unidas contra el que parecía ser su fin fundamental: el de la extirpación del socialismo y la expansión territorial a costa de los países no desarrollados, aunque ello implicara entrar en conflicto no solo con países europeos, sino con todas las reglas de la política internacional y las relaciones exteriores. Es, de hecho, el del anticomunismo un relato que permea prácticamente toda la literatura, también la histórica, que ha abordado la presencia italiana en la guerra española. El propio Ciano lo declararía en Múnich, sin hacer referencia explícita al comunismo (cosa del todo innecesaria) el 25 de octubre de 1936:

> Hemos examinado la situación de España y hemos estado de acuerdo en reconocer que el Gobierno Nacional del General Franco se halla sostenido por la voluntad firme de la población española habitante en la mayor parte del territorio nacional, en la cual, ese Gobierno, ha logrado restablecer el orden y la disciplina civil, en oposición a la situación anárquica que reinaba antes en esos territorios […] con respecto a los graves peligros que amenazan a la estructura social de Europa, el Führer y el Barón Von Neurath, de un lado, y yo del otro, hemos confirmado la libre decisión de los pueblos italiano y alemán de defender, con todas nuestras fuerzas, el patrimonio sagrado de la civilización europea en sus grandes instituciones, basadas en la familia y en la nación; instituciones sobre las cuales se funda nuestra civilización […][257].

Hubo, pues, mucha opinión. Pero sobre todo hubo acción política explícita. Y apoyándose sobre ella, vinieron los impulsos por la transformación de la arquitectura institucional en la España de Franco que, de hecho, tuvieron lugar a partir de 1937, es decir, con la intervención fascista masiva. Con una excepción, la de Mallorca. Allí, Bonaccorsi trató de importar las formas más visibles del fascismo escuadrista sin atender a la necesidad de su impregnación política, cultural e identitaria, y en apariencia fracasó. Gracias a su capacidad de organización en la isla, Bonaccorsi se granjeó una quizá merecida fama de agitador político, que empleó para extender una imagen agresiva, modernizadora y radical del fascismo que, sin embargo y como sabemos hoy, no era representativa sino de una de las tendencias cultural-identitarias del movimiento. Bonaccorsi puso (supuestamente y en sus cálculos) a desfilar a 15 000 fascistas por Palma con uniformes de *balilla*, creó economatos y confederaciones de trabajadores sin estructura legal para abolir la lucha de clases y la huelga, intervino sobre el mercado de trabajo y fundó una Milicia falangista de inscripción obligatoria entre los 17 y los 60 años, más dos secciones Balilla (de 8 a 12) y Avvanguardia (de 13 a 19). Todo operativo a mediados de septiembre de 1936. Todo fracasado, según el propio «Rossi», por la ineficacia española, las insidias militares con su cortejo de consejeros, y la falta de fe y energía fascistas. «Esta revolución en España está hecha de jefes militares […] Será malo, pero es así y no se puede cambiar en un día»[258]. Exactamente de igual manera pensaba su enlace con Roma, Carlo Margottini, para quien Italia apoyaba el movimiento de julio

«porque este era fascista», por lo que era «indispensable favorecer la acción de Falange y combatir la de los demás elementos del movimiento nacionalista», ya que el Ejército era inútil para nada que no fuese «mantener en España la hegemonía de la casta militar»[259]. Y, sin embargo, no sería exclusivamente carencia española.

Crítico con el curso de los acontecimientos en la Península y con las dificultades encontradas en Mallorca para llevar a cabo su labor revolucionaria, la intensidad de su apostolado fascista y sus continuas quejas no hicieron seguramente sencilla la gestión de su presencia en España. El choque con las autoridades españolas, de hecho, no se haría esperar: en febrero de 1937, ya como general inspector de la Inspección General de Milicias Voluntarias pero refiriéndose a su labor en el verano del año anterior, le señalaría a su «amadísimo» Duce cómo tras siete meses de misión en España, había podido comprobar que la obra suprema, heroica, de guerra y de amor de los Camisas Negras, más allá de liberar el territorio español de la tiranía comunista, conseguía atraer la estima, confianza y simpatía de todo un pueblo cansado de las atrocidades, el sufrimiento de meses y el gran derramamiento de sangre. Bonaccorsi, sin embargo, opinaba que la obra de los italianos solo sería considerada por el gobierno español mientras durase la necesidad de la intervención armada y que, en cuanto el peligro rojo desapareciese, haría lo posible por alejarlos. Decía: «No debemos esperar ni gratitud ni reconocimiento de un gobierno que no está a la altura de la situación, demostrando solamente un orgullo injustificado».

Ni siquiera Falange, el único movimiento según Bonaccorsi identificado con el fascismo, tenía un programa social definido, «y prefiere sin dudas el movimiento hitleriano al mussoliniano. Alemania es su ejemplo de valor, capacidad, organización y potencia». Por eso, y de manera coherente con los sacrificios italianos para salvar España, consideraba que Italia debía mantenerse en España como «Nazione Dominatrice»[260], nación dominante, sobre todo en lo económico. El atraso español en casi todo lo que fuese infraestructura o economía obligaba a pujar y combatir con Alemania para hacerse con una buena porción del pastel económico hispano. La industria agrícola y ganadera, la

avicultura, el uso intensivo de la fruta o la cultura del agua (irrigación, lagos artificiales, canales fluviales, etc.) prácticamente no existían ni estaban mecanizados. La electricidad era dependiente y la minería estaba en manos de capital extranjero. Pese a que las destrucciones *rojas* permitían pensar en un fructífero periodo de reconstrucciones, no había sociedades inmobiliarias. El comercio era deficitario (con una balanza comercial que calculaba en 32 millones de pesetas-oro las importaciones y en 29 las exportaciones) y las vías de comunicación dejaban mucho que desear. Los medios de comunicación, también: la radio había que implantarla por completo. Y, en todo ello, el margen de influencia y de beneficio para una economía fuerte e imperial como la italiana debía ser enorme. Tanta era la responsabilidad que se atribuiría, que según algunos estudios llegaría a autonominarse «Generalísimo de Mallorca»[261].

El éxito o el fracaso de la penetración italiana en España dependió mucho de lo que se entendiese por fascistizar. A mi juicio, tal idea para los italianos no significaba implantar sino influir y transformar. Evidentemente, no era importar el modelo de organización nacional del fascismo en Italia. Tampoco apoyar al partido que más se acercase a las ideas fascistas: Falange, aunque esa fuese la conclusión de no pocos agentes en España. Se trataba más bien de influir en la configuración de un régimen nacido de un contexto muy determinado, una guerra civil, apoyando con las armas y la fuerza de la influencia política al líder que habría de gestar la unidad nacional, la victoria y el imperio, haciendo confluir y converger las diferentes tendencias contrarrevolucionarias, anticomunistas y antidemocráticas. La apuesta de Mussolini fue siempre por el partido nacional y por Franco, el «único fascista de España» en tanto que detentador del poder y la autoridad, como diría Anfuso en noviembre de 1936. Entre Danzi, Farinacci, Roatta, el embajador Cantalupo, primero, y Viola, después, atestaron las mesas de los despachos de Mussolini y Ciano con informes políticos sobre España y sobre Franco. Probablemente, los primeros fuesen los de Anfuso, para quien resultaba evidente que la apuesta más segura era por el futuro «generalísimo». Sus informes sobre la situación política hablaban de la necesidad de catequizarlo debidamente e inducirlo a «domesticar» a la Falange —tal como yo

lo entiendo, controlar para su beneficio y para evitar su oposición —, si Italia quería impedir que España cayese, tras el «cruel conflicto», en un estado rígidamente feudal y clerical que llevaría con el tiempo al derramamiento de más sangre[262].

La cuestión de la domesticación está abierta, por supuesto, a muchas lecturas. Es bien conocida la teoría según la cual el resultado de la Guerra Civil en la retaguardia sublevada fue, en pocas palabras, la desnaturalización de Falange, que, a su vez, es vista como depositaria única del fascismo en España. La conclusión suele llevar a cuestionar la fascistidad de la España de Franco, incluso entre 1937 y 1941. Los informes italianos, sin embargo, apuntan en direcciones diferentes: la fascistización pasaría también por la creación de un partido nacional a partir del control de las fuerzas políticas «sanas». Como dejaría escrito Danzi tras entrevistarse con Millán Astray, ambos coincidían en que Falange era «refugio de pecadores de los que han escapado del pelotón de fusilamiento», y el Requeté, la fuerza «realmente sana de España que se adhiere espiritualmente al fascismo con gran ansia de asimilación de sus principios». Ese podría ser, también, el sentido de la domesticación. En todo caso, lo que resulta invariable y ajeno a cualquier interpretación en sentido contrario es que todos veían en Franco al garante de la autoridad. En todos los informes, la centralidad de Franco como líder y aglutinador nacional es más que evidente. En todos, salvo los de Cantalupo, quien lo odiaba: general «feudal», representante del «pasado», no traería sino una «tranquilidad efímera» al precio de un enorme derramamiento de sangre[263].

El Duce, para quien el de Franco no era un pronunciamiento militar, sino una «sublevación nacional sagrada y legítima como la de la independencia de 1808», hizo en todo caso mucho más que comentar la actualidad política española. Muy pronto autorizó a su agente Guglielmo Danzi, responsable del Ufficio Stampa de la naciente MMIS y amigo personal de Ciano, para que trabajase cerca del «generalísimo» en la línea de influir en la estructura política de la Nueva España. Era una misión de Mussolini, pues Danzi tenía supuestamente prohibido por Ciano ocuparse de política interna española, en parte, por sus malas relaciones con Roatta y Cantalupo. Evidentemente, contaba con que la receptividad del

naciente para-Estado era, a su vez, enorme y sincera. Ya en diciembre de 1936, el gobierno de la Junta Técnica del Estado, caracterizado por Serrano Suñer como campamental y en cierta medida vacío de contenido político, pedía a Italia a través de la embajada, y para su uso propagandístico, todo tipo de material. Tanto académico, de alto nivel para su estudio científico-técnico, como para la divulgación, en temas como corporaciones, *dopolavoro*, asistencia o magistratura. Y además, litografías del Duce de tamaño grande, fotografías de tamaño medio, fotografías de jerarcas fascistas y películas del Istituto Luce, que en marzo del año siguiente eran ya cincuenta y una diferentes, además de cuatro preparadas ex profeso y dobladas al español: *Assistenza fascista ai lavoratori, Come il popolo ama il suo Duce, Protezione maternità e infanzia* y *Bonifica morale e materiale*, con un gasto total de ciento cincuenta mil liras[264]. En ese mismo mes de diciembre, Nicolás Franco pediría también a la embajada italiana el envío a Salamanca, lo antes posible, de una «autoridad competente en materia sindical corporativa para examinar la situación española y echar las bases del corporativismo»[265]. El viejo corporativismo primorriverista ya no podía servir de referente. La referencia de la nueva Europa en la que España aspiraba a integrarse era la Italia de Mussolini.

Y lo cierto es que influencia política y propaganda fascista no faltaron en la retaguardia sublevada. En enero de 1937, el mismo Danzi departía con ese Franco jefe de un supuesto estado campamental para sugerirle que, de cara a la definición de la naturaleza política de la Nueva España, planteaba organizar un vasto programa de propaganda, conferencias antibolcheviques y secciones de radio en Radio Salamanca, además de una fuerte propaganda cinematográfica. Todo ello para crear una «atmósfera de comprensión y simpatía por el Fascismo en las masas trabajadoras españolas», para las que este era «sinónimo de esclavitud, terror e injusticia»[266]. Incluso llegaría a plantear que la España de Franco albergase la sede de un Congreso Mundial Antibolchevique. Detrás de todo ese montaje propagandístico estaban también los CAUR, los Comitati
D'Azione
per la Universalità di Roma, que en España tenían un enganche cercano a Franco como Giménez Caballero, y que nutrirían de relato

propagandístico la intervención del fascismo italiano en España[267]. Ya desde muy pronto se iniciaba, pues, la influencia directa e institucional de la Italia fascista sobre la España «nacional». También muy pronto, al poco de estrenado 1937, empezaba a dar sus frutos, si damos por buenas sus explicaciones, la labor de zapa política encomendada por Mussolini al responsable del Ufficio Stampa. «Adhiriendo a mi propuesta el General Franco ha decidido fundar asociación política de la que él será jefe oficial»[268]. Así escribiría Danzi a Ciano el 9 de enero de 1937.

Lo cierto es que esa misma línea era la que se venía trabajando desde Italia y desde el inicio de la «Revolución Nacional», como la llamarían, de julio de 1936. Sobre ella ya se había movido y en apariencia fracasado, Bonaccorsi, el cónsul enviado personalmente por el Duce para el laboratorio político mallorquín, y de quien ya en diciembre de 1936 diría su amigo y enlace Margottini que, caso de retirarse de la isla, podría dedicar su trabajo a favorecer la fusión entre Falange y Requetés. Y al margen de la importancia que se le dé al experimento del conde Rossi, lo cierto es que resulta sintomática la identificación, desde un primer momento, de las fuerzas que confluirían unos meses más tarde en FET y de las JONS. En agosto de 1936, el mayor Luccardi advertía ya de los antagonismos entre falangistas y requetés, y entre los primeros y elementos conservadores militares, que veían en el programa falangista reformas pensadas contra sus intereses y «antiguos privilegios», por lo que, decía Luccardi, Italia debía aconsejar a los dirigentes españoles, «completamente desorientados»[269]. Y orientar hacia la convergencia de fuerzas sería la labor autoimpuesta por los italianos, en un contexto en el que, como señalaría en diciembre de 1936 Cantalupo a Ciano, la diferencia entre requetés y falangistas cada vez se hacía más profunda. Según el embajador, los primeros reunían a aristócratas y capitalistas, estrechamente unidos y con una gran organización militar, con medios de propaganda y combatientes en primera línea. Eran combativos y estaban perplejos por la actitud del Vaticano al no situarse con claridad al lado de los insurrectos. Falange, por su parte, estaba sin una jefatura clara tras la muerte de José Antonio, pero constituía una gran fuerza, por número de componentes, espíritu moderno de su programa social y popularidad entre los

trabajadores. Sus dirigentes le habrían señalado, además, que hasta que no hubiese un Estado de emanación suya, se correrían graves peligros: si no se tomaban en cuenta las posiciones de Falange y se continuaba con lo que llamaba una «especie de persecución», tomarían decisiones que podrían no asegurar la victoria de la causa nacional.

En el futuro, sin embargo, sería Falange la mejor organización para recoger a los trabajadores militantes en el «campo rojo». De ella, además, podría, una vez acabado el conflicto armado, surgir una clase media que limitase los extremismos políticos, causa (diría el embajador) de los excesos en la guerra. Franco, que se apoyaba mucho en su opinión sobre los requetés pero sentía abiertas simpatías por una Falange a la que, debido a su crisis interna, se excluía del poder, estaba considerado (aunque Cantalupo no lo compartiese) un «ottimo condottiero», un gran jefe militar. Con esos mimbres, ya en diciembre se planteaba la necesidad de un jefe único, que debería ser Franco según la misma Falange, un partido único y una milicia única, lo que el jefe del Estado, «con decisión inapelable», debería sancionar y darle forma de ley. Con ello, Franco lograría la unificación del Estado, «que exteriormente sería: boina roja del Requeté; camisa azul de Falange; saludo romano; Yugo y Flechas como símbolo; bandera nacional única». E interiormente: «Dios y Catolicismo (sin desacuerdos); Patria unida; Régimen: un Jefe o Regente; cuestión social: sindicalismo nacional o sistema corporativo»[270].

Es importante mirar de nuevo la fecha de estos informes. No son de abril de 1937, sino de cuatro meses antes, en el caso de la unificación del partido-milicia, y de tres en el de la aceptación, aparentemente, por parte de Franco del plan político de Danzi. Y provenían de Cantalupo, el menos afecto a Franco de los agentes fascistas desplegados en España. En enero, pues, empezaría a tomar cuerpo, en opinión en este caso del responsable de propaganda de la MMIS, la iniciativa merced a la cual el general Franco se haría «fundador de vastas reformas e intentará obtener la fusión de los partidos en un organismo político en la línea del partido fascista». Fundador de reformas y fusionador de partidos para crear uno nuevo: una línea, según Nicolás Franco, de tendencia «fascista o fascistoide» sobre la que su hermano —diría— estaría meditando de

cara a la creación de un «gobierno y un Partido de Estado, llamado Falange»[271]. El nombre elegido tres meses antes del decreto de unificación es revelador sin duda de cuál era, al contrario de la intrascendencia en la que suele arrinconarse en el contexto del «estado campamental», la fuerza política más relevante —o al menos, la percibida como tal— de la retaguardia sublevada: la que gracias a las «condiciones especiales» pasó a convertirse en «sujeto de movilización» y de encuadramiento y, por tanto, en agente para la conquista del poder[272]. Tan revelador cuanto la idea, coherente con la historia del crecimiento del Partito Nazionale Fascista italiano, de la necesidad de crear un partido de Estado. En las mismas palabras de Giuseppe Bottai, podían proporcionarse o no armas, pero «no pueden no proporcionarse ideas a los pueblos que combaten»[273]. Y aparentemente, el primer efecto inmediato de la intervención política fascista en España fue la de proporcionar esas ideas, además de servir como depositarios de un camino exitoso de fascistización y, por tanto, como garantes (por influencia ideológica, asistencia diplomática y peso militar) para preservar las condiciones de la implantación del fascismo en España. Una implantación que debería ser, además, beneficiosa para una Italia erigida en algo más que simple observadora.

No era una cosa sencilla —o al menos, no en apariencia— debido, sobre todo, al contexto de guerra interna en que debía realizarse este proceso de fascistización. El mismo comandante Danzi tenía, a pesar de su voluntarismo político, una pésima imagen de la España «nacional» y, por tanto, un juicio severo sobre el éxito potencial de sus maniobras. En su opinión, Franco no era para «las masas» sino el jefe de una reacción militar que las había paralizado por el terror, ya que se continuaba fusilando a centenares de personas al día, sin distinción de edad o sexo. Albergaban, así, un estado de ánimo hostil al movimiento nacional, ya que había muy pocos, perteneciendo a la clase trabajadora, que no hubieran visto algún familiar fusilado por orden de la autoridad nacional. Franco no había conectado con su pueblo, renunciando, salvo vagas declaraciones a periódicos extranjeros, a reivindicar los derechos sagrados del trabajo y a iniciar una obra de renovación social, y el falangista era un partido, para las autoridades nacionales, lleno de comunistas con carnet en espera de acontecimientos. Por su parte,

los requetés estaban mandados por los grandes propietarios españoles, financiadores de la sublevación y celosos de sus privilegios y su autonomía feudal, que debilitaban las aspiraciones de justicia social. Y, por fin, el ejército no era uno, sino un conjunto de contingentes con jefes independientes contrarios a la supremacía de Franco.

En eso estaba de acuerdo (aunque puede que fuese lo único) con el embajador Cantalupo. Tras la ocupación italiana en Málaga, las tensiones entre los generales sublevados se habrían agravado notablemente, sobre todo en el conflicto silencioso y latente entre Franco, Mola y Queipo —quien, según el consulado italiano de Sevilla, pretendía «realizar la depuración política de la provincia […] suprimiendo materialmente a los componentes de los vastos focos subversivos» (unos veinte al día, en mayo de 1937[274])—. El primero dirigía las operaciones y la vida pública, mientras que el Ejército del Norte, con algunas decenas de miles de hombres de escaso valor bélico, estaba a las órdenes de Mola —intelectualmente superior a Franco— y el del Sur a las de un Queipo, de cuya cultura, decía, cabía tener las mayores reservas. Franco, en cambio, tenía a sus órdenes el mejor ejército: unos cincuenta mil marroquíes y unos quince mil legionarios, que sentían por él amor, respeto y obediencia. Pues bien: para Cantalupo, este equilibrio inicial estaría inclinado, tras la entrevistas de Goering en Roma y tras Málaga, del lado de Franco. Junto al creciente prestigio en la opinión pública y entre las tropas, Franco habría obtenido su mayor legitimidad al conseguir el reconocimiento de Italia y Alemania, y sobre todo a raíz de las grandes ayudas militares, diplomáticas y morales italianas: ayudas dadas, como se subrayaba, «a él personalmente»[275]. La personalización de la ayuda, que ya venía gestándose desde 1936, se habría hecho del todo evidente en febrero de 1937, hasta el punto de suponer un problema, ya que, como opinaba desde Zaragoza Farinacci (ya entonces en misión política por España), tal primacía podía, sin embargo, actuar negativamente en el prestigio del caudillo gallego.

Sin embargo, y a decir de Danzi, había que aprovechar esa primacía en beneficio de la Italia fascista. Mola y Queipo eran personas intrigantes, indisciplinadas y ambiciosísimas en lo político y lo militar, de pasado caleidoscópico y gran amor propio. El

segundo, que en sus charlas se presentaba como amigo y representante del pueblo andaluz, estaría además trabajando en Sevilla para construirse una corte política propia. En general, diría el responsable de propaganda de la MMIS, las esferas dirigentes estaban animadas por el oscurantismo, la ignorancia, la incomprensión y la ingenuidad. «El cerebro de esta gente está hecho de pólvora», concluiría[276]. Y en ese contexto, la única esperanza pasaba por un Franco adoctrinado, evangelizado de fascismo, receptor de las ayudas militares y, en consecuencia, deudor para con las potencias fascistas. Danzi, en suma, confirma lo planteado por Preston como mayor elemento constructor de la primacía del generalísimo por encima del resto de los generales sublevados: a él ayudaban, pues él era, en palabras de Mussolini, el único fascista en España.

Su propuesta estaba clara: consolidar el poder de Franco con un poderoso frente patriótico, siguiendo el ejemplo del PNF y absorbiendo los partidos nacionales, ofreciendo garantías de política social como la abolición de privilegios y la distribución de las tierras no cultivadas, leyes de protección del artesanado, salarios mínimos garantizados, creación de Institutos de Provisión Social e Higiene en el trabajo, creación de institutos «dopolavotistici», y con la obligación del trabajo. Vicente Gay y Danzi se habrían puesto manos a la obra en enero de 1937 para redactar tal programa, pero Ciano les diría en marzo que lo dejasen[277], no porque la línea doctrinal no fuese la correcta, sino porque invadía los ámbitos competenciales de los españoles y la misión asignada por Mussolini a Cantalupo: la de contribuir a la creación de un «bloque unitario político-espiritual-corporativo»[278] que sirviese de base para el futuro estado totalitario. No es del todo cierto, pues, que el embajador fuese expulsado de la vida política, aunque sí acabase desautorizado con la llegada a España de Farinacci solo quince días después de su toma de posesión. En realidad, se trataba de misiones políticas paralelas, que el embajador no quiso permitir que se superpusiesen. Cantalupo tendría, sin duda, una capacidad de acción mucho menor. Pero su capacidad de y opinión se mantendría intacta, influyendo de hecho notablemente en las decisiones italianas de cara a la política interior.

Por de pronto, suya era una línea de interpretación fascista de la

realidad política española muy seguida entre sus correligionarios: una según la cual además de la ineptitud de Franco para liderar ese proceso, era evidente tanto que los «oportunistas tradicionalistas» representaban aquello contra lo que Mussolini había hecho su revolución fascista, como que la solución no podía estar en Hedilla, líder de una «incultura sin lagunas»[279]. Por desgracia, solo quedaba confiarse a un Franco mostrado, por regla general, como «hombre querido, pero un pobre hombre: sin ideas, escasísimo de sentimientos, de modestísimas lecturas, de ambiciones apenas familiares […] extraño a la Europa moderna: lo menos fascista que pueda imaginarse», del que además no podían fiarse de su «virilidad y lealtad». Cantalupo, de hecho, en más de una ocasión haría referencia a la feminidad del Caudillo, persona a su juicio influenciable y de poca estatura política. En la presentación de sus credenciales el 1 de marzo de 1937, Franco tenía, según el embajador, los ojos húmedos de lágrimas al decirle, en italiano, «Grazie al Duce». Sin embargo, poco después fue incapaz de hacer un discurso a la población, volviendo a ser «frío, vítreo y femenino»[280].

Entre todos los integrantes de la red diplomática y política de Mussolini en España, trataron de poner en funcionamiento el «pensamiento dominante del Gobierno Fascista, que podría resumirse así: fascistizar España»[281]. Una facistización que pasaría, según los informes políticos de principios de 1937, por el control diplomático sobre Franco, el mando único militar de las tres potencias fascistas y la influencia política, pese a que, para Cantalupo, faltaban los mimbres humanos. Por eso, el embajador opinaba que Franco debía hacer de «Falange un partido suyo» para evitar sus futuros desarrollos revolucionarios. Así, pese a sentirse «de izquierda, cercanos a los enemigos en la trinchera opuesta, alejados de la burguesía, los militares y el clero», aceptarían los falangistas «provisionalmente un gobierno de Franco pero la fusión, no, sino la absorción, como Mussolini hizo con los nacionalistas italianos». Ese era el motivo por el que Hedilla habría invocado en febrero la necesidad de recuperar al jefe carismático en España, encarnado en el «espíritu joven, fuerte y típicamente español del Generalísimo Franco», al que se garantizaba plena fidelidad. Los carlistas, por su parte, también verían como positiva la influencia

ejercida desde la embajada italiana, motivo por el que Javier de Borbón no dudaría en enviar a Mussolini una misiva declarándole su admiración: según Cantalupo, los carlistas temían que «el Gobierno Fascista tenga la intención de apoyar al antiguo monarca»[282].

En ese contexto, la postura del Duce fue la de no apoyar indiscriminadamente una sola tendencia, lo que podría «conducir a Franco […] a la fusión de los partidos […] hablando claro, en modo de echar definitivamente las bases de la fascistización de España», con lo que se aseguraba, además, «una acción futura de Italia en la Península Ibérica con bases largas, sólidas y duraderas», constituidas por el régimen mismo de la Nueva España, «fiel hacia nosotros y dócil desde su más íntima formación espiritual y legislativa misma». La España fascista se convertiría así en un régimen dependiente de Italia, en buena sustancia, en virtud de su influencia política y, sobre todo, de su implicación militar y de sangre, incluso con la «más escandalosa publicidad internacional posible»[283]: la fascistización no sería, desde tal perspectiva, un proceso al modo pensado por Farinacci, es decir, el resultado de convencer a Franco para adoptar instituciones copiadas al fascismo italiano. Más bien sería el manejo de un mecanismo de respuesta conjunta vigilado por Mussolini: en concreto, controlando la política, los medios de opinión pública y los servicios secretos. Es, pues, importante subrayar esta cuestión: para los italianos, al menos en sus informes de intenciones, la fascistización de España pasaba por no posicionarse de forma explícita al lado de ninguna facción política, pese a su evidente preferencia por Falange como partido-milicia de acción y de Estado. De ese modo, Franco avanzaría en la creación del partido único. Y a través de él, se sentarían las bases del Estado corporativo, como señalaría el comendador Ernesto Marchiandi, uno más de los enviados políticos a España, este a cuenta de Tullio Cianetti, presidente de la Confederazione Nazionale dei Sindacati Fascisti
dell'Industria:
hasta ese momento, faltaba en España la «capacidad de síntesis necesaria para la más elemental de las instituciones de carácter totalitario». Y esa desunión dificultaba «nuestra acción decidida e intervencionista en el campo político interno»[284].

Sin embargo, también en esto el resultado fue el de un proceso de prueba y error. La, según Saz y Tusell, aislada y de escasos resultados misión de Roberto Farinacci en España entre el 3 y el 19 de marzo pudo ser desde luego un fracaso, pero tuvo poco de aislada. Destacado fascista, antiguo secretario general del PNF y a la sazón miembro del Gran Consiglio Fascista, Farinacci fue enviado por el Duce para mediar entre las posturas de Danzi y Cantalupo y, sobre todo, para apoyar la construcción de un partido fascista, en la línea del que él mismo había contribuido a crear en Italia. Según la nota con la que lo presentó a Franco, era un pionero del fascismo, luchador de raza, valiente oficial aviador en la guerra africana, y venía a España para exponerle sus ideas de futuro. Su trabajo de reuniones en Salamanca con Roatta, Franco, Hedilla, Cantalupo, Giménez Caballero, Nicolás Franco, el conde de Rodezno, Eugenio Montes o Agustín de Foxá resultó, sin embargo, sin duda problemático: ninguneó a la embajada, se enfrentó a un Hedilla que le habría espetado a Cantalupo: «Pero Mussolini, ¿nos ha tomado acaso por imbéciles?», y, según el embajador (que vio, por otra parte, invadida una competencia que consideraba exclusiva), levantó no pocas voces sobre los motivos de Mussolini. Para unos, diría Cantalupo en alusión a sus contactos con los militares del Cuartel General de Franco, el Duce lo habría enviado para poner a la Falange contra Franco y crear una corriente falangista opuesta al Caudillo. Para otros, tenía como objetivo convencer a los tradicionalistas de la conveniencia de un acercamiento a la derecha reaccionaria francesa. Y, desde luego, más que para unir, y pese a que todos más o menos compartían una pésima opinión de él, sirvió para fragmentar las agencias políticas italianas en España. Como se encargaría de denunciar Danzi, los celos de Cantalupo, «sistemático opositor» de cualquier enviado italiano a España para tareas de carácter político que vio en su envío a España «un error político y una ofensa a su dignidad», hacían estériles los trabajos de fascistización. Falso mutilado de guerra, perdió la mano pescando con granadas en África, como le recordaría Danzi —en un evidente intento por desacreditarlo frente al «generalísimo»— al secretario personal de Nicolás Franco. Farinacci, que se había postulado como embajador en España y que protagonizó alguno de los enfrentamientos más sonados de la retaguardia italiana, fue el único

que puso de acuerdo a Danzi y a Cantalupo: era «un cretino y un analfabeto»[285].

Cretino o no, Farinacci fue el artífice de varias entrevistas políticas al más alto nivel en una España que le pareció un «caos total». Según sus informes, pudo verse el 4 de marzo con Franco, que le pareció tímido, políticamente chato, sin el aspecto de un líder y que «más joven y menos feo, podría parecerse a nuestro Puppini, ministro de Comunicaciones», quien no tenía a su juicio ninguna idea precisa de cómo sería la España del mañana, más allá de vencer la guerra, establecer un gobierno autoritario para «limpiar España» de cuantos hubiesen tenido contactos directos o indirectos o simpatías por los rojos y aplicar un programa corporativo, como «en Italia, Alemania, Austria y Portugal»[286]. Farinacci pensaba que primero se debía «crear la nación», tarea para la que no se podía contar con falangistas ni requetés por su falta de líderes de valía. Y después, sentar las bases doctrinarias de un Partido Nacional Español que uniese a todas las fuerzas políticas y se orientase «hacia las clases trabajadoras», sobre el que Franco se habría mostrado interesado. En todo caso, la bisoñez política de la Nueva España le resultaría evidente en sus conversaciones con Hedilla, abierto, en su opinión, a entrevistarse con los requetés de cara a la creación de un «nuevo movimiento nacional, que Franco debería valorizar y utilizar», o con Nicolás Franco, factótum del gobierno, que habría «atesorado muchas de mis sugerencias» —hasta el punto de pedírselas por escrito— sobre la política «autoritaria y totalitaria» de reconstrucción, previsión social, protección de la maternidad y la infancia, o la asistencia y mejora de las condiciones materiales y morales de las clases trabajadoras mediante el aumento de salarios, las cuarenta horas semanales, la potenciación de la industria militar y del trabajo público, o una nueva política agraria. Sin embargo, lo que le quedaba meridianamente claro era que lo que se necesitaba en España pasaba por un golpe de mano político.

Como escribiría poco después Cantalupo, el desastre político generalizado, la antipatía de Franco por la Falange y su jefe, o la incapacidad e indocilidad de Hedilla para integrarse en un gran movimiento nacional más favorable a los tradicionalistas, solo pudieron resolverse, a su juicio, con la intervención decidida de

Mussolini. En opinión del embajador (y era solo opinión: había recibido órdenes de no ocuparse ni de la política interna ni de las cuestiones militares, y la misión Farinacci le había excluido de todo lo relativo a la fusión de partidos), el Duce habría llamado al orden, imponiendo un plan de acción política paralelo a la ayuda militar prestada[287]. Estuviese o no en lo cierto, hay indicios suficientes como para pensar en una intervención desde Roma para acabar con el estado de incertidumbre política en la retaguardia sublevada. De hecho, además de Danzi (con quien se habría reunido Franco en el tiempo de redacción del Decreto de Unificación), Giménez Caballero también se atribuiría la condición de fiel colaborador y brazo ejecutor de la voluntad del Duce, quien le habría confiado, el «22 de enero a las 7 de la tarde», una misión plasmada en dicho decreto. Entre unos y otros tuvieron una influencia notable —aunque en algunos momentos parezca forzada hasta la exageración— sobre la configuración política del régimen gestada en Salamanca. Los falangistas, señalaría Danzi tras hablar con el jefe de Propaganda de Falange, Tito Menéndez Rubio (quien, a su vez, le pedía que se reuniese con Hedilla), cada vez eran más «convencidos fascistas» a la italiana (y menos a la alemana), creyentes en una «política totalitariamente italianófila». O lo que es lo mismo, se ponían bajo su protección, la de la «paternidad espiritual mussoliniana».

El ascendente político del Duce era coherente tanto con el hecho de haber sido el fundador del primer fascismo en el poder, como —sobre todo— con el volumen de la participación militar por él decidida en favor de Franco y la España «nacional». En palabras de Danzi, para los falangistas todo se resumía en que mientras que Alemania había hecho a Hitler, Mussolini había hecho a Italia[288]. Y era desde esa influencia que Cavalletti, cónsul italiano en San Sebastián, podía afirmar que el «movimiento nacional» había hecho suya «en grandes líneas la fisionomía de la revolución fascista», incluso pese al «error de Franco» de haber divulgado la unificación antes de que Sainz Rodríguez hubiese ratificado la adhesión de Javier de Borbón[289]. Como señalaba la propaganda de los CAUR, el plan estaba trazado de antemano. Un plan, textualmente, perfecto. Si lo que unía a los rojos era el antifascismo, en buena lógica lo que había de unir a los blancos era el fascismo. Falange se

había preparado para la conquista del Estado. Las diferencias entre falangistas y requetés no eran tales, sino que habrían sido alimentadas desde las retaguardias. La comunidad del frente habría unido a los voluntarios. Y todos aceptaban que el Duce ejerciese «una influencia decisiva sobre el movimiento falangista»[290].

Como decía un informante a principios de abril, posiblemente era cierto que Franco «de política no ha entendido nunca nada», y que por eso necesitaba de la influencia externa. Los fascistas buscaron siempre apoyar a los partidos que se nutriesen de una retórica de «base popular» (y no a los que querían, como Gil Robles, volver a los «buenos tiempos pasados»), imponer «audaces reformas sociales» y una «conducta unitaria y completamente militar de la guerra» para salir de una situación «grave e incierta», con un Franco que se mostraba cada día «más impotente para el mando, testarudo en no ceder a las peticiones de los falangistas»: el pueblo «sufre de hambre […] y no está galvanizado ni por una personalidad fuerte, ni por victorias militares, ni por la visión de un porvenir mejor»[291]. No está claro si para acabar con el hambre o con la guerra, aunque sí con el descontrol político, lo cierto es que a los pocos días se fraguaba esa unificación política que, en sus formas y presupuestos, empezó a prepararse a principios de año.

En sus informes, Danzi se atribuiría buena parte del mérito, incluso con unos excesos personalistas que hacen, cuanto menos, dudar de su veracidad[292]. El 17 de abril, en medio de las convulsiones políticas de la capital sublevada, Hedilla se entrevistó con Danzi para hablar sobre la reacción de los requetés frente a la absorción por parte de Falange, y su posible revuelta: «No será difícil sofocarla», habría respondido. Pero ante las objeciones de Danzi, habría contestado: «Tiene usted razón. Iré al Generalísimo y le diré: A sus órdenes». Más tarde le llamaría Nicolás Franco para invitarle a comer. De ser cierto lo que señala en otro informe, esa misma noche el «General Franco me convocó en su cuartel general y juntos hemos elaborado la fusión de partidos en uno»[293], por lo que puede pensarse que estuviesen los dos hermanos juntos. Nicolás, según el testimonio del mismo Danzi, no habría hecho más que preguntarle, «¿Qué haría Mussolini?» —a lo que este respondería que nada, «porque ya habría hecho todo»—. Para concluir la velada, a las tres de la mañana «empezó a tomar

apuntes» que, engordados después según sus palabras «como un cerdo», serían la base para crear el Decreto de Unificación[294]. Para Tulio Rispolli, un trasunto español de la fusión de los nacionalistas italianos que confluyó en el Partito Nazionale Fascista: la «reconstrucción de un sentimiento unitario, social e imperial»[295].

Sabemos que no fue tan fácil. Según su relato, una vez proclamado el decreto y vista la composición del Consejo Nacional del naciente partido FET y de las JONS, Danzi habló con Hedilla, quien diría que la unificación era, de hecho, «la liquidación de Falange». Y también que dimitiría al no poder estar en una junta con «condes que se levantan a las once de la mañana». Puesto que no hizo mella el argumento del italiano de que tal dimisión supondría hacerle el juego al antifascismo internacional, como última opción le ofreció desplazarse a Italia. Sin embargo, más allá de cuestiones de orden simbólico y de los equilibrios de influencia con respecto a los alemanes (que apoyaban abiertamente a Hedilla), lo cierto es que, a juzgar por los informes del Estado Mayor italiano, en Roma no eran de gran interés unas cuitas internas en Falange que, según el Ufficio Informazioni de la MMIS, tenían detrás a Queipo de Llano y su deseo de situar a la cabeza del fascismo español a Sancho Dávila. «Dado que la intención de Roma es apoyar a Franco», que era quien según el Duce podía evitar que el bolchevismo pusiera «un pie en España o en el Mediterráneo»[296], lo que correspondía hacer de cara a la unificación de partidos políticos era «sondear su pensamiento para poder apoyar a su candidato». Y resultó que el candidato de Franco era el propio Franco, por lo que preocupaban poco las «resistencias a la acción unificadora»[297].

No serían pocos los informantes que señalarían cómo la unificación solo había servido para posponer los problemas, que el partido era débil, estaba mal organizado y peor preparado, o que Franco, solo en apariencia de tendencia fascista, no era la persona adecuada para solventar los problemas internos y, a la vez, los militares y sociales. La unificación era poco más que «un trozo de papel» para un Danzi que había trasladado ya su oficina a San Sebastián y que poco después sería retirado de España por extralimitarse, Roatta *dixit*, en sus funciones. Pese a representar la España por la que tantos camaradas habían «inmolado sus vidas»,

nadie entendería (salvo, diría, Nicolás Franco) que la unión debía ser el «imperativo categórico» que diese a España un «gobierno autoritario clara y netamente fascista» y que purificase el «alma del pueblo español»[298]. Sin embargo, y más allá de la sobreabundancia de metáforas a las que recurrían (el alma, el pueblo, la nación, el espíritu, etc.), detrás de los agentes políticos fascistas había un programa explícito, basado en una influencia activa y dictado desde la cúspide del poder por Mussolini. Y la visión del Duce de todo este asunto estaba muy clara: el partido fascista no podía ser uno minoritario y puro, sino el representante de todo un Movimiento Nacional.

Que el proceso de creación de FET y de las JONS fue problemático y que en el verano de 1937 la desunión imperase en el partido era casi un resultado lógico. De hecho, si, en efecto, Falange era la «sombra de una sombra» y la unificación «un sueño», en palabras de Giménez Caballero, la situación seguiría siendo controlable. Ninguna cuestión política podía suponer un desorden público. Y salvo en las zonas de reciente ocupación, donde la «rígida labor policial provoca[ba] condenas a la ejecución capital», la situación interna de la España nacional en junio era, según un informante italiano anónimo, satisfactoria: con un partido único temporalmente amalgamado, gran autoridad de Franco y buen ambiente. En la línea, posiblemente, de lo que Ismael Saz señala como el «vivir muy bien» dentro de los límites puestos por Franco a la fascistización[299]. De hecho, y comparada con la de la retaguardia enemiga, la situación política en la fascista era muy poco conflictiva, y permitía bien ejercer la labor de influencia sobre los nuevos elementos centrales del partido único y de su Consejo Nacional. Mussolini apreciaría, en ese sentido, la fantasmagórica propuesta de reforma agraria presentada por Queipo de Llano. Giménez Caballero aprovecharía para pedirle al Duce una ayuda económica para la edición de un periódico «italianófilo» destinado a los combatientes españoles[300]. Ciano en persona se encargaría de la seducción de Serrano Suñer. Sin embargo, como se verá a continuación, habría dos consejeros particularmente agasajados, y en ambos casos con un componente simbólico y cultural evidente: Pilar Primo de Rivera y Pedro Sainz Rodríguez.

La satisfacción por el resultado final del proceso político de la

primavera de 1937 era, en todo caso, total: «Partido único, milicia única, sindicato único, sobre estos tres pilares se desarrollará la gran España de mañana», así felicitaba Mussolini a Franco el 13 de agosto de 1937 por sus éxitos políticos[301]. Eran, según su opinión, el resultado de su presión. Podía sentirse orgulloso, y hasta un curioso gráfico de influencias sobre el Caudillo, diseñado por el embajador Viola en noviembre de 1937, lo demostraba[302]. Solo ese proceso en su conjunto puede explicar la autoridad con la que Ciano escribiría el 5 de mayo: «Haga presente al General Franco, en relación con su programa de gobierno, que sería tal vez el momento de adoptar desde ahora la Carta del Lavoro», antecedente de otra célebre sugerencia mussoliniana a Franco, la de aprovechar el primer aniversario del golpe para formar gobierno[303]. El Fuero del Trabajo tardaría casi un año más, pero tendría, a juicio del Duce, la impronta italiana.

Cuando el Consejo Nacional creó una comisión para el estudio de las bases de la organización corporativa del Estado español, sobre la que se trataría de influir mediante la intensificación de noticias sobre los éxitos del corporativismo italiano que pudiesen orientar hacia la adopción de «nuestro sistema», como se señalaría desde el EIAR (Ente Italiano per le Audizioni Radiofoniche), la embajada italiana pidió recibir con urgencia doscientos cincuenta carteles murales «Aquila» sobre el ordenamiento corporativo, veinte copias del discurso del Duce sobre el asunto, así como un gran número de opúsculos de propaganda corporativa[304]. El día anterior a la reunión del Consejo Nacional de Falange en que se discutió el texto y se le hicieron decenas de enmiendas (sobre todo, tradicionalistas), Marchiandi se reunió con varios consejeros para «iluminarlos» sobre la Carta del Lavoro italiana y fijar algunos principios solemnes para desarrollar en el futuro, que justificasen de lleno «las razones ideales de la intervención italiana en España». Documento constituyente de la naturaleza política de la Nueva España, el Fuero del Trabajo final sería sin embargo, según Viola, un desastre doctrinal, sin la «claridad que es de capital importancia en un documento destinado a impregnar el futuro régimen de España»: no la confirmación de una política de reformas sociales, sino un compendio de buenas palabras, sin aplicación práctica. Nadie sabía definir qué era exactamente un sindicato vertical de

productores. Aun así, sin ser tan claro como la Carta del Lavoro, recogía «sus principales fundamentos»[305].

Siempre era así. Quienes, como Danzi o Farinacci, cada uno a su modo, pretendieron la importación de lógicas, fidelidades e identidades iguales a las del Ventennio fascista volvieron a Italia decepcionados. Un fascismo idealista, vitalista, vanguardista, escuadrista, movilizador, nacionalizador de las masas, chocaría constantemente con la realidad de la retaguardia sublevada en la Guerra Civil. Un ejemplo claro estaría en la figura de Italo Julliotti, un intensísimo fascista encargado del Fascio Raffaele Tarantini de Sevilla, perteneciente a la red de los Fasci Italiani
all'Estero,
Delegazione per la Spagna del Sud. Sus informes políticos al ministro Dino Alfieri, en la línea del lenguaje fascista, están plagados de generalizaciones, metáforas y valoraciones en las que se juntaban «climas» políticos, lo que «la masa necesita», o «percepciones» de la Italia fascista en función al trato que él recibía. Creyente en el fascismo italiano como representación de una «civilización superior», desde su perspectiva, fascistizar España era sinónimo de civilizarla[306]. Pero más allá de su autosuficiente metaforopolítica y de revelar una percepción no tan ajena a la que podían tener muchos otros agentes militares y políticos italianos en España, sus palabras estaban muy equivocadas. Sobre todo, cuando señalaba que la unificación había sido una traición al falangismo de «Antonio [*sic*] Primo de Rivera», a la «minoría falangista que ha entendido a Mussolini», y por tanto una puñalada por la espalda al Duce. España, decía, necesitaba un Mussolini, pero Franco era al Duce «lo que un sargento de intendencia a Napoleón». Sin embargo, su amado Duce no daría muestras de estar de acuerdo. Como ya se señalaba, en octubre de 1937 Mussolini afirmaba abiertamente que los estados europeos estaban en la senda fascista incluso cuando afirmaban lo contrario, y que cada uno tendría su propio fascismo, «complejo de doctrinas, métodos, experiencias y de realizaciones», adaptado a las necesidades de cada pueblo. Y el contexto y las necesidades de la España de Franco estaban muy claras.

La Guerra Civil fue el marco propiciatorio de la fascistización, así como la que determinó su proceso y resultados. Y, al menos si seguimos como se ha hecho aquí las pruebas documentales de qué

significaba exactamente y qué entendían sus sujetos por fascistización (influencia, liderazgo, apoyo armado, objetivos comunes, enemigos comunes), se puede asegurar que, como bien recuerda Morten Heiberg y ha abordado desde dentro de sus debates políticos Ferran Gallego, la cuestión de la influencia política fascista en España merece una reconsideración informada, que la saque del terreno de la mera anécdota y la resitúe en su terreno: un terreno que no es solo el de las conversaciones políticas de pasillo o las reuniones en capilla con consejeros consulares, sino que abarca también la penetración ideológica y cultural, la presión propagandística y, sobre todo, la experiencia cotidiana. Ese ha sido un elemento más para capitidisminuir el éxito de su fascistización y, por ende, limar las astas de la naturaleza política del régimen no salido de, sino nacido en la guerra. Un régimen y una guerra seguidos con «fraternal comprensión» desde Italia por básicamente tres motivos: «la afinidad de ideales», la complementariedad de la «misión» de España e Italia en Europa, y porque «Italia primero, y ella sola, combatió el mismo peligro»[307].

Ni el anticomunismo de las potencias fascistas en España sería, pues, mera propaganda ni los italianos dedicarían «muy poco» a la tarea de la impregnación cultural del fascismo[308]. Antes bien, como escribiera Vito Beltrani en 1939 (entre muchos otros cuyos testimonios recojo en el siguiente capítulo), Italia se habría convertido, desde su perspectiva, en el alfil de defensa de la civilización europea frente a un «materialismo bolchevique» que, al contrario del fascismo (que las derribó), habría rebotado contra las murallas del Viejo Mundo. «Mussolini, Hitler, Pilsudsky, Salazar, Franco, Mosley» y los otros «eminenti condottieri dei movimienti a sfondo fascista» (eminentes caudillos de movimientos de fondo fascista) sabrían perfectamente que no solo estaban llamados a la reconstrucción nacional, sino también a dotar a sus pueblos de una fe común: aquella que únicamente el fascismo podía ofrecer[309]. Como señalara el mismo Mussolini tras la caída de Barcelona en enero de 1939, esa «espléndida victoria […] es otro capítulo en la historia de la nueva Europa que estamos creando. Las magníficas tropas de Franco y nuestros intrépidos legionarios no han derrotado solo al ejército de Negrín. En estos momentos muerden el polvo muchos enemigos nuestros»[310].

La influencia italiana no solo tenía lugar en habitaciones con alfombras y eco o en monasterios aterciopelados, ni la hacían solamente personas con los uniformes recién planchados. Seguir a los combatientes «en el fuego, bajo la metralla, en el hielo […] el fango […] la nieve, en ayunas más de cincuenta horas» era lo que, según lamentaba un informe de Carlo Basile para los Fasci Italiani all'Estero,
le faltaba a la tupida red de informadores políticos, responsables consulares o agentes del PNF para saber realmente qué era el fascismo en España. No como Cantalupo y su «hipertrofiada» personalidad, quien, en «actitud de cerrada superioridad», habría exclamado tras la derrota de Guadalajara que la guerra «¡No es asunto mío!»[311]. También Farinacci compartía esa opinión sobre el «deletéreo», «payaso», «gafe», «fascista de broma» embajador italiano, que vivía atrincherado en la sede provisional de la embajada salmantina escondido en su cama, temiendo siempre por su vida, criticaba todo y a todos y condenaba abiertamente la intervención italiana y a los voluntarios que se mataban en los campos de batalla[312]. Ellos eran, sin embargo, los verdaderos evangelistas. Los que transportaban la efigie del Duce por los pueblos y a cuyo paso sonaba *Giovinezza*. Ellos, quienes de verdad impregnaban España de fascismo, y lo hacían con su sangre.

Como escribiría en noviembre de 1937 el nuevo comandante del CTV a Nulli, teniente coronel del Ministero di Affari Esteri, la española era una guerra «primero de todo política, y la política tiene sobre ella una influencia preponderante»[313]. Esos voluntarios y soldados eran los que creaban —al menos, sobre el papel— el verdadero «clima propicio de penetración» italiana, en el que la acción militar, la política y la propagandística viajaban indisolublemente unidas.

Uno de esos ámbitos de influencia sería el de los medios de comunicación y propaganda, espacios preferentes para la evangelización fascista en España. Desde octubre de 1936 encontramos ya representaciones públicas del imaginario fascista en forma de proyecciones de películas como *Camisas Negras*, la «epopeya del fascismo italiano» que pudo verse (con presencia de Queipo de Llano) en el teatro San Fernando de Sevilla y que, pese a

tratar sobre Italia, interesaba a cualquiera fuese o no falangista, como señalaban sus folletos publicitarios[314]. De hecho, tan importante era la cuestión de la propaganda que la MMIS tuvo, «en cuanto empezó el envío de tropas voluntarias»[315], enero de 1937, una oficina de Prensa y Propaganda con sede en Salamanca, que luego se trasladó a San Sebastián, una vez Danzi, recibido por Mussolini tras la derrota de Guadalajara, asumiese plenos poderes para reorganizarla[316]. Su actividad vino marcada desde el inicio por la preparación de un boletín de prensa sobre el progreso de la Italia fascista (que publicaban con regularidad unos sesenta periódicos) y la distribución de fotografías y material de propaganda, pero pronto tuvo otras tareas. Al poco de recibir el encargo, Danzi se reunió con su amigo Millán Astray, jefe a la sazón de la Oficina de Prensa y Propaganda, para que accediese a que ellos llevasen su propia propaganda interna y externa sobre España, y transmitirle sus necesidades: cinco periodistas, un traductor, dactilógrafos, dos operadores cinematográficos y una furgoneta con material fotocinematográfico.

Como es lógico, sus primeros movimientos fueron provisionales y muy improvisados. A la espera de poder ofrecer material propio, propuso organizar un semanario en forma de periódico mural, «pocas palabras y muchos dibujos» para un país de analfabetos, y crear un fuerte servicio fotocinematográfico, que permitiese proyectar en la España sublevada las «atrocidades de la barbarie roja». Solo en julio de 1937 podía decirse que tenía a su disposición un entero servicio, con setenta personas a sus órdenes y un gasto mensual de 185 000 pesetas, destinadas fundamentalmente a la distribución de material entre los soldados y los heridos, la compra de cuarenta aparatos de radio para hospitales, la impresión de octavillas de propaganda, la subvención del número especial de *Domingo* dedicado al CTV, o la compra de materiales cinematográficos y de oficina[317]. Sin embargo, la mayor partida de gasto se la llevaría la publicación del periódico *El Legionario*, semanario gratuito en italiano particularmente costoso, pese a su deficiente tipografía, por tener la redacción en Salamanca y la imprenta en Valladolid, aunque como lugar de edición apareciese siempre el «Fronte di guerra liberatrice». Impreso entre el 19 de marzo de 1937 y el 30 de agosto de 1938, sus contenidos serían

sobre todo políticos, con una selección de artículos de los órganos de prensa fascistas, aunque tras la derrota de Guadalajara se ordenase mejorar su propaganda, demasiado poco humorística. El soldado prefería, se diría entonces, «una broma al sermón de un catedrático»[318]. Hasta los crucigramas conjugaban ambas dimensiones: la (supuestamente) humorística, con un gigantesco grado de desprecio al enemigo y construcción identitaria[319].

En materia radiofónica, todas las radios «nacionales» tuvieron propaganda, discos y noticiarios en español, italiano y francés producidos por el Ufficio Stampa e Propaganda. Más tarde se creó «Radio Verdad», con un servicio de correspondencia con más de doce mil oyentes[320]. También se encargaba de la distribución de materiales del MinCulPop (Ministero della Cultura Populare) con «particular atención a las zonas recién liberadas». Publicaciones como *Rusia no es Europa*, de Giovanni Selvi, *Habla el Duce*, o *Spirito della rivoluzione fascista*, de S. S. Spinetti, traducido por Eugenio Montes, sirvieron como mecanismos para una contrapropaganda política y nacional de primer orden. A todo ello se unieron los más de cincuenta mil distintivos italoespañoles, cartulinas con la efigie y frases de Mussolini, o la edición de treinta mil ejemplares de un resumen de discursos del Duce, así como traducciones de obras fascistas, origen de un «Vasto programa de penetración cultural en España» que incluía traducciones, intercambio de becarios, la llegada de la Mostra del Libro Italiano, audiciones musicales, representaciones cinematográficas y conferencias. Además del servicio de asistencia en tierra española a los periodistas italianos, el Ufficio dispuso de un servicio fotocinematográfico propio, que seguía al CTV para el empleo de sus imágenes en noticiarios impresos o cinematográficos, trabajando codo con codo con el Istituto Luce.

La radio, que en la retaguardia «roja» suponía uno de los complejos radiofónicos más importantes de Europa, había pasado su «gran prueba en esta guerra, mostrándose como un medio de información y propaganda […] más rápido, eficaz y barato que el periódico». En previsión de la caída del frente, serían necesarios cuadros técnicos italianos que sustituyesen a los «rojos», así como autorizaciones para tratar, en nombre de la EIAR, la intervención económica en las estaciones de radio mediante maquinaria o con

créditos en otros sectores, como el militar. Ante la (falsa) perspectiva de una inmediata ocupación de Madrid y la instalación del gobierno de Franco en la capital, un informe del Ufficio Stampa señalaría cómo habría también una reorganización de la gran prensa política y de la radio madrileña. Habría que intervenir antes de que se instalasen influencias extranjeras de carácter «antiitaliano». Intervenir en la prensa con aporte de capitales sería perjudicial e ineficaz. Sin embargo, buscar y garantizar la amistad y fidelidad de treinta o cuarenta periodistas políticos resultaría más útil y sustancial. Algunos se encontraban en «zona roja» escondidos (como, se decía, Ramón Gómez de la Serna). Convencer a estas personas, «periodistas y escritores puestos al servicio de la Causa Nacional»[321], supondría la imposibilidad moral de que asumiesen actitudes hostiles hacia Italia, así como un «encierro preventivo» a las futuras e inevitables influencias francesas, inglesas y alemanas en España. Costaría menos y serviría para más que participar económicamente en los organismos editoriales. No se olvide que el propio Mussolini entendía la fascistización también como un mecanismo de control de la opinión.

No cayó el frente, pero sí se dispuso todo lo necesario para la implantación radiofónica de la propaganda italiana en España. Danzi señalaba muy pronto, en febrero de 1937, que en la zona sublevada se escuchaba mucho Radio Milano, pero que prácticamente no incluía noticias sobre España, por lo que solicitaba un aumento de las alusiones, con referencias a la abundancia de víveres y las mejores condiciones de vida en la España de Franco. Pocos días después, al noticiario en español de las once y cuarto de la noche emitido desde Milán y Florencia se añadían las transmisiones en español, de nueve menos cuarto a nueve, desde Roma, Milán, Florencia y Génova, y también desde las doce a la una de la madrugada en catalán, desde Milán y Florencia. Las nuevas emisiones, para cuyo asesoramiento lingüístico se contrataría al Dott. Giorgi, secretario del consulado italiano en Barcelona, y a Delfino Escolà, prófugo español, se anunciarían como provenientes de la estación «Verdad». Desde el Ufficio Stampa se enviaría un mismo boletín a todas las estaciones radiofónicas. Su obsesión, la de Danzi y la de cuantos trabajaron en la radio italiana, estuvo en no dejar que la misión alemana tomase la delantera en las

ondas, con la gran estación radiofónica de Salamanca que luego sería Radio Nacional. Sin embargo, desde ella se daría difusión a un noticiario en italiano para los legionarios, además de los comunicados oficiales de las operaciones militares: nada más, aunque no era poco.

De hecho, una de las cuestiones que más preocupó en la MMIS fue que la propaganda se dirigiese en exceso hacia los españoles de la retaguardia sublevada o del enemigo, y demasiado poco a los propios soldados italianos. Como señalaría Danzi, hasta la derrota de Guadalajara la actividad de propaganda había tenido como único objetivo la desmoralización del enemigo, pero había olvidado a los heroicos combatientes fascistas. Las directivas del CTV de cara a la que se esperaba como gran (y definitiva) campaña bélica italiana pasaban por incrementar la producción de pasquines y manifiestos para lanzarlos sobre territorio enemigo, unos dos millones de octavillas. Durante la batalla se demostró, sin embargo, el fracaso de la propaganda fascista, que incluso provocó un telegrama de Mussolini preguntando desde Libia si aún seguía Farinacci en España, ya que podría ser utilizado en estas tareas. A la actividad de los altavoces republicanos no se contrapuso, diría Danzi, «nuestra propaganda», ya que ni siquiera se disponía de los medios técnicos necesarios. Roatta pudo saber que en la retaguardia enemiga se estaban preparando pasquines con fotografías de los primeros prisioneros italianos, y al no poder imprimir contrapropaganda en Salamanca, Danzi tuvo que marchar a Valladolid a imprimir un número único de *El Legionario* de cuarenta mil ejemplares, además de diez millones de carteles y octavillas en las que se insistía en la inutilidad de la lucha de los «rojos», la maldad de sus jefes, la bondad de la vida en la España «nacional» y la generosidad fascista con quien se rindiese. Como es sabido, no llegaron a tiempo ni tuvieron efecto alguno. Además, y como se lamentaría más tarde, que los folletos no tocasen los temas importantes para cada unidad y fuesen el mismo tipo en todos los frentes disminuía de forma significativa su impacto, si es que llegaron a tener realmente alguno.

El desastre propagandístico en Guadalajara fue tan mayúsculo que, unido a los ya consabidos celos de Cantalupo, el malestar de Roatta primero y Bastico después y las quejas que su actuación

había despertado, le costó en julio el cargo a Danzi. Los militares, diría Cantalupo, se habían «hartado de la autonomía de la oficina»[322]. Ya había resultado problemática su decisión de llevarla a San Sebastián, con sus veinte servicios diferentes, lo que fue interpretado en un informe visto por el Duce como resultado de su carácter voluble y poco comprometido: iniciaba la estación de los balnearios, y en Salamanca hacía demasiado calor. Todas las fuentes apuntan en la misma dirección. Su ritmo de vida era muy alto, con abultados gastos de automóvil y hotel. Alguno de sus papeles está fechado, de hecho, en el hotel Excelsior de la capital guipuzcoana. En todo caso, la actividad política le ocupaba tanto tiempo que apenas prestaba atención a su trabajo al frente del Ufficio Stampa. Como diría el embajador, de tanto en tanto algún «ilustre pedante» daba una conferencia a la que acudía, y supervisaba *El Legionario*, un periódico banal y superficial, triste y poco interesante que, de hecho, primero sería transformado y, al poco, en agosto de 1938, cerrado. Nada funcionaba. Como pudo comprobar Anfuso en un viaje de sorpresa a Salamanca cuando Danzi no se encontraba allí, el periodista Lamberti Sorrentino, responsable de radio, convivía notoriamente en casas de prostitutas. Su Radio Verdad era, por fin, demasiado tendenciosa. Incluso para un fascista era excesivo el modo en que se exacerbaban los éxitos italianos, llegando a hablar de la liberación de Castro Urdiales antes de su ocupación o de la de Bilbao sin que se le hubiera dado permiso para hacerlo. Incluso podía llegar a ser contraproducente: daba la impresión de que la toma de Bilbao «no la hubiesen realizado los españoles, sino los periodistas italianos»[323].

Por motivos como esos, el hombre de referencia en materia de propaganda pasaría a ser Bossi, el cónsul general de Barcelona, bien visto en todos los órganos españoles e italianos, quien devolvería la sección a Salamanca y lograría desmantelar la obra de su predecesor, considerada errática y poco eficiente al haber tratado de mantener una autonomía respecto al CTV que nadie, de Mussolini para abajo, quiso que tuviera[324]. Reforzar esa dependencia orgánica supuso además devolver la atención a los soldados. Bossi se propuso reforzar la Biblioteca Circolante, un camión cargado con unos cuatro mil volúmenes (llegaron a ser hasta seis mil) que visitaba los frentes y los hospitales con

legionarios heridos o enfermos, así como las retaguardias. Obtuvo el abono a varias publicaciones y periódicos italianos (seis mil copias del *Popolo d'Italia*, mil cuatrocientas del *Giornale d'Italia*, mil de la *Gazzetta dello Sport*, además de varios semanarios) para que se distribuyesen entre la tropa, sobre todo cuando, tras clausurarse *El Legionario*, hubiese que suplir las lecturas de trinchera por otros materiales. Y logró organizar actividades de propaganda interna, como la Befana Fascista para los legionarios. La Befana es la figura que, en Italia, reparte regalos en la fiesta de la Epifanía. En las de 1938 y 1939 se repartieron cincuenta y dos mil y sesenta mil paquetes navideños, respectivamente, con regalos venidos desde Italia, cigarrillos, *panettone* y turrón. Asimismo, se incrementó la labor del Servicio Fotocinematográfico del Corpo, una sección del Istituto Luce en España que ocupaba a siete personas, con cuarenta y cinco mil liras mensuales de gastos entre sueldos y material, y cuyas películas, junto con las que se traían desde Italia, pasaban por unos cincuenta cinematógrafos ambulantes.

La labor de penetración en la vida civil y política de la retaguardia se mantuvo, no obstante, como un objetivo prioritario de Bossi. Una penetración que, pasada la leve marejada de la unificación, encadenó a partir de 1938, desde la perspectiva de los informes que llegaban a Roma, un éxito tras otro. En el otoño de 1937 fue enviado a España Carlo Basile, inspector de los Fasci Italiani all'Estero, con la misión de fortalecer los lazos políticos del PNF y la Falange. Uno de los resultados más llamativos sería la constitución del Fascio de Zaragoza, con misa en la Basílica del Pilar incluida, con la hija única de Moscardó como madrina, y con representantes de Falange y de todos los cuerpos y especialidades del CTV bajo el mando de Roatta, seguida de un desfile por la ciudad con las autoridades militares y políticas hasta la sede del Fascio. Nunca hasta entonces, diría, se había sentido tanta consideración de los españoles hacia los italianos, hacia «la Italia Fascista y su Hombre Nuevo, que reproduce al Legionario Romano». Antes de su misión solo había

cuatro fascios, y ahora estaban a punto de tener catorce, todos con sus cursos de lengua italiana[325]. Y esto último sería clave. Suena extraño que, como llegaría a decir Basile, Queipo de Llano se hubiese mostrado a favor de sustituir el francés por el italiano como lengua extranjera en las escuelas españolas. Pero en un tiempo de reinicio como una guerra civil, un «tiempo histórico» para organizar la enseñanza del italiano y la «penetración de nuestra cultura», todo era posible, y para Ciano, la «penetración cultural orgánica» a través de la enseñanza de la lengua en las escuelas medias y universitarias era un objetivo fundamental[326]. Italo Sulliotti, enviado por el MinCulPop para organizar cursos de lengua y cultura en Andalucía, hablaría también de lectorados universitarios, escuelas en Bilbao y Sevilla dependientes del Ufficio Spagna. Pero sobre todo constataría cómo en Málaga los cursos de lengua italiana serían inaugurados en medio de una «manifestación imponente» de entusiasmo popular, entre aclamaciones al Duce y explicaciones de las razones de la colaboración italiana y española en el «campo de la cultura y del espíritu»: algo que el profesor Fantuzzi, en Sevilla, interpretaría como una «manifestación plebiscitaria», al reunir a más de tres mil interesados en el aprendizaje del italiano[327].

Como señalaría Viola, el acercamiento a Italia vendría favorecido tanto por la labor de Serrano Suñer como por el alejamiento de la influencia alemana[328]. El éxito aparente de la penetración cultural de 1937 llevó, de hecho, a un plan todavía más ambicioso del Ufficio Spagna, que aumentaría sus competencias hasta el punto de distribuir a lo largo de 1938 hasta 117 565 libros por toda España, o de plantear la necesidad de traducir al español, de cara al curso académico, las obras fundamentales de derecho corporativo, constitucional o de economía corporativa, así como fomentar un programa de intercambio de estudiantes y profesores entre universidades. Los intelectuales españoles e italianos deberían trabajar juntos; de ahí nació la revista en italiano y español *Legiones y Falanges*. También plantearía todo un régimen de visitas a Italia de «personalidades españolas» para que conociesen los «grandes problemas» y su resolución por parte del fascismo[329]. Ya en 1937 Pilar Primo fue invitada a conocer las organizaciones femeninas del fascismo italiano. En agosto de ese año, desde la secretaría de FET y de las JONS se remitió una petición al embajador Viola para saber

si podría enviarse a Italia a un grupo de mujeres falangistas encabezadas por la jefa nacional de la Sección Femenina con el objeto de estudiar los Fasci Femminili, al igual que habían hecho con la delegación alemana. Serían once, embarcarían el 9 de diciembre y estarían en suelo italiano hasta el 23. En ese tiempo visitaron instalaciones de la Opera Maternitá e Infanzia, el Dopolavoro, las Massaie Rurali y los Fasci Femminili, en Nápoles, Roma, Orvieto (donde conocieron la Academia femenina fascista de educación física), Florencia, Mantua, Milán y Génova. Como diría después Viola, habría sido un viaje particularmente revelador. Para las falangistas, porque se habrían encontrado por vez primera un fascismo femenino operativo. Pero también para los fascistas italianos, que habrían podido constatar que la organización femenina de Falange estaba aún en un «estado embrionario». Pilar Primo de Rivera, más que una «autoridad real», era para el embajador «solamente simbólica», en tanto que hermana de José Antonio. Por su parte, las dirigentes periféricas eran de un «nivel cultural y general poco elevado»: burguesas, aristocráticas y poco interesadas en las actividades de Falange. Eso sí, tuvieron el más alto privilegio que deseaban con su viaje a Italia: conocieron al Duce[330].

En el plano de la penetración ideológica y cultural, el consejero apoyado por la embajada italiana cuya labor se facilitaría abiertamente sería la del delegado nacional de Cultura, Pedro Sainz Rodríguez, en un plano de reformas culturales para la escuela y la cultura inspiradas, según Viola, en la reforma Gentile del fascismo y en virtud a la cual, además de transformar el Colegio Español de Bolonia en un centro de estudios sobre el ordenamiento político y social del fascismo, se construiría el *corpus* teórico de la Nueva España[331]. Por ello, Sainz Rodríguez solicitaría a la embajada italiana libros e información sobre temas variadísimos: la estructura administrativa del MinCulPop, la primera enseñanza, el bachiller, y la universidad, la cultura física y premilitar, y temas tan variados como el teatro nacional, la ópera, el teatro educativo, los conservatorios, los cuerpos de baile, las bandas de música, las bibliotecas nacionales y circulantes, la radio, etnografía, folklore, cine, etc. El Ministerio entendería la complejidad de la petición, pero ante la posibilidad de dar un «sello fascista a las

manifestaciones culturales y el arte de la Nueva España», hizo lo posible por atenderla[332].

Además de material teórico, la Italia fascista envió a España a un variado grupo de responsables técnicos de los ministerios fascistas. Starace recibió en enero de 1938 la invitación del secretario general de Falange Raimundo Fernández Cuesta para que una delegación del PNF visitase la España de Franco, cosa que harían el general Tomaso Bottarti, el cónsul Ludovico Ferraudi, el general Giuseppe Manni y los honorables Livio Gaetani y Luigi Scarfiotti[333]. Otro de los enviados ministeriales sería Franco Angelini, presidente della Confederazione Fascista dei Lavoratori della Terra, quien, a invitación del también ministro de Agricultura, visitaría España en julio de 1938 para examinar su situación agrícola, intercambiar ideas con exponentes falangistas y establecer acuerdos de colaboración. Como él mismo diría a Viola, eran visitas más políticas que técnicas, para atender a la petición fundamental del ministro y secretario de FET y de las JONS: estudiar «la obra y orientación Agraria de nuestra Revolución Nacional-Sindicalista» y divulgar «las directrices que en esta parte de actividad nacional ha puesto en práctica la doctrina fascista»[334]. La colaboración y el aprendizaje crecerían también con el envío de técnicos y profesionales a Italia, como los doscientos maestros españoles enviados en noviembre de 1938 para aprender métodos italianos. A la clausura del curso especial que recibieron acudirían, entre otros, José María Pemán, Eugenio Montes o Pilar Primo de Rivera. Pedro Sainz Rodríguez se valdría también de este viaje para «orientar la reforma de la escuela española en la huella del ordenamiento» italiano.

En Roma les esperaría el marqués Alfonso de Zayas, antiguo jefe provincial de la Falange en las Baleares y representante desde junio de ese año de FET y de las JONS ante el gobierno fascista, que el mes anterior había sido invitado en Roma a la misa en conmemoración del quinto aniversario de la fundación de Falange, y por los caídos falangistas y legionarios en España. La penetración e influencia se ejercía también en detalles como ese de, digamos, perfil bajo, o como otros que proliferaron antes del final de la Guerra Civil. Tareas asistenciales organizadas por el Ufficio Spagna, como los campamentos para niños españoles en Italia en 1937 y

1938, la recuperación en Italia de mutilados españoles o el envío de alimentos en varios vapores a Cataluña y Alicante, al hilo de sus ocupaciones militares, demostraban la importancia que las relaciones políticas bilaterales tuvieron en ambos países y en ambos regímenes políticos. Si bien no una nación dominante en suelo español como reclamaba Bonaccorsi, la Italia fascista sí que se convirtió en un referente político central en la construcción del Nuevo Estado. Apoyado en su impronta bélica y en la creencia de que establecer un fascismo no era apoyar a una facción sino permitir un gran partido nacional, Mussolini pudo darse por satisfecho durante muchos años de su labor en España. Al menos, hasta 1943.

El fascismo se reveló como una cultura política de primer orden en Europa gracias tanto a su contexto inmediato, en forma de crisis geopolítica, económica, de empleo o moral (es decir, de relato), como a la atracción que sus soluciones podían plantear para la vida de los italianos, alemanes, españoles o croatas en las décadas de 1920 y 1930. Buena parte de ese éxito se debió, además, a las transferencias culturales, en forma de culturas políticas, mitologías comunes y relaciones geoestratégicas dentro del continente europeo. El fascismo italiano construyó una red cultural dedicada a asegurar su centralidad en el Nuevo Orden Europeo, y la intervención mussoliniana en la guerra de España así lo ratifica. La reproducción en España de muchos de los elementos de identificación con el régimen fascista, del partido único al encuadramiento (mujeres, jóvenes, estudiantes, trabajadores), de la jerarquía y la obediencia, más que el consenso, como forma de socialización a las políticas corporativistas, habla de una circulación de ideas convergentes desarrolladas, como parece evidente, en momentos diferentes y con resultados desiguales. Pero, con serlo, todo ello demostró la importancia que los fascismos otorgaron a dos elementos centrales de fascistización: el mito de la violencia y la guerra como contexto propiciatorio. La Guerra Civil española como guerra propia del fascismo fue un escenario perfecto para ambos.

En todo eso consistiría, a mi juicio, la fascistización que defendió Mussolini. Ni impregnación ni aceptación ni imposición ni adaptación ni vaciado ni contaminación: confluencia en un movimiento católico, contrarrevolucionario y jerárquico, que creció

en un contexto de (necesaria, deseada, gloriosa, triunfante) guerra civil liquidadora de la anti-España, en el que se sumaron diferentes elementos culturales, políticos, geoestratégicos e identitarios, con resultados sincréticos tan interiorizados como el que abría este capítulo: la versión italiana del *Cara al Sol* donde, de hecho, a quien se canta es a Mussolini. Una guerra a la que enviar todo un contingente militar, para luchar en una nación extranjera pero por un motivo común. Una guerra conformadora de experiencias y configuradora de relatos que, como se verá en el siguiente capítulo, suponen una fuente de primera mano para conocer lo más importante de esta y de cualquier investigación histórica: no ya solo los qués, los cuándos, los cómos o los dóndes, sino, sobre todo, los porqués.

CAPÍTULO 4

CON NOMBRE DE GUERRA. IDENTIDAD, COMBATE, RETAGUARDIA

Al grido dei fratelli di Spagna / Noi siam corsi compatti e serrati /
A Legionari di Camicie Nere / Per difender
l'Iberico
suol
Or squilli l'adunata
dell'assalto
/ Echeggi il grido di battaglia /
Con forza leonina e furente / Ci scagliamo sul biecco oppressor!
Salve Duce, per Te noi pugniamo / Legionari del fascismo siam /
In alto il pugnale, da forti / Noi vogliamo la Spagna liberar
Mai ci tremi né braccio né core / Messager di nuova Storia noi siam /
In alto le Insegne, da prodi / Noi vogliamo la Civiltà salvar!
Ognor ci sorrega la Fede / Che ci sprona a tutti i cimenti /
Dell'eterna luce di Roma / Noi en siamo i baldi apportator
L'Europa Fascista noi vogliamo / Che desti i popoli oppressi /
E torni il sorriso alle genti / Martoriate dal rosso insidiator[335].

«In alto il pugnale». Con el puñal levantado, como aparecen en muchas de sus fotografías. El saludo fascista acompañado de la hoja de acero fue el símbolo de un CTV creado, según este himno, para liberar a España, traer una nueva Historia, devolver la sonrisa a los pueblos oprimidos por los rojos y construir la Europa fascista. Propaganda, por supuesto. Exageración, también. Pero ¿insinceridad, siempre? Los muchos materiales disponibles sobre la intervención italiana en las guerras de África y Europa están cargados de metáforas e hipérboles. Pero descartar las narrativas que generaron en forma de relatos oficiales o de memorialística no es algo que deba hacerse por descontado. La literatura en primera persona sobre los italianos combatientes en España, de la que ya se han visto algunos elementos en el capítulo anterior, provee de

muchos detalles que facilitan la descripción de los combates, las experiencias de la vida en retaguardia, las identidades personales proyectables, o no, sobre el resto del colectivo. Pero contienen otras muchas narraciones. Y al historiador, que es consciente de que no son sino constructos hechos desde el tiempo en que se escriben, no le interesa tanto rescatar, reivindicar o despreciar memorias cuanto identificar los relatos y las interpretaciones que, como las manos de barniz dadas en el tiempo, se superponen al pasado y pasan a formar parte de él. Tanto la literatura oficial como la memorialística suelen dar visiones interesadas y edulcoradas de la realidad bélica: nunca hay miedo, nunca huele a mierda, nunca hay cobardía, nunca asco, nunca hay piojos, chinches y liendres, nunca crueldad con el enemigo vivo ni ensañamiento con su cadáver, nunca relaciones sexuales que no sean con arquetipos idealizados, en vez de con prostitutas en las ciudades de retaguardia[336]. Los libros de memorias son en sustancia problemáticos pues, pese a intentar reproducir lo que se considera la verdad, en realidad se construyen tanto desde los olvidos y las omisiones cuanto desde los alineamientos de acontecimientos que, unos al lado de los otros y tejidos desde un relato que los hace coherentes, aparentan estar unidos por una relación de causa y consecuencia[337]. Eso no los invalida, salvo que los consideremos una suerte de palabra revelada. Al contrario: las convierte en fuentes fundamentales para comprender las complejidades del pasado.

Los pasados de guerra y violencia, de hecho, suelen reconstruirse, por su propia naturaleza, desde perspectivas más valorativas que analíticas. Más, si cabe, cuando los sujetos que recuerdan estaban imbuidos en procesos de guerra total, de identificación con el líder, la nación y su civilización fascista. En esos casos, que son los que nutren en su mayoría la memorialística italiana sobre la guerra española, a los normales barnices del recuerdo y el olvido se les superpone otro todavía más duradero, que en muchas ocasiones ha sido el que ha servido para descartarlas como fuentes fiables por poco objetivas (aunque ninguna lo sea): el del orgullo. En la era de la memoria y de la víctima, el recuerdo del verdugo, del fascista orgulloso y consciente no deja de ser problemático. Por ese motivo, la literatura fascista se recluye en editoriales pequeñas y autoediciones, foros de internet de dudosa

catadura y librerías atestadas de memorabilia ultraderechista[338]. Tal vez por eso se insiste tanto, cuando se trabaja desde este tipo de fuentes, en los no orgullosos ni conscientes: los forzados, los pobres meridionales, los ingenuos. Una mirada más amplia, como la que trata de darse aquí, da resultados sustancialmente diferentes.

El régimen de Mussolini concibió y construyó el episodio imperial etíope según las reglas del melodrama: luz u oscuridad, salvación o condena, blanco o negro (literalmente), con la liberación final de la virtud tras la acción espectacular. En España no se dio toda la parafernalia de África, pero no por ello no encontramos parecidos cánones, al menos a juzgar por algunos de los productos culturales referidos a la guerra de España creados desde espacios cercanos a los centros de poder. En la mayoría de libros, memorialísticos o no, oficiales o no, publicados en Italia sobre la participación en España se cumple el ciclo pecado-caída-redención, con imágenes explícitas que repiten unos repertorios que haría célebre la Causa General en España pero que encontramos ya desde las primeras publicaciones de 1936: la muerte de Calvo Sotelo, las momias de las iglesias, la sacrofobia, las mujeres violadas por los milicianos. Caída y después resurrección: el triunfo de la verdad, de la luz, del bien. Con elementos propios, por supuesto: en *Legionari di Roma in terra iberica*, un libro conmemorativo de diferentes autores publicado en 1940 en cuya portada se superponen un soldado del CTV y un legionario imperial romano, *Il Vincitore*, el triunfador, no es Franco, es Mussolini[339]. Pero también con elementos comunes: la percepción de España, y sobre todo de la republicana, como sucia, enferma, atrasada, inculta. Y de la misión de evangelización fascista, como la que traería la limpieza, la luz, la esperanza, la victoria. Este capítulo analiza ambos aspectos a partir de una serie de vivencias comunes, como el alistamiento, el combate, la muerte, la disciplina, la vida en retaguardia o la responsabilidad en las prácticas violentas, para tratar de adentrarse en lo que fue, de hecho, la experiencia fascista de una guerra total vivida en primera persona. Del singular y del plural.

«Viva el Duce», y luego muere

Entusiasmo, perfección, belleza, voluntarismo. Las palabras más repetidas en las fuentes italianas para describir a los voluntarios en España siempre pertenecen al conjunto semántico del heroísmo, la valentía y el coraje. Y aparecen desde el mismo inicio. Los primeros combatientes italianos en España, si dejamos aparte los aviadores y los técnicos del verano de 1936, fueron los que llegaron a Cádiz y Vigo en septiembre y se enrolaron en el Tercio de extranjeros: voluntarios que, en palabras de Emilio Faldella, «afluían con entusiasmo», con «deseo de combatir» y con la convicción de «crear lo antes posible en tierras españolas una tradición de victoria y de gloria de los voluntarios italianos»[340]. De hecho, son ideas constantemente repetidas: entusiasmo, combate, gloria, voluntariedad. Sin embargo, buena parte de la historiografía sobre el asunto ha descartado este tipo de narraciones por insinceras, propagandísticas o directamente falsas, y ha optado por seguir la línea de análisis basada en el carácter forzoso de la movilización, la carencia de fascistidad del CTV o su general irrelevancia política. Héroes de la civilización o cobardes engañados. Aparentemente, no hay término medio.

La cuestión es importante y, como bien señala Gabriele Ranzato, el volumen de fuentes personales para entenderla sin los filtros de la propaganda es escaso, al menos visto en relación con el total de combatientes italianos en España[341]. Sobre todo porque tras el carácter voluntario o forzoso de los italianos en España se plantean debates de mayor calado y trascendencia, que tienen que ver con la naturaleza política y sociocultural del fascismo (italiano, pero no solo), con el peso de la cultura, la movilización y la coerción en la relación entre el poder y los sujetos, y en definitiva con el éxito o el fracaso de la alternativa fascista como forma de sociedad. El resultado de esos debates nunca es satisfactorio: el historiador no dispone de fuentes suficientes para afirmar con rotundidad una cosa ni la contraria.

Evidentemente, había tantos motivos cuanto combatientes, y tantos combatientes como realidades, desde el voluntariado real al forzoso, desde el evangelista fascista hasta el que por no saber, ni sabía que venía a una guerra. Pero sí es cierto que existieron trazas comunes. Davide Lajolo, teniente del ejército fascista que había pedido ser destinado a África, recibió la orden de alistamiento del

Ejército a la vez que un compañero de la Milizia, cuyos oficiales habían recibido una circular ofreciéndoles el alistamiento para «combatir el bolchevismo», en la que a todas luces era «una guerra fascista»[342], que habría de unir a todas las fuerzas italianas frente al comunismo. Aunque la mayoría de las solicitudes fuesen rechazadas, las cartas de los italianos que se presentaron en la embajada española o en los consulados en Italia en el verano de 1936 para enrolarse en la Legión (solo en Palermo más de dos mil) muestran razones, complejas y diferenciadas. Los que escribían desde la metrópoli solían aducir razones políticas e ideológicas, como Rodoldo de Neri, de 18 años, por su cercanía a la «Guerra de Reconquista de España», que ya había demostrado en sus conferencias en «favor de España» y del «espíritu de su Revolución Fascista», y que le habían supuesto la persecución de sus profesores, viejos antifascistas todos ellos. Como el sacerdote Leone Pangallo, por la lucha «contra el infame bolchevismo». O como Ubaldo Procacci, porque no siendo rico tenía solo su juventud, y esa ofrecía[343]. Pero serían muchos más. Entre ellos estaba también Francesco Odetti, quien, recién llegado de África, se encontró en casa de unos amigos comunes al secretario de la embajada española. Este le hablaría de la guerra española como la «verdadera cruzada en defensa de la religión cristiana y de la civilización occidental y mediterránea». Al día siguiente ya iría a la embajada de Magaz, donde sería recibido por Villegas y Estrada, quienes además de asegurarle que el enrolamiento tendría lugar en la Legión, le pondrían en contacto con Emilio Martínez de Bujanda, responsable del comité romano a tal efecto. Tras decidir atravesar Francia, llegaría a St-Jean-de-Luz, y desde allí a Salamanca, desde donde fue enviado a Talavera de la Reina, sede de la oficina de reclutamiento de la Legión y donde, además, se inscribiría en Falange. Era y se sentía un fascista que tenía la obligación moral de combatir en España. Según sus cálculos, de los poco más de cien italianos alistados como él en la Legión murieron más de noventa[344].

Los que pedían enrolarse desde las colonias, cuyas solicitudes fechaban siempre en Addis Abeba, tenían sin embargo causas económicas explícitas y reconocidas: una mejora en la paga, mantener a una hija pequeña, una mujer inválida. Por descontado,

hubo voluntarios de poca voluntad y mucho interés particular. Según parece, los oficiales italianos estaban particularmente molestos con el número de voluntarios para servir en España. Entre julio de 1936 y enero de 1937, tiempo de alistamiento voluntario, se habrían enrolado unos 3364 hombres, menos del 5% del total de los más de 78 000 que llegarían a servir en España. De esos, la mitad estarían por encima de la treintena[345]. También hubo aventureros, como Giuseppe Cordedda, quien partió sin distintivos nacionales a un «destino desconocido» por su «espíritu de aventura», sin importarle a sus 19 años ni la cuestión política ni la doble paga: «soñaba con sitios nuevos, tantas batallas, tantos actos de heroísmo y tanta gloria»[346]. Y quien salió para, o incluso regresó de, una «guerra turística»[347]. Como se señalaría desde la zona republicana con información supuestamente capturada a los prisioneros italianos de Guadalajara, las direcciones de las cárceles y presidios italianos habían recibido la petición para que influyesen en los reclusos «para que se inscriban como voluntarios en España. Se les promete que en caso de ingresar en la Legión extranjera se les levantará el castigo»[348]. Y queda en una zona umbría la realidad de cuantos se alistaron por razones exclusivamente laborales, como le diría a Lajolo el ayudante que tomaría nota de su inscripción a la División Littorio en la actual Latina, fundada precisamente como Littoria por Mussolini: tiempos duros para todos, diría, cuando pobres y parados, incluso de pelo canoso, habrían plantado la firma en cualquier documento. Sobre todo quienes pensaban que serían enviados como batallones de trabajadores voluntarios a Etiopía[349]. En todo caso, voluntarios reales, aventureros, soldados y parados nutrieron el primer cuerpo expedicionario con el que Mussolini intervino en la Guerra Civil española. Tampoco tenía muchos más recursos, en un país sin nada parecido a una Legión Extranjera donde, en teoría, no existían mecanismos de alistamiento para una guerra en el extranjero.

En ese contexto, el recurso inicial a la Milizia, con su aporte de unos 30 000 hombres, podría explicarse fundamentalmente por el escaso tiempo a disposición de la jerarquía militar y política en 1936 y principios de 1937 para organizar un cuerpo expedicionario completo. El carácter voluntario de esos primeros contingentes se correspondía, sin embargo, también con sus motivaciones. Los

Camisas Negras las tenían de todo tipo, económicas por supuesto, pero también políticas. Llama la atención, sin embargo, la escasa importancia relativa que la historiografía sobre el tema le suele conceder a la dimensión ideológica e identitaria del alistamiento. En especial si se compara con las explicaciones en clave económica y, en muy menor medida, aventurera o antisocial. Son conocidas las noticias, dadas por buenas por Griner o Vaquero, sobre el carácter peligroso de los primeros voluntarios, donde no faltaban los antecedentes penales por robos, agresiones y hasta homicidios. Pero, y pese a que la imagen que proyecta sea la de un cuerpo miliciano de mercenarios, forajidos y hombres sin ley, el propio Griner reconoce que los primeros voluntarios con antecedentes conflictivos no pasarían del 25%. En lo que todos, fuentes e historiografía, parecen coincidir es en la escasa preparación militar de las tropas milicianas, al menos en relación con las tropas regulares, tanto a nivel de tropa como de suboficialidad y mandos. La equiparación de rangos entre MVSN y Ejército, a pesar de la impericia y menor experiencia en los rudimentos bélicos de los primeros, fueron, de hecho, motivo de fuertes quejas y tensiones internas dentro de la propia misión italiana en España.

Los primeros envíos de tropas fueron acelerados y no hubo tiempo de depurarlos, como demuestran los veinticinco «indeseables» y estafadores que queriendo pasar por oficiales, fueron identificados en España y devueltos a su país. Con mimbres así no es de extrañar que los primeros italianos que, al margen de los aviadores, pisaron suelo español constituyesen un colectivo complejo, en el que los mandos estaban bien preparados, buscaban la doble paga y el ascenso, pero donde la tropa arrastró durante meses unos mecanismos de reclutamiento más que cuestionables. Sin embargo, de ese reclutamiento suelen extraerse conclusiones demasiado precipitadas, que muchas veces tienen no poco que ver con determinismos de naturaleza económica y con clichés sobre la pobreza (y su incompatibilidad con el compromiso político) y la delincuencia. Sin pruebas documentales que lo demuestren, es cuanto menos arriesgado tachar de manera genérica a los voluntarios, y sobre todo a los de la Milizia, como una abigarrada tropa de delincuentes, parados, pobres, alcohólicos o despistados que creían embarcar para África. Y sin embargo, ese estereotipo se

repite una y otra vez en la historiografía al uso, casi siempre sin el mínimo soporte documental.

Por de pronto, resulta cuestionable convertir en categoría la posible confusión que el «destino desconocido» de las hojas de reclutamiento podía crear entre los voluntarios, ya que, finalizada la campaña africana, *destinazione ignota* no podía significar sino España, en 1936 o 1937. Sabían, pues, hacia dónde partían. Por supuesto, ese alistamiento podía acarrear beneficios y ventajas potenciales, y no son pocos los testimonios que lo remarcan sin demasiados tapujos, pues, como señalaría Lajolo, el arrojo y la posibilidad de morir también debían tener recompensa. El capitán Roberto Cassina declararía en numerosas ocasiones que el enrolamiento para España se debía exclusivamente a las condiciones económicas: cuantos pasasen por estrecheces económicas o por paro se convertían en «carne para España». Los propios combatientes en España, así como sus mandos, eran conscientes de la extrema variabilidad en la motivación para el alistamiento, implicación en el combate y heroísmo en la muerte entre los voluntarios del Ejército y los de una Milizia tachados en no pocas ocasiones de trepadores políticos, insinceros e interesados. Desde la documentación es imposible saber si se trataba de excepciones o de la norma, pero entre los variados informes de opinión que manejaba la secretaría particular de Mussolini abundan los que se refieren al enrolamiento para España. Y son, en su mayoría, comentarios desfavorables a la intervención y al alistamiento.

Lo primero que sorprende es el grado de control capilar y de interés en la opinión pública que alcanzó dicha secretaría personal, y por tanto el Duce, como para recibir notificaciones sobre comentarios privados, como el de Giovannino Palermitano, vicecapo squadra de la Milizia y voluntario en España, que en diciembre de 1937 le decía a un vendedor de huevos en Nápoles que dado el trato económico poco conveniente y el peligro al que se iba, en ese momento desaconsejaría enrolarse. Un informante de Agrigento que viajaba en tren desde Palermo en diciembre de 1936 se refería a la conversación de dos soldados voluntarios para África, que iban de licencia. Hablaban de España, y de cómo a uno de ellos el comandante del Regimiento les habría espetado: «¡Quien de

vosotros esté dispuesto a partir hacia un destino desconocido que levante la mano!», y ante la nula respuesta: «Habéis hecho bien, porque el destino es España, y todos los que marchan van para encontrar la muerte segura». Algo parecido habría pasado en el Regimiento Guide de Parma a finales de año, cuando tras leer la circular del Ministerio que animaba a enrolarse para España a los soldados, el comandante habría añadido: «Quien haya aceptado se demostrará no un buen soldado, sino un mercenario». Existen varios expedientes más en esa misma dirección, como el que señala al mayor Presutti como responsable de un discurso a la tropa en el que subrayaría su condición de «Legionarios, sí, pero del glorioso Ejército Italiano. Ejército, potente y glorioso Ejército… y digo Ejército», rompiendo filas sin ordenar el saludo al Duce. Mercenarios no, pero desde luego en el Regio Esercito pocos fueron los que en Roma se alistaron voluntarios en noviembre de 1936, a pesar de la póliza de seguro y las 38 liras diarias. En una conversación privada entre un oficial y el conde de Turín que fue interceptada por los servicios secretos, el primero señalaría que mientras antes se les preguntaba, en ese momento se estaba empezando a ordenar el envío a España de soldados: «Y ¿quién quiere ir a hacerse matar por una nación que no es la suya?»[350].

En todo caso, cada situación era diferente, pero también hubo patrones comunes: la posibilidad de la colonización económica, por ejemplo. Puede sonar descabellado, pero que a los italianos alistados para España se les ofrecieron tierras de colonización es algo que ratificó el mismo Franco cuando, como señalaría Viola en mayo de 1939, tras una comida en León en honor a la Legión Cóndor, el Caudillo le comentó de manera espontánea que, a efectos de derechos laborales, todos los combatientes italianos serían equiparados a los españoles, por un lado. Y por otro, que en «unos dos años habrá en España un déficit de mano de obra para la reconstrucción, además de para la intensificación agrícola e industrial». Y que en ese tiempo se pensaba poner a disposición de la mano de obra italiana unos dos millones de hectáreas cultivables[351].

Esa colonización agrícola podría ser la causa central por la que no pocos de los voluntarios fuesen campesinos casados, padres de familia meridionales, sicilianos y sardos. Como ha analizado Giulia

Medas a partir del examen de las sentencias del CTV (que, por cierto, dejan como resultado una baja media de edad de los procesados, entre 20 y 24 años), las áreas de procedencia eran: un 16% del norte; un 20% del centro; un 43% del sur; y un 21% de las islas. Con relación a las bajas, Vaquero establece que el grupo más numeroso eran los muertos del sur: Catanzaro, 126; Bari, 105; Cagliari, 82; Campobasso, 79; Catania, 74; Aquila, 71, o Agrigento, 44[352]. Ambos datos confirman pues lo que señalaban todos los informes internos del CTV: la mayoría de los voluntarios procedían del sur de Italia y de las islas, territorios eminentemente agrícolas y con una renta *per capita* muy inferior a la de las regiones del norte peninsular. Muchos, según diferentes testimonios ratificados en parte por los análisis posteriores a la derrota de Guadalajara, eran muy mayores o demasiado jóvenes, y dos terceras partes tenían mujer e hijos, lo que habría limitado notablemente su implicación militar y la asunción de riesgos en combate. Y tal cosa bien puede poner entre paréntesis la voluntariedad real de parte del contingente italiano, que podría haberse visto empujado al enrolamiento, al ser personas en paro y con malas expectativas económicas y vitales. Las pagas por enrolamiento de los oficiales (desde las 7082 liras del general de división en dos pagos, antes de la incorporación y a los cuatro meses, a las 567 en un solo pago y en total del ayudante de batallón) y los subsidios a los familiares, por supuesto, también contaban[353].

Ahora bien, el determinismo económico puede funcionar en algunos casos, pero no si se convierte en explicación única. Vaquero señala que «el espíritu y el fervor de venir a luchar a España por una causa política y por unos ideales» no sería la principal motivación. Muchos ya no eran «un puñado de jóvenes entusiastas idealistas», y sus edades superaban «en la mayoría de los casos la de una juventud a la que su sangre le hervía [*sic*] por venir a España»[354]. Pero llegar a esa conclusión, a partir además de un dato tan interpretable como la media de edad de los muertos italianos en España, supone asumir varios preceptos indemostrables que suelen funcionar como lugares comunes. Entre otros, el idealismo de la juventud, o que solo los mayores tuvieran intereses crematísticos. Igualmente, que la oficialidad estuviese más interesada en la paga y el ascenso que en la «idea», como la llama

Renzo Lodoli: la idea fascista, que «necesitaba una vez más de hombres», de oficiales para combatir en un destino desconocido que supieran conducir a la victoria, o a la muerte, a sus hombres[355]. La idea, que requería de una decisión para la que se concedían cinco minutos de reflexión, no más, y cuyo «destino desconocido», según Lajolo, que se sabía era España, y hacía entonar ese *destinazione ignota* con la voz llena de orgullo[356].

Ancianos pobres, jóvenes aventureros, oficiales interesados: la imagen de un CTV desprovisto de identidad fascista no termina de encontrar fuentes primarias sobre las que asentarse. Eso no quiere decir, por supuesto, que algunos de esos mecanismos de identificación no funcionen. Podemos ver tanto una afirmación sincera como un reconocimiento de debilidad por parte de Berti en el hecho de que desde el Ufficio Spagna se insistiese, a lo largo de 1937, en que no era necesario inscribir obligatoriamente a los combatientes en España en los Fasci Italiani
all'Estero,
puesto que la mayoría ya eran miembros del PNF, y eso, se decía, supondría una doble cuota[357]. A mi juicio, que fuese una cosa o la otra es lo de menos; lo realmente importante es que muchos, la mayoría según el inspector de los Fasci Carlo Basile ya pertenecían, simpatizaban o empatizaban con el partido que vertebraba la nación fascista. No he podido documentar resistencias antifascistas, a lo sumo resiliencias, en el CTV. Para Berti, «el orgullo de los combatientes voluntarios no era otro que el de nutrir de corazón el más alto ideal de italianidad y de fascismo», esa y no otra habría sido «su gran motivación para tomar las armas», y ese ideal no necesitaba ser subrayado con inscripciones. Sabemos que no era así de manera exclusiva. Pero no podemos afirmar que tal elemento de motivación, subrayado por ejemplo por Lodoli cuando escribía en 1939 que había puesto a disposición del fascismo sus veinte años con una sola idea de «sacrificio, de misión, de cruzada»[358], no existiese en absoluto. En varias cartas censuradas y, por tanto, depositadas en archivo, puede leerse cómo un soldado, ya se ha visto antes, se entusiasma por este «infierno de veinte días [que] ha sido de una belleza maravillosa», en referencia a Guadalajara, y cómo en su opinión era una experiencia de muerte, dolor y soledad que debía probar «todo joven de la nueva Italia»[359]. Buena parte

de la literatura *post mortem* también señala en esa dirección. La publicación en honor del Camisa Negra Antonio Curzi, medalla de plata muerto durante la conquista de Santander en el 4.º Grupo Banderas, es uno de los muchos ejemplos de cómo se subrayan la voluntad, la abnegación y el sacrificio por la fe fascista de los caídos en España[360].

Sobre algunos de ellos se alberga también información muy interesante de naturaleza política, ya que, al estar en muchos casos entre los primeros en caer en combate, fueron los que generaron, por así decirlo, la primera documentación que englobaba todo el ciclo de vida y muerte del soldado. Pues bien: en esos documentos y memorias, y en medio de los más variados trámites y peticiones de carácter administrativo no siempre pasados por el filtro de la propaganda, se suele dar cuenta de unas motivaciones de alistamiento que distan mucho de la disputa con Francia por el control del Mediterráneo occidental o del simple interés crematístico, y que tienen que ver con la lucha contra el «enemigo antiguo, el bolchevismo», la gloria de la patria o las noticias de la violencia sacrofóbica[361]. La pregunta central sigue siendo, pues: ¿por qué alistarse, si es que siempre hubo alistamiento consciente, para luchar en España? Evidentemente, existía una enorme diferencia entre lo que pasaba en la España de la República y lo que se sabía de ella, más si cabe en un doble contexto de escasa información, en general, y de alta manipulación política en Italia, en particular[362]. Quizá, como aventura el brigadista suizo Eolo Morenzoli, muchos legionarios partieron para combatir en España con un conocimiento de la realidad del país deformado y manipulado, en el que los estereotipos y las noticias sesgadas sobre el anticlericalismo, el asesinato de sacerdotes o la violencia sacrofóbica habrían adquirido un peso cualitativo gigantesco a la hora de motivar los primeros alistamientos. Los vastos ecos de la persecución religiosa en la España revolucionaria habrían contribuido a multiplicar la que en su *La Chiesa e il fascismo*, de 1951 (seis años, por tanto, después del fin del fascismo), Giulio Castelli describía —en una interpretación sin duda arriesgada— como la «generosa, heroica participación de los voluntarios italianos» en la lucha «contra la barbarie y las atrocidades del comunismo internacional y ateo en su extremismo y terrorismo

bolchevique». De nuevo, y como veíamos en el caso de la explicación geoestratégica internacional, encontramos la articulación de la explicación de la intervención italiana en la guerra, y aquí de los individuos particulares, como una suerte de reacción *a posteriori*. Según Dario Ferri (nombre ficticio usado por el entrevistador, al no tener permiso para publicar el real), cuando se lanzaban al combate, eran los «nuevos legionarios de Cristo»[363]. «Nosotros, voluntarios», dirían, «somos los verdaderos cruzados de la idea fascista, que triunfará con nuestra infalible victoria sobre toda España, imponiendo a los enemigos la verdad humana y divina que aquella comporta»: italianos fascistas «por la patria y por Cristo». Los voluntarios, combatiendo en sagrada Cruzada contra el terrorismo ateo y la barbarie bolcheviques[364].

Como escribiría con impecable lucidez el anarquista lombardo Camillo Berneri, que denunciaría la política mussoliniana gracias a haber podido consultar los papeles del consulado barcelonés de Carlo Bossi y que terminaría sus días ejecutado con su amigo Francesco Berbi en la madrugada del 5 de mayo de 1937 en Barcelona: «Como para la conquista de Etiopía [la prensa fascista] ha especulado con el esclavismo, así en la intentada conquista de España especula con la barbarie roja»[365]. Sin embargo, la motivación política en forma de reacción anticomunista ha sido subrayada, de hecho, por gran parte de los autores que han abordado la intervención italiana en España, tanto en tercera como en primera persona. Edgardo Sogno, en su visión de la guerra recopilada después en el pequeño volumen *Due fronti*, recordará cómo en 1938 y con 22 años decidió combatir por la victoria de la España «nacional», para «expulsar a los comunistas del interior de Europa»[366]. La «revolución» violenta de la guerra permitiría, así, el enfrentamiento entre el «materialismo bolchevique y el espiritualismo católico latino»[367], y solo un mal italiano y un mal fascista no habría seguido a «tantos y tantos italianos que corren espontáneamente allá donde el Ideal [*sic*] les llama»[368].

En la parte atribuida a Bonaccorsi en el libro *La Grande Proletaria*, aunque sea claramente un plagio de Agustín de Foxá y repita buena parte de las imágenes clásicas del terror rojo y la identificación odiosa del enemigo, el conde Rossi retrataría una España de «Azano [*sic*, por Azaña] e Quirosa [*sic*, por Casares

Quiroga]» convertida en «provincia de la Patria del socialismo»: una «sucursal operativa» de la Unión Soviética en Europa, «base avanzada» donde triunfaban las mujeres sin amor y de vientres flácidos, y los hombres raquíticos y jorobados, los alcohólicos que apestaban a sangre, los que nunca habían entrado en un museo, satánicos de sonrisa feroz, movidos por la obsesión diabólica[369]. Y pese a tratarse de una reconstrucción muy posterior sobre la base de lecturas y plagios, en ella se reproduce un elemento presente en la literatura justificativa de la intervención italiana, tanto la oficial del Estado como la individual voluntaria: el ateísmo y la (supuesta) bolchevización de España[370]. El mismo Mussolini dejaría escrito en las Actas del Gran Consejo Fascista que en España por vez primera, y quién sabía si la última, los Camisas Negras se habían enfrentado a las fuerzas bolcheviques en el campo internacional: el primer enfrentamiento entre las dos revoluciones, la del siglo XIX, reaccionaria, y la del XX, la fascista[371]. Y *a posteriori*, el libro de homenaje a los legionarios, «Voluntarios de la Civilización, defensores de la Ley humana y divina, soldados de la nueva Europa», les otorgaría el «principio supremo y eterno» de fe, progreso, paz y concordia, de exaltación de la vida, honor a la mujer y defensa de los niños, opuesto a las «hordas convulsas», los «bárbaros», la «bestia humana desencadenada», la obsesión por la muerte, la masacre, la ferocidad[372].

Al igual que en el caso de la literatura del terror rojo que ya he analizado en otro trabajo, esta narración impregnaría todos los productos culturales, literarios, científicos y técnicos del fascismo italiano. Una publicación mucho menos propagandística que lo habitual como es la del general Sandro Piazzoni recuerda cómo zarpaban los voluntarios entre las notas de los himnos de la patria para afrontar en España «el sacrificio y la muerte por el triunfo del fascismo sobre el bolchevismo y del orden social sobre la barbarie loca y criminal»[373]. De hecho, se trataba de un anticomunismo agresivo, pero también defensivo, pues suponía la protección de su propia identidad fascista. No derramarían inútilmente esa sangre bajo bandera extranjera, sino «por la salvación de la civilización común» y la del fascismo, como solo el Duce pudo comprender, pues antifascistas eran todas las fuerzas enemigas, y era el fascismo el que el «bolchevismo democrático» quería ver enterrado. Por eso

«tanta sangre italiana sacrificada» por la causa, fundamental para España pero no siempre comprendida como beneficiosa para Italia. No solo era generosidad en el sacrificio. Partían y combatían, aristocracia del valor guerrero, para cumplir los «objetivos políticos y espirituales de la Nación [*sic*] italiana»[374]. «Era justo», diría Eugenio Coselschi, comandante Nazionale Volontari
d'Italia,
en el volumen conmemorativo *Legionari di Roma*, que en la «España mediterránea se combatiese y venciese en nombre de Roma». Defender el Mediterráneo era defender «la tradición y la unidad de todo el continente europeo» e impedir que la «lepra soviética», ese «Imperio voraz», corroyese sus orillas[375].

Esa misma metáfora de corrupción, de suciedad, de oscuridad está presente en muchas otras obras dedicadas a ensalzar el heroísmo de los legionarios, portadores de luz, evangelizadores de la idea fascista, luchadores contra un bolchevismo que habría iniciado la guerra y unas democracias que habrían apoyado al gobierno de Madrid mucho antes, en palabras de Enrico Martini, de que llegasen las primeras ayudas fascistas. Para Martini, el motivo central del combate gravitaría sobre la fe, el noble ideal de mantener la civilización latina en España. Los legionarios, guiados «por la luz de una idea, que es la solar del fascismo», serían los nuevos cruzados de la «estirpe italorromana» y aria, portadores de la fe que renovaría el mundo bajo el signo del Littorio[376]. Un signo que también subrayaría el legionario Bruno Salvatore, muerto con el grado de teniente del 1.er Regimiento Frecce Nere en diciembre de 1938, quien en la carta que envía a la familia a bordo del *Sardegna* en enero del año anterior, «navegando en nuestro mar» hacia España, daba gracias por poder demostrar con la victoria que para él Italia era más que una palabra. Como más que unas palabras eran paz y victoria: con la primera llegarían la «grandeza, la libertad, la unidad de este país y de este pueblo», y a su vez de ella emanaría la segunda, la «victoria del fascismo liberador y civilizador sobre la barbarie de la masonería y el comunismo»[377]. Un signo, en suma, el del Littorio y la romanidad, común en los relatos de los combatientes ya desde 1936. Según cuenta Belforte, enrolado en la Legión antes incluso de la creación del Ufficio Spagna, la llegada a Cádiz de los primeros voluntarios fue una

fiesta, uno de esos acontecimientos que quedan para la historia: por primera vez desde época romana, los oficiales y legionarios italianos pasaban el Estrecho de Gibraltar llevando consigo la enseña de Roma para luchar, en la misma tradición del Risorgimento, al lado de Franco[378].

Civilizadores frente a la barbarie, evangelizadores frente al oscurantismo, liberadores frente a la opresión. «Nos miran mal», escribirá en su diario Franco Bonezzi: «los rojos nos describen como ladrones, venidos a España para depredar sus riquezas y quedarnos con sus tierras». Pero «noi ce ne freghiamo»: algún día todos se darían cuenta de qué habían venido a hacer a «esta tierra martirizada por la barbarie roja»[379]. Sabían que se les trataría de mercenarios y legionarios, escribiría después Renzo Lodoli. De engañados, aventureros e interesados, o de forzosos. «Pero no vieron nuestros rostros, o tal vez no quisieron verlos»: los rostros de quienes, decía, llevaban la parte más hermosa del combate. No la de la oficina ni la gasolina, sino la del puñal. Los rostros de aquellos para quienes obedecer y creer no eran incompatibles, muchos de los cuales recibirían como paga por su sacrificio paletadas de tierra y una cruz de madera[380]. El libro de Lodoli es una exaltación de la fascistidad de los combatientes italianos en España. Escrito en 1939, es difícil no atribuir al autor un presentismo acrítico y apasionado. Sin embargo, eso no lo invalida como fuente. Parcial y subjetiva, por supuesto, tanto cuanto el resto de fuentes referidas a casi cualquier proceso histórico, y más si atravesado de identificación, movilización y sacrificio personal. La mayoría de memorias y relatos en primera persona hablan del carácter arrojado del voluntariado fascista, no pocas veces del desprecio por la sociedad que dejan atrás o a la que vuelven en 1939 por considerarles mercenarios, y casi siempre del amor a la patria, por cuyos intereses, que eran los del fascismo como encarnación de la sociedad y de esa misma patria, lucharían en tierras lejanas. Unos voluntarios que, de manera casi unánime, se muestran como herederos de largas tradiciones ancestrales: desde los «voluntarios de Giovanni de las Bandas Negras y de Attendolo Sforza, los marineros de las tripulaciones victoriosas de Venecia y de Génova, de Pisa y de Amalfi», hasta los soldados de los «Saboya, los Visconti, los Gonzaga, los Scaligeri». Los que con Napoleón «llegaron

victoriosos al corazón de Rusia, mientras que los rusos no han alcanzado jamás el corazón de Italia, y nunca lo harán»[381].

La reactualización del pasado propuesta por el fascismo hacía del CTV un eslabón más en la larga cadena de la tradición voluntaria italiana por las causas justas para la nación y para la civilización europea. La instrucción recibida era «dar desinteresadamente la sangre por la Patria», y de ella los «legionarios del DUCE [*sic*] extraemos la razón y la fuerza» para lograr la victoria que trajese el Nuevo Orden[382]. Italia se sumaría, así, a la unión sagrada del fascismo, a la Cruzada en defensa de la civilización europea contra la escoria de Europa[383]. En defensa, pues, «en proporción de uno a cuatro» respecto a los voluntarios enemigos, de Europa, del fascismo, de España y de su pueblo, de carácter «voluble y simplista», pero sometido a la «persecución, violado en sus afectos más sagrados»[384]. Abyectos, criminales, despiadados, los rojos eran «los tipos más despreciables de la humanidad», renegados de «lo más sagrado: la Patria», vendidos «al extranjero», «mercenarios del soviet, de la masonería y de otras pútridas y oscuras organizaciones internacionales». Cobardes, como señalaría Vittorio Ceccherelli a su novia: cuando «ellos se encuentran en proporción de diez contra seis, se lanzan todos» al combate; cuando en cambio se han encontrado en proporción de cinco a uno favorable a los italianos, «uno de nosotros se ha separado y ha combatido caballerosamente, sin que nadie le ayudase»[385]. Cobardes, pues, poco honorables, y a tiro de los legionarios, que podrían «barrer España de esta podredumbre», «exterminar» a delincuentes y tránsfugas, «apuñaladores de la Patria y la Civilización»[386]. Como cantaba el himno de las Frecce Nere: «al enemigo que al frente está / aplastaremos la cabeza sin piedad». Era una cuestión de fe, y la razón estaba de su lado.

Fe religiosa, fe fascista, fe en el Duce. La que, según mencionaba abiertamente Francesco Odetti, le había llevado veinte años antes a combatir en Trípoli, a las trincheras sangrantes del Carso, a Fiume y a la Marcha sobre Roma después, más recientemente a Etiopía y, por fin, a «esta franja extrema de tierra europea a cumplir mi deber de italiano y de fascista»[387]. La que hizo que, para Lodoli, durante meses el legionario viviese «solamente para su cruzada. Alguien lo llamó loco y lo acusó de aventurero. *Se ne fregò*»[388]. La de Dario

Ferri, orgulloso fascista (pese a esconderse tras un seudónimo) que veía a todos «animados por una sola fe» que muchos como él mantuvieron viva desde África y España hasta el frente oriental de 1941 y la República de Saló[389]. La de Davide Lajolo, que sentía entre sus dedos un crucifijo, los clavos de un Cristo que sufría por salvar al mundo, y veía la batalla de Guadalajara y a los italianos caídos como partes de ese mismo sacrificio[390]. La que, según Luigi Mosca, alimentaba una victoria que desde España alzaba el vuelo, para atravesar los Apeninos, batir sus alas sobre el Mediterráneo, sobrevolar las vías imperiales y llegar hasta el océano: el Duce había «concebido la nueva Europa hace mucho tiempo y la guerra de España marca el inicio de esta ineludible realidad», que habría de llevar a la reconstrucción del Continente desde la base de la justicia y la igualdad entre los pueblos[391].

Fe en el Duce: mientras que, pese a su capital importancia simbólica, en los años veinte el culto a la romanidad y al imperio no pasó de ser un elemento retórico legitimador (al conectarlo con el pasado mítico) del poder de Mussolini, en los treinta se convirtió en la explicación para la escalada de agresividad militar. La conquista de Etiopía contribuyó poderosamente a la proyección de una imagen del fascismo imparable, triunfante, colosal, personificado en su Duce, que de ser, en palabras de Goffredo Coppola, «tutti noi» en los años veinte, se convirtió en la encarnación de «la Nazione» y por fin, en palabras de Madìa Titta, en Todo: «Tu sei tutto!»[392]. No era «como» un dios: era «un dios»[393]. La conquista de Libia en 1926 y las campañas etíopes de
1935-1936
fueron presentadas en Italia como elementos dinamizadores y radicalizadores del mito nacional y racial del fascismo[394]. La acentuación de la dimensión religiosa de Mussolini tuvo, de hecho, en la reificación imperial y en la guerra fascista sus mayores campanas de resonancia, en la medida que ser fascista suponía la comunión suprema de todos con el héroe. El imperio moderno y el antiguo unidos, incluso físicamente por las vías de Roma. Esa era la fe fascista, la fe del voluntario en España que encarnaba a las antiguas legiones del césar. En el folleto *Volontari nella guerra di Spagna*
dell'Esercito

, publicado en ocasión del día del Ejército en mayo de 1939 con una portada reconocible en todo el orbe cristiano —la de san Jorge acabando con el dragón—, se exaltaba la «tradición heroica del voluntariado, llama magníficamente recurrente en nuestra historia militar y política» que había prendido «en todos los campos de batalla de Europa y de ultramar, donde quiera que lucharon por el triunfo de una gran idea», y que se había de nuevo consagrado en suelo español. Respondieron todos a una voz, se decía: «ancianos y jovencísimos, ciudadanos de toda categoría, casta y condición», unidos por el mismo credo.

Una fe demostrada desde la partida misma de territorio italiano. Al pasar revista a cuatro batallones de voluntarios de la Milizia en viaje a España en enero de 1937, Luca Pietromarchi, responsable del Ufficio Spagna, se maravillaba de cómo eran «perfectos, sin exageración», de cómo daban una «imagen de solidez y perfecta fusión». La mayoría eran de la Italia meridional: Taranto, Bari, Sicilia. Todos habían prestado servicio en el ejército y muchos eran excombatientes de África, e incluso había entre la oficialidad excombatientes de la Gran Guerra. Pero, sobre todo, eran «magníficos desde un punto de vista físico», en su mayoría de gran estatura, como destacaría poco después al hablar del embarco de la División Littorio en Gaeta, con Bergonzoli a la cabeza, el 1 de febrero. «Batallones magníficos, chicos bien plantados, alegres por la aventura que se les ofrece». Gente «dura y sólida», de «fisonomía enérgica y aguerrida», los hombres que constituían la expedición, «preparada y equipada en cincuenta días», compartían, según la documentación oficial, dos características: que militares y milicianos, «todos son voluntarios». Y que todos, con la misma pasión y entusiasmo, amaban intensamente al Duce y los ideales nacionales fascistas. A las arengas del general Russo se habrían «abandonado a una verdadera fantasía de ritmo» al grito de «Duce, Duce, Duce»[395].

Por supuesto, y pese a que Pietromarchi lo niegue, hay aquí mucha exageración. Las tintas solían cargarse de emoción, orgullo y epopeya tanto en la documentación oficial como en la memorialística, como reconocerá al respecto de sus memorias de guerra *Bocche di donne e di fucili* Davide Lajolo, cuando escribiese años después, en sus nuevas memorias tituladas *Il «voltagabbana»* (el

«chaquetero»), que se vio obligado en las primeras a «falsear la realidad, a dar tonos épicos y heroicos a hechos tristes y llenos de contradicciones y miedos»; que pocos tenían el carnet del PNF, o que pocos, a su juicio, sentían los valores de aquella guerra[396]. En realidad, Lajolo no hacía sino subrayar una evidencia, que no es otra que la de la complejidad de las experiencias individuales, sobre todo en contextos de movilización política y bélica, de proyección del yo sobre el nosotros, de disolución del singular en el plural. Miedo y contradicciones son elementos intrínsecos de la identidad, y no desaparecían con la adquisición de la identidad fascista, por más que esta pudiera transformarlos en algo diferente, como el arrojo, la desempatía y la temeridad. Sin embargo, no todos tenían los mismos horizontes vitales ni identitarios. Varios Camisas Negras escribían en 1937 al jefe de Estado Mayor de la MVSN —con copia para Starace, Farinacci y otros mandos de los Camisas Negras en Italia— acerca del comportamiento hacia la Milizia y el fascismo por parte de oficiales del Ejército tras la derrota de Guadalajara. «Es preferible curar la sífilis que la Milizia», habría comentado un tal capitán Ronzoni. Al oírlo, el capo squadra Marcello Buttiri se habría lanzado contra él para matarlo, por lo que fue arrestado y mandado al frente de Bilbao como castigo. Allí murió, «como saben morir los Camisas Negras». Tal era una condición propia de los fascistas: tomarse en serio los símbolos, los eslóganes, la mitología de la nación, el nosotros, y defenderlos hasta la muerte. Así era, según Nuto Revelli, la generación de la Littorio[397].

Esa generación es la que encontramos fotografiada en los frentes y en las retaguardias. Es la que escribía grafitos y desfilaba con el busto de Mussolini. La que aprendía de memoria el decálogo del legionario, que entre otras cosas señalaba que Mussolini tenía siempre razón, que la obediencia total era su gran virtud; la ferocidad, la garantía de su victoria, y la disciplina, su sol; que los enemigos del fascismo eran sus enemigos, o que por encima de todo estaba el deber y todavía más arriba estaba Italia[398]. La que, según se decía y reproducía no sin cierto orgullo Alfonso Pellicciari —legionario que quedó inválido en la guerra—, tenía tal desprecio al peligro, tal decisión y velocidad, que un alto porcentaje de las bajas eran por heridas en los miembros inferiores. Ante su reconocida y temeraria valentía, señalaba, muchos enemigos pensaban que los

soldados del CTV combatían con corazas y, por eso, hacían disparos rasantes: les disparaban, según decían, a las piernas[399]. En sus propias narrativas, representadas como ninguno por Lodoli, los legionarios tienen siempre un arrojo absoluto. Consideran la trinchera, la espera defensiva, la guerra de posición, como elementos bélicos necesitados de un espíritu ajeno al suyo. De hecho, odian la trinchera, el agujero, que representan como una trampa a su espíritu y su forma de combatir. Imaginados como «arietes», su táctica era el asalto. El mosquetón, la ametralladora, el mortero eran para ellos armas menores. Su verdadera arma era la bomba[400].

No escasean los testimonios sobre la vida del combate del CTV, como los recogidos por periodistas, observadores, enfermeras y médicos de campaña, llenos de crudeza, arrojo y valentía, aunque evidentemente con fuertes ecos propagandísticos. Escribía Annibale Bergonzoli que los héroes de la Littorio, héroes modestos, iban sonrientes a la batalla y, al morir, caían también sonrientes en los brazos de la muerte como se habrían abrazado a sus amadas, orgullosos de las victorias logradas[401]. La gloria siempre iba unida al sacrificio y el martirio, y el propio general sería ejemplo en primera persona: iba siempre en las posiciones avanzadas, dividiéndose el riesgo y la gloria, el que conocieron como «barba eléctrica», y en ellas fue herido[402]. Aldo Santamaria recorre, por su parte, la geografía de la guerra mediante los testimonios de arrojo de un CTV destinado a ser el único ejército capaz de aniquilar al sanguinario y bandidesco enemigo. Testimonios como el del «heroico» subteniente Federico Padovani, caído cuando luchaba en el norte contra los batallones vascos, «rojos feroces» que trataban de forzar su repliegue. Como el del comandante del V grupo de la XXIII Marzo, muerto de forma heroica mientras abría el camino de la victoria. O como el del carrista Renato Zanardo, lanzado contra el enemigo en medio de un «indescriptible huracán de fuego» para evitar que los rojos saltaran un puente por los aires, y que solo tras haber logrado su retirada permitió ser trasladado a la enfermería para ser tratado por la amputación de una mano. Pero, sobre todo, su libro contiene testimonios de obediencia patriótica, de heroísmo y grandeza nacional, desde el del soldado Mario Donda, que ante el elogio responde que no ha hecho sino su

deber, hasta el del legionario de Ferrara Giuseppe Lorenzi, al escribirle a su madre que debía estar orgullosa de ser «mamá italiana, como yo lo estoy de encontrarme aquí entre tanta juventud combatiendo una causa justa y santa», y a su padre, ya excombatiente, que ahora le tocaba a él representar a «nuestra grande y bella Madre Italia». Serían sus últimas líneas[403].

Heroísmo, arrojo, *arditismo*. Dario Ferri (seudónimo) explica el enorme valor, más ansia que miedo, que debía tenerse a su juicio para aplicar una táctica de combate que solo los batallones de asalto italianos sabían hacer: arrojar primero bombas de mano desde muy cerca de las posiciones que pretendían asaltarse e, inmediatamente después, lanzarse en el cuerpo a cuerpo, con pistolas o puñales, contra los aturdidos enemigos[404]. «Agredir para Vencer» era el lema de las Frecce Nere, expresión según su general jefe «de nuestra doctrina táctica, derivada de nuestro espíritu fascista, forjado en los duros cimientos de la guerra nacional y las jornadas radiantes de la Marcha sobre Roma y de nuestro renacimiento»[405]. Agredir para vencer era la expresión de un modo fascista de concebir la guerra, nacido de la valentía, de la imbatibilidad, de la fe y el patriotismo exaltado. De un combate que no producía miedo sino orgullo, según Lodoli, y un extraño sentimiento de felicidad, «borrachos de cada instante que pasaba, felices de sufrir»[406]. Como sufriría, de hecho, el mayor Luigi Mosca, a quien una bomba le arrancó una pierna en Trijueque y que, tras pedir ser operado sin anestesia para sentir en su cuerpo la sierra usada para las amputaciones, se quejaría de que su único tormento era «haber tenido que abandonar la batalla»[407].

No menos pruebas de esa temeridad son las recogidas por Alma Giola. Enfermera voluntaria en la Cruz Roja, sus testimonios, en forma de cartas a los familiares de los heridos ingresados en las naves-hospital *Gradisca* y *Aquileia* hablan, evidentemente rehechos y quizá modificados (e incluso inventados), de la «heroica historia gloriosa» de los legionarios. Fascistas como Eugenio Pacitto, de 22 años, orgulloso de haberse convertido por fin en un «verdadero legionario» al derramar su sangre por la España nacional, y cuya metralla ensangrentada, mejor que «cualquier oro», se convertía en «reliquia universal de pura sangre itálica». Como el teniente Cassandra, de Roma, herido por una bala explosiva en un

enfrentamiento contra un número superior de «rojos» que al serle amputado el brazo derecho exclama, «me queda el izquierdo para continuar». Como el milanés Ugo Diappi, de 25 años, voluntario en África y en España, herido en ambas piernas, dañado en la carne pero más en el espíritu por no poder enfrentarse a las «criminales hordas bolcheviques», que no hace sino contar los días para volver al frente, pues ahí «se combate, se sufre, se cae en el nombre de Dios, pero siempre se vence». Como los sicilianos Giovanni Pizzurro, capaz de escapar del hospital para defender a la patria, y Salvatore Ciluppo, «perfecto fascista lleno de entusiasmo en la lucha contra el comunismo brutal». O como el cañonero Seleni, de Ragusa, que habría perdido ambas piernas en una «acción de sobrehumano heroísmo», pero a quien más que las mutilaciones, le duele no poder «volver al frente a vengar a mis compañeros muertos»[408].

A la asistencia médica habría que sumar también, como testimonio de la experiencia de combate en los frentes pero también como sujeto de esa gran movilización por la causa fascista fuera de la patria, la llamada asistencia espiritual de los combatientes. Pensada para encender y encauzar religiosidades entre ellos, en cada mando de división de las Frecce debería haber un sacerdote italiano que llevase «a los pueblos liberados con nuestro abrazo fraterno la bendición de Dios». Para ello, el capellán jefe del CTV, Baldassi, llevaría a cabo el reclutamiento de eclesiásticos —sobre todo de la Milizia—, con criterios, según Mimmo Franzinelli, de sustancial naturaleza política: «bajo la sobrepelliz del sacerdote, está el uniforme del soldado fascista». Entre ellos iría Giovanni Bergamini, conocido como Pietro da Varzi, factótum de Mussolini para la gestión de los honores fúnebres de los caídos en España en «defensa de la civilización» y autor de la capilla votiva de la «Madonna del Legionario» erigida en el kilómetro 105 de la carretera de Francia[409]. Los sesenta capellanes desplazados a España, además de servir como base para la organización del clero sublevado en los frentes y celebrar la misa «en la cara del enemigo de la Iglesia, del enemigo de Dios», se ocuparían de certificar epifanías como la vivida por Lajolo en la Basílica del Pilar de Zaragoza, al entender que «la Virgen ha escuchado. Ha vivido la guerra con ellos, a su lado, dentro del corazón de los soldados y de

las madres. Ha querido sentir también los horrores de la guerra»[410]. Y se harían cargo, además, de escribir y leer la correspondencia de los soldados analfabetos, lo que habría dado a estos textos una pátina de belicismo católico. Desarrollarían, de ese modo, una función primordial doble: la de revestir de heroísmo a los caídos a los que acompañaron en el momento de la muerte, y divulgar su naturaleza de martirologio político y religioso. Como se señalaba en un informe enviado a Mussolini, en un lenguaje que recuerda a los títulos de los grabados goyescos, un legionario con los pies congelados y herido de muerte pidió papel y lápiz para escribir: «"Viva el Duce", y luego muere»[411].

Lo limpio y lo sucio

Lo sucio: el enemigo, los rojos, sus mujeres. Lo limpio: los fascistas, los combatientes, las mujeres de la España nacional, la retaguardia liberada. Casi todas las narrativas bélicas suelen construirse desde los binomios bueno/malo, limpio/sucio, luz/oscuridad. Las de los italianos en la Guerra Civil española no lo fueron menos. Las memorias en primera persona de los combatientes legionarios escritas durante la guerra o inmediatamente después son, en su mayoría, constructos realizados con fines propagandísticos, edulcorados unas veces, exagerados otras, pero no por ello carentes de interés interpretativo. Es cierto que la mayoría de esos libros los escribieron los que podríamos identificar como fascistas convencidos y voluntarios: los Lodoli y Lajolo que encontrarían frustrante la España que liberaban y la Italia a la que regresaban, la que ellos identificaban con el conformismo, lo burgués, lo gris. Con la falta de voluntarismo militar y fascista. Por eso, se puede tender a sobredimensionar su número e importancia relativa, así como sus interpretaciones, casi siempre excesivas, laudatorias y autoexculpatorias, donde el «nosotros» del arrojo y la valentía se muestra siempre enfrentado al asqueroso «ellos»: el enemigo rojo que cantaba la repugnante *Bandiera Rossa* frente a los legionarios en Guadalajara, según cuenta Lodoli[412], o el vago y retrasado español. Nosotros somos valientes; ellos, cobardes. Nosotros fascistas; ellos, escoria. Sin embargo, esa distinción no fue tan neta como resulta en apariencia.

La cuestión es compleja, pero por lo general ha sido soterrada bajo la imagen del italiano interesado en el enganche, altivo en la retaguardia y cobarde en el frente. Abundan, de hecho, los relatos de cobardía e ineficiencia italianas ante las balas enemigas. Esa misma generación de la Littorio de la que se hablaba, temeraria y arrojadiza, contenía también, según las fuentes oficiales, multitud de «sujetos inhábiles para los esfuerzos bélicos». Michelangelo Rubino, cónsul general de la Milizia, se referiría a la mayoría de los soldados repatriados tras la derrota en Guadalajara como un grupo de edad avanzada, en malas condiciones físicas y espirituales. Y sobre todo con graves déficits, más desde la perspectiva de un reverendo, de moralidad: muchos de los padres de familia internos en la enfermería del Puerto de Santa María o en el hospital militar de Haro lo estaban, diría, por sífilis y enfermedades venéreas. El fanático capuchino fascista Pietro da Varzi señalaría cómo a su juicio habían enrolado a soldados en malas condiciones físicas, con numerosa prole («he confesado esta mañana a uno con diez hijos») o «hasta no inscritos al Partido, y también con antecedentes penales. Pero como el enrolamiento lo hizo el Mando General, esta es una de esas verdades que no se deben contar»[413]. Por supuesto, todas esas fuentes apuntan en la misma dirección. Sin embargo, también es cierto que la evidencia de que había voluntarios demasiado mayores, enfermos o alcohólicos existía mucho antes de Guadalajara. Como muestra, la petición que en enero de 1937 el 1.er Grupo Banderas elevaba al mando del CTV para que se retirasen del servicio y fueran devueltos a Italia doce soldados: borrachos, enfermos de blenorragia aguda y crónica, indisciplinados o con antecedentes penales[414].

Soldados a veces demasiado ancianos, muchos con hernias, varicocele, apendicitis, sífilis, desdentados, con problemas gástricos, muchos de ellos habían señalado estas dolencias para librarse de marchar a las líneas del frente, como lamentaba un informe interno tras la derrota de Guadalajara. Otros, directamente, nunca habían cogido un fusil. Artilleros que no sabían manejar un cañón, soldados incapaces de poner un cargador: el mal reclutamiento por las prisas, que abarcaba por inexperiencia también a la oficialidad, hizo que pese a la fiereza y valentía de los soldados, hubiese batallones como el «Indomito» que de seiscientos hombres, habría perdido

doscientos entre muertos y heridos[415]. Hay que notar bien, sin embargo, que este informe y otros muchos sobre los que se han basado cuantos historiadores se han hecho eco del relato de la cobardía italiana hacen referencia, fundamentalmente, a la derrota de Guadalajara: toda una losa en el expediente de la participación italiana en la guerra, y gasolina de las chanzas y menosprecios nacidos en las retaguardias[416] y que perviven hasta la actualidad.

De hecho, la caracterización de la experiencia de combate del CTV en las publicaciones de la guerra y la posguerra perseguía el poco disimulado objetivo de enterrar bajo toneladas de fe y sangre el fiasco de la derrota y la losa de cobardía que les cayó desde el enemigo y también desde el fuego amigo. Del trabajo de Dimas Vaquero destaca su recopilación de burlas hacia los italianos. Unas burlas insertadas en la oralidad bélica que identificaban las siglas del CTV como «Cuando Te Vas» o como «Corren Tutto Veloce», que hilaban versos tan originales como este, de procedencia republicana: «Menos camiones y más cojones / Bergonzoli, sinvergüenzi / general de las derrotas / para tomar Trijueque / con los bambinis que portas / no basta con pelotones / hay que venir con pelotas»[417]. Recuérdese el cántico, «Guadalajara no es Abisinia». Carlos Gil aporta versiones algo diferentes, cantadas por el soldado riojano del ejército *nacional* Santos Martínez («Guadalajara no es Abisinia / las carreteras las teníais construidas / y seis en paso retrocedéis / pronto la guerra nos la vais a hacer perder»), o por Eustaquio Tricio («Los italianos en Guadalajara / le dieron a Miaja la cruz laureada / los italianos nos van a joder / porque la guerra nos van a hacer perder»)[418]. Pues bien: todos esos cánticos y burlas tienen como origen, fundamentalmente, la derrota en la provincia manchega. Tenidos por falsos y cobardes, según sus informantes a los legionarios que huyeron les pintaron brochazos de pintura en la espalda. Fueron humillados, y su actitud, motivo de burla generalizada. Hasta los oficiales italianos verían tras la derrota signos de hostilidad. Alguno lo dejó por escrito[419].

Mal soportados, poco bien vistos, muy criticados, las tensiones hacia los italianos se vendrían gestando, diría el capitán Federico Garofoli, desde que la victoria en Málaga se magnificase como un éxito inalcanzable para las tropas españolas. Todo agradecimiento era poco, como constató Sandro Sandri cuando Millán Astray le

confesó que «los italianos» habían venido «con solo vuestro gran corazón de latinos, con vuestro estupendo desprecio del peligro. Los otros, y aludía a los alemanes, con el cuaderno de comisiones»[420]. Sin embargo, la admiración entre mandos no se traspasó forzosamente a todos los estamentos del poder sublevado, siendo particularmente duras las críticas que recibió el CTV por parte del Cuartel General de Franco. A juzgar por los constantes avisos sobre las deficiencias de adiestramiento que estaban realizando por parte del Estado Mayor del CTV desde enero de 1937[421], la victoria en Andalucía no había sido sino un espejismo peligroso, un sueño del que se habían despertado en medio de la pesadilla de Guadalajara. Dotados de una maquinaria de guerra ingente, incluso en exceso, la derrota de marzo de 1937 fue mayoritariamente atribuida, tanto por la República como por los oficiales españoles, a la escasa actitud combativa de los soldados. Gracias a la captura de unos trescientos prisioneros de guerra, la propaganda republicana fabricó una imagen de los legionarios en la que se les capturaba sin resistencia, y donde la mayoría eran campesinos de las tierras de labranza de Italia. Eran muy mayores o muy jóvenes, la mayoría tenían mujer e hijos y ninguno había servido en Abisinia. Ninguno pertenecía al Ejército, eran todos voluntarios de la Milizia en un servicio de ultramar que no siempre conocían bien en el momento de la partida. Por lo general y por apariencia, digamos, lombrosiana, no alcanzaban una inteligencia media. Muchos, por fin, no tenían ni el carácter del soldado ni la impermeabilidad del fascista, y un gran número de ellos estaban predispuestos a abrazar el comunismo[422].

Esa era, *grosso modo*, la información que se pudo extraer de los prisioneros. Y por más que puedan ser noticias sesgadas e intencionadas, lo cierto es que se corresponden con la información que tenemos de algunas de las tropas que se encontró Bastico al tomar el mando. Tras Guadalajara, el cuadro general era desastroso: poca disciplina, baja moral, deficiencias de encuadramiento y mal adiestramiento, sobre todo por parte de la Milizia[423]. Una vida —en palabras de Garofoli— en general demasiado cómoda y poco disciplinada, más de mercenarios sin ganas de combatir que de soldados, enfrentados y mal vistos por los españoles, hartos de la guerra. De hecho, ya ha podido observarse cómo los soldados

italianos expresaron sus quejas en 1937. El CTV estaba cansado y muchos querían volver a casa, según sus propias peticiones. Habían venido a España pensando hacer una guerra breve y ligera, y se encontraron una larga y dura, llena de fango, sangre y muertos. Y, además, tenían la sensación de que su presencia no era bienvenida entre los españoles. Posiblemente con razón: el Cuartel General de Franco dejó de desear nuevos envíos masivos e incluso se llegó a plantear la retirada de los frentes —eso sí, escalonada para poder instruir a pilotos españoles, pues su carencia sí se reconocía como un problema gravísimo—, como es sabido a cambio del reconocimiento de los derechos de beligerancia y la retirada a su vez de los voluntarios republicanos. Era lo que empezó a llamarse el «problema legionario»: el CTV comprendía un número limitado de batallones, con una gran cantidad de armas y material bélico. Un pequeño ejército lejos de la patria que, a pesar de su arrojo y voluntarismo fascistas, no había logrado evitar ni la consideración de mercenarios por unos ni de cobardes por otros. Mientras, los batallones de infantería españoles miraban, se decía en un informe militar, el armamento italiano, «como buenos hidalgos», con «el ojo envidioso del pariente pobre». Conclusión: Franco querría «que nos fuésemos», dejando el material. Y muchos querían marcharse[424].

No falta verdad en estas afirmaciones. No son demasiadas, pero tampoco escasean las pistas que incitan a pensar en ciertas tensiones internas dentro de los mandos y las unidades militares españolas hacia el CTV, y desde luego dentro de las unidades mixtas. «El mundo asiste a este episodio histórico», escribiría el piloto y cónsul Ettore Muti, «como un duelo entre el comunismo y el fascismo. Por un lado hay legiones de comunistas extranjeros […] por el nuestro… somos tan pocos y tan mal usados por el General Franco, que es una pena». Una pena, porque en España estaba «en juego el fascismo»: el internacional y el italiano[425]. Hubo incluso momentos de enfrentamiento directo, escasos a juzgar por los rastros documentales, pero significativos, como el caso del sargento legionario Ettore Spinelli, que mató en Tudela a un hombre e hirió a otras dos personas en un enfrentamiento nocturno, tras ser asaltado[426]. En Zuera, el 11 de septiembre de 1937 un capitán español habría ordenado detener su pelotón de la Brigada Mixta Frecce, y en ese momento el capitán del CTV Roberto Maccagnani,

poniéndose a dar voces, se le habría acercado con la pistola en la mano, amenazante. El problema es que esta documentación no da explicaciones del porqué de dicho enfrentamiento[427]. Sin embargo, evidencia una realidad, que era la de las tensiones entre soldados, con los civiles a veces de por medio. Ya hemos visto con anterioridad los problemas de orden público relacionados con el CTV y la ocupación del frente Norte. Inmediatamente después de la derrota de Guadalajara, un grupo de soldados trasladados en tren salieron en la estación de Alcuneza, dedicándose a robar cuanto encontraron y, ante la oposición de los guardias de estación, a destrozar e incendiar los bancos, el mostrador y la sala de espera[428]. Un legionario denunciaría en 1938 de manera anónima «los incidentes de varios tipos que siempre con mayor frecuencia se dan en las retaguardias entre nuestros soldados de una parte y la población civil y los soldados españoles de otra»[429], que bien podían tener que ver con lo que Lajolo detectó hablando con un taxista en Zaragoza: que los italianos caían bien, pero que lejos de aparecer ante la población como liberadores, no dejaban de ser extranjeros imponiendo el fascismo en otro país[430]. En mayo de 1938 el jefe del Ejército del Norte, el general Dávila, tuvo de hecho que prohibir los permisos del CTV en la capital aragonesa, ante la sucesión de incidentes entre oficiales y tropa españoles e italianos, por razones que tenían que ver con la «fanfarronería» y con «discusiones sobre la participación de cada unidad»[431].

No es el único sitio donde se menciona la susceptibilidad de los italianos, sobre todo de los milicianos, frente al escepticismo del entorno y frente a la pasividad tanto de los españoles como de los propios conciudadanos italianos. Un grupo de ellos denunciaría en 1937 el presunto agravio que sufría el fascismo italiano al sonar sus himnos, y en concreto *Giovinezza*, en los órganos ambulantes de Sevilla «entre un tango y un fox», al contrario que otros himnos nacionales, sobre los que pesaba la disposición que prohibía su ejecución por intérpretes callejeros. La gente lo bailaba o se quedaba indiferente en los cafés, lo que «fascísticamente» no podían «resistir más sin comprometerse» el grupo de Camisas Negras firmantes de la queja. Precisamente *Giovinezza*, que acompañaba a los legionarios en las ocupaciones de suelo español, que sonaba en una Palma de Mallorca donde «en todos sitios la bandera italiana

encuentra el puesto de honor, y en casi todos los actos y lugares abiertos al público, campea la fotografía del Duce»[432], era posiblemente el símbolo más reconocible de la presencia italiana en la retaguardia. «Se cantó *Giovinezza* toda la tarde por las calles», diría Italo Juvinotti tras la celebración en Sevilla, el 31 de octubre de 1938, de la Marcha sobre Roma[433].

Las relaciones no fueron, pues, siempre sencillas entre italianos y españoles. En un informe anónimo del Ufficio Informazioni del CTV de mayo de 1937 llamado «Sobre los daños de la modestia», se conminaba a Mussolini a ordenar el método de «imponer lo que es lógico imponer», en alusión a las malas relaciones entre las tropas españolas y las italianas, sobre las que recayó la losa de la cobardía de un modo evidente. Cuando un ejército extranjero, se decía, «ha corrido en ayuda de otro país», como el italiano, ha sido habitual el «pecado de soberbia». Y tal vez tocaba imitar esa actitud, ante una «naturaleza española profunda e irremediablemente saturada de orgullo triunfal, de vanidad. Todas las debilidades de la raza las interpretan los españoles como dones». Tras Málaga y antes de Guadalajara, la actitud española había sido la de una «amistosa deferencia», pero después se habría producido un cambio notable: un aire de «cordial superioridad», algo «intolerable […]: hemos derramado y estamos derramando sangre y millones por una nación que es integralmente de segundo orden mientras nosotros hemos logrado, con el precio de sacrificios enormes, ser lo que somos». Deberían seguir pues el ejemplo alemán: poca ayuda, poquísimos caídos, pero con gran prestigio, «admirados y temidos», por ser «duros, rígidos y prepotentes». De los españoles no se podrá esperar que respondan a la «cortesía con cortesía, a la generosidad con generosidad […] son dignos y crueles, amables y falsos […] prometen pero no mantienen». Frente «a la fuerza se rinden, frente al prepotente, se inclinan»[434].

A pesar de la evidente actitud supremacista del redactor del informe y de la estereotipización extrema de sus compañeros españoles de armas, aquí aparecen elementos en común con otras informaciones extraídas de la documentación y memorialística italiana en la que se retrata a los españoles como pobres, retrasados, orgullosos, hidalgos e ingenuos. El primer informe escrito por Roberto Farinacci durante su misión política de 1937 era muy

revelador: pese a sus dudas sobre la implantación fascista, sí tuvo claro desde el principio el carácter profundamente brutal que el golpe de Estado y la limpieza política de las retaguardias estaba imprimiendo a la construcción de la Nueva España. «No seamos ilusos», diría, «sobre la eficiencia de nuestra obra política»: la sangre corría entre la "indiferencia general", todos hablaban de "fusilamientos como del cine". Los españoles solo estaban de acuerdo en «masacrarse cotidianamente». Y así, acaso sin saberlo, Farinacci inauguraba la plasmación escrita de toda una tendencia identitaria que recorrerá los informes de buena parte de los informadores y agentes fascistas en España: esa superioridad moral, ese supremacismo italiano y ese desprecio, casi el asco generalizado por los españoles. Mientras que nadie tenía prisa por «acabar esta carnicería», la población se había acostumbrado al clima sanguinario. Muchos «visten de luto» pero «cuentan con indiferencia cómo les han fusilado a un hermano, un hijo, al marido». Como le señalaría a su amigo Mussolini, Farinacci pensaba que el tema de los fusilamientos en masa era problemático para los italianos, que no habían venido a España para calmar la sed de sangre de los españoles ni para ayudar en las venganzas sino para defender al fascismo del ataque comunista. Carrera de masacres entre violencias equivalentes, la barbarie, decía, era ya casi un deporte. Sin embargo, los españoles no querían sino el confort de la «comida, la siesta y el descansar» (en español en el original). Los cafés llenos, las corridas sin entradas disponibles, nadie era consciente del combate en que se decidía la suerte de la civilización mediterránea: la «vieja historia de España»[435].

Una vieja historia de violencia y atraso. El enviado de Dino Alfieri a España lamentaba cómo, al hilo de las peticiones del Duce por entrar de forma más activa en guerra en 1938, crecía «continuamente, de parte de los españoles, la incomprensión y la ingratitud frente a la vasta y generosa ayuda» italiana, pese a que los comentaristas extranjeros que circulaban por «este cuadro fúnebre y carnavalesco a la vez que es la llamada España nacional» pensaban que sin la presencia italiana, las armas de Franco habrían conocido grandes derrotas. La ayuda fascista era, sin embargo, inútil para un pueblo igual tras las dos trincheras, deseoso de volver a abrazarse bajo «el signo de la comida y de la vagancia, de las

discusiones de café y de los tiovivos electorales»: los españoles eran «hombres demasiado pequeños como para determinar un acontecimiento histórico»[436]. En sus viajes por el sur dando conferencias sobre el régimen fascista, inaugurando cursos de italiano, preparando artículos para FE en Sevilla o iniciando proyecciones de películas italianas, el mismo Dino Alfieri habría podido comprobar, de hecho, la «atroz inferioridad física y moral de los españoles», pueblo de «mentalidad mentirosa, colorística», de «alma lírica y romántica, de fondo heroico», que seguía la doctrina del plato único pero «merienda cuatro veces», que llevaba un «retraso de al menos dos siglos con la civilización» y al que ni la guerra, que podría haber sido el «cisma de su renacimiento», había enseñado a vivir «antes de las once de la mañana»[437]. Estas palabras tan despreciativas coinciden, sin embargo, con las de un Bonezzi que en su diario de guerra anota que «este pueblo lleva 50 años de retraso respecto a nosotros»: casas de barro, suciedad, falta de higiene personal forman parte de la imagen de los españoles que muchos legionarios consignaron como válida para toda la retaguardia «liberada»[438].

En paralelo, y según el informe de Faupel de diciembre de 1937, la «glorificación desmedida de los hechos de armas italianos, la presunción de las autoridades militares italianas, la conducta de las tropas en el frente y sobre todo en los acantonamientos» indisponían cada vez de manera más evidente a los españoles contra el CTV[439]. En el ámbito político también existía esa percepción: como señalaban los informantes secretos, falangistas y donostiarras de Marchiandi, se percibía «cierta incoerencia [*sic*] en la actitud política de los italianos en España». Mientras que los «alemanes tienen una sola orientación para todos los aspectos […] los unos no rectifican a los otros», los italianos «abusan» de la teatralidad: ese «exceso de atributos los unos lo toman […] a cosa de opereta y los otros, a cosa despectiva para el español». «Abundan los italianos comisionados e inspectores de cualquier cosa». Sin el control directo de la embajada y con ese «afán de exhibición», la sensación era de rivalidad interna. No le faltaba razón[440]. Vaquero abunda en ello: pese a que en las brigadas mixtas primase el compañerismo, «el carácter español [*sic*] tomó a broma algunas de sus actuaciones y ridiculizó el estilo teatral de los voluntarios italianos, su

presuntuosidad, sus jactancias, su vibrante idioma, sus vistosos uniformes, su buen equipo y las prolongadas estancias en la retaguardia»[441]. Y estereotipos al margen, lo cierto es que la situación de los italianos en España no fue aproblemática, siendo sus estancias en retaguardia el motivo central en no pocas ocasiones, más todavía que el de su supuesta falta de arrojo, de los conflictos con los mandos locales y territoriales.

El mejor ejemplo de que la imagen de los italianos en España estuvo particularmente cargada de connotaciones políticas, nacionales e identitarias —no en vano fue el contingente extranjero más numeroso— estuvo en la importancia otorgada por la contrapropaganda republicana. Escrita en italiano y dirigida específicamente en algunos casos a la División Littorio, estaba pensada para intentar que los voluntarios se cuestionasen su presencia en España, desde alguno de los puntos de posible fractura de la adhesión a la guerra. Así, los «milicianos del Ejército de Santander» escribían al «Soldado italiano»: «tú no eres un enemigo porque eres un trabajador como nosotros: nuestros enemigos comunes son los latifundistas, los banqueros, los mercaderes de cañones. No arriesgues tu vida por una causa que no es la tuya». «¿Por qué vosotros, campesinos, vais contra otros campesinos?». Les dijeron que irían a África «a ganarse las tierras para trabajar», pero los habían engañado. Mussolini no podía «dar de comer al pueblo italiano», y por eso lo mandaba a morir en la guerra. «Carne de cañón» bajo el mando alemán, se les conminaba a volver a Italia a «conquistar vuestra libertad» y asegurar a sus familias, tema recurrente en este tipo de propaganda lanzada sobre las trincheras enemigas, y que se apoyaba sobre el porcentaje alto de padres de familia detectados entre los prisioneros de Guadalajara. De desertar, en la España republicana encontrarían el futuro los milicianos y sus familias[442]. Aunque quizá el tema más recurrente fuese el nacional: «¿Por qué luchas, por qué sufres, por qué quieres morir?», les preguntarían desde el aire a los legionarios italianos. Tu patria «es Italia […] ¿qué te ha hecho el pueblo español?».

La cuestión de las identidades nacionales en la guerra ha sido brillantemente estudiada por Xosé Manoel Núñez Seixas, y desde su análisis del imaginario propagandístico de los italianos en España pueden extraerse varias conclusiones coherentes con lo que se está

abordando aquí. Como mínimo, dos. La primera tiene que ver con la representación del mismo Mussolini. Si un imaginario concreto fue explotado por las oficinas de propaganda, ese fue el de la guerra de Independencia, y de él saldría la imagen de un Duce visto en las postales bélicas como un nuevo Napoleón o un Metternich que de nuevo sofocaba, como los Cien Mil Hijos de San Luis, las ansias de libertad del pueblo español. La segunda tiene que ver con la cuestión de lo que los observadores italianos destacados en España señalaron como «orgullo nacional» hispano, y que sin llegar a negar el reconocimiento explícito de la trascendencia de la intervención extranjera en ayuda de Franco, limitaba su alcance y circunscribía sus éxitos al conjunto de triunfos del «generalísimo». La contrapropaganda republicana fue mucho más explícita (y crítica) sobre la participación fascista que sus propios compañeros de armas.

La presencia en el bando insurgente de tropas italianas, señala Núñez Seixas, «fue silenciada lo más posible, llegando en muchos publicistas a la más mendaz negación» o a «argumentos más sofisticados» en la retaguardia franquista. Como los de Pemán, para quien alemanes e italianos estaban auxiliando a la España nacional actualizando la «fraternidad» de los Habsburgo y de Roma «encarnada por el emperador Carlos I». O como la del rector ovetense Sabino Álvarez-Gendín, para quien el CTV cimentaba la misma amistad entre los dos países, heredada de la Hispania romana, de Nápoles, las Dos Sicilias, y que «tendría su broche de oro en el común compromiso anticomunista de Mussolini y Franco para restaurar a Roma como ciudad de Dios»[443]. Sin embargo, esa presencia italiana aparece de forma explícita en la propaganda de los gobiernos de Valencia y de Barcelona. Un ejemplo claro estaría en la campaña de 1938: «¡España para los españoles!», nacida en territorio republicano aparentemente para reclamar el fin de la intervención exterior en la guerra, pero, de hecho, una acusación directa a italianos y alemanes. Como podría leerse en las postales recogidas por la embajada italiana en Salamanca:

> Hace 28 meses que luchamos encarnizadamente los dos bandos derrochando en balde sangre fraterna, apuñalando los corazones de nuestras madres, que viven las mismas angustias y lloran las mismas lágrimas. Acabemos de una vez […] Que hablen los hermanos

> reconciliados para la salvación de la Patria […] Los verdugos de Italia y Alemania quieren repartirse España como Austria y Checoslovaquia […] ¡España, para los españoles![444].

Como podía leerse en estas imágenes, el objetivo de los «españoles» era la reconciliación, el «apretón de manos», pero tras haber echado «a los invasores» y haber clavado sendas bayonetas en las tripas de Hitler y Mussolini, quienes, en otra imagen, aparecen representados como los iracundos comensales a una mesa en la que un minúsculo Franco les sirve España en bandeja. Ese era el lema de esta campaña: «No tememos perder la guerra. Tememos perder España». Propaganda republicana, sin duda, pero coherente y convergente con algunas noticias percibidas por el mando del CTV cuando se le hacía saber a Mussolini, en agosto de 1938, que la «actitud hacia los italianos» no era «óptima. No puede hablarse de causas profundas ni de aspectos claros y precisos […] se trata de un estado de ánimo colectivo impreciso; de un sentimiento de molestia». Del «deseo de no ver más a los que la formidable propaganda roja considera como invasores». Todo eso, sin que nada tuviera que ver la «conducta del CTV»[445].

Esa conducta, sin embargo, no siempre fue tan magnífica como cantan las gestas italianas o reflejan sus fotografías de combate y retaguardia. En las fuentes documentales no suele aparecer de manera explícita, y las memorialísticas lo eluden o lo niegan sin ambages, pero parece que la mayoría de tensiones con los españoles y con la población civil tuvieron a los voluntarios de la Milizia, más que a los soldados del Regio Esercito, como protagonistas. Los testimonios recogidos por Carlos Gil en la Rioja Alta, tierra de acantonamiento legionario y, por tanto, territorio propicio para la indagación en las relaciones entre los italianos y las retaguardias, apuntan siempre en esa dirección[446]. También que, en junio de 1938, Ciano ordenara a Berti que retirase las tropas de Zaragoza y enviase algún batallón al frente: llevaban de reposo más de cuarenta días, llenando los *cabarets* y prostíbulos de la ciudad. Asimismo, muchos de los libros de memorias de los legionarios en España muestran señales de que el foco mayor de tensión no fue tanto la cuestión de los frentes como la de las retaguardias, y siempre con la derrota de Guadalajara como bisagra y punto de no retorno.

Antes de la derrota, y sobre todo tras la relativamente sencilla toma de Málaga, encontramos «pequeñas borracheras», «diversión en todo» en la larga estancia de veinte días en Sevilla, «primeras novias». El más explícito en relatar esto sería Renzo Lodoli, quien, en su edición original y en la reedición cincuenta años después de su *Domani posso morire*, pensará en su experiencia en España a través de sus ridículas descripciones de mujeres españolas, de sus ampulosas recreaciones de tablaos flamencos, del «Olé», «Anda, chica» y «Viva tu *mare*, guapa» (todo en español), de la fascinación por los olores y los sabores de una «España que entró en mí»: «Prisionero de un embrujo / en la noche sevillana»[447]. Sin embargo, después de Guadalajara vienen siempre «días tristes», «camaradas muertos»[448], y alguna pequeña satisfacción, normalmente en forma de borrachera o de relación sexual. Es decir, el mismo baño de realidad que la derrota conllevó en los frentes se proyectó de manera explícita o implícita en la retaguardia. En los estereotipos sexuales femeninos propios de las memorias legionarias, de la sensualidad andaluza se pasa a la timidez y entrega belicista castellana y, por fin, a la sequedad aragonesa o catalana. Del olé y el embrujo se llega a las manos femeninas ajadas por el jabón y el trabajo.

Adquiere, de hecho, en lo relativo al contacto de las tropas legionarias con las retaguardias, un grado de preeminencia notable la cuestión de las relaciones con los civiles y, en concreto, más que con los hombres no movilizados, con las mujeres y los niños, o incluso con las niñas. El recuerdo bidireccional del paso del CTV por España está marcado por esos tintes. Los soldados recuerdan a las chicas y mujeres con las que flirtean, a las ancianas a las que compran enseres o cuyas casas ocupan y a los niños que les hacen recados a cambio de chocolate. Los italianos son recordados por esos mismos niños y por la gente de los pueblos de retaguardia en que pernoctaron por su casanovismo y su deseo sexual, por haber ocupado sus casas y graneros o por haber requisado sus bienes y alimentos[449]. Cuando Cordedda sale una tarde de visita por Vergara en un momento de descanso de los combates en el norte, encuentra una villa desierta, con solo ancianos por las calles y un centro de asistencia en el que unas chicas jóvenes, simpáticas y guapas les regalan guantes y calcetines de lana[450]. A Franco

Bonezzi le repugnaron las sucias adolescentes que se ofrecían por dinero, pero no así las «hermosísimas y elegantes damas» de ciudad, en referencia a Sevilla, que no eran «indiferentes a nuestras miradas más o menos ardientes»[451].

Lajolo habla en sus memorias del vino de la «Rioka» [*sic*], pero sobre todo de sus mujeres que, «como las flores del melocotón», nacían por las aceras y se les unían como madrinas en los cafés. Que vivían la guerra «con todo el sentimiento», que «llora[ban], reza[ban], avanza[ban] con los soldados, resist[ían]». Que hacían soñar con viejos amores revividos en las noches de combate. Que se les cruzaban en la acera, «las cabecitas llenas de ricitos rubios y castaños […] bocas rojas, rojas como un fuego que durase, con los senos frescos, florecidos, como naranjas escondidas en la seda». Que esperaban, «pechos hermosos y caderas generosas», el regreso de su valiente y hermoso legionario[452]. También Lodoli menciona con verdadera emoción sus encuentros sexuales en la retaguardia. En el baile en el comedor de los oficiales tras haber «liberado Cataluña de la pesadilla miliciana», el luto de las mujeres no contaría: querían a la vendedora, a la maestra, a la sobrina del alcalde o a la muchacha de Auxilio Social, para «apretar a una mujer entre los brazos», «sentir un cuerpo femenino cerca y taparse la nariz por los efluvios del perfume». En el libro es recurrente la imagen de la joven que cae en brazos del soldado o del oficial italiano como único momento de paz y serenidad merecidas en medio de la guerra. Incluso llega a echar de su lado a una «rubita» llamada Teresa, porque recuerda que esa mañana le había lavado los calzoncillos con sus manos: textualmente, «Vete, biondina, el teniente de los de la muerte è un tipo strano». Al propio Lodoli debió parecerle también ridículo, pues en la reedición del texto en 1989 la admonición se limita a un «Vete, biondina»[453].

Las fuentes no oficiales también apuntan en esta dirección. Dentro de los cantos que tenían al CTV como objeto de burla, siempre se destacan los que unían cobardía y lascivia, falta de arrojo y donjuanismo como este aparentemente propio de la zona franquista en el que sobre la música, de nuevo, de *Faccetta Nera* se cantaba: «Niña española, no te enamores / que en España mandarán los españoles. / Los italianos se marcharán / y de recuerdo un bebé te dejarán»[454]. Los sacerdotes italianos celebraron unos doscientos

cincuenta matrimonios entre soldados italianos y mujeres españolas, además de unos quinientos por poderes, sobre todo en las zonas donde o bien descansaba el CTV, o tenía sede alguna de las escuelas militares en las que la MMIS ofrecía cursos de preparación y perfeccionamiento para oficiales, así como cursos de instrucción para especialistas en sus centros de Burgos, Valladolid y Segovia[455]. No dispongo de ninguna cifra de embarazos atribuibles a los soldados italianos y tampoco ninguna investigación ha probado a aventurarla, aunque la escasa cifra de legionarios que fijarían después de la guerra su residencia en España podría hablar de que o bien se trataba de un relato mitificado de manera interesada —y la memorialística habría contribuido mucho a hacerlo, leyendo según qué libros pareciera que la guerra en España hubiese sido un paseo turístico con mujeres a libre disposición—, o bien afianzaba la imagen extremadamente negativa del CTV, que lo retrata como un cuerpo de soldados ladrones, violentos, puteros, cobardes y mujeriegos, en este último caso, además, dejando tras de sí un rastro de bebés no reconocidos.

Aunque si hablamos de situaciones complejas, propias de la Guerra Civil pero no por ello menos conflictivas para la construcción de la memoria del CTV, ninguna tiene la importancia de su relación, más bien polémica, con la violencia contra los soldados y civiles y con su implicación en las políticas de ocupación sublevadas. Como se ha señalado ya, el CTV no tenía poder ni capacidad de gestión sobre las prácticas de violencia en caliente, investigación judicial o tratamiento de prisioneros y civiles ni en las zonas de reciente ocupación ni en las de acantonamiento. Además, las expresiones de sus responsables militares y políticos estuvieron casi siempre teñidas de una retórica de integración del vencido que no ligaba bien, como se encargaron de expresar en numerosas ocasiones, con las políticas de limpieza y represión ejecutadas por los «nacionales». Son varios los informes que refieren a la misma realidad. Ettore Muti lamentaba ya en 1936 cómo en Badajoz y Mérida, donde los

que él pilotaba tuvieron una gran importancia, se fusiló a todos los prisioneros «en represalia por su extenuante y valiente defensa». «Nuestro bellísimo fascismo», diría, «es otra cosa»[456]. Sandro

Sandri, de viaje de inspección por España (desde San Sebastián a Cádiz y Toledo) en octubre de 1936, escribía a Ciano que había tenido la oportunidad de hablar con muchos prisioneros antes de ser fusilados, «como es habitual», incluida la ejecución de milicianas, «pobres criaturas […] que habían perdido el sentido de feminidad, muertas valientemente saludando al pelotón de ejecución levantando el brazo con el puño cerrado». Y si bien, decía, los testimonios del «terror rojo» no eran tranquilizadores, con comunistas colgando a los guardias civiles de los testículos, introduciendo explosivos por el ano de los hombres para hacerles saltar por los aires, violando a las mujeres y descuartizando a los niños de los pueblos que abandonaban —cosa, por otro lado, harto extraña, pues en una retirada no se suele tener tiempo para ello—, los «blancos» tampoco se andaban con miramientos. Entrar en un pueblo era iniciar la «limpieza», sin torturar a nadie: matando, directamente. «Desde el generalísimo hasta el último soldado, todos están dispuestos al exterminio, sin piedad». Los cadáveres se quemaban con gasolina, sin respetos y sin tomar nota de sus nombres, «como si fuesen carroña de animales». «Se presume que, cuando acabe la insurrección, de ochocientos mil a un millón de personas deberán desaparecer». En Sevilla se fusilaba a cincuenta cada amanecer, y presuponía que los quince mil afiliados a partidos de izquierdas en la capital andaluza correrían esa suerte. En Asturias se necesitarían treinta mil mineros para sustituir a los pasados por las armas[457].

En Málaga, en el norte, en Alicante, los informes elevados por los italianos en España hablan de actuaciones horribles, de fusilamientos en masa. Actuaciones y fusilamientos cuyo desprecio, como se ha visto, no vendría tanto de una percepción benévola ni humanitaria del vencido —recuérdese que Gaetani, el enviado de Cantalupo a Málaga, veía la violencia como algo necesario, aunque estuviese siendo excesiva—, cuanto como errores tácticos y políticos de los que se derivarían grandes dificultades de reconstrucción en el futuro y que estarían determinados por el propio carácter español. Como podría leer el Duce en un informe de 1937, y al contrario que su buen corazón, «la índole sanguinaria del español tiene sus manifestaciones más violentas en esta guerra: […] se tortura a los prisioneros, la máquina de los fusilamientos funciona

ininterrumpidamente»[458].

Tales expresiones y otras que se han visto a lo largo de los capítulos anteriores, sobre todo al reseñar los primeros combatientes italianos sus impresiones sobre la política de terror de los sublevados, eran coherentes con una noción fascista de la violencia y de su uso en forma de asesinatos y represión política. La violencia «eficaz» reclamada por Mussolini, concebida en términos ontológicos y organicistas, sacralizada y absorbente, era el mecanismo para llevar a cabo el combate permanente, el estado de guerra continuo, y debía servir —aplicada en la medida necesaria— para proteger y amalgamar a la parte sana de la sociedad mediante la limpieza de lo sucio, integrar mediante la exclusión. A fin de cuentas, la concreción de una noción propia del fascismo como la del renacimiento palingenésico y la reactualización del pasado de la nación no podía ser otra que la experiencia de la depuración, la limpieza, el derrumbe, las ruinas[459]. Es, pues, cuanto menos paradójico subrayar el desapego de los comentaristas italianos hacia la violencia de los sublevados cuando, a la vez, los propios combatientes no hacen sino alabar constantemente la belleza proactiva y procreadora del mayor ámbito posible de violencia, limpieza y purificación, es decir, la guerra. Para ellos, la destrucción había de ser una precondición para la reconstrucción, y la vivencia y convivencia con la violencia, el proceso de integración en la comunidad nacional fascista. Así pues, hay que poner entre paréntesis las muchas expresiones de extrañamiento, desaprobación o rechazo de los italianos frente a la violencia de los sublevados. Primero, porque esta suele ser excepcional y puramente personal, no reflejando la postura oficial política, militar o jurídica del estado fascista y de sus representantes. Segundo, porque sean oficiales o individuales, no se oponen ni muestran su repulsa a la violencia en su conjunto, sino a sus excesos. No es pues un rechazo a la naturaleza de la violencia, sino a su alcance. Es, básicamente, una cuestión de escalas.

Así, se rechazaba al Queipo de Llano que declara ante la legación italiana en noviembre de 1937 que tras la guerra los españoles no se convertirían, y que en consecuencia había «que librarse de esta gente. Hay que seguir fusilando, o crear grandes campos de concentración en las Canarias o en Fernando Po

[*sic*]»[460]. Se cuestionaba que Tito Meléndez justificase ante Danzi como «reacciones totalmente personales» el que, pese a la supuesta prohibición impuesta a los falangistas de participar en fusilamientos, estos lo hiciesen igualmente[461]. O se lamentaba el fusilamiento indiscriminado de prisioneros tras Málaga o Santoña y se pedía que no se entregasen a los soldados españoles[462]. Pero todo eso, como las quejas iniciales sobre el baño de sangre de 1936, todos «dispuestos al exterminio» de Franco para abajo, se hacía, como en el caso de Cantalupo, para evitar la identificación de tales crímenes con la presencia italiana, o para evitar que esa «masa roja» acabase volviéndose contra los ocupantes. No hubo rechazo de la violencia, sino cuestionamiento de su uso indiscriminado. No pudo haberlo en los aviadores voluntarios que querían limpiar España, en los «volontari della morte» que llegaron en julio de 1936 y tuvieron, como Vittorino Ceccherelli, «el honor de ser los primeros en batirse» en duelo. Ni en el Ciano fascinado por los bombardeos sobre poblaciones civiles que dejaban, como en el de Barcelona de año nuevo que se verá a continuación, «edificios pulverizados, tráfico interrumpido, pánico que devenía locura: 500 muertos, 1500 heridos. Una buena lección para el futuro». Ni en los administradores militares del Batallón de Trabajadores número 155, creado en Miranda de Ebro con cuatrocientos prisioneros republicanos al servicio del CTV, cuyos jefes —se quejaba el del campo de concentración de San Juan de Mozarrifar— imponían castigos fuera de los códigos de la justicia militar, ya que ataban a los prisioneros de pies y manos a árboles o a palos de la luz «y los tenían así varios días». Ni, por supuesto, en los responsables de las Frecce en las que combatía Dario Ferri, que decidieron el fusilamiento sumario de cuatro, según él, guardias civiles, ejecutados por haberles disparado desde el castillo de Girona en los momentos de la ocupación de la ciudad[463].

Para Attanasio, los italianos nunca efectuaron sacas, se comportaron con caballerosidad con los prisioneros de guerra siguiendo en todo momento las convenciones internacionales, no se metieron en asuntos de política y fueron siempre vistos como «italianitos listos y valientes»[464]. La realidad fue infinitamente más compleja. De hecho, los propios informes del CTV citados por el mismo autor reconocían haber fusilado *in situ* a prisioneros

desarmados: en Málaga, pero también en Guadalajara, donde no podían escudarse en la presencia de tropas españolas porque, como se encargaron de subrayar, los dejaron solos[465]. Y temían los efectos de la violencia sublevada, sobre la que tenían escaso control, pues no era su misión la de la limpieza de la retaguardia, porque endurecía a la resistencia y la hacía más desesperada. No disponemos de suficientes fuentes para afirmar con rotundidad ni la implicación del CTV en la política de violencia sistemática puesta en marcha como práctica de ocupación por los mandos y las tropas franquistas y sus órganos de control político y social ni su total desentendimiento de ellas. De hecho, no disponemos de fuentes, ni memorialísticas ni de archivo, para afirmar con total rotundidad prácticamente ningún aspecto del poliédrico mapa que he tratado de esbozar en este capítulo: ni identificar a los combatientes en su conjunto ni como mercenarios ni como idealistas ni como desempleados en busca de un sueldo. Ni como depredadores sexuales ni como beatíficos y cristianos soldados atentos a las mujeres y los niños. Pero al margen de esas obviedades, y asumiendo que la intervención italiana en España, y la experiencia de los soldados y milicianos en ella, fue de una extrema complejidad no reducible a un puñado de estereotipos, hay fuentes directas de archivo y las memorialísticas que apuntan en la dirección más desasosegante y turbadora: la que identifica al CTV como un músculo más del brazo ejecutor sublevado contra la anti-España. La evidente implicación en los bombardeos aéreos sobre poblaciones civiles y por orden directa de Roma, que van a verse a continuación, es la mejor prueba de cargo.

CAPÍTULO 5

MORIR TODAVÍA. UNA GUERRA EUROPEA EN ESPAÑA, 1938-1939

«Quiere decir que haremos la guerra contra Francia en tierra de España».

Galeazzo Ciano, 5 de enero de 1939,
ante las noticias de una posible
intervención francesa por los Pirineos.

El honor de las tropas italianas, su valor, su espíritu de sacrificio y todas las virtudes de nuestros combatientes se habían entregado a la incompetencia del mando español. Así resumía para Ciano la actividad del CTV en 1937 el piloto y cónsul general de la Milizia Ettore Muti, «típico exponente del fiero escuadrismo» de la Romaña y del «voluntarismo heroico» de los que no pudieron faltar a la lucha en España «para la cruzada antibolchevique». Comandante de la patrulla aérea llegada a España el 28 de julio de 1936 para ayudar a salir de la crisis al ejército sublevado, se trataba de una voz acreditada y prestigiosa: había participado por aire y tierra desde el inicio de los combates. Fue el responsable del ataque al crucero republicano *Miguel de Cervantes*, que bloqueaba el acceso a Sevilla desde el Guadalquivir. Presionó al enemigo en la batalla sobre Oviedo en octubre de 1936 desde la única formación «nacional» en el aire, a su mando, así como en Córdoba, Badajoz, Mérida y Madrid, «logrando que la Aviación Legionaria se impusiese en los cielos de España». Después participó en Talavera de la Reina, Maqueda, Toledo y Valverde hasta llegar a las puertas de Madrid, donde combatió como soldado en el Tercio. Luego, como aviador, voló sobre Málaga, Guadalajara, Brunete, Santander,

Bilbao, Gijón, Belchite, Teruel, el Ebro, Tortosa, Levante, Cataluña y Madrid. Más de mil horas de vuelo en varios cientos de acciones bélicas, y su trabajo como enlace entre la aviación y el CTV, hacían de Muti uno de los consejeros no diplomáticos más caros a Ciano y Mussolini[466].

Y Muti no se mordía la lengua: «Donde han combatido los nuestros siempre se ha avanzado»: Guadalajara, Bilbao, Santander, Málaga, la rectificación del frente de Zuera. Donde no, había habido pérdidas: Belchite, Brunete, Jaca, Teruel. Ajeno a la realidad, Franco el «escritor, el político, el estratega, el estadista, el ecce-homo», el «frescone», no se daba cuenta de que «si respira, lo debe exclusivamente al oxígeno que le ha dado el Duce». «Promete, promete… y hace lo que quiere. Y Berti, con una masa relativamente pequeña, no creo que pueda imponerse». En esas circunstancias, decía, era necesario intervenir: o se reforzaba el CTV y se creaba el mando mixto, o lo mejor era salir de España, «dejando el material y… un buen recuerdo»[467]. Pero ni salir de España ni imponerse ni mando mixto. Y lo del buen recuerdo es interpretable. El CTV no se marchó de España hasta bien finalizada la Guerra Civil. Demasiadas circunstancias obligaron a quedarse, entre ellas la situación internacional.

En realidad, que la civil era una guerra europea en suelo español lo dijo muy pronto, ya en diciembre de 1936, el capitán de fragata Carlo Margottini, uno de los valedores en las Baleares del «conde Rossi»[468]. Y a buen seguro, la presencia no ya solo de intereses, sino de barcos y personal de Francia, Italia o Gran Bretaña en las islas Baleares bien podían llevar a esas conclusiones a cualquier observador bien informado. Sin embargo, esa dimensión fue todavía más evidente tras la entrevista de Mussolini y Ciano con Ribentropp en noviembre de 1937, y sobre todo a lo largo de 1938. El CTV vivió entre ese año y el final de la guerra un serio reajuste, determinado, en buena sustancia, por el contexto de tensión europea que acabó siendo prólogo para la Segunda Guerra Mundial. Un contexto cambiante, que pasaba por la dimisión el 20 de febrero de Eden como ministro británico en el Foreign Office, siendo sustituido por Edward Wood (conocido como lord Halifax), lo que creó, en opinión del Duce, un ambiente favorable a la victoria

«nacional»: como telegrafiaría a Berti, la fortuna «pasaba de nuevo al lado de Franco». Por la cada vez más evidente política de apaciguamiento y no intervención frente al expansionismo alemán en Austria y Checoslovaquia, que sirvió de contexto para el mantenimiento sin tapujos ni complejos de unas tropas voluntarias en España combatiendo, *de facto*, como representantes de países extranjeros beligerantes. Y, en definitiva, por el Anchluss, la ocupación de los Sudetes y el Pacto de Múnich, que terminaron de prefigurar las condiciones para la guerra a gran escala de septiembre del año siguiente, y en cuya preparación no estuvo ausente la Italia de Mussolini, empeñada en su ayuda a Franco de manera fervorosa. En ese contexto, era fundamental mantener la impresión que de la fuerza italiana quería proyectarse en Europa. Por eso era «necesario acelerar los tiempos de la guerra y no creer haber vencido solamente por los reconocimientos diplomáticos»[469].

Uno de los teatros principales de ese continente al borde del incendio estaba no solo en la guerra española en sí, sino sobre todo en su dimensión de guerra europea entre las potencias fascistas beligerantes *de facto*, y las antifascistas. Sin máscaras ya de respeto a la No Intervención —y fuera ya la Italia fascista de la Sociedad de Naciones desde diciembre de 1937—,

1938-1939

fue el bienio de la participación abierta y sin complejos, en el que Mussolini pudo seguir presionando a Franco con la orden «o se combate, o se vuelve», en el que la situación de extrema tensión internacional ordenó moderar los esfuerzos internacionales, y en el que, en consecuencia, las ayudas italianas ya existentes se hicieron todavía más determinantes. Franco seguiría con su rechazo a las grandes ofensivas, esperando a hacer «limpieza del ambiente, en la extraña ilusión de poder hacer desaparecer a cuantos podrían ser sus enemigos tras el éxito». Pero después de la batalla de Teruel, diría el Duce, no podía ya «retirarse la bandera italiana». Eso vendría a ser como perderlo todo, todos los esfuerzos realizados en un año y medio de intensos combates al lado de la verdadera España[470].

Sin complejos

El CTV pasó por una nueva fase de cambios tras la campaña del norte. Tras Santander, y debido a las bajas, las tres divisiones italianas se redujeron a dos: la Littorio y la XXIII Marzo, a las que se uniría en invierno la División Mixta Frecce, compuesta de las brigadas Frecce Azzurre, que había estado fundamentalmente en el frente de Extremadura, y Frecce Nere, que había combatido en Madrid y en el norte (Bilbao y Santander). En agosto mantenía y combatía en la línea de Zuera, pero poco más hicieron en todo el año. Franco decidió, sustancialmente, usar a los italianos como fuerzas de reserva, y en esa condición pasó el CTV el resto del año 1937. En septiembre, el mando militar italiano presentó un proyecto al Cuartel General de Franco para las operaciones sobre Aragón, a la vez que se cerraba el frente de Asturias, donde los italianos estuvieron preparados para intervenir pero que cayó el 22 de octubre sin participación del CTV. El 10 de diciembre Berti, ya al mando del Corpo desde octubre, anunció una acción inminente sobre Guadalajara que al final sería desechada por el ataque republicano sobre Teruel, donde tomó parte sustancial la artillería italiana. Mussolini le autorizó, seguramente con las prisas derivadas de un contexto de desmoralización de las tropas, a anunciar que esa sería la última acción en que participaría el CTV, al margen de la aviación con base en las Baleares[471]. Como sabemos, no fue ni mucho menos la última batalla italiana en España.

Como se diría en un informe interno del CTV, escrito probablemente por su comandante, el tiempo jugaba a favor de un enemigo en igualdad de fuerzas frente al que Franco planteaba un modelo «oriental» de guerra, sin la prisa ni los conceptos militares familiares para los italianos (masa, economía de fuerzas, reservas, etc.)[472]. Berti veía, de hecho, aún una larga guerra por delante, que solo podría decantarse de manera clara gracias a la contribución italiana en forma de fuerzas alpinas especializadas en el combate invernal. En todo caso, eran ya muchos quienes pensaban que tal vez era preferible una ayuda material sin condicionantes y salir de la guerra, a pesar de que el momento (durante la batalla de Teruel) no era el mejor. Fue Mussolini quien no estuvo de acuerdo en esto.

Una vez que los «leones italianos» habían, por fin, borrado en Santander el deshonor de Guadalajara, muchos pensaron que se

habían ganado el derecho a regresar a Italia como héroes. Recluido temporalmente en la reserva en Miranda de Ebro (Fiamme Nere), Haro (XXIII Marzo), Logroño (Littorio) y Zaragoza (Frecce), los oficiales y muchos de los soldados creían que el Corpo se retiraría[473]. Llevaban un año y medio de combate y la mayoría, un mínimo de ocho meses, cuando muchos pensaban enrolarse para una campaña breve y sencilla de tres meses, sin demasiados peligros y ventajosa económicamente. Los había mayores, tenían familias, señalaría el comandante en jefe. Y a esos se les había dicho que tras una gran victoria, quien lo quisiera volvería a casa.

Muchos combatientes vislumbraban, así, el final de su aventura española, incluso pese a las amenazas del mando. Al ofrecimiento de Mussolini de repatriar parte del CTV por cansancio, el general Francisci habría respondido que ninguno de sus legionarios querría volver a Italia. Después habría ido uno por uno a preguntarles, amenazante: quien regresara a Italia no volvería a levantar cabeza, le mandaría retirar el carnet del PNF, no encontraría jamás trabajo. Sin embargo, se trató de una actitud aislada. De hecho, desde el partido se pidió al Duce que, para poder honrar a los héroes y a los caídos, la guerra de España fuera considerada oficialmente como campaña, para que devengasen de ello derechos y ventajas militares y civiles una vez finalizada. Además, que se creasen medallas conmemorativas y que los combatientes se ganasen el derecho a la inscripción al PNF, que la participación supusiera un distintivo específico como el de los voluntarios de la Gran Guerra, que se pudieran conceder cruces de guerra o que los oficiales lograsen acumular méritos para la promoción por mérito de guerra. Eran peticiones previas a una retirada, a todos los efectos. En ese contexto, que muchos interpretaban como conclusivo, la petición desde España de envío de complementos, 4500 soldados de refuerzo, caería «como una ducha de agua fría». Para Mussolini no tenía sentido mandar fuerzas mientras se hablaba de repatriaciones, pero decidió ambas cosas en paralelo. Por eso, apoyó el plan de crear dos divisiones completamente legionarias (Littorio y Fiamme Nere-XXIII Marzo), más la Frecce, mixta, dejando la artillería, ingeniería y los carros siempre a disposición de los ejércitos de Franco; de reforzarlas con un nuevo contingente fuertemente encuadrado, y de repatriar a cuantos lo pidiesen. Era preferible un

ejército menor y más contundente a otro mayor y desmoralizado, desinteresado por el combate y reacio a cumplir órdenes.

De hecho, el mando habló de 4500 hombres de refuerzo, pero en realidad los que se aprobaron a finales de agosto de 1937 fueron más: dos mil soldados, mil artilleros y mil ingenieros del Ejército con cien oficiales, así como seis mil soldados de la MVSN con doscientos oficiales. Movilizados para partir el 8 de septiembre, el envío se retrasó, sin embargo, por cuestiones políticas relacionadas con las amenazas a Italia por el envío de nuevos voluntarios, tras el aparente acercamiento al gobierno francés con el Pacto de Nyon del 14 de septiembre para la vigilancia del contrabandismo en el Mediterráneo[474]. El Servicio de Inteligencia británico había detectado el envío a España a finales de septiembre y primeros de octubre de ingenieros y complementos italianos. Era el tiempo del primer plan inglés y francés para la retirada de voluntarios, que no fructificó porque el gobierno italiano puso siempre como condición la salida de los soviéticos y la concesión de derechos de beligerancia a las dos partes en conflicto, no reconocidos para la sublevada. Franco hizo saber que aceptaría una retirada a condición de que fuese proporcional en las dos partes en cantidad y calidad, no se incluyese a los marroquíes, no se identificase al voluntario por lengua o pasaporte (fáciles de falsificar), y se cerrasen los Pirineos. Las mismas condiciones que pondría el gobierno italiano, prácticamente un portavoz no oficial de la España sublevada en el terreno de la política internacional.

De estas cuestiones hablarían Mussolini, Ciano y Ribbentrop en su encuentro del 6 de noviembre de 1937. En él, el Duce afirmaría no tener intención alguna de mandar nuevas tropas a España «salvo imprevistos», dado que Franco, con la victoria (diría) ya en la mano gracias entre otros factores al eficaz bloqueo naval y a la desmoralización de la retaguardia republicana, no las necesitaría. Mussolini, como demostraría unos años después, era un pésimo analista del futuro inmediato de las guerras en que se embarcaba, y casi siempre veía inminentes las victorias. Por ese motivo, se equivocó al asegurar que no habría más envíos de tropas. En este caso, además, tal percepción le haría ser receloso ante los posibles acercamientos de la diplomacia británica al entorno de Franco. Era fundamental que, ya que había sido «salvada» gracias a las ayudas

alemanas e italianas, España se mantuviese «estrechamente ligada a nuestro juego […] solo si España se mantiene en nuestro sistema, podremos contar con una completa indemnización»: «queremos y debemos ser pagados», declararía. Por eso, la colaboración entre Alemania e Italia debía conducir a que Franco siguiese siempre, «y siempre más, nuestra política», a «nuestro sistema político porque, en primer lugar, nuestra presión conjunta le impedirá distanciarse, y también porque, pese a ser su ideología cercana a la nuestra, él ha tomado un camino del que no se le permitirá retroceder»[475].

Como escribiría en noviembre Berti a Nulli, teniente coronel del Ministero di Affari Esteri, no tenía demasiado sentido que Franco, que dependía directamente del apoyo político, diplomático y militar del Eje, solicitase la repatriación de cinco mil voluntarios por causas «políticas». En su opinión, era algo que por fuerza tenía que ver con una distensión de relaciones con el Reino Unido. Sin embargo, en su opinión, si «hacemos la guerra tres, Italia, España y Alemania, también los tres deberíamos hacer la política exterior española». En opinión, pues, del comandante del CTV, las decisiones de Franco debían pasar por un filtro político, coherente con la implicación de las potencias fascistas a su lado, de la misma manera que Mussolini reclamaba constantemente un mando único militar de las tres potencias. Como señalaría el embajador italiano en Berlín, Bernardo Attolico, tras conversar con el mariscal von Blomberg, Goering estaba de acuerdo en seguir una línea común marcada por el Duce y Ciano: la de respetar el mando supremo del «generalísimo», pero reforzando el peso de los dos representantes militares en España, Berti y Volkmann, cuyas palabras, como habría que dejar claro a Franco, serían «las del Duce y de Hitler»[476].

Estos elementos, en definitiva, vienen a subrayar la dimensión europea de la guerra española, en un momento en el que ningún combatiente estaba dispuesto a retroceder ni en su empeño militar ni en la proyección de su potencia militar. En particular, solicitar la vuelta a Italia de un grupo tan amplio de soldados suponía en opinión de Berti, *de facto*, la reducción de su intervención a la intrascendencia. Los combatientes italianos *reales* se habrían quedado en unos diez mil, calculaba, con la artillería y la aviación, lo que dificultaba en gran medida el mantenimiento de la ayuda a la España nacional: «no se pueden hacer grandes cosas así», diría.

Berti dudaba de la efectividad de un CTV reducido, y le preocupaba que el invierno obligase a interrumpir las operaciones, por lo que se pedía que se acelerase la preparación de las tropas italianas, cuya obligación, afirmaba, era «mantener o engrandecer en términos de éxito y de nombre» la nación italiana[477].

De hecho, la situación había variado notablemente desde principios de 1937, cuando los italianos llegaron a España para «realzar el prestigio de nuestras armas» y «por un objetivo ideal: el de derrotar el comunismo». En ese tiempo, el comunismo podía «considerarse debilitado», y más que lo estaría, pues tendría en «los españoles de la España roja, en su mayoría», a «los más encarnizados enemigos del comunismo, del que han podido medir todos los horrores». En noviembre de 1937, estando «virtualmente derrotado el ejército enemigo», considerada la intervención del CTV como «no indispensable y puede que ya no desead[a]», y dado el problema que de cara a la reconstrucción de la España de la posguerra por parte del «paladín de la España independiente e imperialista» podría suponer que ciudades como Lleida y Barcelona las tomasen los italianos, habría, según Berti, que «preguntarse si el problema español» no debía devolverse a sus orígenes políticos. Y, en suma, si no debía Italia moverse con mayor avaricia en sus sacrificios materiales y humanos, para «obtener la prioridad de derechos que los nacionales parecen querer negarnos»[478].

Lo cierto es que las repatriaciones y reestructuraciones del CTV en 1938 tuvieron una eminente causa política que trataría de responder tanto a las necesidades de grandeza italiana como a las quejas que llegaban a Roma en boca de los militares, milicianos o enviados de toda índole en suelo español. Doble causa política, podría decirse. Primero, por servir de moneda de cambio en la arena internacional, manteniendo siempre un complejo equilibrio que impidiese pensar en una retirada, como señalaría Ciano, lo que sería gravísimo frente a amigos y enemigos, al dar crédito a cuantos pensaban que la fuerza militar italiana se había agotado. Y segundo, por servir, al igual que la primera repatriación de abril-mayo de 1937, como mecanismo para la reorganización de los equilibrios internos entre militares y Camisas Negras. Disponemos de los estadillos del CTV en varios meses de 1938 y, si tomamos como referencia las cifras de octubre de 1937 (1489 oficiales y 19 787

soldados del Ejército por 878 oficiales y 16 806 soldados de la Milizia para un total de 38 960 hombres, incluyendo intendencia, aviación, etc.) o, más todavía, las de enero de 1938 (17 810 hombres del Ejército y 14 655 de la Milizia para un total de 39 069), veremos cómo los ajustes vinieron sobre todo del lado de los Camisas Negras, que vieron reducida su presencia en un año en 10 407 hombres, mientras que los militares del Regio Esercito se reducían en 6115 efectivos en total, aunque llegaran incluso a incrementar su número en septiembre de 1938, en el contexto de una retirada de voluntarios que, evidentemente, no resultó óbice para el mantenimiento y del total de efectivos italianos destinados a la guerra de España.

Mes	*Ejército*	*Variación*	*Milizia*	*Variación*	*TOTAL*	*Variación*
Octubre de 1937	21.276		17.684		38.960	
Enero de 1938	17.810	–3.466	14.655	–3.029	39.069	109
Abril	16.269	–1.541	12.963	–1.692	35.608	–3.461
Mayo	16.303	34	12.228	–735	34.837	–771
Septiembre	19.674	3.371	12.009	–219	39.250	4.413
Octubre	15.161	–4.513	7.277	–4.732	28.687	–10.563

Fuente: elaboración personal desde AMAE, US, b40.

Estos datos permiten también aventurar algunas ideas sobre la composición del CTV. El primer aporte de Camisas Negras fue enorme, porque era el contingente más sencillo de movilizar, pese a su escasa formación en cuestiones de táctica militar. Esa sería la causa principal que explicaría el que fuesen los mayoritariamente repatriados en 1938, y no la que oficialmente se adujo: a saber, que se repatriaban los voluntarios para obedecer a los mandatos internacionales. De hecho, y al menos sobre el papel, todos, milicianos y soldados del ejército regular, eran voluntarios. Aunque mientras los primeros fueron retirados, los segundos fueron sustituidos. La reestructuración de nuevo del Corpo y la repatriación de soldados derivó, así, en la fusión de las divisiones de Camisas Negras y en el mayor peso, en línea con lo solicitado por Franco, del ejército regular. Pero pese a estos cambios, la labor de las tropas italianas no fue, ni mucho menos, intrascendente. Desde luego, nadie lo consideraba una marcha atrás en su importancia bélica ni política. Sin ir más lejos, el 9 de enero, y en medio del fragor de la batalla por Teruel, Mussolini insistía con impaciencia a

Berti por una rápida y decisiva intervención italiana. Las acciones, decía, del CTV no debían limitarse a objetivos menores sino que debían ser de gran impacto, y coordinadas entre las diferentes potencias que prestaban ayuda a Franco. Si se restructuraba el CTV no era para que se entrenase en la retaguardia, sino para traer más gloria a la nación.

En enero, el jefe del Estado Mayor del CTV y futuro comandante Gambara presentó un proyecto de rápida actuación con unidades orgánicas, paralelo al informe del embajador Viola para Ciano, en el que, entre otras cuestiones, le resumía una conversación con Franco. En ella, el «generalísimo» le habría explicado que después de Santander se había usado poco al CTV porque no había habido exigencias bélicas; que entendería la retirada parcial de los voluntarios; que, aunque preveía aumentar las fuerzas con la llamada a filas de nuevas quintas en instrucción —unos 40 000 hombres—, eso no supliría a los valientes voluntarios; que solo quería usar al CTV en operaciones de éxito seguro y satisfacción para el prestigio militar italiano; que la muerte de italianos suponía un problema internacional grave, además de un malgasto si tenía lugar en operaciones sin renombre; que, en todo caso, habían tenido gran importancia en Teruel por su artillería, y que les tenía gran estima por representar el apoyo tangible de la solidaridad de la Italia fascista. Eran una reserva preciosa, de perfección orgánica y gran armamento, que llenaba de seguridad y tranquilidad la retaguardia. Resultaban una incógnita para el enemigo, y la causa permanente de inquietud y perplejidad[479].

Pero, pese a estas palabras, Franco quería mantener al CTV en acciones parciales, que mantuviesen la presión y evitasen éxitos enemigos como el de Teruel —que, en opinión de Mussolini, podía tener consecuencias hasta cierto punto positivas: eliminar el peligroso optimismo, y demostrar que se podía combatir en invierno[480]—. Por eso el Duce ordenaría a Berti, de manera un tanto hosca, pedirle a Franco que decidiese lo que necesitaba, y luego ellos ya pensarían qué hacer[481]. El verbo usado por el Duce no era casual. La idea era, precisamente, «hacer». Y lo que buscaba Mussolini tenía un objetivo central: una capital republicana. Barcelona era de conquista tácticamente difícil por la distancia desde el frente, por sus fortificaciones y por la hostilidad de la

población. Valencia lo era menos, y Madrid, pese a acarrear grandes complicaciones, valía la pena por su gran importancia moral en el campo franquista, en el republicano y en el internacional. A principios de 1938, Mussolini quería que la guerra terminase en un plazo de cuatro meses con una acción que destruyese al enemigo. Pero Franco, como decía, prefería siempre acciones parciales. Por eso, a primeros de febrero Mussolini escribiría a Franco: «si este es vuestro plan, [el de la gran ofensiva y la destrucción rápida del enemigo] pedidme lo que pueda hacer. Si no lo es, está claro que la permanencia de los legionarios italianos deberá finalizar porque no tendría más objetivo». A una misiva de Franco anunciándole la llegada a Roma de su hermano Nicolás para negociar la compra del crucero *Trento* y dos destructores, Mussolini le respondería el 2 de febrero con otra «de un amigo que os ha dado y os continuará dando pruebas concretas de su amistad». En su opinión, Franco no podía contar con un desmoronamiento republicano, pues ni había cundido el desánimo en la retaguardia enemiga tras la reconquista de la capital aragonesa ni la quinta columna surgiría de manera decisiva antes de una gran victoria franquista[482]. De esos mismos días es el telegrama de Mussolini sobre la buena suerte de Franco y la célebre y lapidaria frase: «o combaten, o regresan».

No regresaron, luego combatieron. Con menos presencia, pero se mantuvieron al lado de los «nazionali». Franco respondería a Mussolini catorce días después de su misiva, agradeciéndole su preocupación por la larga duración ya de la guerra, y señalando cómo Teruel había confirmado las sospechas de que había que marchar con firmeza. Bastaba, decía, un éxito menor, local y momentáneo en una extremidad del frente para reducir la fe en la victoria final. Las guerras no se ganaban solo con las conquistas, sino también evitando ofensivas fallidas, y Franco solo buscaba aniquilar al enemigo, destruir su ejército con una victoria abrumadora. Por eso, y a la par que le solicitaba ayuda en forma de armamento para aumentar la potencia de fuego de las grandes unidades, le reclamaba a Mussolini de manera explícita que se actuase con gran cautela en relación con el empleo de voluntarios por la compleja situación internacional. No se podía hacer ostentación, por el momento. En el futuro podría ponerse de relieve la importancia de los voluntarios internacionales, pero en esa hora,

lo que tocaba era ser «muy discretos»[483].

Mussolini, convencido por sus argumentos, decidió mantener el apoyo a Franco sin fisuras. Como había señalado Ciano, «esta guerra en España debemos ganarla» y «debemos hacerlo rápido»[484]. Esa última era una opinión personal, pero la primera, la de quien realmente contaba. Y era la de apoyar a Franco sin fisuras. Así, tras volver de Italia, Berti le confirmó a Franco que las tropas seguirían en España y, que si era necesario, combatirían. En marzo se descartó un denominado «Plan V» para apoyar con un desembarco masivo la ocupación de Valencia —lo que habría supuesto una novedad estratégica de primer orden— y hacerse con una gran capital republicana. Franco, aun estando de acuerdo con el plan italiano, no dio órdenes de reconocimiento ni pareció muy dispuesto a considerar la participación del CTV como urgente. Sin embargo, y pese a todo, los italianos combatieron, y no siempre lo hicieron en la retaguardia ni como tropas de reserva. Fueron esos los meses de los bombardeos sobre Barcelona, del avance sobre Aragón y Cataluña. En marzo y abril de 1938, el CTV al completo tomó parte en la conquista de Aragón, ocupando cerca de doscientos kilómetros. Tocaba, en palabras de Amilcare Farina, combatir, y luego callar.

El comandante de las Frecce escribiría a finales de marzo unas sentidas y reveladoras líneas, en las que les daría las «¡Gracias! Estáis cumpliendo con vuestro deber […] vuestro orgullo es luchar y morir en silencio, siempre por el camino de la gloria […] mis cuatrocientos siete Flechas Negras. Todos hijos de España y de Italia, juntos»[485]. No parece que se tratase del mejor momento en las relaciones internas, que propiciaron muchas y muy cotidianas quejas por el trato a las tropas italianas y, más en concreto, hacia las integradas en las Frecce. De ahí, algunas de las respuestas en clave orgullosa y despectiva para con los españoles que se han visto en el capítulo anterior. La mayoría de los soldados habría pedido, como reconocería Berti, la repatriación. Debían a su juicio, entender que su acción era necesaria y que no eran meros acompañantes a unas tropas españolas «lentas, desconfiadas, orgullosas, desconocedoras de los métodos de guerra, celosas entre los jefes y sin sentido de cooperación»[486]. Y, sobre todo, recelosas del mando italiano. Con «buenas armas, indispensables para acabar pronto con

la guerra» y moral baja «desde comandante de compañía hacia abajo», toda impaciencia era, sin embargo, inútil. Y para afirmarlo, Berti pondría como ejemplo la toma de Alcañiz. Bombardeada el 3 de marzo por parte de quince Savoia de la Aviazione Legionaria, a lo que siguió el vuelo de tres cazas para ametrallar a la población[487], la ciudad fue ocupada por el CTV el 14 de marzo. Tras los correspondientes desfiles y loas militares, el 16 estaban listos para continuar, pero hubieron de esperar a los españoles hasta el día 26.

Este es, de hecho, uno de los temas clave para comprender la participación italiana en la guerra española, así como las notables diferencias de criterio y de *warfare* entre los españoles y sus aliados fascistas. La cuestión de los bombardeos sobre pueblos, ciudades y población civil, así como la de la guerra submarina en el Mediterráneo —con once naves hundidas y cuatro capturadas solo entre agosto y septiembre de 1937— influyeron, sin duda, en el devenir de la política internacional italiana. Los primeros, de hecho, no se detuvieron con el final de la guerra en el norte. A finales de septiembre de 1937 los italianos disponían de 376 aparatos en España, frente a los 42 de la aviación española, y hasta esa fecha habían enviado 5580 toneladas de bombas, entre las que destacaban las más de 47 000 de cincuenta kilogramos y, sobre todo, las 94 000 bombas incendiarias y las 260 000 de fragmentación («spezzoni»)[488]. Por su cercanía a la base de las Baleares e incluso a Italia (desde donde despegaron numerosos ataques sobre Barcelona), prepararon y acompañaron con mayor intensidad si cabe los avances territoriales franquistas en Aragón y Cataluña. Los bombardeos italianos de Lleida el 2 de noviembre de 1937 (que produjeron decenas de víctimas civiles, entre ellas, alumnos del Liceo), de Barbastro el 4, y de localidades aragonesas como Bujaraloz, Caspe y Alcañiz supusieron el cierre a un año de intensa destrucción lanzada desde el aire que daba pie a otro, 1938, en el que la Aviazione llevó a cabo el mayor número de ataques, y cada vez más centrados sobre la población no combatiente. Su misión consistía en «aterrorizar las retaguardias rojas, y especialmente los centros urbanos»[489].

Prácticamente todas las grandes ciudades de la costa catalana y valenciana fueron bombardeadas de manera constante y repetitiva

en estos meses, de forma combinada entre las fuerzas italianas y la Legión Cóndor alemana: más de quince veces Tarragona y Reus, por ejemplo, así como ciudades como Gavá, Badalona o Mataró. De igual modo, la Aviazione se empeñó a fondo desde su base de Logroño en la preparación de las ocupaciones territoriales en Aragón (Alcañiz, Sariñena, Fraga, Monzón) y el interior de Cataluña. En todo caso, pocos bombardeos tuvieron tanta repercusión como los de la capital republicana[490]. Desde el bombardeo de Año Nuevo del general Valle, ordenado por Mussolini y sobre el que Ciano no tuvo noticia previa, Barcelona fue sometida a una campaña de terror desde el aire. La misión de Valle tenía, como él mismo escribiría, un doble objetivo: documentar tangiblemente que los aviones italianos podían llevar a cabo acciones a más de mil kilómetros de distancia con una tonelada de bombas y «llevar el saludo de buen año a los rojos reunidos en Barcelona para meditar sobre la derrota de Teruel»[491]. Con su
S-79
cargado con 850 kilogramos de bombas y en total silencio radiofónico, el lanzamiento de las bombas desde tres mil metros (cinco mil cuando se encendieron los reflectores) cogió a las defensas por sorpresa: los artilleros debían, en su opinión, «estar festejando la Nochevieja». Como epílogo a tan repugnante informe, Valle tendría a bien agradecerle al Duce el «alto honor» de haber sido elegido para la misión y haber constatado «con legítimo orgullo» que diecinueve años después de su último bombardeo, siguiesen vivas su eficiencia física y la experiencia bélica adquirida, puestas ahora en manos de la fortuna de la Italia fascista.

Esta campaña de terror tendría su ápice en los ataques del 30 de enero y, sobre todo, del
16-18
de marzo. Hasta en ocho días de enero los aviones italianos lanzaron sus bombas sobre el puerto y el centro de la ciudad, destruyendo refugios antiaéreos como el de la iglesia de San Felipe Neri. Ciano confesó en sus diarios que nunca había leído un documento tan terrorífico como el informe sobre el bombardeo de enero, y eso pese a tratarse, diría, de solamente nueve
S-79
y un raid de un minuto y medio. Cabe repetir sus impresiones: «500

muertos, 1500 heridos. Una buena lección para el futuro», pues ponía en evidencia la inutilidad de las fuerzas antiaéreas y los refugios. La «única vía de salvación contra los ataques aéreos es desalojar las ciudades». El 16 de marzo, la Aviazione recibió la orden directa de Mussolini de «iniciar desde esta noche» una «acción violenta sobre Barcelona», en forma de «martilleo espaciado en el tiempo»: hasta trece vuelos organizados de tal manera que, en el tiempo que duraron no dejaron de caer bombas en el centro de la ciudad ni de sonar las sirenas. Demostración empírica del grado de autonomía que disfrutaba la Aviazione Legionaria respecto del mando franquista, los bombardeos de Barcelona fueron, a juicio de los estudiosos que los han analizado, ataques deliberados a la población civil en retaguardia. Los hubo a lo largo de 1938 sobre fábricas de munición y armamento, sobre puertos y aeródromos o sobre depósitos de combustible, pero ninguno de los tres casos se daba en el centro de la capital catalana.

El embajador británico en Roma llegaría incluso a plantearle a Ciano que, caso de verificarse la participación de aviones italianos en los bombardeos sobre Barcelona, intervendrían tanto los franceses como los británicos en defensa de la ciudad y su puerto. La respuesta de Ciano destilaba, a mi juicio, la mayor de las hipocresías: la dirección de la guerra, diría, correspondía solo a Franco[492]. Recuérdese que el mando de la Aviazione Legionaria dependía directamente del gobierno en Roma: la cadena decisional ni siquiera pasaba por el mando del CTV. Los de Barcelona, como los de Alcañiz, Granollers o Alicante, como después los de Sitges o Torrevieja, fueron bombardeos indiscriminados sobre objetivos militares y civiles pensados para aterrorizar a la población no combatiente y disminuir, por su aleatoriedad, la voluntad de resistencia. No es solamente una conclusión mía. Fueron las de la comisión para la investigación de los bombardeos creada en Toulouse a petición del gobierno republicano, que investigó como mínimo seis de los raids sobre Alicante, los de Barcelona en agosto de 1938 y varios sobre la costa levantina en 1939, y en cuyos informes el capitán retirado de la Royal Air Force R. Smyth-Piggott y el comandante F. B. Lejeune analizaban las distancias entre las explosiones y los supuestos objetivos (puertos, estaciones de ferrocarril), la inexistencia de grandes armamentos o fábricas de

industria bélica en algunas de las localidades investigadas[493]. Ataques deliberados sobre las zonas civiles. En ninguna de las investigaciones tuvieron acceso ni a los informes de las autoridades franquistas ni a las órdenes recibidas por los pilotos.

Los ataques perseguían, además, preparar la ocupación subsiguiente, en apoyo precisamente a las tropas del CTV. No he encontrado ninguna orden *ad hoc*, pero parece una conclusión válida a juzgar por las poblaciones bombardeadas con mayor severidad. No es casual que la acción de la Aviazione Legionaria se centrase en los lugares donde actuaban las Frecce Nere. De hecho, mientras las Azzurre, reforzadas por la artillería del Corpo, se mantuvieron en la zona del Bajo Ebro, las Nere actuaron entre el Maestrazgo y el Mediterráneo. Reforzadas y activas, serían tropas italoespañolas las que ocuparían Tortosa el 19 de abril, partiendo en dos el territorio republicano. Y fue su camino el que se vio facilitado por los bombardeos desde Logroño o las Baleares. El intenso bombardeo de Tortosa, por ejemplo, rompió enlaces defensivos y líneas de escape para el Ejército republicano, lo que facilitó su toma cuatro días después. La Aviazione fue, siguiendo órdenes de Roma, la que abrió el camino para que las Frecce fueran las tropas conquistadoras, las de los grandes éxitos en batalla, las que no repetirían el desastre de Guadalajara. «Nos asomamos al Mediterráneo, liberado, en esta parte de la orilla, de la barbarie de los anti Cristo y los anti Patria», escribiría en su orden del día Piazzoni. Terminaba un ciclo simbólico abierto en el Cantábrico y cerrado en las costas del mar común, símbolo de fraternidad, diría, como el propio símbolo de las flechas negras: flechas falangistas, negras como las camisas fascistas[494].

La posible retirada de los voluntarios italianos no estaba, pues, exenta de problemas, al plantearse en un contexto en el que Mussolini hacía constantes demostraciones de fuerza sobre la España republicana y forzaba, así, las condiciones favorables que acabaron plasmándose en los acuerdos angloitalianos del 16 de abril de 1938, los Patti di Pasqua. Entre otras muchas cuestiones, y dentro de la política británica de apaciguamiento de las potencias fascistas (y de presunta desactivación de sus alianzas internas), se reconocía tácitamente el imperio italiano en África oriental, se acordaba el mantenimiento de la paz en el Mediterráneo y se

aceptaba la retirada de los voluntarios de España, que se haría efectiva en octubre, una vez la URSS aceptase el plan británico[495]. Eso no supuso, en todo caso, el cese inmediato de hostilidades, pese a que en apariencia el gobierno británico lo creía muy cercano. Para ello, se basaba en la debilidad republicana, demostrada en Teruel y acrecentada por los constantes, martilleantes bombardeos de su retaguardia, que se mantuvieron activos durante todo el año, la mayoría de las veces sobre objetivos ya golpeados con reiteración: Barcelona, Tarragona, Reus, Castellón, Valencia, Sagunto, Alicante. El mercado de esta última fue bombardeado el día 25 de mayo, produciendo más de trescientos muertes. Solo unos días después, los Savoia-Marchetti se lanzaron sobre Granollers, ciudad muy poco preparada para los bombardeos, dejando más de doscientas veinte víctimas en tierra[496].

Así pues, pese a las amenazas y los pactos, las tropas italianas participaron en la primera mitad de julio en el sur de Teruel. Y lejos de retirarlas, llegaron nuevos complementos en mayo (dos mil hombres), junio (cuatro mil) y julio, cuando desembarcaron en Cádiz dos mil quinientos complementos ya decididos con anterioridad, y mil quinientos nuevos. Pese a que Ciano señalase en sus diarios que eran una orden personal del Duce y que debían mandarse en pequeños contingentes y con ropas civiles, algunos estaban ya preparados desde diciembre, cuando la ofensiva republicana en Teruel obligó a una petición de ayuda militar urgente a Italia y Mussolini aprobó la creación de diez batallones de complementos de infantería y uno de Camisas Negras, con cincuenta y tres oficiales[497]. Entre el 13 y el 24 de julio intervinieron al completo en la ofensiva sobre Valencia, suspendida el 25 a causa del paso del Ebro por parte de las tropas republicanas, en cuya batalla participó por completo la artillería y la sección de carros de los italianos. Mientras la Littorio quedaba en la zona de Castilla en reserva, la XXIII Marzo permaneció primero en reserva y después, en septiembre, fue utilizada en la contraofensiva del sector de Javalambre.

En todo caso, que se mantuviesen las tropas y que combatiesen con más o menos fortuna, no sirvió siempre como contrapeso a las aspiraciones fascistas de lograr grandes victorias que —una vez fuera de la Sociedad de Naciones y con la plena asunción

internacional de su beligerancia *de facto* en España al lado de su aliado natural— diesen el prestigio internacional en el terreno de batalla a una Italia en buena medida dependiente de su adscripción como aliada a la política exterior alemana. Por eso, Mussolini aprovecharía los momentos de mayor visibilidad para lanzar sus más o menos veladas amenazas de retirada de tropas. Ya lo hemos visto en el contexto de Teruel. En el del Ebro volvería a hacerlo. Primero en julio, cuando avisó que ante la complicada situación internacional, solo podrían enviarse pequeños grupos de especialistas y complementos. Y sobre todo en agosto. El 20 Berti se reunió con Franco y le expuso las tres posibilidades reales que, según Mussolini, existían en ese contexto para el futuro de un CTV necesitado de oficiales para «dar la acción decisiva» y de soldados para unas divisiones que no sumaban más de cinco mil soldados cada una, es decir, la mitad de las divisiones españolas. La primera posibilidad sería el envío de tres divisiones, la segunda, el envío de diez mil complementos (es decir, entre dos y tres divisiones completas) para mantener su eficiencia, y la tercera la retirada de la infantería, dejando en España a ingenieros, carros, aviación e ingeniería, aumentando eso sí su cantidad y calidad. Esta última era, de hecho, la solución que el Duce consideraba mejor y «más totalitaria» ante el cansancio de las tropas del CTV constatado por Berti, y ante una situación internacional compleja. Así, a la vez que el gobierno italiano ratificaba su intención de dar apoyo incondicional a Franco hasta alcanzar la victoria total, le recriminaba que para ello necesitaba conocer sus planes concretos. Como decía Ciano, si Franco estaba decidido a renunciar a las tropas extranjeras, debía despedirlas con todos los honores y no permitir que su retirada se debiese a «humillantes formalidades» del Comité de No Intervención. En palabras de Berti, la noticia de la posible retirada produjo en Franco una «profunda impresión». Cuando se enteró, Mussolini le escribió a su comandante del CTV que no pretendía que el Caudillo tuviese la impresión de que lo abandonaban en un momento en que las cosas no le iban bien. «Mi estilo es estar al lado del camarada hasta el final»[498].

Por eso, propuso una reorganización que permitiese la fusión de las divisiones Littorio y XXIII Marzo, y la repatriación de parte del Corpo, los que llevasen más de un año y medio en España: unos

diez mil[499]. El capitán Agostino Uberti, en viaje por España en agosto de 1938, escribía muy optimista que «por los contactos tenidos con los oficiales, resulta evidente que la masa de voluntarios se mueve por un altísimo espíritu», pero que, «sin embargo, algunos querrían volver a Italia, pues consideran terminada su labor»[500]. Ciano no escondería, sin embargo, su preocupación ante una situación de queja constante por parte de los legionarios italianos, quienes según Ettore Muti eran personas que «desde hace más de 22 meses combaten en el extranjero», sin estímulo alguno «por parte de un país que solamente se aprovecha de ellos, que no ve a sus familias ni se ocupa de sus propios intereses», lo que hacía «humanamente comprensible que sientan el deseo de regresar a casa». Más en un contexto como el del Ebro, en el que la infantería no participaba en los combates —según él, por envidias pasadas— y la aviación y la artillería, inútilmente desaprovechadas, adolecían de «la ineptitud de los nacionales en la conducción de la guerra». En Gandesa, decía Muti, se desperdiciaban los medios sin logro táctico alguno. Y en esas condiciones, «el uso de nuestras unidades representaría un sacrificio inútil de legionarios, es más, el peligro de verlos envueltos en acciones poco afortunadas», hasta el punto que Gambara habría pedido la dimisión en la jefatura del Estado Mayor del CTV durante la batalla del Ebro. «El comandante [Berti] atraviesa un periodo de escasa serenidad», señalaría Viola, «obsesionado por una morbosa forma de persecución que le hace ver enemigos por todas partes, en España y en Roma». «Gélido y lúgubre», en palabras de Muti, los soldados ya no tendrían confianza en él, mientras que Gambara sería muy necesario para conducir el CTV[501]. Sin embargo, ninguna de esas era la solución real. En su opinión, los españoles esperaban «con ansia que termine la pesadilla de la presencia de los Legionarios italianos».

O Muti era un visionario o su opinión era muy tenida en cuenta en el Ministerio de Ciano, ya que sus propuestas fueron llevadas a cabo casi en su totalidad. O, más claramente, el contexto político europeo obligaba a una toma decidida de posturas que permitiesen mantener el apoyo a Franco, en un contexto cambiante en el que la participación del Eje en la guerra española suponía un elemento de tensión si no a la altura de las reivindicaciones territoriales alemanas sobre Checoslovaquia, sí desde luego de gran importancia,

sobre todo bilateral. Ante el cariz de los acontecimientos en el verano de 1938, las amenazas de intervención en suelo español por parte de los gobiernos de Francia e Inglaterra y, más en concreto, de invasión francesa de Cataluña y el Marruecos español fueron, de hecho, reales y constatables. Tuvieron lugar inmediatamente antes del Pacto de Múnich. Y llevaron a la solicitud a Italia del envío urgente de cincuenta mil fusiles y veinte millones de cartuchos para defender el territorio colonial africano.

Sin embargo, era evidente, al menos para el ministro de Asuntos Exteriores Gómez Jordana, la imposibilidad franquista de defenderse de un ataque francés[502]. Así, y para conjurar tales amenazas, hubo de ratificar una eventual neutralidad española caso de declararse un conflicto europeo a gran escala, aunque más tarde el ministro español asegurase que esa había sido una interpretación malintencionada, una tergiversación de un periodista francés. Esa eventual neutralidad molestó, y mucho, a alemanes e italianos. Ciano llegó a escribir al respecto: «¡qué asco!». No era de extrañar. Para el Eje, la confianza en una beligerancia española futura no era solo una cuestión de política general, sino un problema vital. Ciano quería tener en España, «con la máxima urgencia», las condiciones más favorables desde el punto de vista estratégico militar, de cara a un futuro conflicto mundial. Por eso, entre otras cosas, se estaba derramando sangre italiana en España. Cuando por fin el 22 de septiembre Jordana pudo hablar con Ciano, este le señalaría que tal posibilidad de guerra europea ya no existía y que lo «único sólido en Europa» era el Eje. Con todo, tras el «incidente de la declaración de neutralidad» el gobierno de Franco buscaría una colaboración todavía más estrecha con el fascismo italiano, favorecida también por la actuación expansionista alemana y por el impacto negativo de la Kristallnacht. La solución a la crisis supuso, así, un reforzamiento de la posición italiana frente a la alemana. De ahí las misiones españolas en Italia, como la que encabezaría Pilar Primo de Rivera, la petición de colaboración del Ministerio del Interior para la constitución de una industria cinematográfica nacional y, en general, el que se esperaba mayor y más intenso intercambio cultural con Italia[503]. Nada como una crisis y una amenaza de ruptura para reforzar a corto plazo los vínculos bilaterales. A la larga, resulta más complicado identificar esa solidaridad: no debe

olvidarse que, cuando la Italia fascista estuviese realmente en apuros en los Balcanes, en Grecia o en África durante la Segunda Guerra Mundial, no tendrían jamás a su lado a ningún combatiente español devolviéndole la fidelidad demostrada en la Guerra Civil.

Con todo, el contexto de mayor presión internacional tuvo una respuesta clara por parte del gobierno italiano: la decisión de retirar unos diez mil voluntarios de España. Para preparar la retirada, Jordana escribiría una misiva a Mussolini en la que alababa su «gran talento y experiencia política», subrayaba los peligros para Italia de la derrota de la España nacional en una guerra contra Francia, solicitaba el envío de más armas pues, con ellas, ya habrían podido ganar la guerra, y mostraba, por fin, la retirada de los voluntarios como «un triunfo más que añadir a los muchos que logró». Las amenazas francesas serían, de hecho, clave para el mantenimiento del apoyo fascista a Franco: caso de perderlo, se decía, España caería en manos «rojas», y generaría un enemigo más para la propia Italia de Mussolini[504]. Jordana, sin embargo, tenía de cara a su propio gobierno una perspectiva diferente. Era fundamental, a su juicio, mostrar la retirada de los voluntarios como el resultado de un expreso deseo español, y no como parte de la negociación italiana en Europa: que el «sacrificio no sea explotado exclusivamente por Italia»[505]. Lo cual venía a significar, sobre todo, su uso como moneda a cambio del reconocimiento de beligerancia y, de cara a los aliados italianos, la presión moral para evitar que se guardasen las armas de cara a un eventual conflicto europeo. A juzgar por la insistencia con que aparece en la documentación militar y diplomática, ese era casi un dogma de fe: la España «nacional» tenía disponibilidad humana para organizar veinticinco divisiones, ganar la guerra y apoyar a Italia caso de un conflicto internacional, pero no tenía con qué armarlas. Como veremos y es de sobra conocido, la incapacidad armamentística, económica y de infraestructuras militares en España sería la razón esgrimida tanto para reclamar más y mayores ayudas como para negar las propias cuando les fueron reclamadas.

El 2 de octubre Mussolini y Ciano decidieron comunicar al embajador británico, lord Perth, la retirada de España de los diez mil voluntarios italianos, aunque reservándose aumentar el contingente en el futuro. Con su telegrama del mismo día, en el que

por cierto haría mención explícita en la romana Casa Madre de los mutilados a los más de mil mutilados excombatientes de África y de España[506], el Duce dispuso que el mando del CTV procediese a la vuelta a Italia de esos diez mil legionarios en cuatro vapores, por criterio de «ancianidad en España». Evidentemente, se trataba de una noticia conocida con antelación, dado que el mismo 2 de octubre fue la fecha elegida para hacer en España la versión patria de la correspondiente jornada de solidaridad italoespañola que, con Millán Astray como máximo representante, había tenido lugar el 29 de mayo en Italia[507]. Esta vez consistió, no por casualidad, en la imposición de condecoraciones a unidades españolas y del CTV. En palabras de Franco: «Os entregamos el amor de un pueblo y rendimos el homenaje de la España Nacional a esa Italia Grande, a la Italia Imperial que conserva puros los tesoros de espíritu de la Roma Inmortal». A lo que Berti respondería cómo el honor a los voluntarios por parte de Franco «nos conmueve y excita los sentidos del más vivo reconocimiento». Jornada de fraternidad de armas entre italianos y españoles en esta «guerra de independencia de España» en la que los legionarios corrieron a «servir a España y a defender la civilización contra la barbarie», obra «grande y santa» para el triunfo de la «paz con justicia», de la familia, la Patria y Dios, la lucha por un ideal, concluiría el comandante del CTV, «no requiere compensación». Lo único que se llevarían a su marcha sería el sincero afecto de los españoles[508]. Eso, la «admiración de nuestro amado Caudillo, el salvador de España y el benefactor de la Humanidad, junto con Mussolini y con Hitler», en palabras de Millán Astray. Y el recuerdo, para quien lo comprendiese, de la delirante alocución del fundador de la Legión, para quien:

> […] vuestros muertos aquí quedan junto a los nuestros para siempre, y los brazos de los mutilados gloriosos legionarios italianos dándose la mano para siempre con los españoles. Este legado glorioso de las cenizas de vuestros muertos y de los miembros de vuestros hombres es la más preciosa raíz de la amistad de nuestros pueblos.

«Vuelven a su Patria», podía leerse en *Amanecer* el 15 de octubre, «los que vinieron a luchar por la unidad, la grandeza y la libertad de la nuestra», con la promesa de «conservar en las tierras mediterráneas el espíritu eterno e inmutable de la revolución

fascista y de la nacionalsindicalista. Voluntarios italianos caídos por la nueva civilización, ¡presentes!». El embarque de los 10 151 hombres (4676 del Ejército y 5076 de la Milizia) tuvo lugar en Cádiz el 16 de octubre. Franco, que quería darle al acto el «mayor esplendor»[509], le solicitó por telegrama a Queipo de Llano que preparase al menos dos bandas de música y entre diez mil quinientas y once mil cestas con jamón, dulces, pasteles y vino. El día 18 Franco le escribía a Mussolini en agradecimiento por su ayuda en la liberación de la invasión comunista, y este a su vez le respondía que la Italia fascista seguía y seguiría en el futuro siempre a su lado hasta la victoria, la de la España nueva, fuerte y heroica con la que le unían los nuevos lazos de la sangre derramada[510]. El día 20 les pasó revista en Nápoles el «Rey Emperador» Vittorio Emanuele III, el 26 visitaron a Mussolini en el Palazzo Venezia trescientos oficiales repatriados de la Littorio y la XXII Marzo, y el Duce alabó su valentía en la defensa de la causa de Franco y de la civilización europea[511]. El 29 fueron finalmente desmovilizados.

La guerra, sin embargo, no había terminado. Para afrontar lo que quedaba de ella se llevó a cabo la remodelación del 24 de octubre de 1938, en la que se puso al mando del CTV al general Gastone Gambara y en la que la base de la fuerza italiana sería la nueva División Legionaria de Asalto Littorio, pero donde el grueso operativo recaería sobre las divisiones mixtas Frecce (Nere, Azzurre, Verdi), a las que se sumarían las agrupaciones de carristas, ingenieros y los centros de instrucción (escuela central y centro de complementos y adiestramiento). El gobierno fascista, telegrafiaría entonces Mussolini a Franco, se mantenía «firme en su intención de darle apoyo incondicional hasta lograr la victoria total». Y una vez más, precisamente por ello querría «conocer los planes para poder tomar en base a ellos sus propias decisiones. También considera [Mussolini] indispensable la creación de una masa de fuerzas que puedan evitar posibles iniciativas rojas que paralicen las acciones en curso»[512].

Como es bien sabido, el desgaste que supusieron la ofensiva y la contraofensiva del Ebro pasó gran factura al Ejército Popular de la República que, cuando se dio por finalizada la batalla, prácticamente daba por perdida la guerra. Con la Aviazione

Legionaria y la Legión Cóndor abriendo el camino, y tras recibir órdenes directas de Mussolini, el CTV sería un cuerpo muy importante en la ocupación de Cataluña. La enérgica ofensiva de ocho días sin protección a los lados, rompiendo la arteria Lleida-Tarragona y rodeando las defensas de Líster hasta Igualada (una suerte de nueva *guerra celere*) habría posibilitado la caída de Barcelona, con un empuje que habría obligado a asumir más riesgos al mando franquista y que se concretó en la toma de 16 500 de los 40 000 prisioneros hechos por el Ejército del Norte. Entrando en las Borjas Blancas y en Igualada el 23 enero, el CTV intervino también en Terrassa y Sabadell, hasta alcanzar el norte de Barcelona y Badalona el 25 de enero. Según su propia estimación, los legionarios ocuparon 151 pueblos y seis ciudades sin contar Barcelona y Tarragona, marchando sobre 258 kilómetros de terreno «atrozmente difícil» por las destrucciones enemigas. Del total de bajas del Ejército del Norte, treinta y nueve de los setenta oficiales muertos eran italianos, al igual que doscientos de los trescientos cincuenta oficiales heridos, trescientos dieciséis de los seiscientos veinte soldados muertos de las brigadas mixtas, dos mil de los cuatro mil heridos[513]. No fue, pues, una campaña menor, pese a la escasa importancia que, ante el deslumbramiento propio de la entrada en la guerra, de Guadalajara y de Santander, suele concederle la historiografía.

«Diga a Franco que me complazco por el brillante desarrollo de las operaciones de sus Ejércitos y que aprecio su decisión de que fuerzas representativas del CTV entren en Barcelona junto con las Nacionales», escribiría Mussolini a Gambara el día 23[514]. Sin embargo, antes incluso de que lo hiciesen el CTV y las tropas franquistas en una columna motorizada desde Sant Andreu, Carlo Basile, inspector de los Fasci Italiani
all'Estero,
lo había hecho ya según su propio testimonio (de dudosa fiabilidad) a las tres de la tarde del 26 de enero. Desde el norte de la ciudad, en coche, por las vías desiertas de la periferia, acompañado de un chófer italiano y un teniente español. Temerosa al principio, diría Basile, pronto la gente habría comenzado a gritar enloquecida el nombre de Franco, y al reconocerle italiano por su uniforme, el del Duce. Abrazado, arrastrado por la multitud, hizo su camino hasta la

Casa de Italia, de la que tomó posesión, en una suerte de delirio colectivo mayor incluso, según dejaría escrito, que los de Málaga y Bilbao, con las mujeres llorando y los hombres con los ojos fuera de sus órbitas[515]. La liberación de Barcelona suponía un nuevo capítulo en la «historia de la Nueva Europa que estamos creando», diría Mussolini desde su balcón del Palazzo Venezia el día 26, sobre las ocho menos cuarto de la tarde. «Las magníficas tropas de Franco y nuestros intrépidos legionarios no solo han vencido al Gobierno de Negrín: muchos otros de nuestros enemigos muerden el polvo en este momento». Y acabaría: «hemos pasado, y os digo que pasaremos»[516].

Testimonio sagrado

El uniforme limpio, sin polvo ni manchas, con especial atención a las abotonaduras. Botas entintadas, cascos iguales, sin correajes colgando, calcetines del mismo color, corbatas negras, sin bufandas, y nada de decoraciones al cuello. Afeitados, bien peinados, con los correajes, las bolsas y los cinturones arreglados y a la altura del ombligo, con la hebilla al lado izquierdo y la bayoneta apoyada a la altura del hueso de la cadera: no sobre la tripa ni sobre la espalda. La formación, sin equipación, de 28 filas de 18 hombres uniformes en altura incluidos los oficiales, todos al paso. Marchando fuera de la fila solamente el comandante de batallón. Lo más importante era dar imagen de uniformidad. La revista de Barcelona del 21 de febrero, para la que se daban estas instrucciones, debía «constituir un espectáculo de fuerza, orden y belleza. Son evidentes las razones que empujarán a numerosos observadores a llevar la mirada a nuestras formaciones»[517].

Un desfile militar, sobre todo uno de victoria y liberación, es orden, pulcritud y limpieza, justo lo contrario a una guerra. Pero representa bien la idea que de la guerra quiere mostrarse: poder, obediencia, uniformidad, belleza. Y, efectivamente, razones para mirar con especial atención a las tropas italianas, desde luego, no faltaban en febrero de 1939. Y más en Barcelona. A fin de cuentas, formaban parte del contingente responsable de los bombardeos que había sufrido la ciudad y prácticamente todo su entorno durante largos meses, del que acababa de ocupar Girona frente a las últimas

resistencias republicanas en Cataluña, y del que venía siendo utilizado en la arena política y diplomática, tras la retirada de los voluntarios en octubre, como elemento de negociación internacional. Gambara pedía que los soldados, acostumbrados a la marcha bajo el sol, al bombardeo y el olor a pólvora y mierda, desfilasen limpios y ordenados, que quien no pudiese seguir el paso no desfilase, que los correajes sobre el mentón se cortasen, que no levantasen el brazo en exceso en la presentación de armas a las autoridades. En definitiva, que no resultasen ridículos, y proyectasen el orgullo de la fascistidad.

Unas semanas antes, el CTV había tomado parte en la última gran operación sobre Cataluña, la ocupación de la ciudad de Girona, a cuyas puertas llegaron las tropas de Gambara a las nueve de la mañana del 4 de febrero, según la narración del corresponsal de *Il Popolo d'Italia*[518]. Tras haber acelerado la marcha con las operaciones nocturnas del día anterior, a las diez y media se dio orden de entrar en el casco urbano. Ya las doce menos veinte, la bandera legionaria ondeaba en el ayuntamiento de una ciudad llena de «edificios en llamas, incendiados por los rojos antes de huir», cuyo humo hacía de paraguas precioso, mientras la masa «aclamaba a la división liberadora». Un «grito formidable emitido por miles de voces saluda al General Gambara» y al heroísmo de sus tropas. Sin embargo, esa no parece corresponderse con la opinión del mando español, que no ahorró en críticas. Las características principales de la acción del CTV eran, según un informe sin firma pero que podría corresponderse con la opinión de Dávila, la despreocupación y el desembarazo, la rebeldía del mando, el descenso de tono desde la marcha de Berti, la inmadurez de Gambara, «todo corazón e impulso» y el exceso de bajas en relación con los objetivos logrados, pese a unas «circunstancias extremadamente favorables» que habían evitado la exteriorización de «incompetencias lamentables». El CTV, decía, creía «librar su batalla, cuando la batalla era la del Ejército del Norte»[519]. Dávila y el mando del Ejército del Norte quedarían muy insatisfechos por la actuación que los italianos mostraban como heroica, victoriosa, irrefrenable, decisiva para la suerte de la guerra y de España. Sin embargo, la propia evolución de la guerra

dejaría en suspenso quién tenía razón.

Ya las divisiones italianas eran pequeñas y, ante la ofensiva final franquista tras la ocupación de Cataluña, se integraron en el Ejército del Centro. Hacia el final de la guerra, el CTV suponía un porcentaje muy pequeño dentro de un ejército que, en abril de 1939 (momento, según Gambara, de su mejor organización militar), contaba con catorce quintas y tres grandes Ejércitos (Levante, Centro, Sur) sobre quince cuerpos de ejército, cincuenta y cuatro divisiones de infantería, dos de caballería y cinco de reserva, que sumaban, decía, un total aproximado de un millón de hombres. Sin embargo y como tal, el contingente italiano se mantuvo relativamente estable. Los 28 362 hombres de enero de 1939 crecieron hasta los 29 882 en marzo, y cuando finalizaba la guerra sumaban 33 772, un incremento de casi cuatro mil efectivos exclusivamente encuadrados en el Regio Esercito. La desproporción con respecto a la Milizia Volontaria se hizo cada vez más evidente a medida que pasaron los meses, con un resultado final en el último mes de guerra de 20 579 soldados y 6145 Camisas Negras, algo más de una tercera parte del total[520].

Aun así, su importancia cualitativa no disminuyó. Durante la llamada ofensiva de la victoria, los italianos cubrieron en cuatro días la distancia desde Toledo hasta Alicante, pasando por Madrid, Guadalajara y Albacete. La Aviazione Legionaria, por su parte, cubriría tras la ocupación de Cataluña fundamentalmente la zona de Levante, de Valencia a Cartagena, pasando por Alicante y Gandía —que tuvo el triste honor de ser la última localidad bombardeada por la aviación italiana, el 28 de marzo de 1939—, y del centro, sobrevolando Madrid, Guadalajara o Alcalá de Henares. Antes también se había lanzado sobre uno de los pocos objetivos que se habían resistido al ejército sublevado, la isla de Menorca. Su bombardeo del 8 de febrero empezó con el lanzamiento de octavillas propagandísticas, en las que se daba un margen de cuatro días para rendirse antes de ser atacados. En esos días el comandante de la aviación española, Sartorius, era también el encargado, sin que se notificase al mando legionario, del inicio de negociaciones con «los rojos de Mahón». La rebelión de Ciutadella ante la posibilidad de los bombardeos la puso de lado franquista el 7 de febrero pero, aun así, ante la disyuntiva de atacar o no la isla, los

italianos decidieron hacerlo: no solo ametrallar a las columnas que se dirigían contra los insurrectos, en una suerte de guerra civil dentro de la isla, sino directamente bombardear Mahón, contra la decisión del mando franquista, Moreno, de que no se bombardease la isla, ya que los «rojos» se rendirían al día siguiente. Por la noche, de hecho, los «criminales rojos» se retiraron y los mandos se embarcaron en el *Devonshire*, de bandera británica. Para el mando italiano, la rendición de la isla había sido fruto de la acción intimidatoria de la aviación.

La guerra tocaba a su fin. De nuevo, y al igual que cuando Barcelona, la caída de Madrid en manos del ejército franquista se acompañó de una manifestación bajo el balcón del Duce. El 28 de marzo por la tarde, y ante las aclamaciones que llegaban desde la plaza, Mussolini saludó la derrota del bolchevismo. Así acaban, diría, los enemigos de Italia y del fascismo[521]. «Del gran y sangriento esfuerzo va a surgir la España de mañana, libre, unida, fuerte», le diría a Franco en telegrama al día siguiente[522]. Para Ciano era una «nueva y formidable victoria del fascismo, posiblemente la más grande hasta ahora». Como diría Gambara a sus soldados una vez tomado Alicante: «se acabó. Hemos vencido, totalmente, definitivamente […] Legionarios, abrazaos», pues el suyo era «el abrazo de dos pueblos, la unión cimentada con la sangre vertida en común. Vuestro abrazo es un juramento de indisoluble fraternidad»[523]. De nuevo, el desfile militar. Primero por la capital de España, una vez derrotado definitivamente el enemigo: una derrota que, según escribiría Ciano en sus diarios, tenía el nombre de Mussolini. Y después, el 11 de mayo, en una Logroño engalanada para la ocasión, con misa en el paseo del Espolón y discurso de Serrano Suñer, enaltecedor del «deber, perpetuamente servido, de mantener el decoro, la libertad» de España, del que los legionarios fueron portadores.

La decisión de la retirada final del CTV, el 31 de mayo, ponía fin al grueso de las operaciones militares en España. Las órdenes recibidas por Gambara hablaban de que, tras la revista de Madrid, se concentrase a todos los italianos en la Littorio para proceder a su repatriación desde Cádiz, y que los pocos que quedasen de las divisiones Frecce, lo hiciesen desde Alicante[524]. Concentrados unos veinte mil (1010 oficiales y 19 410 soldados) en la ciudad

andaluza, partían hacia Nápoles el 1 de junio. En su despedida, Giménez Caballero (a quien el embajador Viola detestaba, pero que había dado varias conferencias para los CAUR y en proyecciones de películas del Istituto Luce, siempre por supuesto en retaguardia) recordaría, en una explicación muy parecida a la que realizaría después Serrano Suñer:

> […] vinieron al final del año 36, al escuchar el grito de horror y de desesperación que diera España, cuando sintió su cuello atenazado por las manos asesinas y viscosas de las democracias marxistas. Que acudieron a España como una madre acude al grito de una hija en peligro. Que así ha sido siempre —y será— Roma en la historia de España: una *Madre*. Franco dio la «cuarta llamada filial a la Madre Roma», que vino dando su sangre y trayéndonos sus normas […] sin pedirnos nada. Sin exigirnos nada. Dejando solo a nuestra gratitud de hijos […] el pago de tanto amor y desinterés[525].

A la llegada, los recibía el monarca acompañado de Ciano. Mussolini esperaría, como un año atrás, en Roma. Suyas fueron las primeras palabras de bienvenida, que hablarían de la guerra victoriosa contra las democracias y el bolchevismo, de la unión sellada con la sangre entre Italia y España, de los sacrificios italianos sobre los que resurgía la España de Franco, una, grande y libre. Y añadiría, a modo de resumen de su importancia en la arena internacional: «Durante treinta meses habéis sido la pesadilla —literalmente— de las plutodemocracias, y esto os debe enorgullecer […]»[526].

Con ellos viajaba Serrano Suñer, quien sería recibido por el Duce en el Palazzo Venezia el 7 de junio, en una suerte de cierre final de la intervención fascista en España. A los brindis, Mussolini subrayaría la «solidaridad fraternal», entre los dos países. Ellos habían sentido desde el principio que en la lucha española había una prueba decisiva para la suerte de Europa y de su civilización, y por eso no habían dudado en dar su apoyo abierto desde el primer día hasta la victoria final, creando una hermandad de sangre, de armas, de espíritus y voluntades. Serrano le respondería, a modo de entrega y de cierre de la aventura italiana: «venimos a esta gran Nación que vuestro genio ha reencarnado en Imperio. Ya están aquí todos los legionarios de Italia». Aunque, de hecho, no todos: casi

cuatro mil «quedan allí junto a muchos miles de soldados españoles […] sepultados sus cuerpos pero no así sus nombres, su espíritu y su memoria porque bien sabéis, Duce, que a los héroes no hay en la tierra, tierra bastante para cubrirlos». Y vale la pena detenerse en la explicación global dada por el ministro, ya que según él, y al contrario de lo que hemos demostrado los historiadores, la intervención italiana habría sido reactiva y posterior a la llegada de voluntarios en defensa de la República: cuando un día por el «Pirineo se descolgaron en tropel sobre España hombres de todas las razas y países» para luchar contra la verdadera España, «solo entonces la Italia fundadora», una de las «naciones decentísimas y humanitarias» atenta a los sufrimientos perpetrados por los rojos en sus *chekas* y en las calles, «vino a cumplir con el deber de defender su propio patrimonio espiritual y a solidarizarse, generosamente, con la nación hermana del otro lado del mar latino»[527]. Sabemos bien, y aquí así se ha demostrado, que Serrano, una vez más, mentía.

Esa amistad, unidad, hermandad de sangre y trinchera, y esa prueba de plomo a las que aludieron el líder fascista y el no menos fascista ministro español debían ser las que garantizasen a España un espacio de fuerza en la nueva Europa naciente. En un continente de paz armada, la victoria de las armas franquistas garantizaría la paz «que nos permita ser fuertes, no una paz que nos convierta en esclavos». Una paz basada en la amistad fascista que, en palabras de Kindelán (quien también viajó a Italia acompañando a los aviadores legionarios, aunque de este viaje se tengan muchas menos noticias), se podría ver ratificada en los frentes de una futura conflagración europea, con las alas españolas y las italianas unidas por los cielos continentales[528]. Una amistad, en definitiva, que era también alineamiento político, desde el momento en que España anunciase su entrada en el Pacto contra la Internacional Comunista del protocolo del 25 de noviembre de 1936 o Antikomintern, anunciada el 8 de abril aunque la invitación y la decisión del gobierno español datasen de febrero y, de hecho, ya en noviembre de 1937 Franco hubiese expresado al embajador Viola su deseo a título personal de una próxima adhesión.

Para Jordana, se trataba de una entrada «en el orden natural de las cosas». Con anterioridad al pacto la España de Franco estaba

empeñada, se diría, en la lucha contra el comunismo, una lucha «de ideologías y conceptos morales de valor universal», con la entrega de la «más valiosa sangre de su juventud convocada por Franco a las armas». Los carniceros de Stalin «habían invadido por las fronteras de la Democracia el suelo sagrado de España llenándolo de surcos sangrientos». Y frente a «aquella amistad de los paladines de la democracia con las hordas del Kremlin», españoles, alemanes e italianos «sellábamos con sangre […] una hermandad de héroes»[529]. En palabras de Franco a Mussolini, España sería siempre «el más sólido baluarte contra el comunismo»[530]: una cercanía que se vería ratificada en la visita de Ciano a España en julio que, a juzgar por una nota de la embajada de España en Roma del 17 de julio, había tenido una «acogida sin precedentes» y había supuesto un «verdadero plebiscito nacional», reflejo de cómo las masas «participan en el programa de amistad hispano-italiano»[531]. De hecho, los periódicos de esos días se llenaron de hipérboles y exageraciones, pero también de muy interesantes elementos explicativos sobre la naturaleza de la victoria «nacional» y de sus aliados europeos muy del agrado, según señalaría, del propio Mussolini.

Unos pocos ejemplos pueden dar idea de la importancia que se dio en España a la gira del yerno del Duce. «Bienvenido sea el conde Ciano, cuyos blasones de sangre son también de inteligencia, intrepidez y sensibilidad» (*Madrid*, 14 de julio); «Merece el agradecimiento de España entera puesta en pie al paso de un hombre que día y noche […] no perdía uno solo de los movimientos de nuestros enemigos […] por su inteligencia, su juventud y amor a España, nos guardaba virilmente las espaldas contra la puñalada extranjera» (*Arriba España*, Pamplona, 14 de julio); «Sevilla entera vibrará hoy en calor de hermandad sagrada unión con la Italia Fascista […] encendido homenaje a Italia, al Duce y a su ministro Ciano» (*Fe*, Sevilla, 16 de julio); «No conocemos en el transcurso de los últimos siglos una visita tan hondamente significativa […] el intérprete más fiel y capacitado del pensamiento genial concebido por la mente titánica de Mussolini […] llega a España precedido de unos heraldos insobornables: los muertos legionarios» (*El correo Español*, Bilbao, 11 de julio); «Un perfecto romano» (*Sur*, Málaga, 11 de julio); «Recuerdo […] para los italianos que cayeron en nuestra

Patria, a la que voluntariamente habían venido para luchar por nuestra libertad y dar en nuestra tierra la batalla a la amenaza del soviet» (*Unidad*, San Sebastián, 12 de julio); «Si la desviada Barcelona del catalanismo pudo dirigir sus miradas falsamente culturalistas hacia un latinismo de Liceo, la Barcelona de España, la Barcelona de Franco, levanta intuitiva y digna su mirada a la viva latinidad mediterránea» (*El Correo Español-El Pueblo Vasco*, Bilbao, 12 de julio); «No viene a sellar un pacto, sino a juntar su pecho con el pecho español en un abrazo de amistad» (*El Norte de Castilla*, Valladolid, 7 de julio); «Dos pueblos que, después de largos años de separación y olvido, vuelven a encontrarse en el camino áspero glorioso del servicio a la civilización amenazada» (*Libertad*, Valladolid, 7 de julio); «Recuerda por su complejidad humana a los mejores ejemplares del Renacimiento. Acción y pensamiento parecían que andaban divorciados en el mundo moderno hasta que el fascismo vino a reunirlos de nuevo» (*El Correo Español-El Diario Vasco*, 27 de junio); «Político y combatiente, estadista y escritor, ejemplar representativo de la Italia resurgente, joven, impetuosa, ambiciosa de poder, henchida de las grandes virtudes que permitirán ofrecer a la historia el gran espectáculo de una nación levantada desde un profundo abismo a las alturas luminosas de la gloria en el breve espacio de un par de decenios» (*Heraldo de Aragón*, Zaragoza, 9 de julio).

Tanto en las palabras de Ciano como en las de Serrano, y claro está en las de Mussolini o Franco, no habría atisbo de enemistad, interés, deslealtad o envidia, sino exclusivamente de agradecimiento y reconocimiento. Según Ciano, en declaraciones recogidas por Giménez Arnau para la agencia EFE mientras viajaban rumbo a España, los italianos habían compartido, «durante tres años […] día a día, su heroica lucha con el pueblo español, en comunión de armas». Habían «compartido las ansias de la guerra y de las victorias», derramado «en común la sangre de nuestra juventud». Las «gloriosas banderas del Caudillo» habían «sido nuestras banderas». Toda Italia había «participado en vuestra guerra, con la convicción y el entusiasmo de una causa que nosotros sentíamos también la nuestra», y que habían «servido y defendido con la tenacidad y el vigor con los que la Italia fascista sabe defender sus ideales». Al inicio, concluiría, de la «Revolución Nacional los

italianos prometieron a España que no la abandonarían en su lucha hasta el día en que no se alcanzase la victoria. Los cuatro mil legionarios que duermen el sueño eterno de la gloria en las tierras de España son testimonio sagrado de nuestra fidelidad»[532].

Testimonio sagrado que, además, debía ser también palanca para el futuro de España, de Italia y de Europa. Al «readquirir España, tras la pasada lucha», su «categoría de gran potencia», estaba llamada a «intervenir con una función dinámica en la política europea», se podría leer en *Romano*
L'Osservatore
. La visita de Ciano debería ser, de hecho, palanca para la entrada de España no ya en la Antikomintern, sino directamente en el Pacto de Acero basándose en una solidaridad de «sangre derramada en común durante la lucha», en la «afinidad de intereses de las dos naciones» y en el «espíritu de la Revolución Fascista, que es potencia renovadora en el interior y reconocimiento de derechos indiscutibles en el exterior». Era, pues, «inútil que las democracias se afanen buscando un documento que concrete los resultados políticos del viaje. La historia de las grandes relaciones entre los pueblos no se forma en los documentos: se edifica en los espíritus». Sin documentos, el viaje había perseguido un fin: la colaboración de España con la Italia fascista en la «política de reconstrucción europea» sobre una «comunión de sentimientos e identidad de propósitos», según *Il Regime Fascista*. Ligadas por los vínculos indisolubles de la sangre, marchaban las dos naciones «unidas hacia el común destino», el «camino de la revolución europea que basa sus etapas triunfales en la acción del Fascismo, del Nazismo y del Franquismo», para *Il Corriere della Sera*[533].

Más allá de las metáforas y las declaraciones, la visita de Ciano a España cumpliría un doble objetivo. Primero, afianzar (al menos, desde su perspectiva) la importancia de un fascismo representado sobre todo por la figura de Serrano Suñer. Y segundo, trasladar a Franco el mensaje de Mussolini en el que, llana, directamente y sin adornos, le diría que consideraba «sumamente peligroso para el régimen» fundado por Franco, con «tantos sacrificios de sangre», el retorno de la monarquía. Que no podía esperar demasiado de Francia o de Inglaterra, «por definición, enemigas irreconciliables de VUESTRA [*sic*] España». Y que debía acercarse a la que era la

«gran fuerza de la Nación»: el «pueblo». En un tiempo en el que, según todos los informes, las confabulaciones para el regreso de la monarquía a España se hacían intensas y hasta la policía romana tomaba nota e informaba sobre los movimientos de personalidades monárquicas (como el mismo general Kindelán) para visitar a Alfonso XIII en Roma, Mussolini volvía —al igual que en 1937— a tomar partido en la política interna española. Su gran apuesta y la de Ciano era, es cosa bien sabida, Serrano Suñer, el más cercano a una Italia cuya «alma fascista» podría sentir Franco muy pronto, escribiría el Duce, cuando por fin viajase a Roma[534].

En el largo informe escrito por Ciano para el Duce tras entrevistarse con Franco, este aparecería como una persona confusa, de trato y pensamiento simples —como, por cierto, ya lo había retratado Cantalupo—, que le guardaría enorme gratitud por su necesaria colaboración en la guerra, y que no esperaría sino ser guiado por él en materias de política interior y social —la exterior, diría, estaría «netamente orientada»—. Nada nuevo, por tanto. Necesitado de unos cinco años de paz antes de cualquier aventura, su postura estaría cercana al Eje y, sobre todo, a Italia, y su intención, la de no quedar en una posición de «inferioridad moral» en Europa. Y en materia de política interior se mostraría (como, por otra parte, la Falange, en opinión de Ciano) opuesto a la vuelta de sistemas decadentes como la monarquía para una España donde se respiraba «aire nuevo». Según el yerno de Mussolini, Franco estaría dispuesto a desarrollar una política de grandes reformas sociales, aunque por ahora se dedicasen más esfuerzos a, en una metáfora muy fascista, reconstruir templos que a reactivar el tráfico ferroviario[535]. De hecho, Franco estaría «completamente dominado por la personalidad de Mussolini» y sentiría, así, que para «afrontar la paz tendría necesidad de él, como la tuvo para vencer la guerra». Con un viaje a Madrid que concluyese la obra de las «legiones victoriosas», finalizaría su informe, Mussolini uniría de forma definitiva la suerte de España a la del Imperio romano.

Para asegurar esa paz y esa influencia, quedó en España una misión militar de unos ocho mil militares (mil oficiales y siete mil soldados) que debía servirle al gobierno de Italia tanto como enlace diplomático y de información geoestratégica sobre un país aliado, España, cuanto como elemento de influencia política y decisional.

Muy pronto, cuando se hubieron resuelto las cuestiones materiales y de intendencia relativas a la repatriación y el fin de la presencia militar en España, la misión se redujo a sesenta oficiales, noventa suboficiales y militares de tropa y cincuenta y cinco civiles, con un presupuesto de doce millones anuales para gastos de gestión y personal. En octubre del año siguiente eran treinta y siete oficiales, cincuenta y tres suboficiales, diecinueve militares, cuatro asimilados postales, diez civiles, tres oficiales y cuatro suboficiales de la compañía de trabajos para los honores a los caídos: demasiados para lo que servían. Para Gambara, jefe de esta nueva misión militar italiana, el objetivo central era «continuar y desarrollar en España la colaboración militar iniciada por el CTV»[536], con secciones específicas para la colaboración cultural, la topocartografía y la información. La idea era «procurar una unidad de doctrina y de organización militar, italiana y española […] en un plano de igualdad», gracias a la cual Italia contribuiría en lo militar a la reconstrucción del país, en lo que Gambara consideraba un «periodo de transición» a través del cual «España llegará con certeza a la autarquía que responde a su gran orgullo nacional y a su misión imperial hoy resurgida en la conciencia nacional»[537]. Sin embargo, su mayor función estuvo en enviar información de cara a la posible entrada de España en la Guerra Mundial, sobre las fortificaciones pirenaicas, sobre Francia, Portugal, Gibraltar o sobre la situación política española y el odio de los militares hacia Serrano Suñer[538]. Además, la misión contaría con sección específica, encabezada por el capellán de guerra Pietro da Varzi, relativa a la repatriación o inhumación colectiva de los cadáveres de los legionarios muertos en España. De hecho, esta nueva misión sería la que habría de gestionar la erección y uso del Sacrario Militare Italiano de Zaragoza, la alta torre que aún hoy alberga a modo de cementerio los cadáveres de 2889 soldados italianos, de los cuales tan solo veintidós son brigadistas de la Garibaldi[539].

También quedaría en España, como comunicaría Gambara en abril, el Ufficio Stampa en San Sebastián, convencido como estaba de que podía servir, como ya lo había hecho, no solo para la asistencia moral a las tropas, sino también y sobre todo para la penetración «espiritual, italiana y fascista en el no fácil ambiente español», orientando así hacia los intereses italianos a la Nueva

España y neutralizando, además, las influencias de la concurrencia[540]. En marzo de 1939, al asumir su mando, Vittorio Foschini lo había descrito como una suerte de batiburrillo: una «oficina de turismo, de traducciones, de recortes de prensa»[541]. Pero nada que pudiese servir al CTV. En tiempo ya de paz, su misión sería también la de proporcionar información militar sobre el devenir de la guerra cerca de la Península. Por eso, además de su sede de Madrid con cuatro oficiales y cuatro suboficiales, tendría su centro en Barcelona (uno y uno), su centro Norte en San Sebastián (uno y uno), su centro África en Tetuán (un oficial con radio) y su centro Canarias (un suboficial). Colaboraban también jefes de grupo en fronteras o en zonas militares delicadas como Sevilla (por Gibraltar y el Portugal meridional), Mallorca y Ceuta, sumando hasta once personas entre secretarios y fiduciarios, esparcidos por España. Por fin, Italia dispondría de cuatro observadores marítimos para controlar el tráfico marítimo en Gibraltar y el Estrecho, en el golfo de Vizcaya y en la costa catalana, cuyas noticias irían directamente por radio a Roma y que trabajarían en colaboración de los servicios secretos alemanes: ellos tenían veinticinco observadores marítimos fijos y diez móviles.

Tras la caída de Francia, se suspendieron los centros informativos de Barcelona e Irún: interesaba la información de más allá de los Pirineos, no de Cataluña o el País Vasco. A la vez, se reforzaron los centros cercanos a Portugal (Vigo, Badajoz y Huelva) y se abrió uno oculto en Lisboa, bajo la apariencia de agentes consulares, comerciales y de los Fasci
all'Estero
[542]. Hubo, pues, mucha metáfora y mucha retórica sobre las comuniones de intereses, sobre las alianzas de sangre y de trinchera, sobre la unión fraternal de los pueblos. Lo cierto, sin embargo, es que tras esa retórica coexistían, por parte española, dos ambiciones políticas en materia internacional. Una, la de alinearse con el Eje de manera decidida para formar parte sin tapujos de la nueva Europa fascista, subordinando o, al menos, haciendo converger los intereses nacionales con los de los aliados a los que se debía una «imborrable» deuda de sacrificio. Y otra, la de hacerlo sin perder de vista que era la nueva España la que realmente había realizado los grandes sacrificios. Un *memorandum* sobre la futura

política internacional española firmado en 1938 posiblemente por Jordana señalaba cómo, una vez «terminada la guerra con nuestra gloriosa y onerosísima victoria», y sin la presión demográfica de Alemania o Italia, las aspiraciones españolas debían ser la integridad y soberanía absolutas del territorio nacional y colonial, la seguridad costera, la amistad con Portugal y el robustecimiento del espíritu español de América y Filipinas. También se hacía mención a la «amistad de Italia», sobre todo por «razones geográficas» y por los «motivos de gratitud que no es justo regatear». Pero tampoco se podía «desconocer el enorme servicio que les hemos prestado evitando la creación de un estado bolchevique en las puertas del Mediterráneo, que hubiera puesto en peligro sus actuales regímenes políticos»[543].

Tal cosa habría supuesto no tener en cuenta ni el contexto internacional de la recién iniciada paz de Franco ni la intención del Caudillo de hacer de España y de él mismo sujetos importantes en una arena europea a punto de estallar en mil pedazos. Solo desde esa perspectiva pueden comprenderse tanto la afirmación de Ciano según la cual caso de una conferencia de paz Italia pondría como condición *sine qua non* la participación de España[544], como los ofrecimientos de Franco como mediador de paz. Hasta en dos ocasiones el Caudillo se postuló como aquel que podía avisar de la «absurdidad de un conflicto terrible». Primero, por telegrama a Mussolini y después, ya a finales de agosto de 1939 y a petición del ministro de Exteriores francés Georges Bonnet. En esta última se postuló ante Ciano y Mussolini para mediar ante Hitler, de cara a evitar el estallido de la guerra, o al menos a posponerla. Desde Italia, sin embargo, se rechazó la propuesta con el argumento de que se trataba de una estratagema para minar el prestigio de Franco frente al Führer, al presuponer su fracaso, y para retrasar su acción al inicio del periodo de lluvias en Polonia[545]. El deseo de una presencia internacional al lado de sus aliados naturales incluso condujo a un estudio, de factura española, sobre la posible división de áreas de influencia territoriales en el Mediterráneo entre Italia y España. Siempre en agosto de 1939, y ante la inminencia de la guerra internacional, el nuevo embajador Gambara escribió a Ciano que había recibido la invitación de Beigbeder para estudiar, de modo confidencial y personal, una partición en grandes líneas del

África septentrional, teniendo en cuenta los intereses italianos en el canal de Suez y los españoles en el Estrecho de Gibraltar. No sabía, diría el responsable militar italiano en España, si el ministro había hablado o no a iniciativa propia. Pero, por si acaso, le preguntaba no ya por su opinión al respecto, sino qué meridiano debería servir, aproximadamente, como referencia para tal partición[546].

El nuevo gobierno español, más «totalitario» y con una «orientación decidida hacia el estado totalitario y la centralización de todos los poderes en las manos de Franco», junto al crecimiento de la figura de Serrano, hacía pensar en una mayor «posibilidad de acción» italiana, que se hizo política común al inicio de la Segunda Guerra Mundial (en forma de una neutralidad acentuada por el pacto germano-soviético) para tratar de impedir la extensión del conflicto[547]. Sería también el momento de la no beligerancia, que solo se vendría abajo con la ruptura alemana del frente occidental en mayo de 1940, y la subsiguiente entrada en el conflicto de la Italia de Mussolini. «Fórmula de un nuevo Derecho internacional pragmático que supone una flexibilidad mayor», se alejaba de la «postura fría e indiferente de país puramente neutral»[548]. Era una «neutralidad armada» y «benévola al Eje» que habría de contribuir a su victoria, al bloquear en los Pirineos a doce divisiones francesas, y a ocho en Marruecos[549]. En ese contexto se trató rápidamente de afianzar todavía más las relaciones bilaterales. La sola eventualidad del proyecto de visita del Caudillo al Duce en Roma, prevista para septiembre de 1939 y que la situación europea acabó por hacer inviable, haría que *Il Popolo di Roma* publicase que se podrían encontrar los «Caudillos de dos Revoluciones. El mundo espera». Reflejo de un «destino común», para *Il Giornale d'Italia* la visita de Franco reflejaría «una misma historia, un mismo ideal […] una misma civilización, la nueva» una «común misión mediterránea». Para *Il Lavoro Fascista*, Roma esperaba a Franco como sabía hacerlo «a los más grandes». La fraternidad, escribiría Farinacci en *Il Regime Fascista*, entre ambos países no necesitaba de tratados, pues era dinámica y viva[550]. Para Luigi Mosca, solo en 1940 era posible verificar la importancia que había tenido la victoria de Franco, apoyada por Italia: España había sido un «preludio, una premisa necesaria para esta lucha mayor, *entonces* en

estado potencial, *ahora* en curso»[551].

«La Italia fascista sigue con inmutable simpatía el camino ascendente de la nueva España que, bajo vuestra guía de jefe victorioso, va al encuentro de un glorioso porvenir»[552], escribiría Mussolini a Franco el 4de abril de 1940. Pero pese a la intensificación de contactos de cara a la reunión bilateral, finalmente en Bordighera, muy pronto dejaría de prestarle tanta atención. Tan solo cuatro días después le informaba de las dificultades que encontraba en mantener la postura de la neutralidad y de su decisión de que Italia entrase en guerra. Y treinta y dos días después declaraba la guerra a Francia y a Inglaterra al lado de una Alemania que, caso de no hacerlo, probablemente habría adelantado tres años la ocupación de su país. A partir de ese momento, la entrada o no de España en guerra al lado del aliado italiano y del Eje guiaría la política exterior, y buena parte de la interior españolas. En su reunión con Mussolini y Ciano del 1 de octubre de 1940, Serrano reconocería una posición, desde el principio, al lado «espiritualmente» del Eje. No escondería que las dificultades internas eran grandes, sobre todo en materia política y de abastecimientos, pero creía que entrar en guerra serviría como vínculo de unión de todas las fuerzas españolas, y que Franco deseaba hacerlo. Estaba en lo cierto. Entrar en guerra, sobre todo cuando esta ya estuviese decidida, le habría reportado las ventajas políticas, territoriales y militares deseadas sin un gran desgaste. Mussolini estaba convencido de que «la España franquista no habría podido extrañarse de la gran lucha que debe decidir la suerte de los pueblos», siguiendo a su vez sus propias «necesidades vitales», reconocidas por el Eje. Entrar en guerra sería la respuesta a esas necesidades vitales, y la insistencia de que la lucha española sería contra el Reino Unido hace pensar, básicamente, en que la necesidad vital por antonomasia era la cuestión de Gibraltar, para la cual España debería, según el Duce, acelerar con la ayuda del Eje su preparación militar[553]. Como le diría Yagüe a Gambara, «con Italia estaremos»: o «en la miseria […] o navega[ndo] en el oro, si todo va como deseamos»[554].

Las relaciones iniciadas en julio de 1936 con la intervención italiana en apoyo del golpe de Estado, intensificadas desde 1937 con el envío de un ejército a suelo español como un país beligerante

pero sin derechos de beligerancia, tendrían su epílogo el 12 de febrero de 1941, el día de la reunión entre el «Jefe de la Revolución Fascista» y el de la «Revolución Nacional Española», y al hilo de la cual los periódicos italianos hablarían en términos de «identidad de puntos de vista» y de «analogías entre el Fascismo, el Nacional-Socialismo y el Falangismo», señalando la «comunidad de principios y de ideales de estas tres ideologías, sacando como conclusión de ello que los tres países tienen idénticos enemigos»[555]. En un momento en el que, como señalaría Mussolini, «todos los países europeos o son países ocupados, o están en su órbita [de Alemania], o son sus amigos, o son sus aliados», Rusia estaba «fuera de juego»[556] y la victoria del Eje era cosa tan segura como para empujar a la entrada de España en guerra, Franco y Serrano declararon su voluntad de hacerlo, pero con unas garantías que dependían, de hecho, de la voluntad y ayudas alemanas[557]. La ayuda italiana no sería mucho mayor que la de hacer de intermediarios con el Führer, haciendo llegar la memoria en la que el Estado Mayor español consignaba las necesidades de víveres y materias primas de militares y civiles. Y, de hecho, como conclusión del encuentro, el Duce le comunicaría a Ribbentrop que más que forzar su entrada en guerra, había que mantener a España «en nuestro campo político», dándole tiempo para «superar la crisis de hambruna y la de su casi completa impreparación militar». Esta opinión personal no se incluiría, sin embargo, en la notificación que del telegrama al ministro nazi hizo llegar a Serrano[558].

Pronto pudo verse la realidad. Solo entonces, cuando no se jugaba en el terreno de las declaraciones, los telegramas y la propaganda, sino, de nuevo, en el de la guerra, fue cuando la realidad del fascismo italiano apareció con toda su crudeza. La influencia evangelizadora en la Guerra Civil había podido ser intensa y *Giovinezza* había podido sonar, según se señalaba en los diarios militares, en cada una de las localidades que tomó el CTV en forma de ocupación simbólica. Pero los gastos económicos, militares y humanos hechos primero en África y luego en España resultarían claves para entender el desastroso desarrollo de la Segunda Guerra Mundial para la Italia fascista. Como señala Rochat, la española fue una guerra en cuya intervención no se trazaron planes previos u objetivos definidos ni hubo previsión de costes[559]. Estos no han

sido bien investigados, pero se calcula que entre el presupuesto y los costes reales del Ministerio de la Guerra en
1935-1936
hay un aumento del 201%, y entre 1936 y 1937, del 309%. La ayuda italiana habría ascendido a más de 355 millones de dólares de la época a pagar en quince años sin intereses, aunque al final de la guerra Mussolini redujo un 33% la deuda. El coste real queda en la sombra, aunque Coverdale dé por buena la de Felice Guarneri, «otto miliardi e mezzo», ocho billones y medio de liras, claramente insuficiente al no incluir gastos como los de personal, las indemnizaciones o los gastos por cuidados médicos. A 30 de junio de 1938, entre los ministerios de Guerra, Marina y Aeronáutica los gastos en España alcanzaría los
4 035 821 648,70
liras. El envío de material ascendería a un valor total de
6 086 003 680
liras, por lo que a mitad de 1938 el gasto total superaba ya los diez billones de liras[560]. Y sobre todo, entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos, Italia perdió 16 655 hombres, un cuerpo y medio de ejército.

La menor inversión en el desarrollo cuantitativo y cualitativo del armamento italiano, el abandono de mucho del material bélico, así como los excesos de confianza derivados de los éxitos militares, fueron pagados con creces a partir de 1940, pesando en la preparación del conflicto europeo. Hay interpretaciones que difieren de esta visión, como la del general Montanari, para quien el problema en España no fue la abundancia, sino la carencia de medios modernos. Pero hasta los menos críticos con el desarrollo de las campañas italianas previas a la Segunda Guerra Mundial reconocen el alto coste en relación con el escaso beneficio obtenido. Y un precio todavía mayor: el de la «ilusión de la guerra fácil». Las valoraciones triunfalistas y la retórica de seguridad fascista transformaron en Etiopía y en España conceptos como «guerra decisiva, dinámica, de movimiento» en «guerra fácil»[561]. Esta confusión interesada de lo seguro por lo deseable se pagaría con creces a partir de 1940. Mussolini ganó la guerra española, pero en España pudo haber perdido la guerra mundial.

CIERRE

TUMBAS DE SAL

> Victorio Emmanuele III Regnante Dum Roma Contra Eversores Juris et Fidei Pugnat Italiae. Duce Auspice Concorde Hispaniae Moderatore. Romano Pontifice Pio XII Benedicente. Hoc Pacis Opus. More Patrum. Ad Majus Pietatis Incrementum Italiaeque Militum Memoria. Romana Virtute. Extollitur Mense Martio A. D. MCMXLII. A Fascibus Restitutis XX.
>
> Inscripción en la piedra inaugural del Sacrario Militare Italiano de Zaragoza, colocada el 3 de mayo de 1942.

El fascismo, en tanto que proyecto generador de un nuevo futuro, vivió una auténtica fiebre no del oro, sino de la piedra: un afán no disimulado por la absorción de los símbolos pasados y por la monumentalización del presente, de cara a la posteridad[562]. La memoria de la intervención italiana en la Guerra Civil española recayó, bajo estos preceptos, en la gestión del recuerdo y el culto de sus caídos, de sus muertes como generadoras de vida, de su heroísmo y fe fascista. Con Pietro Barresi, el primer legionario caído en combate en Esquivias (Toledo) el 29 de octubre de 1936, se daba inicio a una particular presencia en España y en Italia del culto a unos muertos italianos por la civilización fascista pero, a su vez, naturalizados como luchadores «en defensa de la Santa Causa de la España de Franco [que] han dado su vida por Dios y Nuestra Patria». Muertos custodiados por la patria que «con amor y gratitud constituyen vínculos indisolubles de las fraternas y perdurables relaciones entre Italia y España»[563]. Como dirían en carta al embajador español en Roma, para la viuda, la huérfana y la madre del héroe Giuseppe Luciano Mele, muerto en 1938 en Javalambre y

perteneciente a la redacción del *Giornale d'Italia*, solo su orgullo era comparable con el dolor acerbo que sentían por la pérdida. «Estos sentimientos nos unen para siempre a la gran España de Franco»[564]. Tres mujeres unidas en la tristeza por la muerte del hijo, del esposo, del padre. Orgullo sincero, por más que cueste aceptarlo. Orgullo sincero y dolor real.

Cada tumba de los legionarios fue puesta al cuidado de una madrina española. En el homenaje en Zaragoza del 12 de junio de 1941 la misma Pilar Primo de Rivera se hizo responsable del cuidado de la tumba del primer italiano caído en España. Cada tumba una madrina, y todas las tumbas al cuidado de la nación hermana, representada por la capital aragonesa. Allí se concentrarían, de hecho, buena parte de las actuaciones memoriales hacia los legionarios. La primera fue el 7 de noviembre de 1940, con la inauguración del sector creado para los aviadores italianos en el cementerio de Torrero. En Zaragoza se juntaron las autoridades de Italia y Alemania, visitando Lecquio algunas de las señas antiliberales y antifrancesas de la ciudad, como la Puerta del Carmen, símbolo de la guerra de Independencia. Y allí, en Zaragoza, para servir de perenne recordatorio de la gesta italiana en España y a propuesta de Pietro da Varzi, Mussolini dispuso la creación de un espacio, de un sagrario que recogiese «los restos de cuatro mil soldados italianos muertos combatiendo por la causa de la España nacional». La idea fue rápidamente acogida por el gobierno español, que cedería gratuitamente el terreno en el barrio zaragozano de Torrero —por su parte, la Banca Nazionale del Lavoro compraría los ocho mil metros cuadrados adyacentes para el convento anejo a la torre— para la realización del proyecto del arquitecto carlista Víctor Eusa, una torre que debía alcanzar los ochenta y tres metros de altura, convirtiéndose en el punto más alto de la ciudad. El 3 de mayo de 1942 se hacía el acto de colocación de la primera piedra del futuro Sacrario Militare, en un acto solemne. Primero, el embajador Lecquio fue recibido por los generales Monasterio y Sueiro, por el alcalde, el jefe de Falange y las autoridades zaragozanas. A Torrero acudieron después el nuncio de Su Santidad monseñor Cicognani, el obispo de Huesca y el ministro Dávila en representación del Caudillo.

A las once, un perímetro de banderas italianas y españolas rodeaba un altar en el lugar donde se erigiría la torre. Allí, diría Lecquio, era «de justicia recoger estos despojos sangrientos para guardarlos religiosamente como reliquias de mártires», como de justicia era levantar el monumento en «Zaragoza, que lleva en su nombre el de su imperial fundador romano», que es el santuario de la «Raza Hispánica, centro espiritual de la Nación, desde que la Santísima Virgen fijó en ella su Pilar». Allí quedarían todos los muertos, como recordatorio perenne de la «común nueva prueba de fuego» vivida por España e Italia, y aludida en su discurso en dicho homenaje por Jiménez de Sandoval. Todos los muertos, como incentivo para el presente y para un futuro de «nuevos y comunes sacrificios de sangre»[565]. En medio de la «lucha que se está librando contra las falsas democracias plutocráticas», en una alusión poco velada a los combates de la Segunda Guerra Mundial, los «héroes de la Cruzada española» supondrían la «mejor garantía de victoria final». Las madres y esposas de los caídos, al fin, «quedarán tranquilas cuando sepan que las veneradas cenizas de sus hijos y esposos han sido encomendadas al valor e hidalguía de los aragoneses»[566].

Esos hijos y esposos muertos, entre tres mil cuatrocientos y tres mil ochocientos —cuatro mil trescientos según el Ufficio Spagna—, formaban parte del ejército extranjero más numeroso, 78 846 personas, de cuantos combatieron en la Guerra Civil española, el de la Italia fascista: 43 189 del Regio Esercito, 29 646 de la Milizia, 5699 en el arma de Aeronáutica, más trescientos doce trabajadores civiles, siempre según el Ufficio. Un ejército fascista para una guerra total, cuya intervención tuvo como origen un posicionamiento diplomático y político pero que acabó haciendo de Italia, a todos los efectos, un tercer beligerante en España. El año 1936 fue el tiempo de la radicalización y el éxito, dos procesos que fueron percibidos, respectivamente, como causa y efecto. Mario Roatta, jefe del SIM y a la postre comandante en jefe de las fuerzas italianas en la Guerra Civil, y Ciano, los otros dos vértices decisionales sobre la intervención en la Guerra Civil, compartían con el Duce la idea de que el éxito en España lo sería también de la coordinación fascista en el continente. En definitiva, la Guerra Civil española sería el proceso que realmente transformaría las relaciones

entre las potencias fascistas en Europa, dándoles por primera vez un sentido de universalidad[567].

Tal como ha podido comprobarse, y dejando de lado las banalizaciones y minusvaloraciones al uso, existe un fuerte acuerdo alrededor de la idea del control mediterráneo como eje gravitacional de la decisión interventista mussoliniana en España. Pieza fundamental de ese tablero del Mare Nostrum fue, precisamente por su importancia, objeto de complejas políticas y tomas de decisiones que afectaron a la gobernanza europea[568]. Y quizá sea cierto, aunque disiento de la indiscutida primacía de la cuestión geoestratégica. De hecho, tiendo a pensar que las motivaciones para la intervención italiana en España no fueron ni monolíticas ni unívocas, sino que abarcaron dimensiones de variada índole. Y que fueron mutando a lo largo de los meses que duró la guerra, a partir de los contextos cambiantes de España, Italia y Europa. Las aspiraciones de Mussolini en España distaron de ser modestas: «no fueron simplemente las circunstancias lo que llevó al Duce y sus aspiraciones a las arenas movedizas españolas»[569], sino una lucha imperial supremacista en cuyo seno se encontraba el deseo de fascistizar España, de favorecer con la intervención militar en España el triunfo allí de la opción política más conveniente a Italia, bien para la colonización identitaria, política y económica; para la expansión de la influencia en el marco institucional y geoestratégico, o para el desarrollo de un sistema convergente y de amistad en la identidad común.

Las tres posibilidades, con diferencias de grado en función a los intereses inmediatos o del contexto en que se generaron, están presentes en los distintos informes políticos, militares, económicos, sociales, legislativos que envió desde España la constelación de mandos del Partito Nazionale Fascista, del Ejército, de la Milizia, de la empresa privada, de los ministerios de Industria, Asuntos Exteriores o Cultura Popular, o del SIM. Para llevar a cabo alguna de estas opciones, este último servicio de inteligencia estuvo ya en contacto con los rebeldes desde junio de 1936 o incluso desde antes. Evidentemente en Roma se sabía mucho más de lo que después se contó sobre lo que iba a ocurrir en España. Solo así se comprende que el mismo 18 de julio el embajador fascista enviase un detallado plan de actuación de los sublevados, y que fuesen rápidamente

apoyados por Mussolini. Había algo más que cálculo geoestratégico. Tras vencer las primeras reticencias, Italia se convirtió en la mayor potencia no española implicada en el conflicto intestino. Y como dijera Ciano, Mussolini habría decidido que tras España inventaría otra cosa: el carácter de los italianos se debía crear en el combate[570].

Las de Italia fueron una participación y una ayuda que se expandieron por todos los frentes: el militar, el político, el armamentístico, el diplomático o el propagandístico. La historiografía predominantemente política y diplomática ha contribuido con fuerza a conocer algunas motivaciones y derivadas geoestratégicas internacionales de una intervención de una complejidad extrema en el terreno de la política exterior italiana, pero a la vez ha tendido a minusvalorar su desarrollo en sí y, sobre todo, su dimensión militar y bélica, dejando esa lectura generalmente en manos de historiadores militares. Sin embargo, la participación fascista en la Guerra Civil española, es decir, entre finales de 1936 y la retirada de las últimas tropas fue, *de facto*, mucho más importante en el terreno militar que en los otros. Los italianos en España, además de un contingente de soldados que superó en número (como ya se ha dicho, hasta el doble, según las estimaciones más bajas, que hablan de treinta y cinco mil interbrigadistas, o veinte mil más, según otras visiones) a las Brigadas Internacionales en su conjunto, dispusieron de radio, periódicos, los CIAUS, dos hospitales de campaña (Zaragoza y Valladolid, con mil y mil quinientas camas), un batallón de trabajadores, además de plataformas de acción política, penetración económica e impregnación cultural, representadas por la constelación de mandos del PNF, el Ejército, la Milizia, la empresa privada, los ministerios de Industria, Asuntos Exteriores o Cultura Popular o del SIM destacados en España. La guerra les sirvió para explorar técnicas de guerra como el bombardeo sobre poblaciones civiles, como en Aragón, Valencia y Cataluña. Y pese a lo escrito por Cantalupo, fue una intervención con un fuerte contenido político. Iniciada como ayuda armamentística, geopolítica y diplomática a una nación amiga contra un enemigo común —real o imaginario—, la guerra pronto se convirtió, fracasado el plan inicial de golpe y toma rápida de la capital, en el espacio propicio para la

fascistización de España. En ese contexto, las misiones políticas de nombres como Cantalupo, Danzi, Farinacci sirvieron tanto de enlace entre Franco y Mussolini como de transmisores de la idea de fascistización entendida como convergencia en el espacio europeo de la contrarrevolución: con un partido único encabezado por Franco, un sistema de orden totalitario en el sentido histórico del término, una cultura palingenésica o un entramado legislativo donde destacaría, por motivos evidentes, el Fuero del Trabajo, un trasunto de la Carta del Lavoro italiana.

Integrado y a las órdenes de Franco pero con suficientes características propias como para subrayar sus especificidades, fue el Ejército, en su doble condición militar y fascista, el que mejor proyectó la idea de fascistización por el hecho y a través de la guerra. Su organización interna no fue, empero, sencilla de gestionar. El mando de los italianos fue un puesto de gran relevancia en el organigrama del poder militar fascista. Su primer jefe, Roatta, fue sustituido tras el fiasco de Guadalajara, sucediéndole Ettore Bastico (de marzo a octubre de 1937). Proveniente de Etiopía, mandó al CTV en campañas que fueron interpretadas como abiertamente exitosas como las de Vizcaya y Santander, pero hubo de dejar el mando por sus desavenencias con Franco. Su preferido era Mario Berti (octubre de 1937-octubre de 1938), a quien sucedió por fin Gastone Gambara (primero jefe del Estado Mayor con Bastico y Berti, luego ascendido a general) hasta el final de la guerra, quedando en la España de la inmediata posguerra como responsable de una misión militar reducida, pensada para el adiestramiento, la ayuda y la impregnación cultural.

El primer CTV de Roatta dispuso, como se ha visto, de cuatro divisiones, cada una al mando de un general italiano (Dio lo Vuole, Edmondo Rossi; Fiamme Nere, Amerigo Coppi; Penne Nere, Luigi Nuvoloni; Littorio, Annibale Bergonzoli), más una quinta, la agrupación al mando de Enrico Francisci, que integraba los grupos 4.º y 5.º de Banderas XXIII Marzo. En abril se mantendrían la Fiamme Nere al mando de Luigi Frusci, la Littorio de Bergonzoli y la Agrupación Francisci, a las que se añadirían las brigadas mixtas Frecce Nere (de Sandro Piazzoni) y Frecce Azzurre (de Mario Guassardo). Después de la depuración pos-Guadalajara, reaparecerá

la División XXIII Marzo tras absorber a las Banderas de la Agrupación Francisci, manteniéndose todo igual en el resto de divisiones y brigadas mixtas. Una vez conquistado Santander, las divisiones se reducirían a tres, Fiamme Nere-XXIII Marzo (Frusci), Frecce (Roatta) y Littorio (Bergonzoli). Y tras el regreso a Italia en junio de 1938 de la Fiamme Nere-XXIII Marzo y la división por razones operativas de las brigadas mixtas, la composición hasta el final de la guerra sería la formada por una división Littorio, al mando de Gervasio Bitossi y siempre formada por soldados del Regio Esercito, y tres brigadas mixtas al mando de tres coroneles italianos: Frecce Verdi (Battisti), Frecce Nere (Babini) y Frecce Azzurre (La Ferla).

Autónoma fue la aviación, primero como Aviación del Tercio, luego como Aviazione Legionaria que, pese a depender orgánicamente de Kindelán, recibía órdenes directas de Roma. Entre julio de 1936 y abril de 1939, Italia envió a España 414 cazas, 44 aviones de asalto, 68 de reconocimiento, 213 bombarderos y 20 hidroaviones. Perdió 216 y cedió el resto a la aeronáutica sublevada: aparatos en buen estado y modernos, aunque para 1939 ya hubiesen sido superados en velocidad, maniobrabilidad y armamento por los cazas rusos y alemanes. Hubo en España 5699 militares de la aeronáutica entre pilotos (862 oficiales, 573 suboficiales) y otro personal (203 oficiales, 1196 suboficiales, 2865 soldados), con unos doscientos caídos. No menos importante fue la participación de la Regia Marina. En los cálculos de José Miguel Campo, 89 buques de superficie y 58 submarinos italianos llevaron a cabo, respectivamente, 677 y 91 misiones. Las unidades de superficie realizaron al menos dos bombardeos, lanzando 195 disparos y 12 torpedos que hundieron tres vapores y averiaron otro. Los submarinos hicieron 245 disparos y lanzaron 71 torpedos, hundiendo seis vapores y averiando nueve más. Además, hubo 258 viajes de suministros, traslado de tropas o heridos.

Solo en material de guerra, Italia gastó en suelo español
4 171 565 771
liras para el Ejército de Tierra, 150 000 000 para la Marina y
1 764 437 909
para la Aeronáutica. La deuda final, calculada a la retirada del CTV en mayo de 1939 en 8300 millones de liras y fijada en cinco mil

millones, se terminó de pagar en 1967. El legado más aberrante fue, sin embargo, el de los cientos de víctimas que dejaron en España, entre los muertos en batalla y los civiles bombardeados por la Aviazione Legionaria. Muchos de ellos, niños y niñas. Los bombardeos con escasa carga explosiva destrozaban las piernas de los adultos, y sus curas ortopédicas hicieron célebre, en Barcelona, al doctor Trueta. A los niños, esas mismas bombas les alcanzaban órganos vitales.

La historia del CTV fue, en definitiva, el resultado de una situación cambiante, en la que desde el apoyo militar y diplomático a la sublevación se llegó a la participación como un país beligerante en tierra extranjera, siendo responsables los italianos de éxitos para el ejército rebelde como los de las ocupaciones de Málaga, Bermeo o Santander, los de la estabilización y ruptura de los frentes de Aragón, los de la colaboración en la ocupación de Barcelona o Girona, o los del cierre de la campaña en el Levante. También, de campañas no menos exitosas de terrorismo en la retaguardia republicana, con los bombardeos de Valencia, Alicante o Barcelona. Pero además, responsables de sonados fracasos, como el de Guadalajara. Nombre y lugar simbólico de la memoria asociado a perpetuidad al CTV y al fascismo italiano, los factores que determinaron la derrota en la Alcarria son amplios, y las explicaciones, complejas. Y reducirlo todo al comportamiento abigarrado y cobarde de los fascistas italianos, una reducción *ad absurdum*. Proyectar el que puede llamarse *síndrome de Guadalajara* a toda la participación italiana en la guerra es, cuanto menos, problemático. Primero, porque la participación del fascismo italiano en la guerra fue mucho más amplia, extensa e intensa que la de esos días de 1937. Segundo, porque la derrota de Guadalajara fue el resultado de una serie de problemas no reducibles a la sola incapacidad italiana en combate. Y tercero, porque dentro de esa, cuando la hubiere —y como se ha visto, la hubo—, no disponemos de suficientes fuentes fiables como para focalizarla en exclusiva sobre la cobardía de los combatientes.

Y al cabo, ¿quiénes fueron los italianos y qué hicieron en España? A mi juicio, como ya he dicho desde la primera palabra del primer capítulo, fueron, ante todo y sobre todo, fascistas. Viniesen encuadrados en el Regio Esercito o en la Milizia, fuesen fervorosos

creyentes en la fe mussoliniana o se fiasen más bien poco de la capacidad evangelizadora de la guerra, para todos ellos el combate y el sacrificio en España era el combate y el sacrificio por Italia, por la nación, identificada con un fascismo que era mucho más que mera facción política: que era Italia. De ahí que la afirmación de la escasa fascistidad del CTV —con el argumento de que hubo diferencias internas entre el Regio Esercito y la Milizia, que el voluntarismo de unos y otros respondía más bien a cuestiones económicas y laborales, o que el fascismo, encarnado sobre todo en la Milizia, tuvo un rol secundario en la guerra—, me parezca una algo artificiosa y no siempre bien informada elevación de la excepción a categoría. Primero, porque eso supondría asumir que los organismos de un régimen no pueden jamás entrar en contradicción entre ellos (como ocurriría, sin embargo, en Italia, en Alemania o en España), o que estas fueron tan inasumibles para desacreditar su adscripción a una misma causa. Segundo, porque el rol del fascismo, en el caso (que yo no comparto) de identificarlo exclusivamente con los Camisas Negras de la Milizia, distó mucho de ser irrelevante. Por de pronto, la Milizia fue la que puso el grueso de las víctimas en Guadalajara (417 frente a los 161 del Regio Esercito) y Santander, por formar el grueso de la infantería hasta mediados de 1937. El número de sus oficiales y suboficiales fue menor respecto al del Ejército, pero en el total de los soldados de infantería, las proporciones son bastante similares, si no favorables hacia los Camisas Negras. Entre otras cosas, porque el arma de Artillería pertenecía prácticamente toda al Ejército, mayoritario también en los servicios auxiliares.

Pero tercero, y sobre todo, porque aunque hubo tantas motivaciones como combatientes, el ya mencionado determinismo económico-político, asentado sobre un largo repertorio de estereotipos, descarta a cuantos combatieron «por la idea fascista», a cuantos no eran parados, pobres ni meridionales. O incluso siéndolo, pues se podía ser pobre, parado y del sur y creer fervientemente en el fascismo, al margen de la lógica de un trabajo y un salario que difícilmente podían cubrir el riesgo de morir en el campo de batalla. Las tres mil liras por enrolamiento, las veinte al día (aumentada en cinco liras para quien llevaba, en 1938, más de dieciocho meses de servicio), más el suplemento franquista de 5,4

pesetas al día, reducidas de hecho a dos, eran el pago diario por matar y morir por Italia, España, el Duce y la supremacía de la patria, mientras, como diría amargamente Lajolo, otros continuaban con sus vidas en ella, cuidando de sus negocios y manteniendo alto el brazo. La propia evolución de las dinámicas de la guerra terminó, además, por resituar las ansias y el arrojo de unos y las cobardías e intereses crematísticos de otros. La vida en la España en guerra fue un agente de radicalización de unos legionarios que, en la experiencia del combate, vivieron la realidad última y más perfecta forma del fascismo, la guerra.

Lejos, pues, de la irrelevancia o la intrascendencia, por mucha adscripción que haya habido del discurso y la cultura fascistas al terreno de lo vacuo o lo retórico (sin entorno doctrinal, sin lecturas teóricas, sin base ensayística, sin vocación ecuménica ni estrategia política, pura cháchara), y por mucho que eso haya achatado los polos de su trascendencia histórica, limado sus cuernos como gran fenómeno de su época y despolarizado su capacidad de atracción estética, política, ideológica e identitaria. Es cosa sabida, no hace falta subrayarlo, que ningún fascismo estuvo jamás a la altura de sus propios mitos nacionales. Ni la Alemania nazi al de la jerarquización racial de Europa, cuyo epílogo brutal fue la guerra de reubicación racial en el este, ni la España franquista al de la Hispanidad. Cabe, pues, poner entre paréntesis el alcance del mito del Imperio mussoliniano, cuya efervescencia ultranacionalista el propio régimen fascista promovió, incluso retroactivamente, a partir de la década de 1930. Eso, sin embargo, no debe mover al engaño: que no resultasen exitosos no implica que los proyectos de unificación y homogeneización nacional de los fascismos europeos no sean importantes para comprender la naturaleza de su poder. A pesar de sus contradicciones superficiales, los mitos fascistas compartieron un núcleo de ultranacionalismo palingenésico. El hecho de que fracasasen no significa que los medios puestos por las dictaduras fascistas para alcanzarlos fuesen irrelevantes. La dimensión imperial de las dictaduras fascistas en entreguerras trató de estar a la altura de sus más elevados proyectos sociales y políticos, dándoles su rotunda forma definitiva y formando parte de su esencia y naturaleza mismas.

No puede comprenderse la naturaleza política del régimen

italiano que daría nombre a la, posiblemente, más exitosa de las formas políticas europeas propias del siglo XX, sin analizar su naturaleza imperialista. Una naturaleza de fuerte contenido metafórico y retórico, qué duda cabe, pero también con fuertes anclajes en lo que Enzo Collotti denominó una política de «potenza» y que, en buena sustancia, contribuye a identificar como elementos coherentes entre sí y con el régimen de Mussolini tanto las operaciones italianas en África en pos del Imperio, como la actuación diplomática, militar y cultural fascista en el Mediterráneo occidental y oriental[571]. Pese a que las fuentes concuerdan en identificar una continuidad no interrumpida de la política exterior fascista respecto a las grandes líneas de la historia unitaria precedente y en reconocer que la imagen de gran potencia que el fascismo desplegó no se correspondió a una realidad diplomática, bélica o geoestratégica, el estudio de la política fascista y de su cultura nos muestra un paisaje de profunda radicalización violenta y agresiva, sobre todo en los años treinta, con derivadas lógicas y reconocibles. Última de las grandes potencias o la primera de las pequeñas, la Italia fascista fue potencial enemiga de todas las naciones mediterráneas en este periodo: de Yugoslavia por Dalmacia, de Grecia por Corfú, de Turquía por la costa anatólica, de Francia por Córcega y Túnez, de Inglaterra por Malta y el canal de Suez. Fueron las campañas africanas las que más claramente dieron muestras de cuáles consideraba el fascismo sus derechos como potencia, y de los medios para defenderlos. Sin embargo, el verdadero punto de inflexión fue la guerra española. Las campañas sobre Libia y Etiopía marcarían de ese modo el inicio de una política extremista que llevaría a Italia desde la más dulce de las esperanzas a la más amarga de las derrotas en la Segunda Guerra Mundial. La bisagra entre unas y otras, entre las esperanzas y las derrotas, fue la Guerra Civil.

La guerra. Elementos propios del fascismo como la ritualidad de masas, la violencia, la xenofobia ultranacionalista, la sensación de inicio o el deseo patriótico de renacimiento palingenésico de la nación y de construcción de una comunidad nacional homogénea y fuerte, una comunidad amenazada por el enemigo interno y externo y entendida por los excombatientes como de sufrimiento y dolor, son incomprensibles sin la presencia de la guerra en la

ecuación[572]. El fascismo italiano, por volver a lo dicho por Ferran Gallego en el prólogo, se proclamó a sí mismo el único movimiento auténtico de los «nuevos italianos». Regenerados por la guerra, los fascistas se consideraban profetas, apóstoles, evangelistas, soldados de la religión de la patria purificada por el fuego de la guerra, ciudadanos-soldado[573]. La guerra se convertía, así, en la última y más importante de las etapas revolucionarias: hablando desde la perspectiva de 1940, escribía Renato Farnea: «esta [guerra] es el tercer tiempo de la Revolución. Es la Revolución que se ha hecho guerra»[574].

A través de la guerra, la Italia proletaria y fascista reivindicaría su «lugar al sol» en un mundo, como se diría, ocupado por las potencias demoplutocráticas[575]. La guerra sería para el fascismo la herramienta fundamental para su máximo despliegue, el marco propicio para la fascistización de Europa. No de otro modo puede entenderse cuanto se señalaba en el artículo «Europa e Fascismo», escrito casi con seguridad por Mussolini para *Il Popolo d'Italia* del 6 de octubre de 1937. En el contexto bélico como el de ese otoño, y en alusión a su propia declaración en Berlín sobre que la Europa del mañana sería fascista, subrayaría que tal era, de hecho, una cuestión no de propaganda sino de datos, de desarrollo lógico de los acontecimientos. Los nuevos países lo eran, y sobre todo muchos estados de Europa marchaban «por el camino del Fascismo, incluso cuando afirman lo contrario […] cada nación tendrá su fascismo; es decir, un fascismo adaptado a la situación peculiar de cada determinado pueblo». No habría «un fascismo exportable en formas estandarizables, sino un complejo de doctrinas, métodos, experiencias y realizaciones […] que poco a poco penetran en todos los Estados de la comunidad europea». La doctrina y la atmósfera del siglo XX serían, en consecuencia, fascistas.

El fascismo sería, en definitiva, un producto al estilo San Sepolcro (la plaza milanesa donde se reunieron por primera vez los *fasci di combattimento* de Mussolini en 1919) de la crisis política, institucional y de valores del sistema liberal de la década de 1920 y del nacimiento de la alternativa socialista, pero no solo. Sería la respuesta, al estilo Núremberg (la ciudad-partido nacionalsocialista que prestó su nombre a las leyes raciales de 1935), en forma de

movilización, ultranacionalismo, palingenesia y violencia, a veces preventiva, a la crisis de la Gran Depresión y al crecimiento de las alternativas revolucionarias en la Europa de la década de 1930, pero no solo. Y sería también el producto de los conflictos internos abiertos o larvados, de la ocupación y expansión territorial de los regímenes fascistas consolidados, estilo Auschwitz (el más perfecto de los campos nazis, al combinar internamiento, esclavitud y exterminio), en la de 1940, pero no solo. De hecho, el fascismo sería el resultante de todos esos elementos: de San Sepolcro, de Núremberg, de Auschwitz. Y también de Madrid, de Málaga, de Guadalajara: de los lugares de la guerra fascista. El resultante de los mecanismos de integración y bienestar unidos a la violencia, la expulsión, la limpieza y la guerra. El resultado de la fascistización: justo aquello que los italianos desearon hacer en España.

Los comportamientos que tuvieron en España no distaron demasiado de los que las tropas fascistas aplicaron en otros contextos de intervención militar y ocupación. La Italia fascista agredió a Etiopía en 1935 e intervino en la guerra española contra la República en 1936, pero en 1939 ocupó Albania, en 1940 agredió a Grecia y probó una infeliz ofensiva contra Francia, y en 1941 se unió a Alemania en la invasión de Yugoslavia y de la Unión Soviética. Y en todas esas ocasiones, aunque sobre todo en las guerras de ocupación, el saldo fue de una gran violencia. La guerra fue como en España, o después en el propio suelo italiano, el contexto propiciatorio, el espacio natural y deseado, el lugar perfecto para el desarrollo de los verdaderos proyectos políticos y sociales de los fascismos, ya apuntados en tiempos de paz, pero radicalizados en el tiempo de las guerras italianas que va de 1935 a 1945[576]. Tres años de guerra fueron, sin embargo, suficientes para demostrar que no existían los medios para llevar a cabo aspiraciones imperiales frente a enemigos reales y bien armados. Al final, las guerras de Mussolini acabaron en una guerra civil. Tal vez no podía ser de otra manera.

La Guerra Civil en España fue el punto real de no retorno en la radicalización de las políticas expansionistas fascistas, justificadas o no en un problema demográfico italiano, verbalizado por Mussolini y con evidentes semejanzas con los programas de reubicación y jerarquización racial y económica en la Europa del Tercer Reich.

Con evidentes diferencias, por supuesto, ya que la misión italiana en España no fue de conquista territorial con control y gestión de la ocupación y la violencia, sino de ayuda, alineamiento y hermanamiento identitario. Lo cual no disminuye su importancia, sino que, al contrario, la magnifica. Basta pensar que el ejército de ocupación italiano en Etiopía, en principio compuesto por unos 110 000 militares, al final de la campaña concentró a unos 330 000, a los que habría que sumar casi 90 000 soldados nativos (los ascari) y unos 100 000 trabajadores militarizados[577]. En España, sin ser una guerra de ocupación destinada a la incorporación territorial y de soberanía, se alcanzó la cifra de 78 000 personas. Al tratarse de *solo* una ayuda a una facción amiga en guerra, Mussolini enviaría a España una cuarta parte del personal militar total utilizado para conquistar el Imperio fascista. Distinto sería ya el caso que siguió al español, la agresión a Albania en 1939 en la que, solo unos meses después de iniciarse, Mussolini había empeñado ya treinta divisiones militares, con más de veinte mil oficiales y casi medio millón de suboficiales y soldados. El contexto era ya diferente, y la de Albania marcaría, de hecho, el inicio de la serie de campañas militares que, en el marco de una guerra total y sin límites como la Segunda Guerra Mundial, signarían el declive militar, geoestratégico y político de la Italia fascista. Como bien señala Rochat, vistas en perspectiva, estas campañas militares fascistas se observan como los jalones que llevan a la catástrofe, sobre todo si consideramos que en la caída del fascismo tuvo mucho que ver la política internacional y su conversión casi total y exclusiva en política bélica. Sin embargo, en 1939 parecía aún que todas las decisiones del Duce en materia exterior, incluida la intervención en España, no eran sino la sucesión irrefrenable de éxitos sin parangón.

No fue, pues, la española como las desastrosas misiones en Yugoslavia o en Grecia durante la Segunda Guerra Mundial, aunque fuese su precedente inmediato en más de un sentido. De hecho, los nombres clave del expansionismo italiano durante el conflicto mundial están ligados a España. Roatta tuvo el mando del ejército en Croacia y fue el responsable de la italianización y desbalcanización de Eslovenia y de la puesta en marcha de un sistema de campos de internamiento para sustituir, según sus palabras, a la población eslovena por nacionales italianos en la

recién nacida provincia de Lubiana. Bastico, nombrado gobernador del Peloponeso, fue el comandante en jefe de las islas italianas en el Egeo. Berti comandó el XV Cuerpo de Ejército en el frente francés, y luego la artillería en el África septentrional italiana, donde fue capturado y hecho prisionero Bergonzoli. Gambara, que como Roatta encontraría refugio en la España de Franco en la posguerra, tras dejar su puesto en España combatió contra Francia, estuvo al mando del VIII Cuerpo de Ejército en Albania en la guerra contra Grecia, participó en la guerra en Libia y, más tarde, fue el jefe del XI Cuerpo de Ejército en Eslovenia, para ser después jefe del Estado Mayor de la Repubblica Sociale Italiana, la República de Saló, fiel siempre a su Duce. Aunque si de fidelidad hablamos, ninguna como la de Francisci: tras pasar por el frente oriental en Rusia, murió en 1943 defendiendo Sicilia de la ocupación aliada.

Esa fe fascista se mantuvo muy viva en otros muchos excombatientes de la guerra española. Ettore Muti, muerto el 25 de julio de 1943 durante su detención tras la caída de Mussolini y que llegaría a sustituir a Starace a la cabeza del PNF, fue decisivo en la ocupación de Albania. Junio Valerio Borghese, comandante del submarino *Iride* que al atacar por error al *Havock*, de bandera británica, estuvo cerca de provocar un conflicto internacional a gran escala, fue durante el tiempo de la RSI el comandante de la décima flotilla MAS, célebre grupo de medios de asalto de la marina italiana implicado en la lucha antipartisana en la Línea Gótica. En la Italia de posguerra fue nombrado presidente honorario del Movimento Sociale Italiano, que abandonó para formar el Fronte Nazionale. Y fue el responsable del fallido golpe de Estado ultraderechista de 1970. Por su parte, Arconovaldo Bonaccorsi, tras ser detenido en África durante la Segunda Guerra Mundial, fundó en 1950 la Associazione Nazionale Combattenti di Spagna, guardiana de la memoria de los combatientes fascistas en tierras españolas y organizadora de viajes conmemorativos a Guadalajara, Bermeo, Santander o Zaragoza. Muchos grandes nombres del CTV están relacionados con la violencia expansionista inmediatamente posterior a la Guerra Civil. Otros, con la gestión del recuerdo de una guerra fascista como la italiana en España.

* * *

«Sois los primeros italianos que vienen para preguntar; con frecuencia vienen italianos, pero para recordar»[578]. Eso, o algo muy parecido (debemos desconfiar siempre de la literalidad de lo oral) escuchó Leonardo Sciascia de boca de un paisano cincuenta años después de la batalla de Guadalajara cuando, en compañía del fotógrafo Ferdinando Scianna, visitó Brihuega, Trijueque y el palacio de Ibarra. Era uno de los viajes que realizó por la España de los ochenta, recorriendo la geografía de una Guerra Civil que el joven Sciascia hubo de conocer con 16 años a través del filtro de la propaganda fascista. El anciano alcarreño resumió en una sola frase el medio siglo de sedimento depositado por el tiempo sobre la intervención italiana en España. Poca historia, mucha memoria. Pocas preguntas, muchos recuerdos. La mayoría, encerrados en las paredes del Sacrario Militare zaragozano: un resto de esa era fascista que debía haberse prolongado por todo su siglo pero que pereció, en el caso italiano, devorada en una guerra a la vez civil y de doble ocupación entre 1943 y 1945. De los 83 metros originales de altura se construyeron 42,65, pues no hubo más presupuesto mientras el fascismo se hundía. En el momento de su inauguración, el 25 de julio de 1945, era ya un problema. Varado en el tiempo, acabó por convertirse en un anacronismo. Y, por fin, en un falso histórico, cuando en 1987 fueron enterrados veintidós italianos de las Brigadas Internacionales junto a las tumbas de los legionarios.

La guerra fascista en España: ocho mil trescientos millones de liras. Dos millones de bombas de mano. Ciento treinta y cinco mil horas de vuelo. Ciento cinco mil fusiles. Setenta y ocho mil ochocientos cuarenta y seis soldados. Once mil quinientas toneladas de explosivos lanzadas desde el aire. Cinco mil trescientas veintiocho incursiones aéreas. Cuatro mil vehículos. Tres mil cuatrocientos cadáveres. Centenares de viudas, de madres sin hijos. Centenares también de víctimas, decenas de niños y niñas destrozados por la *meravigliosa* Aviazione Legionaria. Ochenta y siete toneladas de pólvora. Setenta y dos barcos. Cuatro jefes. Dos naciones hermanadas por la sangre de sus caídos. Una torre.

Lo demás, silencio.

AGRADECIMIENTOS

Este libro, cuyos títulos internos son un explícito y evidente homenaje a quienes, sin saberlo, marcaron mi infancia (de Héroes del Silencio fue, de hecho, el primer concierto al que asistí, con once años), existe gracias al apoyo económico recibido entre 2010 y 2014 por el Programa de investigación «Ramón y Cajal» y por los proyectos de investigación «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», del Ministerio español de Ciencia e Innovación (HAR2011-25749), y «Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950», del Ministerio español de Economía y Competitividad (HAR2014-53498-P).

También es el resultado del buen hacer de Cristina Castrillo y de Juan Pro, que vieron una publicación sólida y consistente detrás de lo que no pasaba de ser un proyecto y tres ideas *messe in croce*. De la amistad de Francisco Morente y Ferran Gallego (autor este último de un fabuloso prólogo que justifica, por sí solo, la publicación de este libro): Paco y Ferran son mis ayudas imprescindibles, mis guías seguras para moverme en ese pantanoso terreno del fascismo, que tan bien conocen Luca Baldissara y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, a quienes tanto agradezco su amistad. Del impulso recibido por los compañeros del Seminario Interuniversitario de Investigadores del Fascismo (SIdIF) y del Grup d'Estudis República i Democràcia (GERD) en la Universitat Autònoma de Barcelona, donde he podido superar algún momento difícil gracias al apoyo, impagable, de Joan Serrallonga, José Luis Martín Ramos y Manuel Santirso. De la ayuda de mis infatigables doctorandos

Assumpta Castillo, Edoardo Mastrorilli, David Alegre y Miguel Alonso, que leyeron varios capítulos y pusieron a mi disposición materiales y consejos de una increíble utilidad: en particular este último, en su doble labor de documentalista a tiempo parcial y proveedor de periódicos y memorialística fascistas que, además de leer, corrigió muchas erratas y enriqueció el texto original con valiosísimos y, en ocasiones, enloquecidos comentarios. De la de Paola Lo Cascio, Carlota Martínez (vía Matteo Tomasoni) y Giulia Medas, por enviarme los resultados de sus más que prometedoras investigaciones sobre el fascismo italiano y la España en guerra. De la generosidad de José Ramón García Gandía, a quien debo la fotografía de los fascistas en Aspe, y de Eduardo Trillo, que puso a mi disposición el increíble fondo fotográfico de su bisabuelo, el coronel Luis de Martín-Pinillos.

No es menos resultado, sin embargo, de los años vividos en Madrid en compañía de Carmelo Martín y de Tomás Calle, y de los muchos ya con un pie a cada lado del lago mediterráneo, entre otros motivos gracias al cariño de mis amigos de *Spagna Contemporanea*, mi otra familia italiana. Del tiempo, cada vez menor, libre de fascismos y guerras que paso con Beatriz, Roberto, José Antonio y Ángel. De la ayuda siempre de mis padres y el cariño de mis hermanos. Y de la paciencia de Alessandra y Melania, a quienes sigo robando mucho más tiempo del que debería, y que han tenido que sufrir la presencia indeseada de varios miles de camisas negras invadiendo durante meses nuestro pequeño rincón del Poblenou.

Pero, sobre todo, este libro es el resultado de mi amistad con Marco Carrubba. Además de generosas horas de charla, paseos, baños, cervezas y *riscontro* intelectual, Marco me ofreció, desinteresadamente, una parte muy importante de la documentación original que aparece aquí, incluidos los papeles del Ministerio de Asuntos Exteriores español, imposibles de consultar en el tiempo en que he escrito este libro. Gracias a su generosidad he podido volver a una documentación que, de copia en copia (y sobre este tema se ha copiado mucho, descontextualizado no poco y malentendido bastante), de libro a libro y, más recientemente, de pdf en pdf o de web en web, había perdido parte de su capacidad explicativa. He podido trabajar con papeles inéditos y comprobar

cómo los mismos legajos y carpetas que vieron otros historiadores de los que me siento, evidentemente, deudor, en los años setenta, ochenta y noventa, contenían mucha información que permitía plantear hipótesis no exploradas y lecturas si no alternativas, sí complementarias. Y he podido, en definitiva, plantear tal vez no respuestas convincentes, pero sí al menos preguntas diferentes para un pasado que suele darse por conocido con demasiada facilidad.

Pasé los primeros años de mi vida bajo la sombra del Sagrario Militar italiano, en la confluencia entre el Canal Imperial de Aragón y el Parque Pignatelli. Me gusta pensar que los paseos de la mano de mis padres pusieron el primer punto interrogativo a la pregunta que aquí he tratado de responder. En todo caso, quiero insistir en que aunque mi nombre aparezca en la portada, quien debería haber escrito *La guerra fascista* es Marco. Mi deuda de gratitud con él es infinita. Lo menos que puedo hacer es dedicárselo.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos, bibliotecas y fondos documentales

Archivio Centrale dello Stato (Roma).
Archivio Storico, Ministero degli Affari Esteri (Roma).
Archivo General Militar (Ávila).
Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares).
Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid).
Archivo Municipal (Zaragoza).
Biblioteca del European University Institute (Florencia).
Biblioteca di Storia Moderna e Contemporanea (Roma).
Biblioteca Nacional (Madrid).
Biblioteca Nazionale (Florencia).
Biblioteca Nazionale Braidense (Milán).
Ufficio Storico, Stato Maggiore dell'Esercito (Roma).

Fuentes publicadas

Documents on German Foreing Policy, 1918-1945, Series D (1937-1945), volumen III, Londres: His Majesty's Stationary Office, 1951.
Ministero degli Affari Esteri, *I Documenti Diplomatici Italiani*, Serie 8, volumen IV.

Sumsel, Duilio y Sumsel, Edoardo (eds.), *Opera Omnia di Benito Mussolini*, 44 volúmenes, Florencia y Roma: La Fenice, 1951-1963 y 1978-1981.

Fuentes hemerográficas

Critica Fascista.
El Legionario.
Excelsior.
Gerarchia.
Il Mesaggero.
Il Popolo d'Italia.
La Domenica del Corriere.

Bibliografía memorialística

Albanese, Adelchi (1940): *Nella bufera spagnola con le Camicie Nere della «Divisione Littorio» d'assalto*, Florencia: Bandettini.

Alessi, Marco (1937): *La Spagna dalla monarchia al governo di Franco*, Milán: Istituto per gli studi di politica internazionale.

Amoroso, Gaetano (1941): *Mortai e Lupi in Catalogna*, Turín: Rattero.

Anfuso, Filippo (1957): *Da Palazzo Venezia al lago di Garda. 1936-1945*, Bolonia: Cappelli.

Angelini, Alberto (1938): *Altre verghe per il Fascio. Un Legionario dodicenne alla guerra di Spagna*, Roma: Cooperativa Il Legionario.

Attanasio, Sandro (1974): *Gli italiani e la guerra di Spagna*, Milán: Mursia.

Bassi, Maurizio (1941): *Da Cadice ai Pirenei*, Florencia: Le Monnier.

Belforte, Francesco (1938): *La guerra civile in Spagna*, Milán: ISPI.

Beltrani, Vito (1939): *Antirussia*, Roma: Tupini.

Bernardis, Silvano (1941): *Fino a Madrid. Diario della guerra di Spagna*, Gorizia: L. Lucchesi.

Berneri, Camillo (2012): *Mussolini a la conquista de las Baleares y*

otros textos, Madrid: La Malatesta, ed. original 1937.
Bolín, Luis (1967): *España, los años vitales*, Madrid: Espasa Calpe.
Bonaccorsi, Arconovaldo *et al.* (1958): *La Grande Proletaria*, Roma: Centro Editoriale Nazionale.
Bonezzi, Alessandro (2006): *Il diario del nonno fascista*, Roma: Robin.
Cantalupo, Roberto (1948): *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febraio-Aprile 1937*, Milán: Mondadori.
Campa, Gentile (1939): *Lettere familiari dalla Spagna: di un legionario caduto nella battaglia dell'Ebro*, Florencia: Rinascimento del Libro.
Ciano, Galeazzo (2004): *Diario 1937-1943*, edición integral de Renzo de Felice, Milán: Rizzoli, ed. original 1946.
Conforti, Olao (1967): *Guadalajara, la prima sconfitta del fascismo*, Milán: Mursia.
Cordedda, Giuseppe (1996): *Guerra di Spagna. 100/17, alzo zero*, Sassari: Chiarella, ed. original 1983.
Cursi, Antonio (1939): *Gioventù italica legionaria e guerriera*, Velletri: G. Zampetti.
De Lorenzi, Massimo (2010): *Teruel-Málaga Un antifascista svizzero e un fascista italiano nella guerra civile di Spagna: memorie di lotta, sofferenze, passioni 1936-1939.*, Varese: Edizioni Arterigere.
Faldella, Emilio (1939): *Venti mesi di guerra in Spagna (luglio 1936-febbraio 1938)*, Florencia: F. Le Mannier.
Fiori, Giacomo (1939): *Cuore di Legionario: lettere di Giacomo Fiori, caduto in Spagna*, Roma: Vittorio Ferri.
Gabrielli, Manlio (1966): *Una guerra civile per la libertà. La Spagna degli anni 30 alla luce degli anni 60*, Roma: Volpe.
Gelli, Licio (1940): *«Fuoco»!… Cronache legionarie della insurrezione antibolscevica di Spagna*, Pistoia: Tipografía Commerciale.
Giola, Alma (1941): *Voci di legionari feriti. Documento storico della crociata fascista in terra di Spagna*, Como: Cavalleri.
Giudici, Paolo (1932): *Storia narrata al popolo*

d'Italia
, Florencia: Nerbini.
Incisa, Luigi (1941): *Spagna nazional-sindacalista*, Bolonia: Cappelli.
Lajolo, Davide (1939): *Bocche di donne e di fucili*, Osimo: Barulli.
— (1981): *Il «voltagabbana»*, Milán: Rizzoli.
Legionari di Roma in terra iberica, Milán: Sagdos, 1940.
Lodoli, Renzo (1939): *Domani posso morire. Storie di arditi e fanti legionari*, Roma: Roma Fascista, nueva edición: *I Legionari. Spagna*
1936-1939
, Roma: Ciarrapico Editore, 1989.
Martini, Enrico (1939): *Croce e spada contro falce e martello*, Roma: s. r.
Matthey, Guido Pietro (1941): *Legionario di Spagna*, Turín: Società Editrice Torinese.
Mortari, Curio (1937): *Con gli insorti in Marocco e in Spagna*, Milán: Treves.
Mosca, Luigi (1941): *Camicie nere a Guadalajara*, Nápoles: Partenope.
Mussolini, Benito (1999): *La mia vita*, Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, ed. original
1928-1930.
Odetti, Francesco (1940): *Trenta mesi nel Tercio*, Roma: M. Carra.
Palladino, Domenico (1967): *Terza offerta. Ricordi della guerra civile di Spagna*, Bari: Palladino Editrice.
Pelliciari, Alfonso (1938): *Arriba España*, Turín: Studio Editoriale Torinese.
Piazzoni, Sandro (1939): *Le Frecce Nere nella guerra di Spagna (1937-39)*
, Roma: Edizioni della Rivista Nazione Militare.
Revelli, Nuto (2010): *La strada del davai*, Turín: Einaudi, ed. original 1966.
Rispoli, Tullio (1942): *La Spagna dei Legionari*, Roma: Cremonese.
Santamaria, Aldo (1965): *Operazione Spagna,*
1936-1939
, Roma: G. Volpe.
Santoni, Enrico (1939): *Ali di giovinezza, ali di Vittoria: Come visse e mori Vittorio Ceccherelli, medaglia Con prefazione di Giuseppe Valle*

d'oro.
, Florencia: Vallecchi.
Segàla, Renzo (1939): *Tincee di Spagna. Con i legionari alla difesa della civiltà*, Milán: Treves.
Serrano Suñer, Ramón (2011): *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona: Planeta, ed. original 1947.
Sorrentino, Lamberti (1939): *Questa Spagna: avventure di una coscienza*, s. r.: Edizioni Roma.
Sulliotti, Italo (1938): *Europa svegliati!: Scene e figure della guerra di Spagna; con illustrazioni fotografiche fuori testo*, Milán y Florencia: G. Agnelli.
Volta, Sandro (1937): *Spagna a ferro e fuoco*, Florencia: Vallecchi.

Bibliografía secundaria

Acquarone, Alberto (1966): «La guerra di Spagna e l'opinione pubblica italiana», *Il cannocchiale*, n.os 4-6.
Aga Rossi, Elena (1997): «La politica estera e l'Impero», en Giovanni Sabbatucci y Vittorio Vidotto (eds.), *Storia d'Italia*, vol. 4, *Guerre e Fascismo 1914-1943*, Roma y Bari: Laterza.
Albanese, Giulia (2006): *La marcia su Roma*, Roma y Bari: Laterza.
— (2009): «Comparare i fascismi. Una riflessione storiografica», *Storica*, vol. 15, n.os 43-45, pp. 313-343.
Albertí, Santiago y Elisenda (2004): *Perill de bombardeig! Barcelona sota les bombes (1936-1939)*, Barcelona: Albertí.
Albonico, Aldo (1986): «Accenti critici di parte fascista e cattolica alla cruzada», en *Italia y la Guerra Civil española*, Madrid: CSIC, Simposio en la Escuela de Historia y Arqueología de Roma,

pp. 1-8.
Alcalde, Ángel (2014): *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
Alcofar Nassaes, José Luis [José Luis Infiesta] (1972): *CTV. Los legionarios italianos en la Guerra Civil Española 1936-1939*, Barcelona: Dopesa.
— (1975): *La marina italiana en la guerra de España*, Barcelona: Euros.
— (1976): *La aviación legionaria en la guerra española*, Barcelona: Euros.
Alegre, David (2012): «Scaricare tutta la mia rabbia». Codificación, supervivencia y fascismo en el relato de los italianos y españoles en el frente del Este (1941-1943), comunicación presentada al *XII Congresso Internazionale di studi storici di Spagna contemporanea: Le culture politiche in Spagna e Italia secoli XIX e XX: un approccio comparato*.
Alonso, Miguel (2012): «Camicie Nere, Camisas Azules. Una propuesta interpretativa del fascismo español a través de un estudio comparado con el caso italiano», comunicación presentada al *XII Congresso Internazionale di studi storici di Spagna contemporanea: Le culture politiche in Spagna e Italia secoli XIX e XX: un approccio comparato*.
— (2014): «"Cruzados de la civilización cristiana". Algunos apuntes en torno a la relación entre fascismo y religión», *Rúbrica Contemporánea*, n.º III, 5, pp. 133-154.
Alpert, Michael (1998): *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la Guerra Civil Española, 1936-1939*, Madrid: Akal.
Arasa, Daniel (2015): *La batalla de las ondas en la Guerra Civil española*, Maçanet de la Selva: Gregal.
Baldissara, Luca y Pezzino, Paolo (2009): *Il massacro. Guerra ai civili a Monte Sole*, Bolonia: Il Mulino.

Battini, Michele y Pezzino, Paolo (1997): *Guerra ai civili. Occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venecia: Marsilio.

Bidussa, David (2006): «Il mito del bravo italiano», en Luigi Borgomaneri (ed.), *Crimini di guerra. Il mito del bravo italiano tra repressione del ribellismo e guerra ai civili nei territori occupati*, Milán: Guerini e Associati, pp. 113-132.

Botti, Ferruccio e Ilari, Virgilio (1985): *Il pensiero militare italiano dal primo al secondo dopoguerra (1919-1949)*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito.

Bovio, Oreste (2010): *Storia italiano dell'Esercito (1861-2000)*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito.

Campo Rizo, José Miguel (1997): «El Mediterráneo, campo de batalla de la Guerra Civil española: la intervención naval italiana. Una primera aproximación documental», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 19, pp. 55-87.

— (2009): *La ayuda de Mussolini a Franco en la Guerra Civil española*, Madrid: Arco Libros.

Campos, Miguel I. (2011): «La historiografía en torno a la internacionalización de la Guerra Civil española (1936-1939): el caso italiano», *Ab Initio*, n.º 3, pp. 119-141.

Cándano, Xuan (2006): *El Pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*, Madrid: La Esfera de los Libros.

Carotenuto, Gennaro (2005): *Franco e Mussolini. La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: i diversi destini dei due dittatori*, Milán: Sperling & Kupfer.

Carrubba, Marco (2008): «La memoria del Cuerpo de Tropas Voluntarias en las publicaciones del régimen fascista y en las biografías de los voluntarios», en *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asociación de Historia Contemporánea*.

Casali, Luciano (1984): *pubblica italiana e la guerra civile spagnola*

L'opinione
, Madrid: Taravilla.
Casanova, Marina (1991): «El inicio de la guerra civil y sus repercusiones en los diplomáticos españoles acreditados ante el Quihnal y el Vaticano», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, *Historia Contemporánea*, tomo IV, pp. 31-40.
Chueca, Ricardo (1983): *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre*
FET-JONS
, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
Collotti, Enzo (1989): *Fascismo, fascismi*, Florencia: Sansoni.
— (con la colaboración de Nicola Labanca y Teodoro Sala) (2000): *Fascismo e politica di potenza. Politica estera*
1922-1939
, Milán: La Nuova Italia.
Corner, Paul (ed.) (2012): *Il consenso totalitario. Opinione pubblica e opinione popolare sotto fascismo, nazismo e comunismo*, Roma y Bari: Laterza.
Cortada, James W. (ed.) (2014): *La guerra moderna en España. Informes del ejército de Estados Unidos sobre la Guerra Civil,*
1936-1939
, Barcelona: RBA.
Corti, Paola y Pizarroso, Alejandro (1993): *Giornali contro. «Il Legionario» e «Il Garibaldino». La propaganda degli italiani nella guerra di Spagna*, Turín: Edizioni
dell'Orso.
Coverdale, John (1979): *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza Editorial.
Crusells, Magí (2012):
«L'immagine
cinematografica del CTV», *Spagna Contemporanea*, n.º 42, pp. 91-111.
Cruz, Rafael (1997): «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia Soviética y la acción colectiva en España», en *ibid.*, y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid: Alianza Editorial, pp. 273-304.
Curreri, Luciano (2009): *Mariposas de Madrid. Los narradores italianos y la guerra civil española*, Zaragoza: Prensas de la

Universidad de Zaragoza.
De Felice, Renzo (1996): *Mussolini il duce. II. Lo Stato totalitario (1936-1940)*, Turín: Einaudi, ed. original 1981.
De Grazia, Victoria (1992): *How Fascism Ruled Women: Italy, 1920-1945*, Berkeley: University of California Press.
De la Granja, José Luis (1990): *República y Guerra Civil en Euzkadi: del Pacto de San Sebastián al de Santoña*, Oñate: Instituto Vasco de Administración Pública.
De Meer, Fernando (1992): *El Partido Nacionalista Vasco ante la guerra de España (1936-1937)*, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra.
De Onaindía, Alberto (1983): *El «Pacto» de Santoña. Antecedentes y desenlace*, Bilbao: Laiz.
Del Arco Blanco, Miguel Ángel (2009): «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», *Ayer*, n.º 76, pp. 245-268.
Del Boca, Angelo (1988): *Gli italiani in Libia. Dal fascismo a Gheddafi*, Roma y Bari: Laterza.
— (1996): *I gas di Mussolini. Il fascismo e la guerra di Etiopia*, Roma: Editori riuniti.
— (ed.) (1991): *Le guerre coloniali del fascismo*, Roma y Bari: Laterza.
Della Volpe, Nicola (1992): *Esercito e propaganda fra le due guerre (1919-1939)*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito.
Di Feo, Gianluca (2009): *Veleni di Stato*, Milán: BUR.
Di Nolfo, Ennio (1960): *Mussolini e la politica estera italiana (1919-1933)*, Padua: CEDAM.
Domínguez, Rubén (2012): *Mussolini y la exportación de la cultura italiana a España*, Madrid: Arco Libros.
Ebner, Michael R. (2011): *Ordinary violence in Italy Mussolini's*, Cambridge: Cambridge University Press.

Falasca-Zamponi, Simonetta (1997): *Fascist Spectacle. The Aesthetics of power in Italy*
Mussolini's
, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
Fogu, Claudio (2003): *The Historic Imaginary. Politics of History in Fascist Italy*, Toronto: University of Toronto Press.
Franzinelli, Mimmo (1995): *Stellette, croce e fascio littorio: religiosa a militari, balilla e camicie nere,*
L'assistenza
1919-1939
, Milán: Franco Angeli.
Fulvetti, Gianluca y Pelini, Francesca (eds.) (2006): *La politica del massacro. Per un atlante delle stragi naziste in Toscana*, Nápoles: L'ancora
del Mediterraneo.
Gallego, Ferran (2005): «Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular», en *ibid.*, y Francisco Morente (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona: El Viejo Topo, pp. 179-209.
— (2005): «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en *ibid.*, y Francisco Morente (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona: El Viejo Topo, pp. 253-447.
— (2005): *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid: Síntesis.
— (2010): «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en José Luis Martín Ramos y Alejandro Andreassi (eds.), *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*
, Barcelona: El Viejo Topo, pp. 281-354.
— (2014): *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo*
(1930-1950)
, Barcelona: Crítica.
García, Hugo (2005): «Historia de un mito político: el *peligro*

comunista en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», *Historia Social*, n.º 51, pp. 3-20.

García Gandía, José Ramón (2015): «Nella bufera spagnola. Los italianos y final de la guerra civil en Aspe», *Año Impar*.

García Ruiz, José Luis (2015): *La participación italiana en el Frente Norte. La batalla de Santander (abril-agosto 1937)*, Torrelavega: Librucos.

García Venero, Maximiliano (1970): *Historia de la unificación (Falange y Requeté en 1937)*, Madrid: Agesa.

Garmendia, José María (1986): «El pacto de Santoña», en Carmelo Garitaonandía y José Luis de la Granja (eds.), *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después*, Bilbao: Universidad del País Vasco.

Gelli, Licio y Lenoci, Antonio (1995): *Dossier Spagna. Gli italiani nella guerra civile (1936-1939)*, Bari: Giuseppe Laterza.

Gentile, Emilio (1993): *Il culto del Littorio: la sacralizzazione della politica fascista nell'Italia*, Roma y Bari: Laterza.

— (1997): «The Myth of the National Regeneration in Italy: From Modernism Avant-garde to Fascism», en Matthew Affron y Mark Antliff (eds.), *Fascist Visions. Art and Ideology in France and Italy*, Princeton: Princeton University Press, pp. 25-45.

— (1997): *La Grande Italia. Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo*, Milán: Mondadori.

— (2010): *Fascismo di pietra*, Roma y Bari: Laterza.

Gibelli, Antonio (1999): *La Grande Guerra degli italiani, 1915-1918*, Milán: Sansoni.

— (1991): *L'ufficina della guerra. La Grande Guerra e le trasformazioni del mondo mentale*, Turín: Bollati Boringhieri.

Gil Andrés, Carlos (2006): *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona: Crítica.

González Calleja, Eduardo (2008): «La violencia y sus discursos: los límites de la "fascistización" de la derecha española durante el

régimen de la Segunda República», *Ayer*, n.º 71, pp. 85-116.
Gobetti, Eric (2013): *Alleati del nemico. italiana in Jugoslavia L'occupazione (1941-1943)*, Roma y Bari: Laterza.
Grassia, Edoardo (2011): «"Aviazione Legionaria": il comando strategico-politico e tecnico-militare delle forze aeree italiane impiegate nel conflitto civile spagnolo», *Diacronie*, n.º 7.
— (2011): «Barcellona, 17 e 18 marzo 1938», *Diacronie*, n.º 7.
Griffin, Roger (1993): *The nature of Fascism*, Londres: Routledge, 1.ª ed. 1991.
— (2010): *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid: Akal, 1.ª ed. 2007.
Griner, Massimiliano (2006): *I ragazzi del '36. dei fascisti italiani nella Guerra Civile Spagnola L'avventura*, Milán: Rizzoli.
Guderzo, Massimiliano (1995): *Madrid e della diplomazia. spagnola nella seconda guerra mondiale l'arte L'incognita*, Florencia: Manent.
Heiberg, Morten (2004): *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona: Crítica.
— y Ros Agudo, Manel (2006): *La trama oculta de la Guerra Civil. Los servicios secretos de Franco 1936-1945*, Barcelona: Crítica.
Howson, Gerald (1999): *Arms for Spain. The Untold Story of the Spanish Civil War*, Nueva York: St. Martin's Press.
Isaia, Nino y Sogno, Edgardo (1998): *Due fronti. La grande polemica sulla guerra di Spagna*, Florencia: Liberal Libri.
Kallis, Aristotle (2000): *Fascist Ideology. Territory and Expansionism in Italy and Germany,*

1922-1945
, Londres y Nueva York: Routledge.
— (2003): «"Fascism", "Para-Fascism" and "Fascistization": on the similarities of three conceptual categories», *European History Quaterly*, vol. 33 (2), pp. 219-249.
— (2008): «Fascism, violence and terror», en *Terror. From tyrannicide to terrorism*, Brisbane, Australia: University of Queensland, pp. 190-204.
— (2009): *Genocide and fascism. The eliminationist drive in Fascist Europe*, Nueva York: Routledge.
Keene, Judith (2002): *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista,*
1936-1939
, Barcelona: Salvat.
Klinkhammer, Lutz (2006): *Stragi naziste in Italia,*
1943-1944
, Roma: Donzelli, 1.ª ed. 1997.
Knox, MacGregor (2009): *Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Germany*, Cambridge: Cambridge University Press.
Koon, Tracy H. (1985): *Believe, Obey, Fight: Political Socialization of Youth in Fascist Italy,*
1922-1943
, Londres: Chapel Hill.
Kramer, Alan (2007): *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford: Oxford University Press.
Labanca, Nicola (2001):
«L'internamento
coloniale italiano», en Costantino Di Sante (ed.), *I campi di concentramento in Italia. alla deportazione*
Dall'internamento
(1940-1945)
, Milán: Franco Angeli, pp. 40-67.
— (2002): *Oltremare. Storia coloniale italiana*
dell'espansione
, Bolonia: Il Mulino.
— (2005): *Una guerra per Memorie della campagna*
l'impero.

d'Etiopia
1935-36
, Bolonia: Il Mulino.
— (2012): *La guerra italiana per la Libia*
1911-1931
, Bolonia: Il Mulino.
Lanzardo, Liliana (1991): *Immagine del Fascismo. Fotografie storia memoria*, Milán: Franco Angeli.
Lichtner, Giacomo (2015): «Italian Cinema and the Fascist Past: Tracing Memory Amnesia», *Fascism*, n.º 4, pp. 25-47.
Lo Cascio, Paola (2013): *La guerra civile spagnola. Una storia del Novecento*, Roma: Carocci.
— (2014): «La retaguardia italiana. El discurso del fascismo italiano en la Guerra Civil española. El caso de la narrativa y ensayística publicada en Italia entre 1937 y 1942», *Revista Universitaria de Historia Militar*, n.º 6, pp. 87-103.
— y Oliveira, Susanna (2008): *Tres dies de març. Imatges Bombes sobre Barcelona*
1936-1939.
, Girona: El Punt.
Lozano, Álvaro (2012): *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid: Marcial Pons.
Lupo, Salvatore (2000): *Il Fascismo. La politica in un regime totalitario*, Roma: Donzelli, 1.ª ed. 1974.
Lyttelton, Adrian (1974): *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Roma y Bari: Laterza.
— (1996): «The "crisis of bourgeois society" and the origins of Fascism», en Richard Bessel (ed.), *Fascist Italy and Nazi Germany. Comparisons and contrasts*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 12-22.
Maldonado, José María (2003): *Alcañiz, 1938: el bombardeo olvidado*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
— (2010): *Aragón bajo las bombas*, Zaragoza: Gobierno de Aragón.
Mallet, Robert (2015): *Mussolini in Ethiopia, The Origins of Fascist African War*
1919-1935.
Italy's
, Cambridge: Cambridge University Press.

Martínez de Pisón, Ignacio (2007): *Las palabras justas*, Zaragoza: Xordica.
— (2008): *Dientes de leche*, Barcelona: Seix Barral.
Massot i Muntaner, Josep (1988): *Vida i miracles del «Conde Rossi»*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
— (1996): *El primer franquisme a Mallorca*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
— (1997): *Guerra Civil i repressió a Mallorca*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
— (2000): «El *comte Rossi*, un fantasma a la guerra civil», en *De la guerra i de Mallorca, Montserrat, França, Mèxic l'exili. (1936-1975)*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
Mazzetti, Massimo (1979): «I contatti del governo italiano con i cospiratori militari spagnoli», *Storia Contemporanea*, n.º 6, pp. 1181-1193.
Medas, Giulia (2014): *¿Quiénes fueron los voluntarios? Identità, motivazioni, linguaggi e vissuto quotidiano dei volontari italiani nella guerra civile spagnola*, Tesis doctoral inédita, Universidades de Cagliari y Valencia.
Monguilot, Félix (2007): «El núcleo foto-cinematográfico del Istituto LUCE: un órgano de propaganda fascista en Salamanca durante la Guerra Civil española», *Archivos de la Filmoteca*, n.º 56, pp. 152-171.
Monticone, Alberto (1972): *Gli italiani in uniforme, Intellettuali, borghesi e disertori 1915-1918.*, Roma y Bari: Laterza.
Moradiellos, Enrique (2001): *El reñidero de Europa. Las dimensiones*

internacionales de la Guerra Civil española, Barcelona: Península.
— (2012): *La guerra de España Estudios y controversias (1936-1939)*.
, Barcelona: RBA.
Morente, Francisco (2005): «Hijos de un dios menor. La Falange después de José Antonio», en *ibid*., y Ferran Gallego (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona: El Viejo Topo, pp. 211-250.
— (2005): «Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo», *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, n.º 24, pp. 179-204.
Murias, Carlos, Castañón, Carlos y Manrique, José M.ª (2010): *Militares italianos en la Guerra Civil española. Italia, el fascismo y los voluntarios en el conflicto español*, Madrid: La Esfera de los Libros.
Murialdi, Paolo (2008): *La stampa del regime fascista*, Roma y Bari: Laterza, 1.ª ed. 1986.
Navarro, Diego y Vicente, Guillermo (2013): «Photographic air reconnaissance during the Spanish Civil War, 1936-1939: doctrine and operations», *War in History*, n.º 20/3, pp. 345-380.
Núñez Seixas, Xosé Manoel (2006): *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons.
Olazábal, Carlos María (2014): *Negociaciones del PNV con Franco durante la Guerra Civil*, Bilbao: Fundación Popular de Estudios Vascos.
Olaya, Francisco (1990): *La intervención extranjera en la guerra civil*, Madrid: Madre Tierra.
Othen, Christopher (2013): *International Brigades. Adventurers, Fascists, and Christian Crusaders in the Spanish Civil War Franco's*, Nueva York: Columbia University Press.
Panebianco, Angelo (1977): *La politica estera italiana: un modello interpretativo*, Bolonia: Il Mulino.
Pasetti, Matteo (2009): *Storia dei fascismi in Europa*, Bolonia: Arquetipolibri.

Passerini, Luisa (1991): *Mussolini immaginario. Storia di una biografia 1915-1939*, Roma y Bari: Laterza.

Pastorelli, Pietro (1973): «La politica estera fascista dalla fine del conflitto etiopico alla seconda guerra mondiale», en Renzo de Felice (ed.), *fra tedeschi e alleati. La politica estera fascista e la seconda guerra mondiale L'Italia*, Bolonia: Il Mulino.

Pavone, Claudio (1991): *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín: Bollati Boringhieri.

Payne, Stanley G. (1995): *Historia del fascismo*, Barcelona: Planeta.

Peli, Piero (1968): *nella Prima Guerra Mondiale. 1915-1918 L'Italia*, Turín: Einaudi.

Peñalba, Mercedes (2009): *Falange española: historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra.

— (2014): *Entre la boina roja y la camisa azul. La integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista y de las JONS (1936-1942)*, Pamplona: Publicaciones del Gobierno Foral de Navarra.

Pezzino, Paolo (2007): *Anatomia di un massacro. Controversia sopra una strage nazista*, Bolonia: Il Mulino, 1.ª ed. 1997.

Pizarroso, Alejandro (2001): «Intervención extranjera y propaganda. La propaganda exterior de las dos Españas», *Historia y Comunicación Social*, n.º 6, pp. 63-96.

Podestà, Gian Luca (2004): *Il mito Economia, politica e lavoro nelle colonie italiane orientale dell'impero. dell'Africa 1898-1941*, Turín: Giappichelli.

— (2013): «Il colonialismo corporativo. Politiche economiche e amministrazione coloniale nell'Africa italiana», en Gianni Dore *et al.* (eds.), *Governare Istituzioni, funzionari e società nel colonialismo italiano*

l'oltremare.
, Roma: Carocci.
Poesio, Camilla (2010): *Reprimere le idee, abusare del potere. La Milizia e del regime fascista*
l'instaurazione
, Roma: Quaderni della Fondazione Luigi Salvatorelli.
— (2014): «La violencia en la Italia fascista: un instrumento de transformación política», en Javier Rodrigo (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, sigloxx*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 81-115.
Preston, Paul (1994): *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona: Grijalbo.
— (1999): «La aventura española de Mussolini. Del riesgo limitado a la guerra abierta», en *ibid.*, (ed.), *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Barcelona: Península.
— (2006): *La Guerra Civil española*, Barcelona: Debate, 1.ª ed. 1987.
Puppini, Marco (2011): «Gli italiani alla Guerra Civile Spagnola», en Josep Sánchez Cervelló y Sebastián J. Agudo Blanco (coords.), *Congreso Internacional sobre la Batalla del Ebro*, vol. 1, *Ponencias*, Tarragona: Arola, pp. 171-187.
— (2014): «Las difíciles cuentas con el pasado. Bibliografía italiana reciente sobre la Guerra Civil española», *Storica. Historia Contemporánea*, n.º 32, pp. 385-399.
Quartararo, Rosaria (1977): *Politica fascista nelle Baleari*
(1936-1939)
, s. r.: Cuaderni Fiap.
Randazzo, Antonella (2008): *del Duce. I crimini fascisti in Africa*
L'Africa
, Varese: Arterigere.
Ranzato, Gabriele (2014): «La guerra de España como batalla de la "Guerra civil Europea"», en Pilar Salomón *et al.* (eds.), *Historia, pasado y memoria en el mundo contemporáneo*, Teruel: Instituto de Estudios Turolenses.
— Zadra, Camillo y Zendri, Davide (2008): *«In Spagna per fascista»: legionari trentini nella guerra civile spagnola*
l'idea
1936-1939

, Rovereto: Museo Storico Italiano della Guerra.
Recalde Canals, Ignacio (2011): *Los submarinos italianos de Mallorca y el bloqueo clandestino a la República (1936-1938)*, Mallorca: Objeto Perdido.
Rochat, Giorgio (1981): «La repressione della resistenza cirenaica (1922-1931)», en *ibid.*, Enzo Santarelli, Rainero Romain y Luigi Goglia, *Omar Al-Mukhtar e la riconquista fascista della Libia*, Milán: Marzorati.
— (1991): *Guerre italiane in Libia e in Etiopia. Studi militari 1921-1939*, Paese: Pagus.
— (2005): *Le guerre italiane alla disfatta 1935-1943. Dall'impero d'Etiopia*, Turín: Einaudi.
Rodogno, Davide (2006): *European Empire. Italian Occupation during the Second World War Fascism's*, Cambridge: Cambridge University Press.
Rodrigo, Javier (2005): *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista 1936-1947*, Barcelona: Crítica.
— (2012): «Violencia y fascistización en la España sublevada», en Francisco Morente (ed.), *España en la crisis de entreguerras. República, fascismo y Guerra Civil*, Madrid: Los Libros de la Catarata, pp. 79-95.
— (2013): «A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 143-167.
— (2013): *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada: Comares.
— (2014): «Su Majestad la Guerra. Debates sobre la Primera Guerra Mundial en el siglo XXI», *Historia y Política*, n.º 32, pp. 17-45.

— (ed.) (2014): *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
Rodríguez Jiménez, José Luis (2000): *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid: Alianza Editorial.
Romeo di Colloredo, Pierluigi (2012): *Frecce Nere! Le camicie nere in Spagna*
1936-1939
, Genova: Clu.
Ropa, Rossella (1999):
«L'Italia
fascista nel conflitto spagnolo», en Luca Alessandrini (ed.), *Immagini nemiche. La Guerra Civile spagola e le sue rappresentazioni,*
1936-1939
, Bolonia: Editrice Compositori.
Rovatti, Toni (2011): *Leoni vegetariani. La violenza fascista durante la RSI*, Bolonia: CLUEB.
Rovihi, Alberto y Stefani, Filippo (1992): *La partecipazione italiana alla guerra civile spagnola*, Roma: Ufficio Storico dello Stato Maggiore
dell'Esercito.
Santoro, Carlo Maria (1988): *e il Mediterraneo. Questioni di politica estera*
L'Italia
, Milán: Centro Studi e Ricerche di Politica Comparata, Università «L. Bocconi» Angeli.
— (1991): *La politica estera di una media potenza. ad oggi*
L'Italia
dall'Unità
, Bolonia: Il Mulino.
Santoro, Giuseppe
(1950-1957):
italiana nella seconda guerra mondiale
L'aeronautica
, 2 vols., Milán y Roma: Edizione Esse.
Savona, Antonio V. y Straniero, Michele L. (1979): *Canti fascista dell'Italia*
(1919-1945)

, Milán: Garzanti.
Saz, Ismael (1986): *Mussolini contra la Segunda República. Hostilidad, conspiraciones, intervención*, Valencia: Alfons el Magnànim.
— (1993): «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en Javier Tusell *et al.* (eds.), *El Régimen de Franco Política y relaciones exteriores (1936-1975)*.
, Madrid: UNED, vol. 1, pp. 189-201.
— (1996): «Salamanca, 1937: los fundamentos de un régimen», *Revista de Extremadura*, n.º 21, pp. 81-107.
— (1998): «Fascism and Empire: Fascist Italy against Republican Spain», *Mediterranean Historical Review*, vol. 13, n.os 1-2.
— (2003): *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid: Marcial Pons.
— (2004): *Fascismo y franquismo*, Valencia: PUV.
— (2013): «El fascismo y la Guerra Civil Española», en *Las caras del franquismo*, Granada: Comares.
— y Tusell, Javier (edición y estudio documental) (1981): *Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna» (15 diciembre 1936-31 marzo 1937)*, Madrid: CSIC-Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.
Schüler-Springorum, Stefanie (2014): *La guerra como aventura. La Legión Cóndor en la Guerra Civil Española 1936-1939*
, Madrid: Alianza Editorial.
Schwartz, Fernando (1971): *La internacionalización de la guerra civil española. Julio de 1936-marzo de 1937*, Barcelona: Ariel.
Sevillano, Francisco Virgilio (1969): *La diplomacia mundial ante la guerra española*, Madrid: Editora Nacional.
SME-Ufficio Storico (1954): *italiano tra a 1.ª e la 2.ª Guerra Mondiale. Novembre 1918-Giugno 1940*
L'Esercito
, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito.
— (1961): *L'Esercito italiano. Dal 1.º tricolore al 1.º centenario*, Roma: Ufficio Storico dello Stato Maggiore

dell'Esercito.
Smyth, Denis (1978): «Duce Diplomatico», *The Historical Journal*, n.º 21/4, pp. 981-1000.
Solé i Sabaté, Josep Maria y Villarroya, Joan (2003): *España en llamas. La guerra civil desde el aire*, Madrid: Temas de Hoy.
Spackman, Barbara (1996): *Fascist virilities: rhetoric, ideology and social fantasy in Italy*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
Sullivan, Brian (1995): «Fascist
Italy's
Involvement in the Spanish Civil War», *Journal of Military History*, n.º 59, pp. 697-727.
Tarquini, Alessandra (2011): *Storia della cultura fascista*, Bolonia: Il Mulino.
Thomàs, Joan Maria (1999): *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio. Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de Falange Españolade las JONS*, Barcelona: Plaza y Janés.
— (2001): *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista*
(1937-1945)
, Barcelona: Plaza y Janés.
— (2014): *El gran golpe. El «caso Hedilla» o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona: Debate.
Thompson, Doug (1991): *State control in Fascist Italy. Culture and conformity,*
1925-43
, Manchester y Nueva York: Manchester University Press.
Torcellan, Nadia (1988): *Gli italiani in Spagna. Bibliografia della guerra civile spagnola*, Milán: Franco Angeli.
Turi, Gabriele (2002): *Lo Stato educatore. Politica e intellettuali fascista*
nell'Italia
, Roma y Bari: Laterza.
Tusell, Javier (1991): *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona: Tusquets.
— y Queipo de Llano, Genoveva (1985): *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*, Barcelona: Planeta.

Urteaga, Luis, Nadal, Francesc y Muro, José Ignacio (2002): «La cartografía del Corpo di Truppe Volontarie, 1937-1939», *Hispania*, LXII/1, n.º 210, pp. 283-298.
Vaquero, Dimas (2009): *Credere, Obbedire, Combattere. Fascistas italianos en la Guerra Civil española*, Zaragoza: Mira.
Villarroya, Joan (1999): *Els bombardeigs de Barcelona durant la Guerra Civil: 1936-1939*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
Viñas, Ángel (2006): *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona: Crítica.
— (2009): *El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona: Crítica.
— (2013): «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», en VV. AA., *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona: Crítica, pp. 79-181.
VV. AA. (1986): *Italia y la Guerra Civil española (Simposio celebrado en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma)*, Madrid: CSIC.
— (2009): *Francone. La mirada de Mussolini en la guerra de España*, Zaragoza: Gobierno de Aragón y Ayuntamiento de Alcañiz.
Woodley, Daniel (2009): *Fascism and political theory: critical perspectives on fascist ideology*, Londres: Routledge.
Zani, Luciano (2008): «Fascismo e comunismo: rivoluzioni antagoniste», en Emilio Gentile (ed.), *Modernità totalitaria. Il fascismo italiano*, Roma y Bari: Laterza, pp. 191-228.
Zunino, Pier Giorgio (1995): *del fascismo. Miti, credeze e valori nella stabilizzazione del regime L'ideologia*, Bolonia: Il Mulino.

Webgrafía

Academia, http://www.academia.edu
Archivio Luce, http://www.archivioluce.com/archivio

Archivo Municipal de Zaragoza, http://www.zaragoza.es/ciudad/usic/
Bundesarchiv, http://www.bundesarchiv.de/index.html.de
Museo Storico Italiano della Guerra, http://www.museodellaguerra.it

FOTOS

1. Llegada de los contingentes de tropas italianas al puerto de Cádiz, 1937. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

2. Aeródromo de Soria con los aviones aparcados que no pudieron despegar durante la ofensiva de Guadalajara. La pista, como puede comprobarse, era de tierra. Batalla de Guadalajara, marzo de 1937. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

3. Soldados del CTV avanzan por la carretera de Francia durante la batalla de Guadalajara, marzo de 1937. Foto: Efe.

4. Vehículos y soldados marchan en la nieve. Batalla de Guadalajara, marzo de 1937. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

5. Soldados italianos hechos prisioneros en la batalla de Guadalajara, marzo de 1937. Foto Efe/ps.

6. Comandante del «Ejército Popular» junto a prisioneros italianos capturados durante la batalla de Guadalajara. Trijueque (Guadalajara), marzo de 1937. Foto: Efe/jt.

7. Tropas italianas entrando en la ciudad recién conquistada. Bermeo, 30 de abril de 1937. Foto Efe/jt.

8. A la izquierda, soldado del CTV. A la derecha, aviadores de la Legión Cóndor, acompañados por un gran danés. Frente Norte, abril-mayo de 1937. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

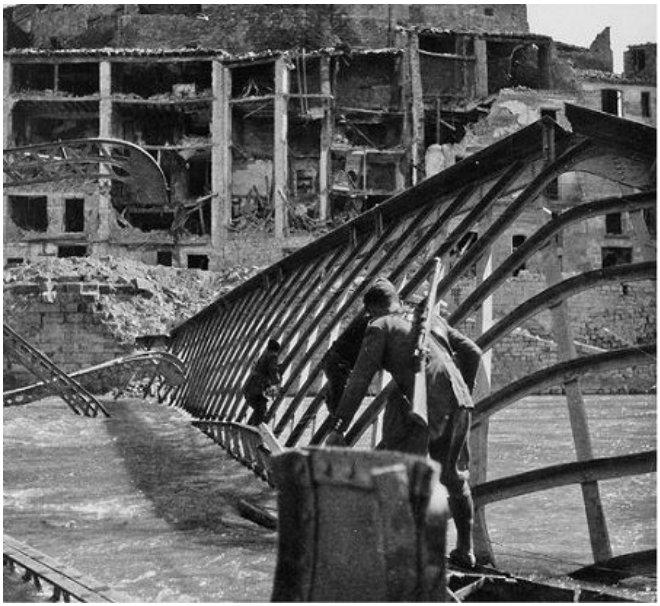
9. Ettore Bastico, general en jefe del CTV, y Franco. Frente de Santander, agosto de 1937. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

10. Niebla producida por gases y ataque de los *bersaglieri*, posiblemente en el frente de Santander, agosto de 1937. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

11. Mussolini condecorando a la viuda de un soldado italiano caído en la Guerra Civil. Ceremonia del 15 aniversario de la Marcha de Roma, 28 de octubre de 1937. Foto: Ullstein Bild/Getty Images.

12. Armamento, posiblemente en el frente de Aragón, 1938. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

13. Columna de soldados marchando, posiblemente en el frente de Aragón, 1938. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.



14. Soldados en el puente derruido de Fraga, finales de marzo de 1938. Foto: Archivo Luis de Martín-Pinillos.

15. Soldados italianos, entre ellos los dos carabinieri en primer plano, visitan las ruinas de Belchite en 1938. Foto: Gerardo Sancho, Archivo Municipal de Zaragoza, 4-1-0025577.

16. Franco en el acto homenaje a los soldados italianos voluntarios repatriados con más de 28 meses de servicio. A su lado Mario Berti y, más a su izquierda, Carmen Polo y Carmencita Franco. Debajo Annibale Bergonzoli y Enrico Francisci. Agoncillo (Logroño), 2 de octubre de 1938. Foto: Gerardo Sancho, Archivo Municipal de Zaragoza, 4-1-0025559.

17. Franco pasa revista a las tropas en la fiesta militar celebrada con motivo de la entrega de condecoraciones a las fuerzas legionarias italianas. Agoncillo (Logroño), 2 de octubre de 1938. Foto: Efe/jt.

18. Soldados italianos confraternizando con miembros de la Sección Femenina, Aspe (Alicante), abril de 1939.

19. Carmen Franco, hija de Francisco Franco, en el coche que le regaló el general Gambara, jefe del CTV, en los jardines de la residencia familiar del Palacio de la Isla, en Burgos. Mayo de 1939. Foto: Efe/Miguel Cortés.

20. Soldados pertenecientes a los *arditi*, fuerzas de choque del ejército italiano, saludan puñal en alto al entrar en el puerto de Nápoles, tras finalizar su viaje de regreso a Italia. Mayo de 1939. Foto: Efe/ Mollineto.

21. Ofrenda de flores en el cementerio de Torrero (Zaragoza) a los aviadores italianos caídos durante la Guerra Civil, 7 de noviembre de 1940. Foto: Archivo Municipal de Zaragoza, 4-1-0003153.

22. Una madrina de guerra ante la tumba de un soldado italiano en el cementerio de Torrero (Zaragoza), 7 de noviembre de 1940. Foto: Archivo Municipal de Zaragoza, 4-1-0003154.

Notas

[1] El listado de obras sería inagotable y será, en buena medida, desarrollado a lo largo de las notas al pie de este libro. Hay varios artículos de síntesis bibliográfica sobre el caso italiano, como el de Marco Puppini, «Las difíciles cuentas con el pasado. Bibliografía italiana reciente sobre la Guerra Civil española», en *Studia Storica. Historia Contemporánea*, n.º 32, 2014, pp. 385-399, o Miguel I. Campos, «La historiografía en torno a la internacionalización de la Guerra Civil española
(1936-1939):
el caso italiano», en *Ab Initio*, n.º 3, 2011, pp. 119-141. Una excelente revisión de algunos de los grandes debates suscitados en la década de 1970 por los libros precursores de los estudios sobre la política imperial fascista y la guerra española es la de Denis Smyth, «Duce Diplomatico», en *The Historical Journal*, n.º 21/4, 1978, pp. 981-1000. Para introducirse en la memorialística fascista y algunos de los libros oficiales sobre la guerra, Marco Carrubba, «La memoria del Cuerpo de Tropas Voluntarias en las publicaciones del régimen fascista y en las biografías de los voluntarios», en *I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asociación de Historia Contemporánea*, 2008 (recurso electrónico). La más completa revisión bibliográfica hasta la fecha de su publicación es Nadia Torcel + lan, *Gli italiani in Spagna. Bibliografia della guerra civile spagnola*, Milán: Franco Angeli, 1988. < <

[2] John Coverdale, *La intervención fascista en la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza Editorial, 1979 en su edición española, que es la que utilizaré preferentemente, aunque el original inglés date de 1975. Morten Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Barcelona: Crítica, 2004. <<

[3] José Luis Alcofar Nassaes [José Luis Infiesta], *CTV. Los legionarios italianos en la Guerra Civil Española 1936-1939*, Barcelona: Dopesa, 1972. *Ibid., La aviación legionaria en la guerra española*, Barcelona, Euros, 1976, e *ibid., La marina italiana en la guerra de España*, Barcelona: Euros, 1975. Fundamentales resultan, más por sus reconstrucciones que por su aparato interpretativo, los volúmenes de Alberto Rovighi y Filippo Stefani, *La partecipazione italiana alla guerra civile spagnola*, Roma: Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito, 1992. Con todo, la guerra española desaparece en algunos trabajos del mismo USSME, como *italiano. Dal 1.º tricolore al 1.º centenario L'Esercito*, Roma, Ufficio Storico dello Stato Maggiore dell'Esercito, 1961. Una excelente colección fotográfica, en *Francone. La mirada de Mussolini en la guerra de España*, s. r., Gobierno de Aragón y Ayuntamiento de Alcañiz, 2009. <<

[4] De los nueve tomos de la biografía del Duce he usado fundamentalmente la edición de 1996 de Renzo de Felice, *Mussolini il duce. II. Lo Stato totalitario (1936-1940)*, Turín: Einaudi, 1996 [1981]. Es notable la atención que le dedica a la participación mussoliniana en la guerra Paul Preston, *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona: Grijalbo, 1994. En general, para conocer el pensamiento del Duce lo más cómodo (y también lo más laborioso) es acudir a su *Opera Omnia*: Duilio y Edoardo Sumsel (eds.), *Opera Omnia di Benito Mussolini*, 44 volúmenes, Florencia y Roma: La Fenice, 1951-1963 y 1978-1981.
< <

[5] Christopher Othen, *International Brigades. Adventurers, Fascists, and Christian Crusaders in the Spanish Civil War*
Franco's
, Nueva York: Columbia University Press, 2013. Enrique Moradiellos, *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la Guerra Civil española*, Barcelona: Península, 2001. <<

[6] Un primer acercamiento al tema, en Camilla Poesio, *Reprimere le idee, abusare del potere. La Milizia e del regime fascista l'instaurazione*
, Roma: Quaderni della Fondazione Luigi Salvatorelli, 2010. < <

[7] Como se verá, no hay acuerdo con la cifra exacta, que varía poco entre los 3189 señalados por Coverdale y los 4000 por Alcofar Nassaes y Belforte. Las cifras oficiales de los enterramientos hablarían de unos 3400, a los que habría que sumar los desaparecidos y los muertos en Italia por heridas de guerra: 3796 bajas, para Dimas Vaquero, *Credere, Obbedire, Combattere. Fascistas italianos en la Guerra Civil española*, Zaragoza, Mira, 2009, p. 180. Un resumen, en la breve síntesis sin notas ni documentación primaria de José Miguel Campo Rizo, *La ayuda de Mussolini a Franco en la Guerra Civil española*, Madrid: Arco Libros, 2009, p. 28. < <

[8] Veáse como ejemplo Carlos Murias, Carlos Castañón y José M.ª Manrique, *Militares italianos en la Guerra Civil española. Italia, el fascismo y los voluntarios en el conflicto español*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2010. Una obra tendenciosa, sin casi referencias, sin notas, con un vocabulario conceptual propio de la propaganda (en concreto, la sublevada) y con una bibliografía abiertamente despreciativa hacia la historiografía profesional. < <

[9] Sobre todo la tesis doctoral de Ismael Saz, *Mussolini contra la Segunda República. Hostilidad, conspiraciones, intervención*, Valencia: Alfons el Magnànim, 1986. De la misma línea de investigación nacería el volumen colectivo *Italia y la Guerra Civil española (Simposio celebrado en la Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma)*, Madrid: CSIC, 1986. Más recientes, *ibid.*, «Fascism and Empire: Fascist Italy against Republican Spain», en *Mediterranean Historical Review*, vol. 13, n.os
1-2
, 1998, e *ibid.*, «El fascismo y la Guerra Civil española», en *Las caras del franquismo*, Granada: Comares, 2013. < <

[10] Entre otros, Angelo Panebianco, *La politica estera italiana: un modello interpretativo*, Il Mulino: Bolonia, 1977, o Carlo María Santoro, *La politica estera di una media potenza. ad oggi*
L'Italia
dall'Unità
, Il Mulino: Bolonia, 1991. < <

[11] Javier Rodrigo, «Su Majestad la Guerra. Debates sobre la Primera Guerra Mundial en el siglo XXI», en *Historia y Política*, n.º 32, 2014, pp. 17-45. < <

[12] Vaquero, *Credere*, pp. 19, 12 y 24. Sin desmerecer una investigación voluntariosa y en momentos utilísima, el trabajo de Vaquero se ve lastrado tanto por una visión a momentos estereotipada de la política fascista como, sobre todo (y lo que es más grave: sin que nadie las corrigiese) por las constantes erratas en las transcripciones del italiano. < <

[13] *ibid.*, pp. 14, 44, 143, 144 y 137, respectivamente. Las últimas cursivas son mías. < <

[14] José Luis Jerez Riesco, «Prólogo» a Sandro Piazzoni, *Las Flechas Negras en la guerra de España (1937-1939)*, Molins de Rei: Ediciones Nueva República, 2011, pp. 8 y 12. En adelante uso la edición original de 1939 citada en el capítulo 3, que no está enriquecida por tan emocionante prólogo. <<

[15] Hugo García, «Historia de un mito político: el *peligro comunista* en el discurso de las derechas españolas
(1918-1936)»,
en *Historia Social*, n.º 51, 2005, pp. 3-20, y Rafael Cruz, «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en *ibid.*, y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid: Alianza Editorial, 1997, pp. 273-304. <<

[16] Licio Gelli y Antonio Lenoci, *Dossier Spagna. Gli italiani nella guerra civile (1936-1939)*, Bari: Giuseppe Laterza, 1995, p. 7. Un libro tan tendencioso que ni siquiera señala la participación de aviones italianos en el bombardeo de Guernica. No lo es menos Pierluigi Romeo di Colloredo, *Frecce Nere! Le camicie nere in Spagna 1936-1939*, Genova: Clu, 2012: un libro plagado de imprecisiones, juicios de valor y apologías disfrazadas de hechos objetivos. Muy parcial y limitado es también Massimiliano Griner, *I ragazzi del '36. dei fascisti italiani nella Guerra Civile Spagnola L'avventura*, Milán: Rizzoli, 2006, para quien solo existe bolchevización, violencia revolucionaria y terror rojo en la contienda civil, siendo estos, además, algunos de los motivos principales de la intervención italiana. < <

[17] La he analizado en Javier Rodrigo, *Cruzada, Paz, Memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Granada: Comares, 2013. <<

[18] David Bidussa, «Il mito del bravo italiano», en Luigi Borgomaneri (ed.), *Crimini di guerra. Il mito del bravo italiano tra repressione del ribellismo e guerra ai civili nei territori occupati*, Milán: Guerini e Associati, 2006, pp. 113-132. < <

[19] Es fundamental conocer las obras que más han contribuido a resituar el debate sobre la violencia en la Italia en guerra (a mi juicio, civil): Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín: Bollati Boringhieri, 1991; Lutz Klinkhammer, *Stragi naziste in Italia, 1943-1944*, Roma: Donzelli, 2006 [1997]; Paolo Pezzino, *Anatomia di un massacro. Controversia sopra una strage nazista*, Bolonia: Il Mulino, 2007 [1997]; Michele Battini y Paolo Pezzino, *Guerra ai civili. Occupazione tedesca e politica del massacro. Toscana 1944*, Venecia: Marsilio, 1997; Gianluca Fulvetti y Francesca Pelini (eds.), *La politica del massacro. Per un atlante delle stragi naziste in Toscana*, Nápoles: L'ancora del Mediterraneo, 2006; Toni Rovatti, *Leoni vegetariani. La violenza fascista durante la RSI*, Bolonia: CLUEB, 2011. Y sobre todo, Luca Baldissara y Paolo Pezzino, *Il massacro. Guerra ai civili a Monte Sole*, Bolonia: Il Mulino, 2009. En castellano, Camilla Poesio, «La violencia en la Italia fascista: un instrumento de transformación política», en Javier Rodrigo (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, sigloxx*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 81-115. < <

[20] La mejor vacuna contra este síndrome es la lectura de Giorgio Rochat, *Le guerre italiane alla disfatta*
1935-1943.
Dall'impero
d'Etiopia
, Turín: Einaudi, 2005, así como Davide Rodogno, *European Empire.*
Italian Occupation during the Second World War
Fascism's
, Cambridge: Cambridge University Press, 2006. < <

[21] ASMAE, AP, b58. < <

[22] Brian Sullivan, «Fascist Italy's Involvement in the Spanish Civil War», en *Journal of Military History*, n.º 59, 1995, pp. 697-727. < <

[23] Judith Keene, *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Barcelona: Salvat, 2002: «De la misma manera que fuera de España la República atraía a la izquierda, Franco y los nacionalistas constituían un poderoso símbolo para los católicos más píos, criptonazis, aspirantes a fascistas, conservadores de la vieja guardia y antisemitas de toda estirpe», p. 15. <<

[24] ASMAE, AP, b61. < <

[25] Juan Manuel de la Aldea, «La escuadrilla azul», cit. en AMAE, AB, L5162, C2. < <

[26] Uno de los elementos fuertes de comparación entre fascismos, como recalca Ferran Gallego, *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona: Crítica, 2014, y como recuerda también Giulia Albanese, «Comparare i fascismi. Una riflessione storiografica», *Storica*, n.os 43-44-45, 2009, pp. 313-343. < <

[27] En el concepto de fascistización y su aplicación para España, sigo a Ferran Gallego, «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en José Luis Martín Ramos y Alejandro Andreassi (eds.), *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, Barcelona: El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354, o *ibid., El evangelio*, entre otras aportaciones, entre las que destacan *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid: Síntesis, 2005, «Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la Revolución de Octubre y el triunfo del Frente Popular» y «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en *ibid.*, y F. Morente (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona: El Viejo Topo, 2005, pp. 179-209 y 253-447, respectivamente. Desde una perspectiva diferente, en 1993 Ismael Saz «El franquismo. ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en Javier Tusell *et al.* (eds.), *El Régimen de Franco Política y relaciones exteriores (1936-1975)*, Madrid: UNED, vol. 1, 1993, pp. 189-201) proyectó la categoría para España de régimen no fascista, sino fascistizado. Desde un punto de vista general pero poco atento a sus posibilidades para entender el caso español, Aristotle Kallis, «"Fascism", "Para-Fascism" and "Fascistization": on the similarities of three conceptual categories», en *European History Quaterly*, vol. 33 (2), 2003, pp. 219-249. También Eduardo González Calleja, «La violencia y sus discursos: los límites de la "fascistización" de la derecha española durante el régimen de la Segunda República», en *Ayer*, n.º 71, 2008, pp. 85-116. Miguel Ángel del Arco Blanco, «El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre», en *Ayer*, n.º 76, 2009, pp. 245-268, defiende para España el uso del término «parafascismo». El intenso debate entre el primero y el último, en http://seminariofascismo.wordpress.com. < <

[28] En esto, como en casi todo, destacan las intuiciones de Enzo Collotti, *Fascismo, fascismi*, Florencia: Sansoni, 1989, p. 56. < <

[29] *Frecce Nere. Epopea Fascista nella Spagna insanguinata*, suplemento a *Excelsior*, n.º 28, 7 de julio de 1938, p. 4. < <

[30] Alan Kramer, *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford: Oxford University Press, 2007, p. 329. También resulta evidente que la española fue una guerra fascista desde la perspectiva italiana para Ismael Saz, *Las caras*, p. 47. <<

[31] Galeazzo Ciano, *Diario 1937-1943*, edición integral de Renzo de Felice, Milán, Rizzoli, 2004 [1946], también en las pp. 257-258 de su edición española en Barcelona: Crítica, 2004. < <

[32] Mussolini, *Opera*, vol. 28, p. 28. < <

[33] La primera literatura es la de los protagonistas: la obra de Cantalupo, de 1948, *Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Febraio-Aprile 1937*, Milán: Mondadori, o la de Emilio Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna (luglio 1936-febbraio 1938)*, Florencia: F. Le Mannier, 1939. Este último tenía, además, un archivo privado, que pudo ser consultado por Renzo de Felice, tal como señala en su *Mussolini il Duce*, passim. < <

[34] Un ejemplo paradigmático es el de Fernando Schwartz, *La internacionalización de la guerra civil española. Julio de 1936-marzo de 1937*, Barcelona: Ariel, 1971. < <

[35] Heiberg, *Emperadores*, p. 45. Se lamenta también el autor danés, y yo con él, del poco peso que las interpretaciones de Saz y de Preston han tenido ni en la historiografía profranquista, ni (como, por lo general, las de la historiografía española o hispanista) en la italiana. < <

[36] Benito Mussolini, *La mia vita*, Milán: Biblioteca Universale Rizzoli, 1999 (ed. or. 1928-1930). < <

[37] Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist Spectacle. The Aesthetics of power in Italy*
Mussolini's
, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1997 p. 90 y ss. Emilio Gentile, *La Grande Italia. Ascesa e declino del mito della nazione nel ventesimo secolo*, Milán: Mondadori, 1997. Sobre la cuestión mediterránea en la política exterior italiana, Carlo Maria Santoro, *e il Mediterraneo. Questioni di politica estera*
L'Italia
, Milán: Centro Studi e Ricerche di Politica Comparata, Università «L. Bocconi» Angeli, 1988. < <

[38] En concreto, una entrada tardía y poco deseada a una guerra de movilización y desgaste en Isonzo y Carso, para después ser derrotados en Caporetto y luego recuperar los territorios tan digna como objetivamente se pudo en Vittorio Veneto. Antonio Gibelli, *La Grande Guerra degli italiani,*
1915-1918
, Milán: Sansoni, 1999, e *ibid., della guerra. La Grande Guerra e le trasformazioni del mondo mentale*
L'ufficina
, Turín: Bollati Boringhieri, 1991. También Piero Peli, *nella Prima Guerra Mondiale. 1915-1918*
L'Italia
, Turín: Einaudi, 1968. Alberto Monticone, *Gli italiani in uniforme, Intellettuali, borghesi e disertori*
1915-1918.
, Roma y Bari: Laterza, 1972. < <

[39] Emilio Gentile, *Il culto del Littorio: la sacralizzazione della politica fascista*
nell'Italia
, Roma y Bari: Laterza, 1993. Claudio Fogu, *The Historic Imaginary. Politics of History in Fascist Italy*, Toronto: University of Toronto Press, 2003. <<

[40] *Opera*, vol. XIX, p. 18. Ver Ennio Di Nolfo, *Mussolini e la politica estera italiana*
(1919-1933)
, Padua: CEDAM, 1960. < <

[41] *Opera*, vol. XXIV, p. 235. < <

[42] Elena Aga Rossi, «La politica estera e l'Impero», en Giovanni Sabbatucci y Vittorio Vidotto (eds.), *Storia d'Italia*, vol. 4, *Guerre e Fascismo 1914-1943*, Roma y Bari: Laterza, 1997. <<

[43] Según Ennio di Nolfo, solo un «velo» para la opinión pública democrática y pacifista: Di Nolfo, *Mussolini*, p. 305. < <

[44] Rochat, *Le guerre*, p. 29. < <

[45] Entre otros, Giorgio Rochat, «La repressione della resistenza cirenaica
(1922-1931)»,
en *ibid.*, Enzo Santarelli, Romain Rainero y Luigi Goglia, *Omar Al-Mukhtar e la riconquista fascista della Libia*, Milán: Marzorati, 1981; Angelo Del Boca (ed.), *Le guerre coloniali del fascismo*, Roma y Bari: Laterza, 1991; *ibid., I gas di Mussolini. Il fascismo e la guerra di Etiopia*, Roma: Editori riuniti, 1996; Nicola Labanca,
«L'internamento
coloniale italiano», en Costantino Di Sante (ed.), *I campi di concentramento in Italia. alla deportazione*
Dall'internamento
(1940-1945)
, Milán: Franco Angeli, 2001, pp. 40-67; Giorgio Rochat, *Guerre italiane in Libia e in Etiopia. Studi militari*
1921-1939
, Paese: Pagus, 1991. < <

[46] Antonella Randazzo, *del Duce. I crimini fascisti in Africa L'Africa*, Varese: Arterigere, 2008. < <

[47] Gianluca Di Feo, *Veleni di Stato*, Milán: BUR, 2009. < <

[48] Angelo Del Boca, «I crimini del colonialismo fascista», en *ibid.*, (ed.), *Le guerre*, p. 239. También, para un contexto general, Gian Luca Podestà, *Il mito Economia, politica e lavoro nelle colonie italiane orientale*
dell'impero.
dell'Africa
1898-1941
, Turín: Giappichelli, 2004. *Ibid.*, «Il colonialismo corporativo. Politiche economiche e amministrazione coloniale
nell'Africa
italiana», en Gianni Dore *et al.* (eds.), *Governare Istituzioni, funzionari e società nel colonialismo italiano*
l'oltremare.
, Roma: Carocci, 2013. Para los campos coloniales, Angelo Del Boca, *Gli italiani in Libia. Dal fascismo a Gheddafi*, Roma y Bari: Laterza, 1988; Nicola Labanca,
«L'internamento
coloniale italiano», en Costantino di Sante (ed.), *I campi di concentramento in Italia. alla deportazione*
Dall'internamento
(1940-1945)
, Milán: Franco Angeli, 2001, pp. 40-67; Borgomaneri (ed.), *Crimini*. Sobre Somalia, Labanca,
«L'internamento»,
p. 57. <<

[49] Sobre la construcción narrativa de la guerra de Etiopía, el excelente Nicola Labanca, *Una guerra per Memorie della campagna l'impero.*
d'Etiopia
1935-36
, Bolonia: Il Mulino, 2005. Más recientes, Giacomo Lichtner, «Italian Cinema and the Fascist Past: Tracing Memory Amnesia», *Fascism*, n.º 4, 2015, pp. 25-47; Robert Mallet, *Mussolini in Ethiopia, The Origins of Fascist African War*
1919-1935.
Italy's
, Cambridge: Cambridge University Press, 2015. < <

[50] Sobre la primera, Nicola Labanca, *La guerra italiana per la Libia 1911-1931*, Bolonia: Il Mulino, 2012, y sobre ambas, *ibid., Oltremare. Storia coloniale italiana dell'espansione*, Bolonia: Il Mulino, 2002. <<

[51] Atteo Merlo, cit. en Liliana Lanzardo, *Immagine del Fascismo. Fotografie storia memoria*, Milán: Franco Angeli, 1991, p. 86. < <

[52] Gerald Howson, *Arms for Spain. The Untold Story of the Spanish Civil War*, Nueva York:
St. Martin's
Press, 1999. < <

[53] Stanley G. Payne, *Historia del fascismo*, Barcelona: Planeta, 1995, p. 297. < <

[54] ACS, MinCulPop, b9. < <

[55] Paul Preston, «La aventura española de Mussolini. Del riesgo limitado a la guerra abierta», en *ibid*., (ed.), *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil*, Barcelona: Península, 1999, p. 43. Los historiadores a los que se refiere son los «oficiales» del franquismo, así como a Renzo De Felice o John F. Coverdale. <<

[56] Pietro Pastorelli, «La politica estera fascista dalla fine del conflitto etiopico alla seconda guerra mondiale», en Renzo de Felice (ed.), *fra tedeschi e alleati. La politica estera fascista e la seconda guerra mondiale*
L'Italia
, Bolonia: Il Mulino, 1973. < <

[57] Así lo señala Coverdale, pero también Rovighi y Stefani, *La partecipazione*. Y por supuesto De Felice, *Mussolini*. < <

[58] De Felice, *Mussolini*, p. 359. < <

[59] USSME, F6, 280. < <

[60] Francesco Belforte, *La guerra civile in Spagna*, Milán: ISPI, 1938, vol. IV, p. 237 y siguientes. < <

[61] Paola Lo Cascio, *La guerra civile spagnola. Una storia del Novecento*, Roma: Carocci, 2013. < <

[62] Michael Alpert, *Aguas peligrosas. Nueva historia internacional de la Guerra Civil Española*,
1936-1939,
Madrid: Akal, 1998. < <

[63] Massimo Mazzetti, «I contatti del governo italiano con i cospiratori militari spagnoli», en *Storia Contemporanea*, n.º 6, 1979, pp. 1181-1193. Heiberg, *Emperadores*, p. 51. <<

[64] ASMAE, GAB, b786. < <

[65] Ministero degli Affari Esteri, *I Documenti Diplomatici Italiani*, Serie 8, vol. IV, 16 de julio de 1936, p. 607. < <

[66] Heiberg, *Emperadores*, p. 51. < <

[67] ASMAE, MinCulPop, b230. < <

[68] Saz, *Mussolini*, p. 212. < <

[69] La respuesta, sin más explicación por escrito —al menos, no archivada como respuesta a la misiva— fue «no». < <

[70] A idéntica conclusión llegan Morten Heiberg y Manel Ros Agudo, *La trama oculta de la Guerra Civil. Los servicios secretos de Franco 1936-1945*, Barcelona: Crítica, 2006, p. 34. <<

[71] Manlio Gabrielli, *Una guerra civile per la libertà. La Spagna degli anni 30 alla luce degli anni 60*, Roma: Volpe, 1966, p. 9 y ss. En todo caso, desde la p. 33, un interesante relato sobre cómo se vivió el fracaso del golpe en la embajada de Madrid, en un momento en que el embajador se encontraba en San Sebastián. < <

[72] USSME, F6, 327. < <

[73] ASMAE, GAB, 785, s. n. < <

[74] De Felice, *Mussolini il Duce*, p. 364. El propio general habría hecho estas anotaciones en una suerte de reseña privada del libro *CTV* de Alcofar Nassaes. < <

[75] La sucesión de telegramas de Luccardi y las respuestas desde Italia, en *idem*. < <

[76] Luis Bolín, *España, los años vitales*, Madrid: Espasa Calpe, 1967, p. 178. Un relato detallado, en Sandro Attanasio, *Gli italiani e la guerra di Spagna*, Milán: Mursia, 1974, p. 38 y ss. <<

[77] ACS, MI, PolPol, SPD, CR, f5. < <

[78] ASMAE, GAB, b795. < <

[79] Preston, *Franco*, p. 201 y ss. < <

[80] Ministero, *Documenti*, Documento 584,
«L'ufficiale
addetto al consolato generale a Tangeri, Luccardi, al Ministero della Guerra», Tánger, 21 de julio de 1936, p. 652. < <

[81] ASMAE, US, b12. < <

[82] Enrique Moradiellos, *La guerra de España Estudios y controversias (1936-1939)*.
, Barcelona: RBA, 2012, p. 79. < <

[83] «Solo en este aspecto fue importante la ayuda que los otros nos prestaron, pues de no haber sido así la única España oficial ante el mundo entero habría sido la España roja y solo ella hubiera podido tener acceso a los créditos, a las materias primas y al armamento necesario para llevar la guerra adelante. Sin el veto de Italia y Alemania que hacía temer una extensión del conflicto español, a la ayuda rusa y francesa habría sucedido una franca intervención», Ramón Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona: Planeta, 2011 (1947), pp. 40-41. La cuestión de la guerra como independencia nacional, en la que la intervención extranjera resulta molesta y compleja de explicar, en Xosé Manoel Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid: Marcial Pons, 2006. < <

[84] Ángel Viñas, «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», en VV. AA., *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona: Crítica, 2013, pp. 79-181. Sobre la dimensión internacional de la guerra y particularmente relevantes para el tema de este libro, del mismo autor, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética*, Barcelona: Crítica, 2006, e *ibid., El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin*, Barcelona: Crítica, 2009. < <

[85] AMAE, AB, L1466, C9. < <

[86] Hay poco que añadir a un relato ya canónico, que ha sido desarrollado desde Saz, *Mussolini*, con su antecedente inmediato en «Antecedentes y primera ayuda material de la Italia fascista a los sublevados en España en julio de 1936», en *Italia y la Guerra Civil española*, pp. 155-169. < <

[87] ASMAE, MinCulPop, b230. < <

[88] Ministero, *Documenti*, Documento 617, «Il Console Generale a Tangeri, De Rossi, al Ministro degli Esteri, Ciano», Tánger, 25 de julio de 1936, pp. 690-691. < <

[89] Saz, *Mussolini*, p. 184. < <

[90] ASMAE, GAB, 796. < <

[91] Coverdale, *La intervención*, pp. 21-22. Saz, *Mussolini*, pp. 184-186. Moradiellos, *La guerra*. Attanasio, *Gli italiani*, 42. < <

[92] ASMAE, MinCulPop, b230. < <

[93] Cantalupo, *Fu la Spagna*, p. 63 y ss. < <

[94] ACS, MI, PolPol, F168; MAE, AB, C RE101. < <

[95] El relato de los hechos, en Marina Casanova, «El inicio de la guerra civil y sus repercusiones en los diplomáticos españoles acreditados ante el Quihnal y el Vaticano», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, *Historia Contemporánea*, tomo IV, 1991, pp. 31-40. <<

[96] AMAE, AB, C RE155. < <

[97] Las citas de Magaz, en AMAE, AB, L1460, C16. < <

[98] *Idem*. <<

[99] USSME, F6, 327. < <

[100] Por los muchos que han abordado el tema, la referencia a un clásico publicado en la España de Franco con prólogo de Manuel Fraga, ministro a la sazón de Información y Turismo y garante, es un decir, de la objetividad historiográfica sobre la Guerra de Liberación: Francisco Virgilio Sevillano Carbajal, *La diplomacia mundial ante la guerra española*, Madrid: Editora Nacional, 1969. Las referencias señaladas, en las pp. 95 y 262. < <

[101] Paul Preston, *La Guerra Civil española*, Barcelona: Debate, 2006 (1987), p. 130. < <

[102] USSME, F6, 327. < <

[103] ASMAE, GAB, b786. < <

[104] ASMAE, US, b23. < <

[105] ASMAE, UC, b46. < <

[106] Josep Massot i Muntaner le ha dedicado varios trabajos: *Vida i miracles del «Conde Rossi»*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988; *El primer franquisme a Mallorca*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1996; *Guerra Civil i repressió a Mallorca*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, así como una actualización de la información disponible en «El *comte Rossi*, un fantasma a la guerra civil», en *De la guerra i de Mallorca, Montserrat, França, Mèxic l'exili. (1936-1975)*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, pp. 71-92. <<

[107] AMAE, AB, L1460, C6. < <

[108] Coverdale, *La intervención*, p. 135. Un detallado informe sobre la acción de Bonaccorsi en la defensa del puerto de Palma, incluyendo el célebre momento en que pidió ser asesinado con su propia pistola por el comandante García Ruiz, reticente a los ataques, en ASMAE, GAB, f794. <<

[109] ASMAE, US, b22. < <

[110] Sobre este asunto, José Miguel Campo Rizo, «El Mediterráneo, campo de batalla de la Guerra Civil española: la intervención naval italiana. Una primera aproximación documental», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 19, 1997, pp. 55-87. Centrado en la base de Sóller, Ignacio Recalde Canals, *Los submarinos italianos de Mallorca y el bloqueo clandestino a la República (1936-1938)*, Mallorca: Objeto Perdido, 2011. También Alcofar, *La marina*. <<

[111] Vaquero, *Credere*, p. 22. < <

[112] USSME, F6, b280. < <

[113] MAE, AB, L1459, C3. < <

[114] Faldella, *Venti mesi*, p. 122. < <

[115] USSME, F6, 327. < <

[116] Cit. en Heiberg, *Emperadores*, p. 102. < <

[117] ASMAE, MinCulPop, b230. < <

[118] USSME, F6, 328. En vía de ensayo, se decidió hacer un primer contingente en septiembre de 1936 de 130 oficiales y 1000 hombres aptos e instruidos y, a ser posible, con experiencia de combate y conociéndose sus hojas de servicio y antecedentes personales: enganche por tiempo de duración de la campaña, alistamiento al Tercio, reconocimiento del empleo que tuvieran en el Ejército italiano, viajes a cuenta de España. Al poco, en febrero de 1937, se pedirá que no se envíen más oficiales. Primero, porque no hacían falta. Y segundo, porque el reclutamiento en las embajadas daba un resultado cuestionable: había voluntarios que pretendían ser tratados con rango de oficial sin serlo y sin acogerse al salario estipulado de seis pesetas, de las que dos eran para comida y una para vestuario. < <

[119] Faldella, *Venti mesi*. < <

[120] Un punto medio razonable lo aporta Marco Puppini, «Gli italiani alla Guerra Civile Spagnola», en Josep Sánchez Cervelló y Sebastián J. Agudo Blanco (coords.), *Congreso Internacional sobre la Batalla del Ebro*, vol. 1, *Ponencias*, Tarragona: Arola, 2011, pp. 171-187. Además, había objetivos económicos que quedan por explorar (Gennaro Carotenuto, *Franco e Mussolini. La guerra mondiale vista dal Mediterraneo: i diversi destini dei due dittatori*, Milán:
Sperling & Kupfer,
2005). < <

[121] Heiberg, *Emperadores*, p. IX. < <

[122] Desde un punto de vista interpretativo, esta me parece la idea más interesante de Coverdale, *La intervención*, p. 89. < <

[123] La petición manuscrita de Pilar Primo de Rivera, que pedía también por su tía María y por su cuñada Margarita Larios y en cuyo desarrollo se apuntaba, como posible medida de presión, la presencia en Génova de la familia de Prieto, en ASMAE, GAB, f792. También allí los papeles sobre Olazábal y el fascismo. <<

[124] ASMAE, GAB, b796. < <

[125] USSME, F18, b9. < <

[126] Preston, *Franco*, p. 257. < <

[127] USSME, F18, b5. < <

[128] ASMAE, GAB, f792. < <

[129] USSME, F6, 327. < <

[130] http://www.ambmadrid.esteri.it/Ambasciata_Madrid/Menu/I_rapporti_bilaterali/Cooperazione_politica/Storia/. < <

[131] Un análisis, en Rossella Ropa, «L'Italia fascista nel conflitto spagnolo», en *Immagini nemiche. La Guerra Civile spagola e le sue rappresentazioni, 1936-1939*, Bolonia: Editrice Compositori, 1999, p. 248. <<

[132] MAE, AB, L1459, C3. <<

[133] Mussolini haría una referencia velada al asunto en su discurso en Milán del 1 de noviembre, al señalar que entre las diferentes cuestiones relativas a los acuerdos con Alemania, había algunas particularmente candentes en esos días: *Opera*, vol. 28, p. 69. < <

[134] USSME, F18, b9. < <

[135] *Idem.* < <

[136] USSME, F18, b2. < <

[137] ASMAE, US, b1. < <

[138] ASMAE, US, b22. < <

[139] ASMAE, US, b1. < <

[140] Coverdale, *La intervención*, p. 162. Faldella le señalaría a Attanasio, *Gli italiani*, p. 107, que el motivo de tal reacción sería que «cuando se mandan tropas a un país amigo, al menos se pide permiso». Según los telegramas de la MMIS (Ismael Saz y Javier Tusell,`[edición y estudio documental]), *Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna» (15 diciembre 1936-31 marzo 1937)*, Madrid: CSIC-Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, 1981] pedirá 9000 más, ya instruidos, disintiendo sobre la voluntad de Mussolini de que tuvieran total autonomía militar. <<

[141] Attanasio, *Gli italiani*, pp. 167-168. < <

[142] USSME, F18, b9. < <

[143] Según el embajador alemán en Italia, en diciembre de 1936 «los esfuerzos de Roma se dirigen sin duda a lograr que España se acomode a su política mediterránea o, al menos, a evitar la cooperación política entre España y el bloque de Francia e Inglaterra». Con métodos muy claros: el apoyo a Franco, el asentamiento en las Baleares, el compromiso político (*Documents on German Foreing Policy, 1918-1945*, Series D [1937-1945], volumen III, Londres His Majesty's Stationary Office, 1951, doc. 157). <<

[144] ASMAE, US, b5, Relazione finale Ufficio Spagna. < <

[145] USSME, F6, 328. < <

[146] USSME, H9, 1. Roatta no lo consideraba útil para los intereses italianos, pues habría creado malestar entre los subordinados españoles y porque eso podría derivar en mal cumplimiento, por otra parte habitual, de las órdenes dadas. Sería, en definitiva, el culpable de las derrotas, pero no el beneficiario de las victorias. <<

[147] La fecha del primer telegrama es el 15 de diciembre, como puede comprobarse en Saz y Tusell, *Fascistas*. < <

[148] Rovighi y Stefani, *La partecipazione*, vol. 1, pp. 104 y 171. <<

[149] USSME, H9, 1. < <

[150] MAE, AB, Caja RE101, C27. < <

[151] Cit. en *Opera*, vol. 28, pp. 218-220. < <

[152] ASMAE, US, b1. < <

[153] ASMAE, US, b1207. < <

[154] USSME, F6, 328. < <

[155] USSME, F6, 327. < <

[156] USSME, F18, b9. < <

[157] ASSMAE, US, b1. < <

[158] *Opera*, vol. 28, pp. 218-220. < <

[159] ASSMAE, US, b1. < <

[160] *Idem.* < <

[161] Rovighi y Stefani, *La partecipazione*, vol. II, p. 582. Ver también Sandro Piazzoni, *Le Frecce Nere nella guerra di Spagna (1937-39)*, Roma: Edizioni della Rivista Nazione Militare, 1939. < <

[162] USSME, F7, b1. <<

[163] USSME F18, b4 copia. < <

[164] ASMAE, US, b22. < <

[165] El acto de presentación de credenciales habría resultado una «ceremonia solemne y grandiosa»: nunca antes un representante italiano había sido acogido «en tierra extranjera con semejante felicidad y participación del pueblo»: ASMAE, AP, b21. < <

[166] USSME, F18, b2. < <

[167] Rovighi y Stefani, *La partecipazione*, vol. 1, pp. 215-216. < <

[168] USSME, F18, b2. < <

[169] USSME, F6, b334. < <

[170] ACS, MinCulPop, Gab, b75. < <

[171] ASMAE, AP, b14. < <

[172] Gaetani, en ASMAE, US, b11. < <

[173] USSME, F6, b334. < <

[174] USSME, F7, b1. <<

[175] ACS, MI, DirPolPol, SPD, CR, b44. < <

[176] ASMAE, US, b22. El «conde Rossi» fue acusado de muchas más cosas: embarcar licores desde Málaga con destino a Italia, frecuentar en su despacho a mujeres de toda ralea, confiscar automóviles o mandar fusilar a prisioneros solo para afirmar su autoridad. < <

[177] USSME, F18, b2. < <

[178] Olao Conforti, *Guadalajara, la prima sconfitta del fascismo*, Milán: Mursia, 1967. < <

[179] USSME, F18, b2. < <

[180] En el Archivio Centrale dello Stato se recoge la serie completa, aparentemente, de las comunicaciones entre los mandos y, después, las explicaciones recogidas sobre el terreno, aunque la mejor guía para seguir los acontecimientos es el propio informe generado por el CTV titulado *Azione su Guadalajara*. ACS, MI, DirPolPol, SPD, CR, b72, F1. El informe, en ASMAE, US, b2. < <

[181] ACS, PolPol, SPD, CR, b72, F1. < <

[182] Luis Urteaga, Francesc Nadal y José Ignacio Muro, «La cartografía del Corpo di Truppe Volontarie, 1937-1939», *Hispania*, LXII/1, n.º 210, 2002, pp. 283-298. Hasta su reestructuración, el CTV careció de un servicio topográfico, de igual modo que el ejército franquista, ya que todas las secciones cartográficas quedaron en Madrid en julio de 1936. < <

[183] Sobre este asunto, una publicación del USSME aportará las diferentes visiones tácticas que, según los expertos de la época, habrían justificado la derrota. Para Canevari, el fracaso del uso de los carros como apoyo a la infantería y no al revés, así como de la discontinuidad entre infantería y artillería, debido a la motorización. En suma, fue el fracaso de la *guerra celere*: Ferruccio Botti y Virgilio Ilari, *Il pensiero militare italiano dal primo al secondo dopoguerra (1919-1949)*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito, 1985, p. 235 y ss. <<

[184] ACS, MI, DirPolPol, SPD, CR, b72, F1. ASMAE, US, b2. < <

[185] Tullio Rispoli, *La Spagna dei Legionari*, Roma: Cremonese, 1942, p. 73. < <

[186] Cit. en Vaquero, *Credere*, p. 142. < <

[187] Davide Lajolo, *Il «voltagabbana»*, Milán: Rizzoli, 1981, p. 55. < <

[188] Alessandro Bonezzi, *Il diario del nonno fascista*, Roma: Robin, 2006, incluye el diario inédito de su abuelo Francesco, Camisa Negra en España. La cita de la comida, en p. 22. La de los agujeros de barro en el bosque de Brihuega, en la p. 23. La de los disparos de la artillería amiga, en la p. 25. <<

[189] Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 54 y ss. La temperatura, en Attanasio, *Gli italiani*, p. 127. <<

[190] Las plumas del nombre de la División hacían referencia al origen de muchos de los soldados y mandos, provenientes de las unidades alpinas. Suele considerarse más valiente que la División Dio lo Vuole, que es la que cedió en primera instancia al ataque republicano en Brihuega. <<

[191] Diario de Luigi Angelo Tonolli, en Gabriele Ranzato, Camillo Zadra y Davide Zendri, *«In Spagna per fascista»: legionari trentini nella guerra civile spagnola*
l'idea
1936-1939
, Rovereto: Museo Storico Italiano della Guerra, 2008, pp. 51-54, cit. en p. 53. < <

[192] Tusell y Saz, *Fascistas*, p. 169. < <

[193] ASMAE, US, b2. < <

[194] Diario de Silvio Leoni, en Ranzato, Zadra y Zendri, *In Spagna*, p. 70. < <

[195] *El Legionario*, n.º 1, 19 de marzo de 1937, pp. 1-2. Posteriormente pasaría a llamarse *Il Legionario*, y a cambiar su lema por «Quotidiano dei Volontari italiani combattenti in Spagna». <<

[196] *Opera*, vol. 28, pp. 198-201. < <

[197] ASMAE, US, b38. < <

[198] MAE, AB, L1459, C9. <<

[199] ASMAE, US, b10. < <

[200] AGMAV, C2604, 15. < <

[201] ASMAE, US, b2. < <

[202] USSME, F18, b9. < <

[203] MAE, AB, L1459, C9. < <

[204] USSME, F18, b9. < <

[205] ASMAE, US, b38 < <

[206] O la organización *de facto*: hay documentos que hablan de la creación del Corpo en febrero, y otros en marzo. ASMAE, US, b5. <<

[207] Con 2000 unidades de artillería, 700 carristas, 1000 técnicos, 500 carabinieri, 2232 oficiales, 3359 suboficiales y 30 241 unidades de tropa. < <

[208] USSME, F6, b335. < <

[209] Lodoli, *Domani*, p. 131. < <

[210] *Opera*, vol. 28, p. 213, de su artículo del 26 de junio de 1937, en *Il Popolo d'Italia*. No había espacio para la derrota, pero sí lo habría para la mentira, cuando afirmaba que era falsa la existencia de un bloque italoalemán: «falso», o la «invención» del desembarco de 15 000 soldados italianos «en Málaga o en Cádiz: falso». < <

[211] *Idem*, de su artículo en *Il Popolo d'Italia* del 24 de septiembre de 1937. < <

[212] Una visión de conjunto, aderezada de opiniones personales y de un amplio y dudoso repertorio fotográfico (en algunas fotografías es evidente que ha eliminado de manera digital la marca de agua), en José Luis García Ruiz, *La participación italiana en el Frente Norte. La batalla de Santander (abril-agosto 1937)*, Torrelavega: Librucos, 2015. < <

[213] USSME, F18, 4. < <

[214] USSME, H9, 1 y USSME, F6, b328. < <

[215] «Guernica non esiste più»: Renzo Segàla, *Tincee di Spagna. Con i legionari alla difesa della civiltà*, Milán: Treves, 1939, p. 172. Segàla, sin embargo, era de la opinión que las casas hubiesen sido dinamitadas desde dentro, como argumentó la propaganda sublevada. Sobre el bombardeo existe una amplia literatura, bien sintetizada por Schüler-Springorum, *La guerra como aventura*. <<

[216] ASMAE, US, b54, para los bombardeos desde el mar. < <

[217] USSME, F6, b334. < <

[218] USSME, F6, b15. < <

[219] USSME F18, b45. < <

[220] ASMAE, US, b160. < <

[221] Alcofar, *CTV*, p. 120. < <

[222] *Opera*, vol 28, p. 73. < <

[223] ASMAE, US, b160. < <

[224] USSME, F18, 4 copia. < <

[225] *Opera*, vol. 28, p. 273. < <

[226] USSME, F18, 4. < <

[227] ASMAE, US, b2. < <

[228] USSME, F18, 4. < <

[229] AGMAV, C2605, 86. < <

[230] ACS, MI, PolPol, SPD, CR, f5. < <

[231] AGMAV, C2604, 37. El orden de operaciones del CTV sobre Santander, en AGMAV, C2605, 85. < <

[232] Lajolo, *Il «voltagabbana»*, pp. 66-67. < <

[233] Algo que no se logró, de hecho, según De Felice, *Mussolini*, p. 410. < <

[234] MAE, AB, L1459/9, C 28. < <

[235] USSME, F18, 4. < <

[236] *Opera*, vol. 28, p. 274. < <

[237] USSME F6, 19. < <

[238] USSME, F18, 4 copia. < <

[239] Las citas, como toda la documentación italiana consultada sobre la rendición del ejército vasco, en USSME, F6, b280. Veánse también el testimonio en primera persona de Alberto de Onaindia, *El «Pacto» de Santoña. Antecedentes y desenlace*, Bilbao: Laiz, 1983, así como la profusa bibliografía que ha generado un aspecto tan polémico de la guerra en el País Vasco: José María Garmendia, «El pacto de Santoña», en Carmelo Garitaonandía y José Luis de la Granja (eds.), *La Guerra Civil en el País Vasco. 50 años después*, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1986; José Luis de la Granja, *República y Guerra Civil en Euzkadi: del Pacto de San Sebastián al de Santoña*, Oñate: Instituto Vasco de Administración Pública, 1990; Fernando de Meer, *El Partido Nacionalista Vasco ante la guerra de España*
(1936-1937)
, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra, 1992; el más reciente, Carlos María Olazábal, *Negociaciones del PNV con Franco durante la Guerra Civil*, Bilbao: Fundación Popular de Estudios Vascos, 2014, y el más polémico Xuan Cándano, *El Pacto de Santoña (1937). La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2006, quien no utiliza para su trabajo los archivos italianos. Dos síntesis de la participación italiana en el asunto, en Coverdale, *La intervención*, p. 284 y ss., y en Viñas, *El honor*, pp. 133-139. <<

[240] ASMAE, AP, b20. < <

[241] *Idem.* < <

[242] USSME, F18, b12. < <

[243] AGMAV, Zona Nacional, Ejército del Norte, A15, L32, C46bis. Sobre este asunto trabajé en mi *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista 1936-1947*, Barcelona: Crítica, 2005. <<

[244] USSME, F18, b12. < <

[245] MAE, AB, L1459/9, C 28. <<

[246] AGMAV, C2604, 22. < <

[247] ASMAE, US, 2. < <

[248] MAE, AB, L1459/9, C 28. < <

[249] *Idem.* < <

[250] *Idem.* < <

[251] En Odetti, *Trenta mesi*. La cursiva es mía. < <

[252] ASMAE, AP, b61. Su opinión, a su vez, es la misma que encontraría reflejada en las publicadas en periódicos tan diferentes como *La Almudaina* el 13 de diciembre («Esta nueva política es lo que en Italia creó Mussolini: es en Alemania el nacionalsocialismo […] en Portugal el totalitarismo que emana Oliveira Salazar, y en España la Revolución Nacional que nació el 18 de julio»), o *El Luchador* el día 12 («Las fuerzas comunistas […] pueden leer en el discurso la decisión inquebrantable de España de oponerse a sus malévolas intenciones»). < <

[253] Las repercusiones del extraño viaje de Serrano Suñer a Livorno, del que de hecho no llegó a saberse el motivo real, las explica la embajada italiana en ASMAE, AP, b61. Las hipótesis que se barajaron fueron que se tratase de un viaje para abordar la cuestión monárquica con don Juan, quien se habría entrevistado ya con Ciano, o para tratar la entrada de España en guerra, o para abordar una conferencia de paz. < <

[254] Cosa que, por cierto, dejó sentada Javier Tusell (*Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona: Tusquets, 1992) como resultado de sus investigaciones conjuntas con Saz y de un análisis propio de la construcción estatal y política de la Nueva España que, por desgracia, no ha tenido continuidad en otras investigaciones. <<

[255] ACS, MI, PolPol, b251. < <

[256] *Opera*, vol. 28, pp. 97-98. Las siguientes ocasiones serían comentarios a las palabras de Gregorio Marañón, a finales de febrero, cuando este se lamentase de los asesinatos en la zona donde no triunfó el golpe de Estado y pidiese el fin de un «régimen sanguinario, una república de asesinos». Para el Duce, «La República de Caballero, Blum, Avenol, Eden, lleva 35 000 [Ferrer y Cirva] en seis meses». La paradoja de Marañón era que, «antifascista acérrimo, os ha salvado el fascismo», pp. 125-126. < <

[257] Cit. en Francisco Virgilio Sevillano Carbajal, *La diplomacia mundial ante la guerra española*, Madrid: Editora Nacional, 1969, p. 289. Este libro, con prólogo de Manuel Fraga, resume como pocos la utilización del anticomunismo franquista como eje vector de un pasado proyectado, claramente, sobre su propio presente. <<

[258] ASMAE, GAB, b795. El MAE italiano reconocería, en todo caso, que en las Baleares, y gracias primero a Bonaccorsi y luego a Casalini, del Fascio de Milán, sería el primer lugar donde habría nacido el partido único: ASMAE, US, b22. < <

[259] AMAE, AB, L1460, C6. < <

[260] *Idem.* < <

[261] Rosaria Quartararo, *Politica fascista nelle Baleari (1936-1939)*
, s. r.: Cuaderni Fiap, 1977, p. 29. < <

[262] Coverdale, *La intervención*, p. 123. < <

[263] USSME, F18, b9. < <

[264] ASMAE, AP, b23. Entre las 51 enviadas: *Il cammino degli eroi*, en tres partes, *Campo Dux, Sotto il segno del Littorio, Camicia Nera*, en seis partes; *Giornate del Duce a Milano*, en dos partes; *Per la protezione della stirpe*. La mayoría hacían referencia a la invasión de Etiopía. La primera específicamente sobre la Guerra Civil sería *Arriba Espana* [*sic*]. < <

[265] ACS, MI, PolPol, b251. < <

[266] USSME, F6, 327. < <

[267] ASMAE, US, b13. < <

[268] ASMAE, US, b27. < <

[269] USSME, F6, 327. < <

[270] ASMAE, AP, b20. < <

[271] ASMAE, US, b10. < <

[272] Gallego, *El evangelio*, p. 443 y ss. Las citas, en p. 412. <<

[273] Giuseppe Bottai, «Sul piano imperiale», en *Critica Fascista*, 1 de septiembre de 1936, cit. en Griner, *I ragazzi*, p. 147. < <

[274] ASMAE, AP, b14. < <

[275] USSME, F18, b2. < <

[276] ASMAE, AP, b14. < <

[277] Véase el desarrollo planteado por Ismael Saz, «Salamanca, 1937: los fundamentos de un régimen», *Revista de Extremadura*, n.º 21, 1996, pp. 81-107, reproducido en *Fascismo y franquismo*, Valencia: PUV, 2004, pp. 150. Saz da crédito —y es de los pocos en hacerlo— a las fuentes italianas en el proceso de la fusión de los partidos, señalando también que el agotamiento de la línea Danzi-Gay fue la que, como propusiera Tusell, llevó a la aproximación «desde abajo» en febrero, y el conocimiento de esta por parte de Franco, la palanca para el *modus operandi* de abril, pp. 133-134. <<

[278] ASMAE, AP, b14. < <

[279] ASMAE, US, b10. < <

[280] ASMAE, AP, b21. < <

[281] ASMAE, AP, b14. < <

[282] ASMAE, US, b10. Sobre los carlistas en la Guerra Civil y sus giros doctrinarios versa el reciente trabajo de Mercedes Peñalba, *Entre la boina roja y la camisa azul. La integración del carlismo en Falange Española Tradicionalista y de las JONS (1936-1942)*, Pamplona: Publicaciones del Gobierno Foral de Navarra, 2014. < <

[283] ASMAE, US, b10. < <

[284] ASMAE, US, b29. < <

[285] ASMAE, US, b25 y b10. También ASMAE, GAB, b461. < <

[286] ASMAE, US, b2, ACS, SPD, CR, b44, y USSME, F18, b2. En ASMAE, US, b1 se encuentran, además, el informe de Farinacci al Gran Consiglio y notas sobre sus reuniones con personalidades políticas en España. Un análisis de sus opiniones y de la respuesta del gobierno de Franco, en Saz, «Salamanca», p. 137 y ss. <<

[287] ASMAE, US, b10. < <

[288] ASMAE, US, b10. < <

[289] ASMAE, AP, b14. < <

[290] ASMAE, US, b13. < <

[291] USSME, F6, b336. < <

[292] Es sintomático, de hecho, el que prácticamente no se le conceda ninguna importancia a la presencia de Danzi (y poca, en general, a la italiana) en el entramado de la unificación por parte de quienes, al margen de sus perspectivas, más lo han estudiado. Desaparecido en Maximiliano García Venero, *Historia de la unificación (Falange y Requeté en 1937)*, Madrid: Agesa, 1970, o en Ricardo Chueca, *El Fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983, tampoco se percibe ninguna influencia en el relato de José Luis Rodríguez Jiménez, *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid: Alianza Editorial, 2000. Visiones eminentemente internas (desde dentro de España, y desde dentro de Falange; es decir, con poca influencia externa y, en este caso, italiana) son las de Mercedes Peñalba, *Falange española: historia de un fracaso (1933-1945)*, Pamplona: Ediciones de la Universidad de Navarra, 2009, y Joan Maria Thomàs, *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio. Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de Falange Española de las JONS*, Barcelona: Plaza y Janés, 1999; *ibid., La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona: Plaza y Janés, 2001; *ibid., El gran golpe. El «caso Hedilla» o cómo Franco se quedó con Falange*, Barcelona: Debate, 2014, o Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid: Marcial Pons, 2003, p. 161 y ss. < <

[293] USSME, F6, b334. La mejor elaboración conceptual acerca de la construcción de
FET-JONS
la proporciona Gallego, *El evangelio*, pp. 456-479. Este proceso puede verse de manera muy resumida también en Heiberg y Ros, *La trama*, p. 107 y ss., en Francisco Morente, «Hijos de un dios menor. La Falange después de José Antonio», en *ibid.*, y Ferran Gallego (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, Barcelona: El Viejo Topo, 2005, pp. 211-250, sobre todo para observar las consecuencias del proceso para los falangistas, y de manera extensa en Preston, *Franco*, p. 315 y ss. < <

[294] ASMAE, US, b27. < <

[295] Rispoli, *La Spagna*, p. 244. < <

[296] *Opera*, vol. 28, p. 184. < <

[297] USSME, F6, b334. < <

[298] ASMAE, US, b10, y USSME, F6, b336. < <

[299] USSME, F6, b336. Saz, «Salamanca», p. 150. < <

[300] ASMAE, US, b28: mil quinientas pesetas mensuales, desde enero de 1938. < <

[301] USSME, F6, b334. < <

[302] ASMAE, AP, b14. < <

[303] ASMAE, GAB, b461, y USSME, F18, b7. < <

[304] ASMAE, US, b27. < <

[305] ASMAE, AP, b34, y USSME, F6, b336. < <

[306] ACS, MinCulPop, Gab, b75. < <

[307] ASMAE, US, b11. < <

[308] Así opina, sin embargo, Gabriele Ranzato, «La guerra de España como batalla de la "Guerra civil Europea"», en Pilar Salomón *et al.* (eds.), *Historia, pasado y memoria en el mundo contemporáneo*, Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, 2014, p. 66. <<

[309] Vito Beltrani, *Antirussia*, Roma: Tupini, 1939, cit. en Luciano Zani, «Fascismo e comunismo: rivoluzioni antagoniste», en Emilio Gentile (ed.), *Modernità totalitaria. Il fascismo italiano*, Roma y Bari: Laterza, 2008, pp. 191-228, cit. en p. 227. Sobre la guerra como espacio natural del fascismo, Gallego, *El evangelio*, y Matteo Pasetti, *Storia dei fascismi in Europa*, Bolonia: Arquetipolibri, 2009. <<

[310] *Il Mesaggero*, 28 de enero de 1939. < <

[311] ASMAE, US, b25. < <

[312] ACS, MI, DirPolPol, SPD, CR, b44. < <

[313] ASMAE, US, b40. < <

[314] ACS, MinCulPop, Gab, b75. < <

[315] ASMAE, US, b5. < <

[316] USSME, F6, b335. Véase una buena síntesis en Alejandro Pizarroso, «Intervención extranjera y propaganda. La propaganda exterior de las dos Españas», *Historia y Comunicación Social*, n.º 6, 2001, pp. 63-96. La cuestión está suficientemente bien abordada por la historiografía, por lo que no abundaré demasiado en ella. Ver Paola Corti y Alejandro Pizarroso, *Giornali contro. «Il Legionario» e «Il Garibaldino». La propaganda degli italiani nella guerra di Spagna*, Turín: Edizioni
dell'Orso,
1993. Algunos apuntes sobre la penetración cultural, aunque el tema merezca una mayor atención, en Rubén Domínguez, *Mussolini y la exportación de la cultura italiana a España*, Madrid: Arco Libros, 2012, y sobre el Istituto Luce en España, en Magí Crusells,
«L'immagine
cinematografica del CTV», *Spagna Contemporanea*, n.º 42, 2012, pp. 91-111, y en Félix Monguilot, «El núcleo foto-cinematográfico del Istituto LUCE: un órgano de propaganda fascista en Salamanca durante la Guerra Civil española», *Archivos de la Filmoteca*, n.º 56, 2007, pp. 152-171. Véase, además, Victoriano Peña, *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del ventennio fascista y su repercusión en España*, Granada: Universidad de Granada, 1995. <<

[317] ASMAE, US, b29. < <

[318] ASMAE, US, b5. < <

[319] *El Legionario*, n.º 2, 26 de marzo de 1937, p. 4. < <

[320] Daniel Arasa, *La batalla de las ondas en la Guerra Civil española*, Maçanet de la Selva: Gregal, 2015. < <

[321] Los periodistas y personalidades importantes eran, según las descripciones de los italianos: Ernesto Giménez Caballero, «desde años, amigo probado de Italia y del Fascismo», cuya única mácula era su libro sobre Azaña; González Ruano, corresponsal de *ABC* (Sevilla) en Roma; el director de *Arriba España* de Pamplona, Fermín de Yzurdiaga; Víctor de la Serna, hijo de Concha Espina, director del «filofascista» *Informaciones*, secretario de Hedilla y autor del opúsculo para el gobierno «moderado» Lerroux-Gil Robles sobre las atrocidades comunistas en Asturias; Eugenio Montes, miembro del Consejo Superior de Cultura, teórico del fascismo y el nazismo que en Berlín estableció contactos entre Falange y la Antokomitern y el Ministerio de Propaganda alemán; Luis Antonio Bolín, de *ABC* en Londres; Ramón Ruiz Alonso, redactor de la *Gaceta Regional* de Salamanca, que pese a calificarse a sí mismo como «obrero tipógrafo», se ocupa de corporativismo, tiene simpatías sindicales y no es recomendable, pues sobre él pesa la sospecha del asesinato de García Lorca (según el informe, el poeta se había hecho recientemente amigo de los falangistas pero dos enviados de Ruiz Alonso se lo llevaron); «El Tebib Arrubi», Vicente Ruiz Albéniz, hijo del músico, rico, mano derecha de March; Juan Pujol, jefe de la propaganda austríaca en España en la Gran Guerra, antisemita, jefe de Prensa y Propaganda en la Junta de Defensa de Burgos, fundador del semanal *Domingo* en San Sebastián; José María Salaverria; Giménez Arnau, director de Prensa de Falange; Sánchez del Arco, de *ABC*; Fernando
d'Ors,
requeté; Andrés de Lorenzo Cáceres y de Torres, de la Delegación de Prensa del Mando General de las Canarias; Joaquín Arrarás, preconizado director de *Debate* cuando se tome Madrid, fue jefe del servicio de Prensa en Pamplona; Juan Losada; Francisco Cossío, director del *Norte de Castilla*, entusiasta antibolchevique; Raimundo García García, director del *Diario de Navarra*, gran admirador de Mussolini; el marqués de las Marismas, director de *Época*, uno de los preparadores del Movimiento; Jorge Vigón, oficial, redactor jefe de *Época*, animador del Bloque Nacional de Calvo Sotelo; Julio Camba; José María Pemán; Pablo Merry del Val, marqués de

Quintanares, requeté; el padre Tusquets, especialista en la lucha antimasónica y antijudía; Joaquín Miquelarena; Francisco Luis Manuel Casares; el marqués Luca de Tena, monárquico liberal anglófilo; Carlo Mengotti, director de *Imperio* (Toledo); Delgado Barreto, entusiasta de Primo de Rivera, «sansepolcrista» de la Dictadura y Agustín de Foxá, poeta falangista. < <

[322] ASMAE, US, b25. < <

[323] Por ese motivo, y frente a la cercana toma de Santander —que se explicaría no obstante como italiana y para la que tendrían pluma libre— se pediría a los corresponsales dependientes del Ufficio que subrayasen, además, las características y el valor de las tropas españolas. ASMAE, US, b27. < <

[324] ASMAE, US, b10. < <

[325] ASMAE, US, b160. < <

[326] USSME, F18, b2, ASMAE, AP, b31 y b33. < <

[327] ASMAE, AP, b33. < <

[328] Y sobre todo desde noviembre de 1938, cuando el asesinato de Von Rath en París llevase a lo que denominaría «excesos»: a saber, la *Kristallnacht* y la guetización de la minoría judía. USSME, F18, b9. < <

[329] ASMAE, US, b27. < <

[330] ASMAE, AP, b33. < <

[331] Sobre este asunto Francisco Morente, «Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo», *Histoira de la Educación. Revista interuniversitaria*, n.º 24, 2005, pp. 179-204. < <

[332] ASMAE, AP, b34. < <

[333] ASMAE, US, b11. Un año después, y en el veinte aniversario de la fundación de los Fasci di Combattimento en 1919, a la petición a FET y de las JONS para su presencia en Roma en los actos conmemorativos «en reconocimiento de una fecha que marcó el inicio de la nueva Era fascista» responderían el mismo Fernández Cuesta, quien propondría también al vicesecretario Fanjul, a Gamero del Castillo, a Sancho Dávila, a José del Castaño (a la sazón jefe de Falange Exterior) y a Rafael Sánchez Mazas. < <

[334] ASMAE, US, b27. < <

[335] Antonio V. Savona y Michele L. Straniero, *Canti fascista dell'Italia (1919-1945)*, Milán: Garzanti, 1979, pp. 306-307. < <

[336] La prácticamente única excepción es el segundo libro de Lajolo sobre su participación en España. Para el CTV existen varios libros eminentemente técnicos, de carácter si no oficial, es decir, editados por instituciones del Estado, sí claramente coherentes con la visión estandarizada por los Ministerios de Exteriores, Ejército y Cultura Popular: Gaetano Amoroso, *Mortai e Lupi in Catalogna*, Turín: Rattero, 1941; Alberto Angelini, *Altre verghe per il Fascio*, Roma: Il Legionario, 1941; Maurizio Bassi, *Da Cadice ai Pirenei*, Florencia: Le Monnier, 1941; Marco Alessi, *La Spagna dalla monarchia al governo di Franco*, Milán: Istituto per gli studi di politica internazionale, 1937. También el libro del periodista Curio Mortari, *Con gli insorti in Marocco e in Spagna*, Milán: Treves, 1937. Y sobre todo los cuatro volúmenes de Belforte, *La guerra*. Hay también ficción, recogida y analizada por Luciano Curreri, *Mariposas de Madrid. Los narradores italianos y la guerra civil española*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2009. < <

[337] También destacan, en ese sentido, los libros de los corresponsales italianos en España, como los de Sandro Volta, *Spagna a ferro e fuoco*, Florencia: Vallecchi, 1937; Renzo Segàla, *Trincee di Spagna: con i legionari alla difesa della civiltà*, Milán: Fratelli Treves, 1938; Italo Sulliotti, *Europa svegliati!: Scene e figure della guerra di Spagna; con illustrazioni fotografiche fuori testo*, Milán y Florencia: G. Agnelli, 1938; Lamberti Sorrentino, *Questa Spagna: avventure di una coscienza*, S. L.: Edizioni Roma, 1939: causa y consecuencia, sin contexto. <<

[338] Así se expresaba, de hecho, Giorgio Bocca en su prefacio al libro en el que el a la sazón director de
L'Unitá
(órgano del Partido Comunista Italiano) y partisano en la guerra civil italiana explicaba su pasado fascista: «nuestros editores consideraron la memorialística fascista como una cosa inmunda». Lo fácil era desentenderse de un tiempo en el que lo normal era «hablar, esperar, proyectar colonias e imperios, méritos de combate y mare nostrum». Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 6. <<

[339] *Legionari di Roma in terra iberica*, Milán: Sagdos, 1940, p. 185.
< <

[340] Faldella, *Venti mesi*, p. 231. < <

[341] Gabriele Ranzato, «Volontari italiani in Spagna: identità e motivazioni», en *ibid.*, Zadra y Zendri, *In Spagna*, pp. 9-28, cit. en p. 12. <<

[342] Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 41 y ss. < <

[343] MAE, AB, L1460, E18 y L1464, E26. <<

[344] Francesco Odetti, *Trenta mesi nel Tercio*, Roma: M. Carra, 1940, *passim*. < <

[345] Tracy H. Koon, *Believe, Obey, Fight: Political Socialization of Youth in Fascist Italy, 1922-1943*, Londres: Chapel Hill, 1985, p. 239. < <

[346] Giuseppe Cordedda, *Guerra di Spagna. 100/17, alzo zero*, Sassari: Chiarella, 1996 (or. 1983), p. 7 y ss. Lo de la «destinazione ignota», también en Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 40. < <

[347] Así se expresa Sogno en *Due fronti*, en referencia al escaso tiempo pasado en el frente. < <

[348] MAE, RE106, C26. < <

[349] Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 43. < <

[350] ACS, MI, DirPolPol, SPD, CR, f1 y f5. < <

[351] ASMAE, AP, b58. < <

[352] Giulia Medas, *¿Quiénes fueron los voluntarios? Identità, motivazioni, linguaggi e vissuto quotidiano dei volontari italiani nella guerra civile spagnola*, Tesis doctoral inédita, Universidades de Cagliari y Valencia, 2014. Vaquero, *Credere*, p. 105. < <

[353] Por familiares se entiende la esposa, hijos mejores de 14 años, o bien a los padres, o bien a los hermanos y hermanas huérfanos de ambos padres y menores de 14 años, o bien los abuelos que no tengan hijos o nietos varones mayores de 18 años. Las cantidades del subsidio variaban según la población de residencia de sus beneficiarios. ASSMAE, US, b1. < <

[354] Vaquero, *Credere*, pp. 183-184. Sigue aquí la opinión de Olao Conforti, *Guadalajara, la prima sconfitta del fascismo*, Milán: Mursia, 1967. <<

[355] Lodoli, *Domani*, p. 3. < <

[356] Davide Lajolo, *Bocche di donne e di fucili*, Osimo: Barulli, 1939, p. 3. < <

[357] ASMAE, US, b160. < <

[358] Lodoli, *Domani*, p. 79. < <

[359] ACS, MI, SPD, CR, b71. <<

[360] Antonio Curzi, *Gioventù italica legionaria e guerriera*, Velletri: G. Zampetti, 1939. < <

[361] En MAE, AB, L1059, C302-315 se albergan papeles de voluntarios italianos de 1936 que piden compensaciones económicas postcombate en forma de ayudas o de pensiones, como Alberto Mario Amedei, que marchó de Italia con el príncipe de Borbón, renunciando, como este último, a cualquier beneficio. Incorporado al Tercio de Navarra con el grado de alférez en enero de 1937, resultó herido y fue repatriado. < <

[362] Ver Paolo Murialdi, *La stampa del regime fascista*, Roma y Bari: Laterza, 2008 [1986]. Paul Corner (ed.), *Il consenso totalitario. Opinione pubblica e opinione popolare sotto fascismo, nazismo e comunismo*, Roma y Bari: Laterza, 2012. < <

[363] En Massimo De Lorenzi, *Teruel-Malaga Un antifascista svizzero e un fascista italiano nella guerra civile di Spagna: memorie di lotta, sofferenze, passioni 1936-1939*. , Varese: Edizioni Arterigere, 2010, p. 123. < <

[364] Castelli, cit. por Aldo Albonico, «Accenti critici di parte fascista e cattolica alla cruzada», en *Italia y la Guerra*, pp. 1-8. < <

[365] Camillo Berneri, *Mussolini a la conquista de las Baleares y otros textos*, Madrid: La Malatesta, 2012, p. 41 de la reedición, con demasiados añadidos y toneladas de espíritu acrítico, del libro original publicado en 1937. < <

[366] Nino Isaia y Edgardo Sogno, *Due fronti. La grande polemica sulla guerra di Spagna*, Florencia: Liberal Libri, 1998, p. 66. La misma motivación es expresada por Domenico Palladino, mayor de complemento en la Milizia: Domenico Palladino, *Terza offerta. Ricordi della guerra civile di Spagna*, Bari: Palladino Editrice, 1967. También la expresa el padre del joven (12 años) Alberto Angelini como motivo para su partida hacia España con su hijo: Alberto Angelini, *Altre verghe per il Fascio. Un Legionario dodicenne alla guerra di Spagna*, Roma: Cooperativa Il Legionario, 1938, p. 2. < <

[367] Luigi Incisa, *Spagna nazional-sindacalista*, Bolonia: Cappelli, 1941, p. 6. Ver Paola Lo Cascio, «La retaguardia italiana. El discurso del fascismo italiano en la Guerra Civil española. El caso de la narrativa y ensayística publicada en Italia entre 1937 y 1942», *Revista Universitaria de Historia Militar*, n.º 6, 2014, pp. 87-103. <<

[368] Angelini, *Altre verghe*, p. 2. < <

[369] Arconovaldo Bonaccorsi *et al.*, *La Grande Proletaria*, Roma: Centro Editoriale Nazionale, 1958, p. 464. < <

[370] Exactamente las mismas aludidas por Griner, *I ragazzi*, Gelli y Lenoci, *Dossier*, o Romero di Colloredo, *Frecce*. Es, pues, una visión de muy largo recorrido. < <

[371] Belforte, *La guerra*, vol. III, p. 9. < <

[372] *Legionari*, p. XXI. < <

[373] Piazzoni, *Le Frecce*, p. 13. < <

[374] Luigi Mosca, *Camicie nere a Guadalajara*, Nápoles: Partenope, 1941, p. 13 y ss. < <

[375] *Legionari*, p. XXIII. < <

[376] Enrico Martini, *Croce e spada contro falce e martello*, Roma: s. r., 1939, pp. 285-286 y 289 y ss. < <

[377] Otras colecciones de cartas de legionarios son las de Gentile Campa, *Lettere familiari dalla Spagna: di un legionario caduto nella battaglia*
dell'Ebro
, Florencia: Rinascimento del Libro, 1939, y las de Giacomo Fiori, *Cuore di Legionario: lettere di Giacomo Fiori, caduto in Spagna*, Roma: Vittorio Ferri, 1939. < <

[378] Belforte, *La guerra*, cit. en vol. III, p. 83. < <

[379] Bonezzi, *Il diario*, p. 4. *Fregarsene*, en italiano, podría traducirse como «dar igual», pero aquí la expresión exacta es importante, ya que una de las exclamaciones más típicamente fascistas era, precisamente, esa: *Me ne frego*! < <

[380] Renzo Lodoli, *Domani posso morire. Storie di arditi e fanti legionari*, Roma: Ed. Roma Fascista, 1939, pp. 14-15. < <

[381] Cit. en Odetti, *Trenta mesi*, p. 205. < <

[382] Mosca, *Camicie*, p. 10, en mayúscula en el original. < <

[383] Guido Pietro Matthey, *Legionario di Spagna*, Turín: Società Editrice Torinese, 1941, p. 48. Lodoli, *Domani*, p. 70. Ver Miguel Alonso, «Camicie Nere, Camisas Azules. Una propuesta interpretativa del fascismo español a través de un estudio comparado con el caso italiano», comunicación presentada al *XII Congresso Internazionale di studi storici di Spagna contemporanea: Le culture politiche in Spagna e Italia secoli XIX e XX: un approccio comparato*, 2012, disponible en su perfil personal https://uab.academia.edu/MiguelAlonso, e *ibid.*, «"Cruzados de la civilización cristiana". Algunos apuntes en torno a la relación entre fascismo y religión», *Rúbrica Contemporánea*, III, 5, 2014, pp. 133-154. < <

[384] Licio Gelli, *«Fuoco!»… Cronache legionarie della insurrezione antibolscevica di Spagna*, s. r.: Pistoia, 1940, pp. 13 y 32. < <

[385] Enrico Santoni, *Ali di giovinezza, ali di Vittoria: Come visse e mori Vittorio Ceccherelli, medaglia Con prefazione di Giuseppe Valle d'oro.*
, Florencia: Vallecchi, 1939. < <

[386] *El Legionario*, n.º 6, 17 de abril de 1937. < <

[387] Odetti, *Trenta mesi*, pp. 19-20. < <

[388] Lodoli, *Domani*, p. 152. Véase la nota 23 de este capítulo. < <

[389] De Lorenzi, *Teruel-Malaga*, p. 159. < <

[390] Lajolo, *Bocche*, pp. 49-50. < <

[391] Mosca, *Camicie*, p. 16. < <

[392] Sendos artículos de 1938 en *Il Popolo d'Italia*, citados por Luisa Passerini, *Mussolini immaginario. Storia di una biografia 1915-1939*, Roma y Bari: Laterza, 1991, p. 163. <<

[393] Cit. en Álvaro Lozano, *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid: Marcial Pons, 2012, p. 347. < <

[394] Alessandra Tarquini, *Storia della cultura fascista*, Bolonia: Il Mulino, 2011, pp. 134-135. Gabriele Turi, *Lo Stato educatore. Politica e intellettuali fascista nell'Italia*, Roma y Bari: Laterza, 2002, p. 216 y ss. Véanse también Pier Giorgio Zunino, *del fascismo. Miti, credeze e valori nella stabilizzazione del regime L'ideologia*, Bolonia: Il Mulino, 1995, y Simonetta Falasca-Zamponi, *Fascist spectacle. The aesthetics of power in Italy Mussolini's*, Berkeley: University of California Press, 1997. < <

[395] ASSMAE, US, b1. < <

[396] Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 150. < <

[397] Nuto Revelli, *La strada del davai*, Turín: Einaudi, 2010 (1.ª ed. 1966), cit. en David Alegre, «“Scaricare tutta la mia rabia”. Codificación, supervivencia y fascismo en el relato de los italianos y españoles en el frente del Este
(1941-1943)»,
comunicación presentada al *XII Congresso Internazionale di studi storici di Spagna contemporanea: Le culture politiche in Spagna e Italia secoli XIX e XX: un approccio comparato*, 2012. <<

[398] ACS, MI, PolPol, SPD, CR, b71, F4. <<

[399] Alfonso Pellicciari, *Arriba España*, Turín: Studio Editoriale Torinese, 1938, p. 65. < <

[400] Lodoli, *Domani*, p. 90. <<

[401] En su prólogo a Lajolo, *Bocche*, pp. XI-XII.
< <

[402] Lodoli, *Domani*, p. 107. < <

[403] Aldo Santamaria, *Operazione Spagna, 1936-1939*, Roma: G. Volpe, 1965, pp. 79, 85 y 97. < <

[404] De Lorenzi, *Teruel-Malaga*, p. 131. < <

[405] Piazzoni, *Le Frecce*, p. 189. < <

[406] Lodoli, *Domani*, p. 23. <<

[407] Mosca, *Camicie*, p. 92. < <

[408] Alma Giola, *Voci di legionari feriti. Documento storico della crociata fascista in terra di Spagna*, Como: Cavalleri, 1941, *passim*. <<

[409] Odetti, *Trenta mesi*, p. 202. < <

[410] Lajolo, *Bocche*, p. 201. < <

[411] Franzinelli, *Stellette, croce e fascio littorio: religiosa a militari, balilla e camicie nere,*
L'assistenza
1919-1939
, Milán: Franco Angeli, 1995, p. 263 y ss. < <

[412] Lodoli, *Domani*, p. 38. <<

[413] Mimmo Franzinelli, *Stellette*, p. 266. < <

[414] AGMAV, CGG, A36, L1, C1. <<

[415] ASMAE, US, b2. < <

[416] Retaguardias, en plural: como recuerda Paola Lo Cascio, también la italiana fue una retaguardia lejana en la que la movilización para, y la opinión sobre, la guerra española formaron parte de la cotidianidad política, Lo Cascio, «La retaguardia». Como bien señala, no existe un buen análisis sobre la justificación del compromiso militar y político italiano ante la opinión pública, siendo las únicas excepciones Alberto Acquarone, «La guerra di Spagna e
l'opinione
pubblica italiana», en *Il cannocchiale*, n.os
4-6,
1966, y Luciano Casali, *pubblica italiana e la guerra civile spagnola L'opinione*
, Madrid: Taravilla, 1984. < <

[417] Vaquero, *Credere*, p. 124 y ss. <<

[418] Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona: Crítica, 2006, p. 337 y ss. < <

[419] Silvano Bernardis, *Fino a Madrid. Diario della guerra di Spagna*, Gorizia: L. Lucchesi, 1941, cit. en Núñez Seixas, *Fuera el invasor*. <<

[420] ASMAE, GAB, b472. < <

[421] USSME, F7, b1. < <

[422] Cit. en James W. Cortada (ed.), *La guerra moderna en España. Informes del ejército de Estados Unidos sobre la Guerra Civil, 1936-1939*, Barcelona: RBA, 2014, pp. 191-192. Por el contrario, sobre los prisioneros hechos por el CTV y recluidos en la base de Almazán, AGMAV, C2604, 24. <<

[423] Rochat, *Le guerre*, p. 115. < <

[424] USSME, F6, 336. < <

[425] ASMAE, GAB, f792. < <

[426] AGMAV, CGG, A2, L145, C65. < <

[427] MAE, AB, L1459, E9. <<

[428] AGMAV, CGG, A2, L147, C68. < <

[429] USSME, F18, b2. < <

[430] Lajolo, *Il «voltagabbana»*, p. 102. < <

[431] AGMAV, CGG, A16, L35, C14. < <

[432] ASMAE, US, b10. < <

[433] ACS, MinCulPop, Gab, b75. Queipo le habría explicado ese día el motivo por el que sentía más admiración por Mussolini que por Hitler: «porque le entiendo más». < <

[434] USSME F6, b335. < <

[435] ASMAE, US, b2, ACS, SPD, CR, b44 y USSME, F18, b2. En ASMAE, US, b1 se encuentran, además, el informe de Farinacci al Gran Consiglio y notas sobre sus reuniones con personalidades políticas en España. < <

[436] ACS, MinCulPop, GAB, b75. < <

[437] ACS, MinCulPop, GAB, b75. < <

[438] Bonezzi, *Il diario*, p. 9. < <

[439] Alcofar, *Los Legionarios*, p. 186. < <

[440] ASMAE, US, b29. < <

[441] Vaquero, *Credere*, p. 122. <<

[442] Una selección de estas octavillas, en Nicola della Volpe, *Esercito e propaganda fra le due guerre (1919-1939)*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito, 1992. <<

[443] Núñez Seixas, *Fuera el invasor*, p. 267 y ss., en alusión a José M.ª Pemán, *Poema de la bestia y el ángel*, 3.ª ed., Madrid: Ediciones Españolas, 1939, y al homenaje a Italia del 27 de mayo de 1938 en Oviedo. < <

[444] ASMAE, US, b25. < <

[445] ASMAE, US, b51. < <

[446] Gil, *Lejos*, pp. 336 y ss. <<

[447] Renzo Lodoli, *I Legionari. Spagna 1936-1939*, Roma: Ciarrapico Editore, 1989, pp. 21-24. <<

[448] Diario de Silvio Leoni, en Ranzato, Zadra y Zendri, *In Spagna*, pp. 67-71. < <

[449] Un contexto general puede extraerse de Barbara Spackman, *Fascist virilities: rhetoric, ideology and social fantasy in Italy*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1996. El lado contrario, en Victoria De Grazia, *How Fascism Ruled Women: Italy, 1920-1945*, Berkeley: University of California Press, 1992. <<

[450] Cordedda, *Guerra*, p. 44. < <

[451] Bonezzi, *Il diario*, p. 5. <<

[452] Lajolo, *Bocche*, pp. 144, 66 y 18. < <

[453] Lodoli, *Domani*, pp. 208 y 215. La reedición, *ibid., I legionari*, p. 190. <<

[454] Vaquero, *Credere*, p. 124 y ss. <<

[455] ASMAE, US, b5. En 1937 había trece cursos activos, donde se adiestró a unos mil oficiales españoles: «se trata de afirmar y divulgar el pensamiento militar italiano, de hacer apreciar y difundir el material bélico», según el coronel director Emilio Battisti. ASMAE, US, b67. <<

[456] ASMAE, GAB, f792. < <

[457] ASMAE, GAB, b472. < <

[458] ASMAE, US, b10. < <

[459] Sobre esto he escrito en Javier Rodrigo, «Violencia y fascistización en la España sublevada», en Francisco Morente (ed.), *España en la crisis de entreguerras. República, fascismo y Guerra Civil*, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2012, pp. 79-95, y «A este lado del bisturí. Guerra, fascistización y cultura falangista», en Miguel Ángel Ruiz Carnicer (ed.), *Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 143-167. En ambos puede consultarse la literatura y la bibliografía sobre este asunto para casos como el italiano, el alemán, el rumano o el croata, aunque al igual que entonces, destacaría las reflexiones, acertadísimas, de Daniel Woodley, *Fascism and political theory: critical perspectives on fascist ideology*, Londres: Routledge, 2009. Desde entonces, el gran trabajo que ha abordado la dimensión constructiva del discurso y la praxis violenta en el fascismo ha sido Gallego, *El evangelio*, en particular, p. 443 y ss., y alguna idea he tratado de proporcionar en Rodrigo (ed.), *Políticas*. <<

[460] ACS, MinCulPop, GAB, b75. < <

[461] ASMAE, US, b10. < <

[462] USSME, F18, 4. < <

[463] De Lorenzi, *Teruel*, p. 133. < <

[464] Attanasio, *Gli italiani*, p. 257. < <

[465] El fusilamiento de francotiradores en Trijuerque lo relata en la p. 129. < <

[466] ASMAE, US, b38. < <

[467] ASMAE, US, b40. < <

[468] ASMAE, US, b23. < <

[469] ASMAE, UC, b46. < <

[470] ASMAE, US, b22. < <

[471] USSME, F18, b9. < <

[472] USSME, F6, b336. < <

[473] Faldella, *Venti mesi*, p. 429. < <

[474] USSME, F18, b9. < <

[475] ASMAE, UC, b46. < <

[476] ASMAE, UC, b46. < <

[477] ASMAE, US, b40. < <

[478] *Idem.* < <

[479] USSME, F18, b7. < <

[480] Telegrama de Mussolini a Berti, 14 de enero de 1938, en USSME, F18, b9. <<

[481] USSME, F18, b9. < <

[482] ASMAE, US, b2. < <

[483] MAE, AB, L833, C27. < <

[484] ASMAE, UC, b46. < <

[485] AGMAV, C2604, E 41bis. <<

[486] USSME, F18, b9. < <

[487] José María Maldonado, *Alcañiz, 1938: el bombardeo olvidado*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2003, e *ibid., Aragón bajo las bombas*, Zaragoza: Gobierno de Aragón, 2010. Un análisis general y actualizado, en Edoardo Grassia, «"Aviazione Legionaria": il comando strategico-politico e tecnico-militare delle forze aeree italiane impiegate nel conflitto civile spagnolo», en *Diacronie*, n.º 7, 2001, disponible en http://www.studistorici.com/2011/07/29/sommario_numero_7/. La visión de conjunto, en Alcofar, *La aviación*. < <

[488] ASMAE, UC, b46. La Aviazione participó también en vuelos de reconocimiento y de inteligencia militar, como analizan Diego Navarro y Guillermo Vicente, «Photographic air reconnaissance during the Spanish Civil War,
1936-1939:
doctrine and operations», *War in History*, n.º 20/3, 2013, pp. 345-380. < <

[489] USSME, F18, b9. < <

[490] También son los que han generado una mayor y desigual bibliografía. Véanse entre otros Joan Villarroya, *Els bombardeigs de Barcelona durant la Guerra Civil: 1936-1939*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999 (2.ª ed.); Santiago y Elisenda Albertí, *Perill de bombardeig! Barcelona sota les bombes (1936-1939)*, Barcelona: Albertí, 2004; Paola Lo Cascio y Susanna Oliveira, *Tres dies de març. Imatges Bombes sobre Barcelona 1936-1939*, Girona: El Punt, 2008, y Edoardo Grassia, «Barcellona, 17 e 18 marzo 1938», *Diacronie*, n.º 7, 2011, disponible en http://www.studistorici.com/2011/07/29/sommario_numero_7/. < <

[491] ASMAE, UC, b46. < <

[492] USSME, F18, b9. < <

[493] MAE, L833, E28. < <

[494] Piazzoni, *Le Frecce*, pp. 124 y 189. < <

[495] Véanse los originales en http://www.worldlii.org/int/other/LNTSer/1939/42.html (consulta: 1 de agosto de 2015). < <

[496] Como señalan Villarroya y Solé, en abril, mayo y junio fueron bombardeadas de nuevo las grandes ciudades de Tarragona, algunas de Girona como la propia capital, Roses o Portbou y, por supuesto, Barcelona, Badalona o Sant Adrià de Besòs. También Castellón, Sagunto, Valencia, Benicarló o Alicante, entre muchas otras: Josep Maria Solé i Sabaté y Joan Villarroya, *España en llamas. La guerra civil desde el aire*, Madrid: Temas de Hoy, 2003. El listado completo de
1938-1939,
en Alcofar, *La aviación*, pp. 375-382. <<

[497] USSME, F18, b5. < <

[498] ASMAE, GAB, b468. < <

[499] ASMAE, US, b2 y b5. < <

[500] USSME, F18, b5. < <

[501] ASMAE, US, b40. < <

[502] USSME, F18, b9, y MAE, AB, L833, C25. < <

[503] ASMAE, US, b10 y b51. < <

[504] *Idem.* < <

[505] MAE, AB, E834, Cc17-22. < <

[506] *Opera*, vol. 29, p. 167. < <

[507] ASMAE, US, b11. El 19 de mayo se solicitaban oradores para intervenir en Italia, en particular a Millán Astray. Las personalidades que irían a Italia (y su adscripción política, según la documentación italiana) serían Millán Astray, Esteban Bilbao (consejero nacional de
FET-JONS,
tradicionalista), Pemán (miembro del Consejo Nacional de
FET-JONS,
monárquico), Lequerica, Giménez Arnau (consejero nacional de
FET-JONS),
José Final (conde de Mayalde), Jesús Muro (jefe de Falange en Zaragoza), Javier Martínez de Bedoya (consejero nacional), Manuel Falcón (consejero nacional, director de *Vértice*), Jesús Suevos (consejero nacional, jefe provincial en Galicia), Jaime Soler de Murillo, Santiago Sangro y Torres, García Morato y Manuel Aznar. En el último momento salió del grupo Soler de Murillo, siendo sustituido por Julián Pemartín. Giraron en Italia del 27 mayo al 6 junio, y fueron recibidos por Starace, Mussolini y Ciano. Visitaron los Foros, las *bonifiche*, la Mostra della Romanità, la del Dopolavoro, Ostia, Venecia, Milán y Génova, donde embarcaron. Antes, el día 29, se habían repartido por toda la península italiana de Palermo a Trieste, para la jornada de solidaridad. En Roma, los oradores fueron Pemán y Millán Astray. Ver también *Opera*, vol. 29, p. 110, la noticia sobre la recepción del día 30 en el Palazzo Venezia dada a la representación de la «Nueva España de Franco». < <

[508] USSME, F18, b9. *Hoja Oficial del Lunes* y *Lunes. Hoja oficial de Navarra*,
02-10-1938.
<<

[509] AGMAV, C2604, 47. < <

[510] *Opera*, vol. 29, pp. 463-464. < <

[511] *Il Messaggero*, 27 de octubre de 38. < <

[512] ASMAE, US, b40 y b2. < <

[513] ASMAE, US, b2. < <

[514] AGMAV, C2605, E99. < <

[515] ASMAE, US, b160. < <

[516] *Opera*, vol. 29, pp. 228-229. < <

[517] USSME, F6, b256. < <

[518] *Idem.* < <

[519] AGMAV, C2605, 102. < <

[520] ASMAE, US, b40. < <

[521] *Opera*, vol. 29, p. 254. < <

[522] *ibid.*, p. 474. <<

[523] Adelchi Albanese, *Nella bufera spagnola con le Camicie Nere della «Divisione Littorio» d'assalto*, Florencia: Bandettini, 1940, p. 207. < <

[524] ASMAE, US, b25. Ver, entre otros trabajos dedicados a la provincia de Alicante, el de José Ramón García Gandía, «Nella bufera spagnola. Los italianos y final de la guerra civil en Aspe», disponible *online* en https://www.academia.edu. < <

[525] ASMAE, GAB, b70. <<

[526] *Opera*, vol. 29, pp. 483-484. < <

[527] ASMAE, GAB, b469, y MAE, AB, L1188, E57. < <

[528] ASMAE, AP, b53. < <

[529] MAE, AB, L1188, E57. < <

[530] Cit. en *Opera*, vol. 29, p. 475. <<

[531] MAE, AB, E1065/13. <<

[532] En los comentarios del embajador Viola a un discurso en noviembre de 1938 de Giménez Arnau, licenciado en Derecho en Bolonia y proclive a una Falange de Franco, antes filonazi pero cada vez más orientado hacia las posturas italianas, sobre que José Antonio no debía ser un factor paralizador de la historia, Ciano escribiría: «Giménez Arnau farà strada». USSME, F18, b9. <<

[533] MAE, AB, E1065/13. <<

[534] ASMAE, UC, b47. < <

[535] *Idem*. La cuestión de los fusilamientos, como es bien sabido, le habría impactado de forma muy negativa, si bien la población española mantendría frente al régimen de terror un espíritu de «serena frialdad». < <

[536] USSME H3, 24. < <

[537] AGMAV, C2604, E52. < <

[538] Los informes sobre las entrevistas con Valiño, Aranda, Asensio, en ASMAE, US, b26. < <

[539] Por reciprocidad, se constituyó también una misión militar española en Italia, hecha de «una cincuentena de oficiales de las diferentes armas» y mandada por el desplazado Queipo de Llano, un «traidor incorregible», según Serrano Suñer, que pidió que fuese vigilado en Italia: USSME, H3, 24, y ASMAE, UC, b47. <<

[540] ASMAE, US, b27. < <

[541] *Idem.* < <

[542] ASMAE, US, b10. < <

[543] MAE, AB, L1065, E9. < <

[544] ASMAE, UC, b47. < <

[545] AMAE, AB, L1460, C3. < <

[546] ASMAE, GAB, b468. < <

[547] Javier Tusell y Genoveva Queipo de Llano, *Franco y Mussolini. La política española durante la segunda guerra mundial*, Barcelona: Planeta, 1985; Massimiliano Guderzo, *Madrid e della diplomazia. spagnola nella seconda guerra mondiale*
l'arte
L'incognita
, Florencia: Manent, 1995. < <

[548] MAE, AB, L1188, E57. < <

[549] ASMAE, GAB, b467. < <

[550] AMAE, AB, L1462, E32. < <

[551] Mosca, *Camicie nere*, p. 17, en cursiva en el original. <<

[552] *Opera*, vol. 29, p. 479. <<

[553] ASMAE, UC, b21. La cuestión de los abastecimientos, en ASMAE, UC, b24. < <

[554] ASMAE, UC, b47. < <

[555] AMAE, AB, L1462, E32. < <

[556] ASMAE, UC, b24. < <

[557] Como señala Filippo Anfuso, *Da Palazzo Venezia al lago di Garda. 1936-1945*, Bolonia: Cappelli, 1957, p. 153, Mussolini quiso encontrarse con Franco para cumplir la promesa hecha a Hitler de tratar de inducirlo a una colaboración militar con el Eje. «Le diré a Franco cuanto sea necesario, pero no me hago ilusiones: habrá decidido antes de que yo abra la boca», habría señalado el Duce. < <

[558] ASMAE, UC, b24. Serrano sería destituido poco después de su último viaje como ministro a Italia, donde se reunió con Ciano en Livorno. ASMAE, AP, b61. <<

[559] Rochat, *Le guerre*, p. 141. < <

[560] ASMAE, US, b5. < <

[561] Giuseppe Santoro, *italiana nella seconda guerra mondiale L'aeronautica*, Milán y Roma: Esse, p. 69. Ambos, cit. en Ferruccio Botti y Virgilio Ilari, *Il pensiero militare*, p. 245 y ss. Altamente negativa es también la valoración de *italiano tra la 1.ª e la 2.ª Guerra Mondiale. Novembre 1918-Giugno 1940 L'Esercito*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito, 1954, p. 134, y de Oreste Bovio, *Storia italiano dell'Esercito (1861-2000)*, Roma: Stato Maggiore dell'Esercito, 2010, p. 310. < <

[562] Véase el caso romano, estudiado por Emilio Gentile, *Fascismo di pietra*, Roma y Bari: Laterza, 2010. < <

[563] Las citas, del discurso del alcalde de Soria cit. en Vaquero, *Credere*, p. 74. <<

[564] MAE, AB, L1059, C302-315. < <

[565] ASMAE, AP, b61. < <

[566] Idem. < <

[567] Aristotle Kallis, *Fascist Ideology. Territory and Expansionism in Italy and Germany, 1922-1945*, Londres y Nueva York: Routledge, 2000, pp. 96, 76 y ss. y 146. <<

[568] En 1932, Giudici señalaba que, en materia de política exterior, el fascismo reafirmaba unos postulados que permitiesen la expansión en el Mediterráneo: Paolo Giudici, *Storia narrata al popolo d'Italia*, Florencia: Nerbini, 1932, pp. 841-845, cit. en Randazzo, *L'Africa*. < <

[569] Heiberg, *Emperadores*, p. XIII. < <

[570] Para una visión de conjunto, ver MacGregor Knox, *Common Destiny: Dictatorship, Foreign Policy, and War in Fascist Italy and Germany*, Cambridge: Cambridge University Press, 2009. < <

[571] Enzo Collotti (con la colaboración de Nicola Labanca y Teodoro Sala), *Fascismo e politica di potenza. Politica estera 1922-1939*, Milán: La Nuova Italia, 2000. < <

[572] La guerra, la violencia y el análisis cultural, que él llama «nuevo consenso» sobre el fascismo, provienen de Roger Griffin, *The nature of Fascism*, Londres: Routledge, 1993 [1991], y *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid: Akal, 2010 [2007], útil pese a su notorio desconocimiento del caso español. En la misma dirección, pero con diferentes objetivos, Aristotle Kallis, «Fascism, violence and terror», en *Terror. From tyrannicide to terrorism*, Brisbane, Australia: University of Queensland, 2008, pp. 190-204, y sobre todo *Genocide and fascism. The eliminationist drive in Fascist Europe*, Nueva York: Routledge, 2009. <<

[573] Emilio Gentile, «The Myth of the National Regeneration in Italy: From Modernism Avant-garde to Fascism», en Matthew Affron y Mark Antliff (eds.), *Fascist Visions. Art and Ideology in France and Italy*, Princeton: Princeton University Press, 1997, pp. 25-45. <<

[574] Renato Farnea, «Dalla “questione sociale” alla guerra-rivoluzione fascista», *Gerarchia*, septiembre de 1940, cit. en Gentile, *La Grande Italia*, p. 199. < <

[575] Cit. en Salvatore Lupo, *Il Fascismo. La politica in un regime totalitario*, Roma: Donzelli, 2005 [2000], p. 426. < <

[576] Aristotle Kallis, *Genocide and fascism. The eliminationist drive in Fascist Europe*, Nueva York: Routledge, 2009; Eric Gobetti, *Alleati del nemico. italiana in Jugoslavia*
L'occupazione
(1941-1943)
, Roma y Bari: Laterza, 2013. <<

[577] Nicola Labanca, *Oltremare. Storia coloniale italiana dell'espansione*, Bolonia: Il Mulino, 2002, p. 189. < <

[578] Ignacio Martínez de Pisón, *Las palabras justas*, Zaragoza: Xordica, 2007, pp. 5-39. Del mismo autor, la novela *Dientes de leche*, Barcelona: Seix Barral, 2008. < <